

Te está esperando



LA CASA DEL MAL

ARAN MAZA

Aran Maza

La Casa del Mal

Copyright © 2023 by Aran Maza

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Aran Maza asserts the moral right to be identified as the author of this work.

Aran Maza has no responsibility for the persistence or accuracy of URLs for external or third-party Internet Websites referred to in this publication and does not guarantee that any content on such Websites is, or will remain, accurate or appropriate.

Designations used by companies to distinguish their products are often claimed as trademarks. All brand names and product names used in this book and on its cover are trade names, service marks, trademarks and registered trademarks of their respective owners. The publishers and the book are not associated with any product or vendor mentioned in this book. None of the companies referenced within the book have endorsed the book.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com

Para mi padre

El mayor truco del diablo es hacernos
creer que no existe.

Charles Baudelaire

Contents

[*Acknowledgement*](#)

[**1. Carretera al Infierno**](#)

[**2. Perdiendo Mi Religión**](#)

[**3. Compasión Por El Diablo**](#)

[**4. La Bestia**](#)

[**5. El Número de la Bestia**](#)

[**6. 666**](#)

[**7. El Olvido**](#)

[**8. Demon Daddy**](#)

[**9. El Hijo De Satán**](#)

[**10. El Demonio Que Tu Conoces**](#)

[**11. Saca Al Diablo De Mí**](#)

[**12. No Hay Ángeles**](#)

[**13. Pánico Satánico**](#)

[**14. La Noche Del Cazador**](#)

[**15. Luna Asesina**](#)

[**16. El Diablo y Yo**](#)

[**17. Arrástrame Al Infierno**](#)

[*About the Author*](#)

[*Also by Aran Maza*](#)

Acknowledgement

Ésta es una historia de ficción y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia. Las opiniones de los personajes no tienen por qué coincidir con las mías propias.

En noviembre de 2019, empecé a escribir una historia de terror sobre demonios y casas encantadas que siempre me habían fascinado. El resultado final es un libro que me enorgullece compartir con los lectores.

A lo largo del proceso de escritura, hice varias modificaciones en la historia, como añadir y quitar personajes, escenas y otros elementos según fuera necesario. Además, está influenciada por autores como Stephen King y la serie de televisión *Expediente X* de Chris Carter. Además, incorporé títulos de canciones a algunos de los capítulos, algunos de los cuales encajaban con el tema diabólico y otros simplemente con el capítulo.

Para crear las imágenes de los personajes, utilicé la aplicación Texto a Imagen de Canva, que ayudó a dar vida a los personajes de una forma única. Algunos de los textos adicionales añadidos después de ciertos capítulos se incluyeron para realzar aún más la historia y mejorar su cohesión.

En general, mi cuarta novela es una historia dramática con elementos de terror, y espero que los lectores la disfruten. Agradezco las opiniones y los comentarios que pueden enviarme por correo electrónico a [aranmaza24\(@\)gmail.com](mailto:aranmaza24(@)gmail.com) o puedes visitar mi web aranmaza.com. Además, los lectores pueden ver mis fotografías en Instagram ([@aranmaza](https://www.instagram.com/aranmaza)) o leer mis artículos e historias en mi sitio web, www.aranmaza.com. Mis tres novelas anteriores también están a la venta en Amazon.

Gracias por dedicar tu tiempo a leer mi obra.

1

Carretera al Infierno

Un grito.

Se despertó con el corazón acelerado. Alguien había gritado, aunque no estaba segura de si había sido fuera o dentro de su cabeza. Aquel sonido de dolor casi animal todavía resonaba en sus oídos. Las persianas dejaban pasar la luz dorada del amanecer. Echó un vistazo a su alrededor con los ojos medio cerrados. Era ella quien había gritado. Obviamente, las personas que se hospedaban en las habitaciones contiguas lo habían tenido que oír. Esas paredes eran de papel.

Había estado escuchando a los de la habitación de al lado toda la noche, hasta que se durmió y soñó con ello otra vez. Miró el teléfono, quedaban poco más de tres meses para el aniversario. No quería siquiera pensar en lo ocurrido, a pesar de que ya habían pasado cuarenta años, seguía doliendo demasiado. Algo así no se llegaba a superar nunca y ella apenas había aprendido a vivir con ello.

Se levantó y olió una de las camisetas que estaba tirada en el suelo, no parecía muy usada, así que se la puso junto a sus viejos vaqueros desgastados. Una botella de vodka medio vacía descansaba sobre la ropa interior sucia así que se la acabó de un trago y fue a hacer pis.

Miró a su alrededor, la bañera estaba llena de pelos y el espejo estaba tan sucio que veía su imagen distorsionada, como si la que estuviera al otro lado no fuera ella, sino su versión maligna.

Una versión que vivía sin traumas ni angustia constante. Habían sido cuarenta años de dolor, de lágrimas, de ganas de morir. Tanto sufrimiento que no había servido para nada.

Había tenido años buenos, pero se diluían en su memoria por el alcohol.

Decidió buscar un trabajo por internet. Algo habría para alguien que casi se licencia en literatura.

Después de un par de horas, de terminarse la otra botella de vodka y fumarse medio paquete

de cigarrillos, encontró algo en el periódico local de Greyfield, o el Infierno, como lo llamaba ella. El último lugar que hubiera escogido, pero no le quedaba otra, se estaba quedando sin dinero y sin opciones, tenía que ir allí por otro motivo y pensó que su nombre serviría al menos para ganar algo y seguir sobreviviendo hasta que encontrara otra cosa en otro lugar.

Envío su curriculum y una carta de presentación que tenía guardada para este tipo de trabajos y decidió que era buena idea salir a dar una vuelta en coche hasta la gasolinera.

El día se había nublado pero seguía haciendo un calor infernal. Llevaba una camiseta de tirantes sudada y se recogió el pelo en un moño mal hecho antes de arrancar el coche, en la radio sonaba Elvis y la quitó enseguida, como si esa canción le quemara los oídos.

Se quedó un rato en silencio hasta que encontró una canción de Alanis Morissette que se sabía de memoria.

Una pareja salía discretamente de la habitación que estaba al lado de la suya. Les observó con una mirada que parecía un puñal. Eran amantes. Willa lo había sabido solo con mirarlos. Había estado toda la noche escuchando jadeos y gritos, hasta que al fin se pudo dormir.

—Así que erais vosotros. Desgraciados de mierda. Espero que vuestras respectivas parejas os pillen con las manos en la masa. Y que cojáis una E.T.S.

Había colocado su pequeña bolsa con las pocas pertenencias que tenía en el asiento del copiloto. Sacó el paquete de tabaco y se puso a jugar con un cigarrillo. En ese momento recibió una llamada del periódico, querían hacerle una entrevista al día siguiente si era posible. Habían sido muy rápidos, las empresas casi siempre respondían tres días o una semana más tarde, aunque la mayoría de las veces no lo hacían nunca.

—Sí, por supuesto. Allí estaré— respondió con un falso entusiasmo después de que la mujer al otro lado de la línea le diera todos los detalles del encuentro. Debería haberse sentido más contenta, eso era lo que realmente quería, se dijo.

‘Quizá al final no necesite el puñetero trabajo. Si todo sale bien. Pero ¿a quién quiero engañar? Es mi vida. Nada sale bien. Nunca.’

Después de repostar tanto para el coche como para ella misma con un par de botellas de vodka y unas patatas fritas, cogió la carretera comarcal que la llevaría a su destino. Puso una cinta con canciones que le recordaban a los pocos momentos felices que había tenido y después de varios kilómetros cogió la salida que la llevaba a su antiguo hogar. Todo eran árboles a su alrededor, el tiempo parecía haberse detenido. Se vio a sí misma de niña, saliendo de allí en coche con sus padres para ir a Los Lagos, en una época de felicidad que duró poco. El estómago

se le encogió y las lágrimas empezaron a llenar sus ojos grises. Unos ojos que había heredado de su padre. Unos ojos que incluso le dolía mirar en el espejo. Se detuvo en una zona algo apartada de la carretera donde había un pequeño aparcamiento, un puesto de comida y unas mesas con sombrillas. Había estado allí antes, hacía muchos años, pero ya no era igual, nada era como antes, lo único que permanecía inalterable era su dolor.

Aparcó y se bajó a respirar el caluroso aire de agosto, algunas familias con niños pequeños que se iban de vacaciones se habían bajado a estirar las piernas y comer algo antes de continuar con su largo viaje en coche. Algunos de los pequeños jugaban y corrían alrededor de las mesas, riendo. Su estómago se volvió a encoger. Se puso las gafas de sol y respiró hondo, intentado calmarse. La felicidad y normalidad de otras personas le causaba una punzada de envidia. No se acordaba de lo que se sentía.

Pidió una hamburguesa con patatas fritas y un batido. A pesar de todo, empezaba a tener apetito de nuevo. Esperaba poder dejar la bebida de nuevo, por enésima vez. Pero siempre que se acercaba el aniversario se sentía débil y necesitaba alcohol. Lo necesitaba como respirar. Se sentó a comer a solas en una de las numerosas mesas de plástico vacías, y se centró en lo que estaba haciendo, intentado ignorar lo que ocurría a su alrededor, procurando que los gritos y risas no la afectaran, simplemente disfrutando de la comida, sin distracciones, pensando en cada bocado, en el sabor y textura de lo que estaba comiendo. Se lo había recomendado una de las terapeutas a la que había acudido hacía ya muchos años. Si quería salir del bache de nuevo debería acudir a terapia otra vez, y a Alcohólicos Anónimos, pensaba mientras comía esa hamburguesa, que era de las mejores que había probado nunca.

Estar allí, con la brisa de las montañas acariciándole la cara, le hacía sentir que había una salida. Se había sentido viva de nuevo y hacía años que no pasaba ¿Cómo podía sentirse viva si estaba cada vez más cerca del lugar donde todo había terminado para ella? ¿qué clase de magia era esa?

Después de comer fue a observar las vistas en el mirador. Desde allí podía verse el valle verde y voluptuoso, mientras escuchaba el sonido de los pájaros y los coches pasando por la carretera. El olor de la comida grasienta se mezclaba con el de los árboles y el del dióxido de carbono. Se preguntó si eso era la felicidad. O si ese lugar la representaba, como hay lugares malditos y tristes, lugares que te producen desasosiego, lugares donde han ocurrido cosas tan horribles que lo sientes en tu interior cuando los visitas. Supuso que también habría lugares que te producían felicidad y calma, sabía que los bosques eran el mejor sitio para encontrar la paz

interior, pero no se imaginó que en aquella parada de carretera con un aparcamiento y un puesto de comida rápida también encontraría algo parecido a la paz mental.

Tras pasar varios minutos disfrutando de la brisa y el sol en la cara decidió que debía cambiar su vida si quería ser feliz de verdad. Y que deseaba ese trabajo en el periódico. Hacía mucho tiempo que no quería nada con tantas ganas. Sabía que dejar de beber otra vez no sería fácil, ya había pasado por eso. Pero como dijo un sabio o una sabia una vez ‘Lo que merece la pena, cuesta’.

‘Cuesta un huevo’ añadió.

Volvió a la carretera con la mente más relajada, dispuesta al cambio. Al abrir la puerta, el olor del coche le dio náuseas y estuvo a punto de tirar el paquete de tabaco por la ventanilla, pero se lo pensó mejor y lo guardó en la guantera. Por si acaso.

Dejó la ventanilla abierta y al llegar a Greyfield prefirió buscar un motel en lugar de quedarse en un *bed and breakfast* que había vivido tiempos mejores. Encontró que habían abierto un pequeño hotel a las afueras y decidió hospedarse allí.

La habitación estaba limpia, cosa que era una novedad para ella. Obviamente, había salido algo más caro de lo que estaba acostumbrada, pero al ver las sábanas impolutas y la bañera blanca y reluciente, le había merecido la pena cada centavo. Pronto volvería a tener dinero y podría alquilar un piso en la otra punta del país. Esos eran sus planes, aunque, por desgracia, los planes nunca le salían bien.

Vació la botella de vodka en el lavabo y se dio una ducha larga en aquella bañera limpia. El champú y el gel olían mejor que nunca, las toallas eran más suaves. ‘Podría acostumbrarme a esto’ se dijo con una sonrisa.

Esa noche, a pesar de la deliciosa cena del restaurante del hotel, las sábanas limpias y el frescor del aire acondicionado, no durmió bien. Tenía pesadillas con la casa, con su antigua casa. En ellas volvía a tener diez años, volvía a escuchar esos horribles gritos que nunca había podido quitarse de la cabeza. Estaba iluminada con una luz roja, hacía calor, parecía que había descendido al mismísimo infierno. Caminaba por el pasillo con su peluche de Burrito en la mano, estaba asustada, solo quería encontrar a su madre y abrazarse a ella hasta quedarse dormida como hacía tantas veces. Se acercaba al dormitorio de sus padres, que tenía la puerta entreabierta. Allí el calor era mucho más intenso. Cuando abrió la puerta se despertó. Había gritado, estaba sudando y necesitaba una copa. O algo más fuerte. Encendió la luz y corrió al minibar, se llevó todas las botellas pequeñas de alcohol a la cama y se las bebió una a una de un trago.

A la mañana siguiente se despertó con un ligero dolor de cabeza y ganas de vomitar, pero al menos había podido dormir de un tirón lo que quedaba de noche. Se miró en el espejo del baño y vio a una mujer que aparentaba más años de los que tenía. Le pareció ver más arrugas y manchas, en las que no había reparado antes.

Se había comprado un tinte de pelo para taparse las canas, al menos antes de la entrevista. No le gustaba teñirse, aunque lo hizo por aparentar. El color era un rojizo más oscuro que el suyo natural. Después se cortó flequillo y un poco el pelo, como cuando iba a la universidad. Un pequeño cambio no venía mal a veces y ese le hacía parecer algo más joven, más o menos de su edad. Y estaba dispuesta a empezar de nuevo. A ser una persona nueva.

Después de desayunar se volvió a duchar, le encantaba esa ducha, podría haberse pasado horas bajo el agua caliente, arrugándose como una pasa. Se puso el traje de las entrevistas, el único que tenía y con el que no se sentía cómoda en absoluto. Chaqueta y pantalón azul marino con una camisa blanca que necesitaba un buen planchado y unos zapatos negros de charol, sin tacón, a los que había limpiado con saliva y una de las toallas del baño.

Al mirarse al espejo de nuevo parecía otra persona. Igual debería pasarse por la peluquería antes para arreglar ese desastre que se acababa de hacer, pero le dio pereza y se hizo un moño. Después se pintó los labios con un color que solía llevar cuando iba la universidad y se puso un poco de máscara de pestañas y corrector en las marcadas ojeras. Pensó que así estaba bien, que esa ya era la mejor versión que podía dar de si misma, una versión superficial que sonreía, se comportaba bien y asentía a todo.

Recordó la primera vez que se había maquillado. Fue una tarde de muchas primeras veces para Willa.

Estaba con su amiga Marion en el baño de la residencia, en la universidad. Llevaban escondida una botella de whisky en el bolso y se estaban maquillando. Más bien, ella miraba como su compañera se maquillaba. Le fascinaba verla aplicándose esos productos por la cara, cosas que ella no había usado nunca. Estaba muy concentrada haciéndose una raya en el ojo, los tenía de color castaño claro, brillaban como estrellas bajo los halógenos del baño.

Se estaban preparando para ir a ver ‘Scream’ al cine. No había nada que una buena película de terror no pudiera arreglar.

—¿Qué estás mirando, Harker?

—Estás muy guapa. Pero no necesitas nada de eso.

—Ya lo sé listilla, simplemente me gusta. Deja que le aplique un poco de color a esa cara paliducha.

Le puso colorete rosado, y luego la barra de labios de un color marrón rojizo. Se le aceleró el corazón, podía sentir cómo latía cada vez con más fuerza. Le pareció que estaban haciendo algo prohibido y fue una sensación maravillosa. Después de pintarle los labios, Marion la cogió por la barbilla y acercó su cara a la suya. Luego la besó. Fue su primer beso, el más mágico y bonito que había tenido nunca. No le importó acabar con pintalabios por toda la cara y que hubiera sido en un baño comunitario. Había magia en esos pequeños detalles.

La magia se rompió cuando entraron otras compañeras al baño, las vieron y comenzaron a vocear, aplaudir y a reír como colegialas.

Había sido uno de los momentos más especiales de su vida, uno de esos que era imposible de olvidar. Se aferraba a esos recuerdos como si fueran su tabla de salvación en momentos de debilidad.

‘La vida también puede ser alegre, bonita’ se repetía como un mantra ‘Puedo ser feliz’.

El edificio del *Greyfield News* estaba cerca del puerto. Le resultaba raro volver allí después de tanto tiempo, estaba tan cambiado que apenas lo reconoció. Aunque supuso que ella tampoco sería fácil de reconocer. Las cosas cambian, el mundo evoluciona, se mueve. Y no le daba la sensación de estar de vuelta en casa. Ese no era su hogar. Aunque no tenía hogar desde los diez años. Tendría que construirse uno ella misma de una puñetera vez.

El periódico era pequeño, sus noticias principales solían ser ferias, accidentes, un gato perdido, los bailes de la asociación de jubilados de Greyfield, la fiesta de la cosecha, el maratón anual y cosas similares. Que ella supiera, en Greyfield solo había ocurrido un par de cosas horribles en los últimos cuarenta años. Y una había sido a la madre de Willa.

Respiró hondo antes de entrar, le atendió un chico en recepción y le dijo que se sentara en la sala de espera. No había mucha gente trabajando, seguramente algunos estarían detrás de alguna noticia como quien hacía la mejor tarta de manzana del pueblo o algo así. Escuchaba muchos teléfonos, y la poca gente que había iba de acá para allá. Se dio cuenta de que había ocurrido algo de verdad y le entró curiosidad. El chico de la recepción ya no estaba y no había a quien preguntar, aunque de todas formas, ya se enteraría más tarde.

Un hombre poco más alto que ella, calvo y de espaldas anchas, la saludó.

—Buenos días. Usted debe de ser Willa Harker, ¿no? —preguntó con una sonrisa de amplios dientes separados. Ella se levantó.

—La misma. Buenos días.

Le dio la mano. Fue un saludo cálido y protector.

—Me llamo Neil Burgess, soy el director de este caos que ve por aquí.

—¿Ha ocurrido algo?

—Lo sabrá cuando compre el *Greyfield News*. Antes sí, trabaja para nosotros —respondió con su amplia sonrisa.

Entraron en un despacho que daba al puerto; se podía ver el mar. El día era claro y las gaviotas volaban encima de las embarcaciones. Se sentaron. Willa con las piernas juntas, inclinándose hacia delante.

—Me resulta usted familiar, señora Harker, ¿nos conocemos de antes?

—No lo creo. No —dijo con una sonrisa a pesar de no estar convencida—. Me acordaría de usted.

—Veo que trabajó en el periódico de la universidad y que luego ha trabajado en un par de revistas. ¿Por qué dejó esos trabajos? ¿La echaron ?

Se estaba empezando a poner nerviosa. Mientras le hacía esas preguntas, Neil Burgess recibió varias llamadas y un par de visitas. Willa estaba cada vez más inquieta y una vena del lado izquierdo de su cabeza empezó a palpar con fuerza. Venía una migraña. Hacía años que no tenía una. Su ojo izquierdo empezó a llorar y sacó un pañuelo del bolso mientras el hombre al otro lado de la mesa hablaba de forma confidencial por teléfono. Al colgar le hizo una pregunta extraña.

—Perdone que se lo pregunte ahora, ¿es señora o señorita Harker?

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Sólo es una formalidad. Quiero usar el término con el que se sienta más cómoda.

—Llámeme Willa entonces.

Neil tenía una sonrisa muy cálida y amable, aquello hizo sonreír a Willa, cuya palpitación estaba empezando a remitir. Aun así, seguía notando un ligero dolor en el lado izquierdo de la cabeza.

—En ese caso, llámame Neil, Willa. Porque el trabajo es suyo.

Ella le miró sorprendida. Había sido fácil. Demasiado fácil. No había respondido ninguna pregunta. No había tenido tiempo.

—¿Puedo preguntarte por qué, Neil?

Él se acercó a ella desde el otro lado de la mesa, parecía a punto de decir un secreto.

—Habr  notado que tenemos montado un alboroto aquí en la redacción. No se trata de un gato extraviado ni nada por el estilo. Es algo gordo. Muy gordo.

— De qué se trata?

—Te he reconocido, Willa. S  qu n eres. Y eso no tiene nada que ver con haberte contratado. Quiero darte una oportunidad. Después de lo que has debido de pasar y viendo tu currículum...

Willa se levant  bruscamente y la silla casi se cae al suelo. Necesitaba un cigarrillo. Neil se sobresaltó al verla tan alterada.

—Willa, por favor no te vayas.

— Me quieres decir qué es lo que ha pasado?

—Es...t ...es tu padre.

Willa se quedó muy quieta, esperando a escuchar las noticias.  Hab a muerto ya?  Se había ido para siempre?  Qu  podía haber ocurrido si no? Su pulso se había acelerado y sentía cómo su corazón lat a a gran velocidad. Y esta vez no le gustó la sensación. Su ojo izquierdo volvió a lagrimear.

—...Hace unos meses despert  de su catatonia, debes de saberlo. Y ahora ha desaparecido.

Ella tard  un rato en procesar lo que acababa de escuchar. No le cabía en la cabeza aquella información.

—No lo entiendo,  ha muerto?

Neil negó con la cabeza.

—No, Willa. Lo siento. Se ha ido. Estaba en el ala de baja seguridad del sanatorio. Ya había cumplido toda la condena y, debido a su enfermedad, consideraron que se quedara con ellos. Debes saberlo.

Willa se acordaba de aquel lugar, estaba tan solo a un par de kilómetros al oeste del cementerio de Greyfield. Desde allí se veía cada vez que iban a visitar la tumba de sus abuelos. Greenfield era una población más grande que Greyfield y tenía el sanatorio para presos con problemas mentales. Algo que hace sesenta años causó un gran revuelo, ya que Greenfield era considerada una zona familiar, signifique lo que signifique eso.

Estaba molesta, se sentó traicionada. Y en el fondo, muy asustada.

— Por eso me has llamado? No acab  la carrera de literatura, no he durado más de tres meses en un mismo trabajo. No me llevo bien con mis compañeros y menos aún con mis jefes. No sigo  rdenes. No me gusta socializar...

Se dirigió hacia la puerta y antes de salir dijo.

—Y soy alcohólica.

Salió por la puerta, escuchó a Neil llamándola, pero no hizo caso. Se dio cuenta de que la redacción la miraba, pero ella no se dio la vuelta.

Al llegar al coche, cogió un cigarrillo y miró el teléfono. Tenía varias llamadas perdidas de su abogada. Sabía por qué había llamado. Quizá no era cierto, quizá ese tal Neil le había gastado una broma. ¿Era hoy el día de los inocentes? No, estaban en pleno verano. Pero ese hombre que la había reconocido podría haber esperado a hacerle una broma. Era cruel, pero podría ser. Ella, mejor que nadie, conocía la crueldad.

—¿Willa? ¿Estás ahí?

Willa no contestó al momento. Observaba las gaviotas posarse en algunos de los coches.

—Aquí estoy, sí— respondió fríamente ‘Ya sé lo que me vas a contar, pero necesito que me lo digas tú, me fío de ti’

—Tengo malas noticias.

El corazón se le aceleró todavía más. No respondió. No sabía qué decir. Quería ese cigarrillo ya.

—Se ha marchado. O le han secuestrado. Esperemos que sea lo primero, ¿no crees?

‘Mierda, es verdad. Neil, no me ha gastado ninguna puta broma’

—Willa, ¿sigues ahí? —preguntó apremiante su abogada.

—Sí, sí —volvió a respirar hondo y deseó no haber vuelto a Greyfield, ese lugar no le hacía ningún bien. Tenía varias preguntas pendientes y estaba empezando a cabrearse— ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido? ¡Es un viejo decrepito y moribundo joder! ¡Malditos inútiles!

—Entiendo tu enfado —respondió con calma—. La policía supone que tratará de ponerse en contacto contigo. Ya no es un preso, lo sabes, es un hombre enfermo y vulnerable. Y querrán saber dónde está.

Willa apretó los ojos, sentía el corazón bombeando en su pecho con furia y se estaba quedando sin respiración. Bajó un poco la ventanilla para respirar la brisa que venía del mar.

—Si le veo le mato —dijo con toda la calma de la que fue capaz.

—Sé que esto está siendo muy duro para ti, pero...

—¡No tienes ni puta idea, joder! —gritó.

—No te puede hacer daño, está muy enfermo. Ya sabes que los médicos le dan tan solo seis meses como máximo.

—Y aun así ha podido largarse, ¿qué puta mierda de psiquiátrico es ese?! ¡joder!

—Seguro que no llega muy lejos y que le encuentran antes de que termine el día, solo quería que lo supieras y que estuvieras alerta. No debes preocuparte.

—No sé dónde estoy —.Se dijo más a ella misma que a su abogada.

Sin embargo, estaba allí. En *casa*. Otra vez. Como si el destino la hubiera llevado el momento adecuado! La encontraría.

—¿Cómo estás? —le preguntó con cautela.

—Como siempre. Sobreviviendo —respondió al borde de las lágrimas.

—¿Necesitas un trabajo? Ya sabes que puedo ayudarte con eso. Por favor Willa...

—Lo sé. Tengo algo, no te preocupes.

—Está bien. Llama a la policía si le ves, por favor, y no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—Jamás lo haría. Tengo que irme.

—Adiós, Willa.

—Adiós.

Colgó, se restregó las manos en la cara y después comenzó a gritar mientras golpeaba el volante y hacía sonar el claxon, asustando a los pocos viandantes. Varias gaviotas salieron volando de encima de los coches.

Lo que necesitaba más que un cigarro era una copa. Pero lo haría en cuanto terminara lo que había venido a hacer. Y como tampoco tenía el trabajo, después se iría para no volver. Esta vez para siempre.

Mientras se acercaba a su antigua casa, otra punzada de dolor le cruzó el lado izquierdo de la cabeza. Le palpitaba y lloraba otra vez el ojo. ‘Debe ser este lugar’ pensó.

Aquellas calles le traían recuerdos felices de su infancia. ¿Cómo era posible que un recuerdo feliz pudiera ser a su vez tan doloroso? Se vio a sí misma montando en su bicicleta rosa con ruedines cuando tenía siete años y con su madre tras ella, gritándole que no fuera tan deprisa y que tuviera cuidado con los coches. Fue en el setenta y siete. Se la acababan de regalar por su cumpleaños. No disfrutó muchos años de aquella bicicleta. Incluso eso se lo había arrebatado ese maldito cabrón.

Llegó un poco antes, aquella calle idílica, con sus casas victorianas y sus jardines bien cuidados, no parecía haber cambiado mucho. Dirigió lentamente su coche hacia el número doscientos siete. Y se paró. Y casi lo hace su corazón.

Allí estaba su antigua casa, aquella en la que había vivido los primeros diez años de su vida. Recordaba algunas fotos que había decidido conservar junto con las cosas de su madre en un pequeño almacén en Greenfield. Había estado allí por última vez hacía quince años, pero seguía pagándolo con el dinero que le había dejado su padre. Era lo único en que lo usaba.

Su abogada le había contado que sus padres habían comprado la casa muy barata porque sus dueños querían deshacerse de ella lo antes posible. Aseguraban que estaba encantada. Y qué razón tenían? Cuando su madre murió, estaban haciendo una pequeña obra en el sótano. Willa supuso que la casa estaría destrozada y que no merecía la pena ni siquiera conservarla.

‘Echarla abajo sería lo mejor’ pensó. Y puede que los interesados compradores con los que había quedado también lo pensarán después de echarle un vistazo.

Podría haber dejado todo en manos de su abogada y de la agente inmobiliaria, pero ella quería conocer a las personas que habían hecho la oferta y que tan interesados parecían en aquel lugar maldito. Podría haber cogido el dinero y ya está. Aunque los compradores también tenían interés en conocerla a ella. Sabían lo que había pasado ahí dentro y sentían curiosidad. Willa no tenía ningún problema si pagaban lo que pedía. Después podían volar ese lugar por los aires si era lo que deseaban.

Antes de salir del coche, miró en todas direcciones. Temía que su padre apareciera por allí, pero ¿acaso él la reconocería? Supuso que sí porque tenía cierto parecido a su madre, aunque había heredado los ojos de él. Era alta y espigada, con el pelo rubio, rojizo y liso. Su madre era más rubia, pero era porque se teñía el pelo y también lo tenía liso, muy largo. Si Willa hiciera lo mismo, seguramente parecerían hermanas.

Tenía miedo de verle cara a cara. De comprobar qué era capaz de hacer.

Ahora que lo pensaba, debería haber ido antes a comprar un arma. Si él se atrevía a acercarse, ella mataría dos pájaros de un tiro. Se desharía de la casa y de su padre sin ningún remordimiento, y todos sus problemas acabarían de golpe. La cárcel sería un paraíso comparada con lo que había sido su vida.

Se bajó del coche y sintió la brisa fresca; recordaba eso de aquel barrio tan verde. No hacía tanto calor como en la ciudad, puesto que estaban rodeados de árboles y tenían un parque a cada lado.

Volvió a mirar a su alrededor, sentía que alguien la observaba a pesar de que la calle estaba desierta.

La casa era más pequeña de lo que recordaba, y no tan oscura. Parecía sacada de un cuento de hadas, a pesar de que el color amarillo estaba desvaído y mostraba una madera vieja y de un

color difícil de definir. Todavía conservaba el porche frontal de color blanco y los amplios ventanales, como ojos que te observaban, ahora ciegos por los tablones de madera. Y aquella torre, en la que jugaba cuando era pequeña, se decía que era el castillo de una princesa; le gustaba subir a la buhardilla a fingir que había sido secuestrada por un malvado dragón. El tejado inclinado parecía haber soportado el paso del tiempo; sin embargo, algunas zonas se estaban cayendo a pedazos. A Willa no le pareció una casa encantada, ni siquiera parecía que algo horrible había ocurrido en su interior. A pesar de todo, un escalofrío le recorrió la espalda. Seguía recordándole al castillo de un ser malvado que había secuestrado a una princesa.

Una parte de su mente deseaba entrar, aunque la parte racional quería quedarse donde estaba y no dar ni un paso más. La palpitación del lado izquierdo volvió, pero esta vez más profunda e intensa que antes. Tenía ganas de vomitar.

Una mujer se acercó, llevaba un traje rojo más elegante que el suyo y además le sentaba mejor, como si se lo hubiera hecho a medida. Se presentó, sin embargo Willa olvidó el nombre al segundo, era la mujer que había contratado su abogada para vender la casa.

—Los compradores estarán a punto de llegar —dijo aquella mujer.

—¿Ha entrado en la casa? —preguntó Willa, más con curiosidad que otra cosa.

—Sí, he tenido que ver si había algún desperfecto grave y peligroso, además de redecorarla un poco. Hemos arreglado todo lo que hemos podido. No se preocupe por nada. No hay peligro,, ¿le gustaría entrar antes de que lleguen nuestros clientes? Al fin y al cabo se trata de su casa.

Willa no estaba segura. Notaba cómo aquella casa la llamaba, podía escuchar su nombre en el viento, pero ella se resistió, necesitaba una copa. Lo necesitaba más que entrar en aquel infierno.

Finalmente, negó con la cabeza: hoy no sería el día y puede que nunca lo fuera.

—¿En qué estado está? Sea sincera,, por favor —No se creía que estuviera en perfectas condiciones.

La mujer sonrió. Parecía sincera,, y a Willa se le encogió el estómago. Las sonrisas sinceras siempre le provocaban esa reacción. Una especie de gratitud y ganas de llorar.

—He de decir que el estado de la casa está... bien en algunas zonas, a pesar de los vándalos que han dibujado horribles grafitis en las paredes y suelos. Y la cantidad de basura que había y las ratas... pero no se preocupe por eso, hemos limpiado lo que hemos podido para que los posibles compradores no lo vean. También ha venido el exterminador así que ya no debería quedar ninguna alimaña. Está casi todo pintado y reformado para atraer a más clientes, aunque obviamente, se trata solo de parches. Quien la compre tendrá mucho trabajo.

Willa solo escuchó el ‘casi’, así que supuso que estaba hecha un desastre, pero que la agente no quería asustarla.

—¿De qué eran los grafitis?

—¿Perdone?

—Los grafitis ¿por qué eran tan horribles?

—¡Ah! Ya sabe, esas cosas horripilantes que tanto gustan a los jóvenes de hoy en día.

—Sí, lo entiendo. Solo quiero saber que decían o que dibujos...

—Ahí están nuestros compradores.

Una pareja joven caminaba hacia ellas. Willa les saludó sonriente a pesar de que estaba empezando a encontrarse realmente mal. Ambos se presentaron y le dieron la mano.

—¿Está bien señora Harker? —preguntó la chica de la pareja.

—Sí, solo...me preguntaba porque querrían comprar la casa. Saben, deben de saber lo que ocurrió. Deben saber qué dicen que está maldita.

—Lo sabemos todo señora Harker —respondió ella— ¿No se lo han dicho?¿no ha visto nuestro programa de televisión?

—¿Disculpe?

—¿No se lo ha explicado? —le preguntó el hombre a la agente inmobiliaria.

—No creí que fuera necesario. Estaba segura de que la señora Harker estaba al corriente de quienes son ustedes y para que quieren adquirir la casa en cuestión.

—¿Un programa de televisión? —Willa estaba muy confundida. Apenas veía la televisión, así que no sabía qué tipo de programa querría comprar una casa en la que había ocurrido un asesinato tan horrible.

—¿Podemos entrar ya? —preguntó la joven, parecía inquieta y ansiosa por conocer los secretos que guardaba aquella casa victoriana.

—Claro —dijo la agente inmobiliaria y dieron unos pasos al frente. Todos menos Willa, cuyo dolor de cabeza estaba alcanzando niveles tan altos que creyó que no podría mantenerse en pie.

—Por favor —dijo con dificultad— ¿Podrían explicarme a qué viene eso del programa de televisión? ¿qué es lo que van a hacer con la casa?

Ella esperaba que la tiraran abajo e hicieran otra o un bloque de apartamentos, o cualquier cosa. Mientras tanto, la casa parecía susurrar su nombre. La llamaba, la quería. Quien contestó fue el hombre que también parecía algo inquieto y deseando salir de esa situación.

—Bueno, nos dedicamos a comprar casas consideradas ‘malditas’ —dijo la última palabra haciendo comillas con los dedos. Sonreía—.Y básicamente las reformamos. Grabamos todo el

proceso para nuestro programa de televisión. Los espectadores ven la reforma, conocen que ocurrió en la casa, le hacemos un exorcismo y solemos entrevistar a las personas que vivieron en ella. Tiene mucho éxito.

—¿Qué hacen luego con la casa?

—La vendemos a un buen precio. Necesitamos ganar algo. Y siempre hay gente dispuesta a comprarla. Recién reformada y limpia ya no parece tan horrible. No hemos recibido ni una queja —.Esta vez respondió la mujer, tenía una voz suave y calmada.

—¿Le gustaría salir en el programa hablando de su experiencia en la casa? —preguntó el hombre y un segundo después se puso rojo como un tomate. Parecía abochornado —Discúlpeme, seguramente no sea buena idea.

—Entremos ya, que se nos hace tarde —dijo la mujer.

—No, yo...yo creía que...creía...que la echarían abajo, qué acabarían con ella.

—¿Para qué comprar una casa y luego echarla abajo? —respondió la agente inmobiliaria. —.Y mas una casa como ésta, antigua y en buen estado. Y lo más seguro es que el vecindario y el ayuntamiento prohíban su demolición. Todas las casas de este barrio son victorianas, como ya sabrá usted. Una casa nueva no iría con el resto.

Willa enrojeció, por una parte se sentía una estúpida y por la otra estaba empezando a aborrecer a la pareja y a la agente inmobiliaria. Le parecía que se habían puesto en su contra.

—Entrad vosotros. Yo esperaré en el coche. Ahora mismo no puedo hacerlo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la agente inmobiliaria.

—Si, no se preocupen. Estaré en el coche cuando salgan.

—¿No quiere ver la casa? —dijo él.

—Déjala Pete. Debe de ser duro para ella.

—Han pasado cuarenta años —añadió Peter casi riendo.

Willa le atravesó con la mirada, él se apartó un paso y se colocó las gafas.

—Eres un imbécil Pete. Vamos, entremos ya.

Willa se metió en el coche con la ventanilla bajada para fumar un cigarrillo. Se miró en el espejo y vio que tenía el ojo izquierdo muy rojo y lloroso. Se sentía muy cansada. Solo deseaba que le hicieran una oferta y dejar el asunto atrás ‘Que hagan lo que quieran con la maldita casa. Ya no quiero que sea asunto mío nunca más’ pensó mientras se encendía el cigarro ‘Eso de que está encantada es una chorrada como un piano. Los fantasmas no existen’

Pensó en su madre, con su pelo largo y rubio y los ojos azul verdoso. Lo sabía más que nada porque conservaba una de las últimas fotografías que se sacó, para el pasaporte. Hacía años que

esos eran sus únicos recuerdos de ella. Fotografías. Ni siquiera podía recordar su voz.

No podía soportar la idea de que su fantasma vagara por esa casa después de cuarenta años. Además de ser algo triste, era una idea ridícula. La casa no estaba encantada. Los fantasmas no existían. Su madre no estaba esperándola después de cuarenta años. Allí no quedaba nada para ella, sólo recuerdos tristes. Pensó que quizás eran las personas las que estaban encantadas y malditas. Y que ella estaba maldita al igual que su madre.

Miró el teléfono y tenía varias llamadas perdidas del periódico. En su mente apareció la idea de escribir un artículo sobre su padre, sobre lo que pasó. Sería una buena forma de cerrar heridas y dejarlo atrás, por doloroso que fuera. Quizá incluso podría hablar con su padre una última vez. Como había dicho ese hombre ignorante y estúpido ya habían pasado cuarenta años. Willa rió, cuarenta putos años tirados a la basura ‘Mi vida entera tirada a la basura, al menos podría sacar algún beneficio de ello’.

No sabía si había sido buena idea quedarse en el coche, no estaba segura de si era mejor despedirse de la casa antes de que esa parejita la reformara hasta dejarla irreconocible ‘Pero por mucho que limpies, lo podrido seguirá estando podrido’.

Cuando salieron de la casa la pareja estaba encantada y la agente inmobiliaria no dejaba de mirarlos con una sonrisa bobalicona en la cara. Willa seguía notando las palpitaciones en la sien pero bajó del coche para hablar con ellos.

—Es una casa fabulosa —dijo ella—. Tiene algunos desperfectos mayores y otros causados por el paso del tiempo, los grafitis... pero está mejor de lo que pensaba, cosa que me sorprende para una casa que lleva tantos años abandonada y con esta fama. Solo queda ese pequeño agujero en el suelo del segundo piso, nada que una buena reforma no pueda arreglar. Las hemos comprado en peor estado.

—¿Los grafitis?

Willa miró a la agente inmobiliaria.

—¿No me ha dicho que...?

Sonreía enseñando todos los dientes, pero la ignoró.

—Para su información señora Harker —añadió el hombre—. No hemos visto ningún fantasma. Ni siquiera el de...

La joven le dio un codazo antes de que pudiera continuar.

Willa no le miró. Pero, a pesar de que la agente inmobiliaria también le caía mal, la chica le gustaba. Parecía genuinamente fascinada por su antiguo hogar. Por aquella casa que sus padres compraron con toda la ilusión del mundo.

—Nos gustaría saber más sobre la casa. Y su...su propia historia. Es algo que aquí todos conocen, aunque no desde su punto de vista —dijo la chica.

—Me lo pensaré —.Fue lo único que pudo responder.

Willa no se encontraba bien para hablar de números, así que quedó en llamar a la agente inmobiliaria con lo que pedía. Se lo pensaría, pero les prometió que ellos serían los primeros en la cola. Les dio la mano y les vio alejarse, ilusionados y esperanzados.

El cielo se había cubierto de nubes y amenazaba tormenta, pero el calor seguía siendo insoportable y Willa se quitó la chaqueta a pesar de tener la camisa con surcos de sudor por debajo de las axilas.

Se acercó a la verja de la casa y la miró como si nunca la hubiera visto antes. El dolor de cabeza pareció remitir un poco y no se sentía tan mareada. Se levantó brisa y disfrutó del sonido que provocaba al pasar entre las ramas de los árboles. La calle estaba muy tranquila, miró a su alrededor, y a pesar de que otra vez no había nadie a la vista, sentía unos ojos puestos en ella, como si hubiera alguien vigilando cada uno de sus movimientos. Volvió a posar su vista en la casa y la vio. Su madre estaba en la ventana de su antiguo dormitorio, la única que no habían tapado. Willa pegó un grito y sus ojos se humedecieron. Pudo ver como una mano como una garra la cogía del brazo mientras gritaba y se la llevaba fuera de su vista.

Willa vomitó al lado de la valla y el dolor de cabeza volvió con más fuerza. No se atrevía a mirar de nuevo hacia allí arriba. Se sentó en el suelo procurando calmarse. Se limpió el resto de vómito de la boca con la manga de la camisa y se quedó allí sentada un rato, evitando mirar hacia su casa y diciéndose a sí misma que había sido una alucinación, que allí no había nadie. Que los fantasmas no existen.

En cuanto entró en la habitación del hotel se dio cuenta de que no tenía ni idea de como había llegado hasta allí. Se duchó y después se metió en la cama. Aparentemente, antes de llegar al hotel había pasado por el Super Plus de Greenfield y se había provisto con varias botellas de vodka, pero su mente no quería recordarlo. Decidió no beber, solo dormiría. Debía mantenerse sobria, esas visiones que había tenido eran por culpa del alcohol. Más bien de la falta de él.

Cuando despertó, estaba amaneciendo. Vio desde su cama el cielo en tonos rosados y se animó un poco. Lo que había visto en su antigua casa se le antojó una locura, el no haber bebido en todo el día, el intenso dolor de cabeza, esa pareja, la agente inmobiliaria que no dijo de qué eran los grafitis, estar allí de nuevo, recordar a su madre. Todo había influido en ella.

Bajó a desayunar porque el servicio de habitaciones le parecía demasiado caro, esta vez llevaba la ropa con la que más cómoda se sentía: vaqueros, camiseta básica gris y unas sandalias que se había comprado en una tienda de segunda mano. En realidad, todo se lo compraba en tiendas de segunda mano, incluido el teléfono móvil.

Tenía un mensaje de voz de Neil Burgess. Le pedía que volvieran a verse, que pidiera las condiciones que quisiera, que la *necesitaban* en el *Greyfield News*.

Willa no sabía que responder a aquello. Ella requería un trabajo con urgencia, ya que no sabía si finalmente vendería la casa, aunque estaba segura de que lo haría, y Neil había dicho que él quería darle un puesto. Y mientras tanto necesitaba el dinero. El *News* era un periódico muy antiguo y ella no creía realmente que la necesitaran. Pero era la primera vez que alguien decía que la necesitaba, la primera vez que sentía que la querían en algún sitio.

Encendió su viejo ordenador portátil y se puso a buscar el programa de televisión, lo encontró nada más poner en el buscador 'Programa televisión reforma casas encantadas'. Se titulaba 'Desencantando casas' y ya llevaban dos temporadas en busca de las casas malditas del país para darles un repaso. Y no solo eso, llevaban a exorcistas y espiritistas para que se pusieran en contacto con los espíritus atrapados y limpiar la casa de malas vibraciones. También salían los antiguos dueños hablando de sus experiencias y de cómo sentían la casa después de la reforma y la limpieza. Todos coincidían en que la casa parecía diferente, que ya no notaban las presencias, a veces malignas, que los habían estado atormentando durante todos esos años. Algunos parecían aliviados, y otros tristes por haberse deshecho de la casa en la que habían vivido una parte importante de su vida, y que ya formaba parte de ellos, a pesar de las malas experiencias.

Decidió que darse una vuelta por la ciudad le ayudaría a aclararse las ideas. Cuando volvió al dormitorio por sus cosas, se dio cuenta de que llevaba un arma en el bolso ¿Había ido a la armería después de ver la casa como había sido su idea inicial? Tenía una licencia que se había sacado el año anterior gracias a un tipo al que estuvo viendo y que estaba obsesionado con las armas ¿Le habían dado el arma sin hacer preguntas? Supuso que sí porque había conservado el tíquet. Al menos no la había robado.

Ahora sí se encontraba con su padre podría acabar con el viejo de una forma rápida, antes incluso de que pudiera decir nada y convencerla de que matarle no era una buena idea. Sabía que siempre había sido muy persuasivo y que por eso había conseguido que en lugar de meterle en la cárcel le encerraran en el psiquiátrico de Greenfield. Como suele decirse era, y es, capaz de vender arena en el desierto.

Cogió el coche y se dio una vuelta por aquellas calles que hacía más de quince años que no veía. Estaba diferente, pero de algún modo igual. Habían abierto nuevos negocios, pudo ver un restaurante vegano; una tienda de ropa *indie*, fuera lo que fuera eso; otra tienda de segunda mano; una cafetería mona; un estudio de diseño y otras tantas similares.

Por lo menos vio algunos negocios conocidos, como aquella cafetería que no había cambiado en más de sesenta años y de la que, sorprendentemente, recordaba lo ricas que estaban las tortitas con nata y sirope de chocolate.

A pesar de lo que había crecido el pueblo, hasta convertirse en una pequeña ciudad, todavía quedaba sitio para aparcar, así que encontró uno y se dirigió a la cafetería.

Al entrar olió el café recién hecho y la música de los años cincuenta le trajo buenos recuerdos. No había mucha gente y se sentó en uno de los bancos corridos y acolchados al lado de la ventana. Todo seguía tal y como lo recordaba. Le parecía que había viajado en el tiempo. A un momento y lugar mejores.

Pidió unas tortitas con un café y se percató de que un hombre de la barra no dejaba de mirar hacia ella cuándo creía que no se daba cuenta. No era muy disimulado.

Mientras devoraba su plato el hombre se sentó enfrente. Willa le miró con el ceño fruncido. Era un poco mas joven que ella y tenía el pelo corto y castaño, sus ojos oscuros la miraban con curiosidad. En sus manos portaba una libreta y un bolígrafo, muy de la vieja escuela, pensó ella.

—Siento interrumpirla señora ¿O es señorita? Harker. Soy Avery Green.

Extendió el brazo para darle la mano, pero ella le ignoró y siguió comiendo.

—Trabajo en el *Greyfield News*. La he visto en la redacción. Es una suerte que usted... ¿Puedo llamarla Willa? Esté aquí precisamente ahora. Es una increíble casualidad. Estoy escribiendo un reportaje sobre el cuarenta aniversario del asesinato de su madre y me gustaría que me diera unas declaraciones ¡Ah! ¿Y qué opina de que su padre se haya marchado justo ahora? ¿sabe dónde está? ¿o tiene idea de dónde puede estar? ¿quién le ayudó a escapar? ¿Cree que ha sido Anthony Vázquez? ¿le ha visto durante todos estos años? A su padre me refiero.

Willa estaba asqueada por el comportamiento de ese hombre ¿Quién se creía que era para avasallarla así con esas preguntas?

—No pienso hacer ninguna declaración —dijo finalmente con frialdad.

—Lo siento, creo que mi comportamiento no ha sido el adecuado ¿Va a trabajar en nuestro querido periódico? Espero que sí, me vendría muy bien su ayuda para el reportaje. He hablado mucho con su padre en los últimos dos años, bueno hasta que...ya sabe...la catatonia...no se si

fue real o fingida, yo creo que la fingió, ya sabe... Me sorprende mucho que se haya marchado. Debe de saber que está muy enfermo.

La televisión de la cafetería estaba encendida pero con el volumen al mínimo y daban las noticias. Ella se quedó mirando la pantalla. Seguían con la búsqueda del ‘preso’ que se había marchado del sanatorio de Greenfield, un hombre muy conocido en la comunidad y que había cometido un horrible asesinato hacía ya cuarenta años.

Pusieron varias fotos familiares, su padre y su madre el día de su boda, una foto de la familia cuando ella tenía tres años, una de su padre sosteniendo uno de sus libros en una firma y otra de él ahora, llevaba el pelo largo y barba, estaba muy delgado y su tez estaba amarillenta y cubierta de manchas, sus ojos eran como ella los recordaba, como los de ella. Todavía vivos y claros.

Avery se había dado la vuelta y también miraba la televisión. Después la miró a ella.

—¿Cuánto hace que no le ve?

—Mucho tiempo.

—¿Le gustaría saber lo que me ha contado? ¿su versión de los hechos?

—¿Para qué? Ya sé lo que ocurrió. Se olvida de que yo estaba allí.

—Me ha dicho que le ha escrito cientos de cartas durante todos estos años ¿Qué decían?

Willa le miró con repulsión.

—No las ha leído —afirmó él.

—Eso no es asunto suyo.

Willa se levantó y dejó el dinero sobre la mesa junto con la propina. Ya había tenido suficiente. Avery la siguió fuera.

—¿La policía se ha puesto en contacto con usted?

—No voy a responder a ninguna de sus preguntas señor Green.

—Por favor, llámeme Avery. Solo deme algo que pueda utilizar en el reportaje, usted también es periodista, debe entender que este es mi trabajo ¿No cree en el destino? Me he encontrado aquí con usted por algún motivo.

—Sí, para quedarse con las ganas de mis declaraciones.

Y se subió al coche. Avery sacó una de sus tarjetas de visita y se la pasó a través de la ventanilla abierta.

‘¿Tarjeta de visita?, Que anticuado’ pensó ella mientras la sostenía.

—Por favor, venga a trabajar con nosotros al *Greyfield News*. Estaremos encantados de tenerla en la plantilla. Y si no, llámeme, aunque sea para tomar una copa. Sé que no tiene amigos aquí.

Podía reconocer que tenía una sonrisa atractiva y que, seguramente, ese carisma que desprendía le habían ayudado mucho en su vida laboral. Era del tipo que conseguía todo lo que se proponía. Como su padre.

Se dirigió al cementerio, había olvidado totalmente que su madre estaba enterrada allí. Pero antes compraría unas flores, unas caléndulas, sus favoritas. Ella siempre le decía que la protegerían de todos los males. Volvió a llorar.

AA Pautas Generales

AA (Alcohólicos Anónimos) es una comunidad de hombres y mujeres que comparten entre sí su experiencia, fortaleza y esperanza para ayudarse a sí mismos y a los demás a recuperarse del alcoholismo. He aquí algunas pautas generales que siguen los miembros de AA:

1. Anonimato: Los miembros de AA deben mantener el anonimato a nivel público, lo que significa que no revelan la identidad de otros miembros con los que se reúnen o comparten.
2. Participación voluntaria: La participación en AA es siempre voluntaria. Los miembros asisten a las reuniones y participan en el programa por su propia voluntad.
3. Apoyo sin prejuicios: Los miembros de AA se prestan apoyo mutuo sin juzgarse, independientemente de sus antecedentes o circunstancias.
4. Confidencialidad: Lo que se comparte en las reuniones de AA es confidencial. La privacidad de los miembros es respetada y protegida.
5. Sin cuotas: No hay cuotas ni honorarios asociados a la pertenencia a AA. La organización se autofinancia a través de las contribuciones voluntarias de sus miembros.
6. Enfoque en la recuperación: El enfoque principal de AA es ayudar a los miembros a alcanzar y mantener la sobriedad a través del programa de 12 pasos.
7. Principios espirituales: Se anima a los miembros a desarrollar una base espiritual como parte de su recuperación, pero esto es una elección personal y no está vinculado a ninguna creencia religiosa en particular.
8. Autonomía de grupo: Cada grupo de AA es autónomo y se autogobierna. Se anima a los miembros a respetar las decisiones de su grupo local y a trabajar juntos hacia el objetivo común de la sobriedad.

Estas directrices ayudan a crear un ambiente de apoyo y sin prejuicios dentro de AA, que es esencial para la recuperación de sus miembros.

Perdiendo Mi Religión

Llevaba cuarenta años recordando lo que había hecho, el terrible error que había cometido. Cada día veía las mismas imágenes en su cabeza, ese era parte del castigo. Cuarenta años escuchando los gritos de su esposa y las risas del demonio que la había poseído. Si hubiera tenido más tiempo...pero pasó lo que pasó y ya no había marcha atrás. Lo único que podía hacer era impedir que ocurriera de nuevo, y además a su propia hija.

Sintió una punzada de dolor al recordarla en el juzgado, tan pequeña, tan inocente. Le había explicado por misiva todo lo ocurrido, le había pedido perdón y ella jamás había contestado. Lo entendía, y sabía que le odiaba y que no le escucharía aunque su vida dependiera de ello.

Estaba claro que tenía que salir de allí, encontrarla e impedir que el demonio despertara, si no lo había hecho. Había leído mucho sobre el tema, pero ni siquiera los expertos se ponían de acuerdo. Sabía que la atraería de algún modo hasta la casa y le haría abrir la puerta del sótano, donde había permanecido encerrado durante los últimos años. No tenía que abrir la puerta, no debía bajar al sótano, era imprescindible. Debía saberlo.

Le había contado algo al periodista que había venido a entrevistarle, sin embargo, el hombre era escéptico y aunque le trataba con respeto, le creía loco. Lo había visto en su cara cuando le dijo lo del demonio. Aunque obviando algunos detalles, esos solo los dejaría para su amigo Anthony y para Willa.

Le había visitado muy a menudo los últimos dos años. Antes de fingir una catatonia durante unas semanas. Durante sus reuniones hablaban sobre libros, su vida en la universidad, su infancia. Habían hecho buenas migas y sabía que volvería a por la verdadera historia, lo único que le interesaba a él y a los lectores de su periodicucho de mala muerte.

—Antes de nada, quiero que me prometas que la encontrarás —.Le dijo antes de que se sentara en la pequeña sala de visitas. Había dos guardas en las esquinas y un enfermero

esperando fuera.

—¿Encontrarla? ¿a quién?

Aquel tipo con la mascarilla y guantes quirúrgicos le parecía cada vez más estúpido.

Menos mal que al final se quitó la mascarilla y la guardó en una bolsa. No soportaba que la llevara, le ponía de los nervios.

—A Willa, a mi hija. Quiero...necesito verla antes de que todo esto acabe. Tengo que decirle algo importante. Muy importante.

—He intentado localizarla señor Nichols, pero me ha sido imposible.

Se estaba empezando a inquietar. Si le había pasado algo a ella... Tenía que encontrarla o sería demasiado tarde.

—No has buscado bien. No creo que se la haya tragado la tierra.

—No quiere que la encuentren.

—Me da igual lo que quiera. Tengo que verla, tengo que explicarle todo. Estoy seguro de que no ha leído ni una de las cartas que le mandé. Si no, habría venido a verme.

—Lo leerá en el periódico.

—¡No quiero que lo lea en su maldito periódico! ¡Sería demasiado tarde, cretino!—.Se levantó, furioso. Quería pegar en la cara a ese miserable. Avery se apartó instintivamente y casi se cae de la silla.

Los guardas le cogieron antes de que le diera tiempo siquiera a mover un dedo y le esposaron las muñecas por detrás.

El hombre estaba asustado, podía verlo en sus ojos.

Un enfermero entró con una jeringuilla. Las malditas drogas, le impedían pensar. Estaba muy enfadado.

—No será necesario —dijo Avery—. Ya está esposado.

—Si vuelves a comportarte así, tendremos que ponerte la inyección Richard ¿me oyes?

Claro que le oía, no estaba sordo. Ni loco.

Se sentó de nuevo, más tranquilo, y los guardas se alejaron. Las esposas le molestaban, pero ya estaba acostumbrado a que le trataran como a un animal.

—Encuétrala y te lo contaré todo. Te diré cada cosa que me he guardado durante todos estos años. Tendrás la exclusiva del puto siglo—. Era mentira, lo había contado todo, al menos todo lo que quería contar. Mentir era una de las cosas que mejor se le daba.

Había decidido hablar con él y pedirle que colaborara con su autobiografía por que creyó que le ayudaría a encontrar a Willa, pero ese tipo le parecía un inútil y le daba la sensación de que

había perdido el tiempo con él.

—Ese no era el trato. Todavía tengo que terminar su biografía.

—A la mierda con mi biografía. A nadie le interesa.

—Se equivoca. Hay mucho en juego señor Nichols, no se si da...

—Yo no voy a perder nada aquí ,puesto que yo ya no tengo nada ¿o no ves dónde vivo? Donde llevo viviendo la mitad de mi vida. Y, además, por si no lo sabes pequeño mamarracho, me estoy muriendo.

Pero todo el mundo lo sabía. No había secretos en la vida de Richard Nichols. Era de dominio público cuando se ponía enfermo, tenía un mal día, lo que había comido, lo que estaba leyendo en ese momento e incluso cuando evacuaba.

Miró a su alrededor. Avery estaba todavía mas asustado que antes. Temía perder su gran exclusiva, su contrato con la editorial, incluso su acuerdo con una productora que quería los derechos para hacer la película. Él si que tenía que perder. Y mucho.

—No le queda mucho tiempo señor Nichols. O es ahora o nunca.

Richard rió como una persona que ya lo ha perdido todo en la vida.

—Vuelve a mirar las cintas del interrogatorio. Ahí está todo lo que tienes que saber —mintió. Había contado solo una parte aquella vez.

Avery parecía a punto de perder la paciencia.

—Ya las he visto decenas de veces. Quiero que me lo cuente todo a mi. Ahora.

—Quiero ver a Willa. Se lo contaré todo a ella.

—Pero ella no quiere verle a usted ¿se da cuenta? —respondió Avery, irritado.

—Convénzala.

—Ni siquiera...

Richard se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Ni siquiera la conozco. No sé donde está ni donde podría estar.

Los guardas acompañaron al anciano hasta la puerta.

—Eres periodista, seguro que tienes recursos. Y por cierto, cuando la veas, díle que es real. Y que pronto despertará, si no lo ha hecho ya. Y que no baje al sótano bajo ningún concepto, él estará ahí esperando. Eso último es muy importante ¿me entiendes? ¡Que no baje al sótano!

Avery se había levantado, miraba a Richard como se mira a alguien que ha perdido totalmente la cabeza.

—¿Está hablando del demonio?

‘¿De quién coño cree que estoy hablando este desgraciado?’ Pensó.

—Si no hacemos nada para detenerlo, acabará con todos nosotros. Eso me lo dijo hace cuarenta años —.Otra pequeña mentira con una parte de verdad.

Se levantó para marcharse con los guardas y el enfermero que esperaba fuera.

—¿Qué le dijo exactamente?

Richard se dio la vuelta, su mirada penetrante asustó al periodista, que creyó que volvería a lanzarse sobre él. Había pensado mucho en aquella frase, en como decirla sin que sonara falsa. No creía haberlo logrado. Sí que el demonio le habló y le amenazó, pero no podía recordar las palabras exactas.

—'No podrás acabar conmigo. Volveré y terminaré lo que he comenzado. Arderéis todos en el fuego eterno. Lo verás con tus propios ojos'

Avery se le quedó mirando, confuso. Richard se dio la vuelta de nuevo. Fue la última vez que le vio. Allí plantado, sin saber que decir. Después de eso consiguió salir del sanatorio con ayuda de su amigo Anthony Vázquez, un trabajador de la cocina, uno de mantenimiento y de uno de los médicos. No había sido difícil, nadie le vigilaba hacía años.

El padre había sido para él como un ángel terrenal. El único que había permanecido a su lado durante los últimos años, el único que le había creído y, ahora se daba cuenta, el único que le ayudaría a acabar con ese demonio.

No había sido tan difícil. El padre Vázquez le estaba haciendo su visita semanal, paseaban por el jardín cuando la alarma anti-incendios comenzó a sonar. Ya estaba planeado.

Alguien provocó un pequeño fuego en la cocina. Y mientras los enfermeros, médicos y guardas sacaban a los pacientes, Richard y Anthony se colaban por un hueco de la valla hecho especialmente para la ocasión. Poco después el hombre de mantenimiento lo arregló y no le dijo nada a nadie. La gente iba a creer que era como Houdini.

A pesar de lo que pasaba dentro de ese sitio, no era tan malo como lo pintaban. Y su seguridad dejaba mucho que desear. Podría haber salido por la puerta principal y no habría ocurrido nada, pero él quería algo mas espectacular.

Se 'escondió' en la casa de verano de un amigo del padre. Estaba en una urbanización exclusiva en Los Lagos, a varios kilómetros de Greyfield. Un lugar para los ricos, tranquilo y con seguridad. Nadie le buscaría allí.

Sabía que lo hacían, sobre todo la policía y algunos lectores preocupados, a pesar de que tan solo era un viejo enfermo. Aunque no debían encontrarle antes del eclipse. No podían permitirse fallar de nuevo. Esta vez más vidas corrían peligro. Y además, tenía que prepararlo todo. Necesitaba tiempo.

Richard llevaba siempre consigo una Biblia. El psiquiatra del hospital la consideraba inofensiva. Aunque en realidad no era una Biblia, y nadie se había molestado en comprobarlo. Era un libro de exorcismo. Se lo había regalado el cura y estaba en latín. Se había aprendido unos versos muy extensos, solo para probar. Ahora que estaba solo en aquella casa, comenzó a practicar. Durante su catatonia fingida en su cabeza solo sonaban esos versos en latín, se los repetía como un mantra.

A pesar de encontrarse muy cansado y dolorido, su voz sonaba profunda y majestuosa mientras pronunciaba las palabras. Se sentía poderoso, capaz de mandar al demonio de vuelta al infierno. Pero sabía que necesitaría más fuerza para acabar con él. Estaba demasiado débil, demasiado viejo, enfermo y agotado.

Debía permanecer varios días en la casa, tenía que desintoxicarse de las drogas que le habían administrado durante más de la mitad de su vida. Y eso llevaría su tiempo.

Anthony le había dejado comida en abundancia en la casa, que contaba con un pequeño gimnasio en el que se pasaba las mañanas. Allí caminaba sin ir a ninguna parte, algo que le parecía ridículo, aunque mejor eso a salir y ser visto.

En esa época Los Lagos estaba lleno de turistas y veraneantes, aunque la urbanización estaba en un lugar privilegiado y privado, nadie podría acercarse a la casa. Ni un alma le vería.

Por las tardes leía libros de exorcistas y se estudiaba los textos. Tenía poco tiempo y mucho por hacer.

Le hubiera gustado haberlo hecho la primera vez. Cada vez que se acordaba de Felicia, la veía atada a la cama, gritando, llorando, suplicando, insultándole, amenazándole y escupiendo, pero no era ella, no realmente. No era la mujer con la que se había casado. Era un demonio.

Y se culpaba por ello. No deberían haberse mudado.

Durante sus primeros dos años de matrimonio vivieron en un pequeño apartamento de una sola habitación, en donde estaba la cocina, el salón y el dormitorio. El baño era diminuto y allí se sentían como si estuvieran en una cárcel. Viviendo allí experimentó claustrofobia por primera vez en su vida.

En ese lugar vivieron momentos felices, al principio. Pero después la situación fue de mal en peor. Richard había empezado a trabajar como profesor de literatura suplente en la universidad, y estaba terminando su segunda novela, por lo que no tenía mucho tiempo para estar con Felicia. Ella trabajaba como secretaria en una firma de abogados y también estaba estresada, por lo que las discusiones eran constantes. Y muchas veces por tonterías.

Vivir allí no les estaba haciendo ningún bien.

Su suerte cambió cuando su segundo libro fue publicado. Estuvo trabajando en él los últimos dos años, una gran editorial se había interesado por él y le había dado un adelanto de miles de dólares. Una pequeña fortuna. Algo que jamás habría imaginado.

Su primer libro apenas había tenido éxito y se seguía vendiendo en algunas librerías, aunque era difícil de encontrar. Después del éxito del segundo, sacaron una nueva edición del primero.

Estuvieron mirando casas un par de meses hasta que encontraron la casa victoriana. El barrio donde se encontraba era encantador, lleno de árboles y rodeado por unos parques.

Recordó la primera vez que la vieron, los ojos de Felicia se iluminaron. Estaba embarazada y quería un lugar así para criar a su hija.

—Es perfecta Richard.

—No estoy seguro de que nos la podamos permitir.

—Claro que si, estás teniendo mucho éxito con tus libros. Necesitamos un lugar así para nuestra pequeña ¿no crees?

Era demasiado maravillosa para ser verdad. Así que le preguntó al agente inmobiliario. Les contó que llevaba muchos años deshabitada, aunque no sabía el motivo. Ambos se miraron, indecisos.

—Por eso está a ese precio imbatible. No encontrará una casa mejor a tan bajo precio. Eso se lo aseguro.

—¿Lleva diez años deshabitada? —preguntó ella.

—Casi. Hace unos años un hombre quiso poner una pensión o algo así, pero duró poco. La casa está en perfectas condiciones. Es el lugar ideal para que su familia crezca.

—¿No estará encantada?

—Podría ser —rió el hombre—. Nosotros no hemos notado nada, pero quien sabe.

Richard no estaba tan seguro. No era buena idea. Tocó las paredes esperando sentir algo. Todo estaba nuevo, reluciente, como si nadie hubiera vivido allí nunca. El papel de la pared era nuevo, los suelos también. La cocina era moderna y tenía todas las comodidades.

—Podría pasarme la vida aquí— dijo Felicia al entrar en la estancia. Le encantaba cocinar y en su cuchitril no había espacio para hacer grandes banquetes.

—Está casi todo renovado.

—¿A qué se refiere?— preguntó él.

—A que lo único que falta sería el sótano. Nadie lo ha tocado en los últimos treinta años.

—Si está renovada ¿por qué sigue siendo tan barata?

—No hay compradores. La gente le tiene miedo. Nadie quiere vivir aquí. Es muy extraño. Aquí no ha pasado nada, puede que alguna muerte natural, como en todas las casas, pero nada mas.

—Nosotros si queremos ¿verdad Richard?

Él la miró, parecía tan emocionada.

—Renovaremos el sótano. Lo haré yo después de que Willa nazca. Le haré una habitación de juegos y pondré una lavandería. Será perfecto.

—No lo sé Felicia.

—Les dejaré que lo discutan. Estaré esperando fuera.

El agente inmobiliario salió y les dejó a solas en aquel lugar encantado.

Felicia se acercó a él y le cogió de la mano.

—¿Notas algo extraño?

—¿Algo como qué? —preguntó él.

—Como si hubiera una presencia.

—No soy un médium. No siento nada ¿y tú?

—Yo tampoco, la verdad. Al ver la casa, no me da la sensación de que esté encantada. Solo veo nuestro futuro aquí. Con nuestra niña.

Richard sonrió. Verla así le hacía muy feliz. Solo quería que ella lo tuviera todo. Quería darle el mundo en una bandeja de plata.

—Entonces nos la quedamos.

—¿Hablas en serio? Podemos seguir mirando...

—Si eso es lo que quieres querida.

—¡No! ¡quiero vivir aquí! ¡este será nuestro hogar!

—Pero si vemos algo raro nos mudamos ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

Se abrazaron. Por fin iban a abandonar el cubículo donde vivían.

Felicia se encargó de decorar la casa, elegir el nuevo papel de la pared y los muebles, mientras que Richard trabajaba en su nuevo libro y se preparaba para la presentación del segundo, tenía pendientes muchos actos y entrevistas, aunque las había dejado apartadas hasta unos meses después del nacimiento de su hija. Quería estar el máximo tiempo posible con las dos.

El primer día en la casa encantada fue uno de los más especiales. No tenían muebles todavía así que comieron en el suelo, y después se quedaron mirando por la ventana, veían pasar a niños

con sus madres, a hombres con maletines, a familias que paseaban bajo la sombra de los árboles.

—Si existiera el paraíso, sería así ¿no crees?

Cuánto se equivocó. Como le gustaría ahora volver atrás e impedir que todo aquello pasara.

Se sentó en el sillón y comenzó a llorar como no lo hacía desde que perdió a su esposa, y a su hija.

Había pagado por sus errores, pero no era suficiente. Jamás se perdonaría haberlo permitido. No haber hecho nada cuando vio las primeras señales, creer que ella estaba enfadada o molesta por algo. Fue un cobarde. Un miserable cagueta.

Se encerraba en su despacho a escribir, en soledad. Y podía pasarse horas allí, ajeno a todo lo que ocurría en su casa.

—Me lo merezco. Me lo merezco. Me lo merezco—. Se dijo mientras las lágrimas caían a borbotones en su camisa y en el pantalón.

La luz del día se iba apagando poco a poco, dando paso a una noche fría y silenciosa en tonos azules y grises. Su vida se asemejaba a una larga noche de invierno. Había pasado de vivir un verano eterno a la oscuridad más intensa.

Y además todo el mundo le conocía, sabía lo que había hecho y ya era famoso en su pueblo natal y puede que en parte del mundo. Y no precisamente por sus novelas.

En sus primeros días en aquella celda del sanatorio la había visto. Ella se le había aparecido durante sus sueños químicos.

Era la Felicia de la que se había enamorado, tan dulce, cálida y alegre que parecía un rayo de sol. A la que le gustaba ir a todas partes andando y tarareaba canciones de Joni Mitchell mientras hacía la comida.

Sus ojos azules brillaban en la oscuridad del dormitorio, pero tras un rato, empezaba a cambiar. Su rostro se contraía en una mueca de desprecio, y su voz, antes tranquila y suave, se volvía penetrante y áspera.

Y volvía a insultarle, a reírse de su situación, a gritarle.

Lo único que hacía él era acurrucarse en su cama y llorar hasta que se quedaba dormido, tapándose los oídos, tratando de no escuchar. Sin éxito.

No le habían dejado acudir a su funeral. Ese día el cielo estaba cubierto de nubes negras y amenazaba con lluvia.

Se quedó en la celda, mirando por la pequeña ventana, deseando estar con Willa. Sabría lo triste y confundida que se sentiría. Quería abrazarla y contarle lo sucedido. Tan solo era una niña

y no estaba seguro de lo que sería de ella. La llevarían de casa de acogida en casa de acogida, si no la adoptaban, ya que su hermana Vera había sufrido un ictus.

Se sentó en la cama con el corazón roto. Lo que le había hecho a su pequeña era imperdonable, a pesar de que solo había querido protegerla.

Cuando la había vuelto a ver en el juzgado, cinco años mas tarde, ella ni siquiera le había mirado. Estaba muy seria, vestida toda de negro, con los ojos más tristes que jamás había visto.

Así que decidió escribir un libro. Uno dedicado a su hija. Le dejaron publicarlo por que todos los beneficios serían para ella y él no se llevaría nada. Y fue un éxito de ventas y de crítica. Mucha gente sentía curiosidad por el escritor que había asesinado a su esposa en un ataque de locura. Muchos se preguntaban si era cierto lo que contaba, si era un buen mentiroso o estaba loco.

El libro no tenía nada que ver con aquella noche. Había escrito sobre ello en la cárcel, pero no pensaba publicarlo hasta que Willa lo leyera y diera su aprobación. El resto de los libros que había escrito allí encerrado eran historias de ficción, cuentos de terror, de fantasmas, de monstruos, de casas encantadas, de asesinos. Y los críticos siempre escribían sobre que en realidad estaba narrando una y otra vez lo que hizo, aunque de diferentes maneras.

Realmente lo único que hacía era intentar olvidar lo que había hecho durante un rato, ser la persona que había sido, la que se encerraba durante horas en su estudio imaginando nuevas historias.

Le gustaba que Felicia las leyera y le diera su opinión. Siempre era honesta, de la manera más cruda y real. Le hacía mejor escritor. Le sacaba de su zona de confort. Le hacía las preguntas adecuadas, de las que algunas no tenía respuesta.

Sin ella, no solo era peor ser humano, si no también un escritor mediocre. Su éxito de ahora se basaba en su infamia.

GREYFIELD HOUSES

Te ayudamos a encontrar tu hogar



Casa Victoriana *a la venta*

Casa victoriana de 300 metros cuadrados en el tranquilo barrio de Los Tejos, un lugar perfecto para toda la familia. La casa tiene cuatro dormitorios, dos baños, cocina, salón con comedor, sótano a reformar, buhardilla y un precioso jardín trasero.
A reformar.

**Llámenos para concertar una visita:
666-555**

La Casa del Mal - Aran Maza

Compasión Por El Diablo

En el cementerio de Greyfield se encontró lo que ella creía que eran policías de paisano, se notaba enseguida. Esa misma mañana había recibido varias llamadas de un número desconocido y sospechó que habían sido ellos.

Alguien había colocado unas flores silvestres que ya estaban pochadas y se le aceleró el pulso. Sabía que había sido él. Solo tenía que mirar hacia abajo para ver el sanatorio de Greenfield. Supuso que le habían dejado salir alguna vez para visitar la tumba de su esposa. Al fin y al cabo, ya no era ningún preso, había cumplido su miserable condena y ya no constituía ningún peligro para nadie. No era más que un viejo enfermo que no podía cuidar de sí mismo.

Dejó las flores sobre la lápida y se arrodilló.

—Hola mamá —. Las lágrimas asomaron por sus ojos grises—. Te echo mucho de menos ¿Sabes? Dicen que el tiempo cura las heridas, pero una así es imposible de curar. Cada día te necesito más y más. Todavía sigo siendo esa niña de diez años. Es muy, muy duro incluso seguir respirando.

Había alguien a su espalda. Escuchó una pisada sobre la hierba seca. Se le aceleró el corazón. En un minuto pasaron por su mente el fantasma de su madre, o su fugado padre, incluso vio una sombra que se cernía sobre ella. Esa sombra que la perseguía desde su infancia. O podría ser ese tal Avery Green que quizá la había seguido.

Se dio la vuelta y vio a una mujer. Willa se levantó y se dirigió a ella.

—No sé donde está —dijo.

—Soy la agente Megan Tully. Solo quiero hacerle unas preguntas—. Le enseñó su placa y la volvió a guardar en el bolsillo de la chaqueta.

—Hágame las preguntas que quiera, pero yo no tengo las respuestas.

Caminaron entre las lápidas mirando hacia el sanatorio. El que se había sido hogar de su

padre los últimos cuarenta años. Ella nunca lo había pisado.

—Su padre podría estar en peligro ¿Sabe?

—Me da exactamente igual.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—Creo que fue hace veinte años. Fue cuando le iban a liberar, ya había cumplido condena y quería dejarle claro que no le quería en mi vida, que no me llamara ni me escribiera. Creo que le dio un ataque o algo así, por lo que continuó en el centro, bajo supervisión médica. Podría haberse ido, pero se quedó. Supongo que se sentía culpable.

—¿Se ha puesto en contacto con usted durante todos estos años?

Willa subió y bajó los hombros.

—Me escribía. Todos los meses —respondió como si no tuviera ninguna importancia.

—¿Dónde guarda las cartas?

—Las quemé.

—¿Las leyó?

—¿Para qué iba a hacerlo? No, no leí ninguna.

La agente Tully asintió con la cabeza.

—¿Cuándo recibió la última?

—No lo sé, puede que hace un par de semanas.

—¿La conserva?

—No, no conservo ninguna. Las quemo nada más recibirlas.

—¿Y cómo sabía a qué dirección mandarlas?

Willa se paró. Estaba deseando quitarse a esa agente de encima pero sabía que ahora la seguirían. Y la vigilarían.

—Se las manda al bufete de mi abogada. Y ella me las envía a la dirección que yo le doy. Antes las enviaba a una mujer de servicios sociales que me las daba en mano cada vez que iba a verme.

Seguramente ya sabían algunas de las respuestas.

—Y por casualidad ¿Su abogada no leerá las cartas?

—¿No sabe qué es ilegal leer correo ajeno?

—¿Tiene alguna idea de qué decían?

—Supongo que sería lo de siempre, que él era inocente, que fue una posesión real, todo eso que dijo en el juicio. No lo sé y realmente no me importa.

—¿Sabe qué está muy enfermo? Los médicos no le dan más de seis meses y sin la medicación...Necesita supervisión médica.

—Igual está muerto en alguna cuneta —añadió Willa fríamente.

—¿No es una casualidad que esté usted aquí, señorita Harker cuando él ha desaparecido?

—¿Cree que le he ayudado yo? ¿por qué iba a hacerlo?

La agente Tully la miró a los ojos, estos eran muy oscuros y profundos.

—Para matarle.

Willa se rió. Esa habría sido una gran idea que no se le había ocurrido. En el fondo estaba nerviosa, algo le decía que su padre no estaba muerto. Empezaba a creer que nada de esto era una casualidad.

—No le he matado. Ni siquiera le he visto. Y además, me ha dicho que estaba muy enfermo ¿Cree que después de cuarenta años no puedo esperar unos meses a qué se muera él solo?

La agente Tully volvió a asentir. Parecía convencida. Tenía que estarlo, era la verdad.

—¿Y por qué compró ayer un arma?

Willa tenía ganas de reír a carcajadas. Se contuvo y contestó amablemente a todas las preguntas, aunque lo que de verdad deseaba era beberse una buena copa. Se lo había ganado después de tener que aguantar una intromisión como esa en un momento tan íntimo.

—Tengo derecho a defenderme. Y es lo único que voy a decir —. Se alejó unos pasos—.Es mi derecho.

—Un par de preguntas más y la dejaré en paz.

—¿Quiere decir que me van a seguir por si le tengo escondido en el maletero de mi coche o algo así?

La agente Tully no cambió su cara de póker.

—¿Tiene alguna idea de por qué se ha ido precisamente ahora?

—Dentro de un par de meses es el aniversario. Se estará preparando para la llegada o lo que sea que espera que pase ese día.

—¿Sabe quién puede estar ayudándole?

—No, no lo sé.

—¿Conoce al padre Anthony Vázquez?

Willa negó con la cabeza, había escuchado el nombre antes pero hacía años que no le veía.

—Le conocí cuando era pequeña. Eso lo sé, pero no le he visto en muchos años. Sé que estaba en todas las vistas de mi padre.

—Es el único que visitaba a su padre en el sanatorio.

—Pues pregúntenle a él.

—Hemos hablado con él y con su hijo y nos han asegurado que no saben nada.

—Quizá mienta. Ser un religioso no te exime de cometer pecados. Seguro que después se confiesa y todo olvidado.

La agente Tully la miró con los ojos entornados. El día era muy luminoso.

—Yo tampoco puedo ayudarles. No sé donde está.

Bajó la cabeza. Al menos su padre había tenido a alguien con él, un amigo de verdad. Algo que a ella le había faltado toda la vida.

—¿Cree que puede haberse escondido en su antigua casa?

—Si creen que está ahí ¿por qué no miran?

—Sabemos que usted la visitó ayer. Por lo visto, está pensando en venderla.

—Parece que ya lo saben todo —. Willa estaba empezando a irritarse y la agente Tully se dio cuenta.

—¿Qué sabe de Hunter Andrews?

Willa no reconoció el nombre.

—No sé quien es.

La agente Tully asintió.

—Está bien. Esto es todo por ahora. Si se pone en contacto con usted, llámeme. O mejor, llame a una ambulancia. Ese hombre está muy enfermo, física y mentalmente —. La agente Tully le entregó su tarjeta de visita y Willa se la guardó en el bolsillo trasero de los pantalones.

No sabía que la gente seguía haciéndose tarjetas de visita. Le parecía algo típico de los ochenta.

Miró a la detective alejarse y después volvió a echar un vistazo al sanatorio y empezó a encenderse un cigarrillo, en ese momento recibió otra llamada de Neil Burgess, se había olvidado totalmente de él. Respondió.

—Hola, soy Neil Burgess —dijo al otro lado de la línea.

—Hola Neil.

—Te daré lo que quieras.

—Te dije que era una alcohólica y aún así ¿quieres seguir trabajando conmigo? Te van los retos.

—Está bien. Yo también tengo mis condiciones. Irás a Alcohólicos Anónimos y tendrás que venir sobria a trabajar ¿qué es lo que quieres tú, Willa?

‘Eso es lo más fácil’ pensó.

—Mi historia.

—Por supuesto.

Al volver al hotel se dio cuenta de que un coche la seguía. En él no iba la agente Tully, obviamente, si no un hombre con coleta. Se sintió como en una de esas películas de espías que solía ver cuando no podía dormir, que era la mayoría de las noches. Solo ‘descansaba’ después de haberse bebido unas cuantas copas.

—Estáis perdiendo el tiempo. No tengo nada que ocultar—. Le dijo, pero fue más para sí misma puesto que el agente estaba a una distancia prudente y no podía oírla.

Buscó a Alcohólicos Anónimos de Greyfield y vio que tenían un grupo los martes por la tarde. Tendría que ir y le daba una pereza tremenda. Tener que volver a contar su vida delante de unos desconocidos que solo hablaban de desgracias. Esas que les habían llevado hasta allí, y Willa reconocía que decirlo en alto delante de personas que te entendían y no te juzgaban la había ayudado en el pasado, aunque la sobriedad nunca duraba mucho, una canción en la radio, una noticia en el periódico, una película que ponía haciendo *zapping*. Siempre había algo que la hacía volver a caer.

Pero esas personas siempre estaba allí para ti, esperando, escuchando, animando cuando no estabas bien, felicitándote cuando por fin dabas un pequeño paso, ayudando en cualquier momento. Todos estaban en el mismo barco y eso le hacía sentirse menos sola. No era ni la primera ni la última en sufrir un trauma e intentar ahogarlo en alcohol. Todos los participantes sabían lo que pasar por un infierno y estaban allí para contarlo. Muchos de ellos se habían quedado solos, también había sido muy duro para sus familiares, igualmente ellos lo habían pasado mal y no se les podía reprochar el abandono. Willa se había ganado la soledad a pulso. Sabía que había sido difícil de soportar la mayor parte de su vida, y que podría haber buscado otra salida que no fuera el alcohol. Pero beber le había ayudado a dormir sin pesadillas. Y solo por eso ya merecía la pena estar sola en el mundo. A pesar de los años que habían pasado echaba de menos a Marion. La que ella consideraba su único amor. Recordó el momento en el que le había dado un ultimátum ‘O la bebida o yo’. Willa se rió, pensó que estaba tomándole el pelo, y además, estaba muy borracha. Pero la expresión de su rostro lo dijo todo antes que sus labios ‘Se acabó, Willa. No vuelvas a llamarme’.

Ella la había llamado varias veces las semanas siguientes, y Marion nunca cogía el teléfono. Esta ocasión lo había dicho en serio. Willa quería morir.

Decidió desterrar ese recuerdo. No servía para nada volver a zambullirse en la mierda. Tenía que acordarse de sus logros, por pequeños que hubieran sido. Sobrevivir ya era uno.

La última vez había durado un par de meses sobria y llevaba las chapas con orgullo en el bolsillo.

Después de aquellas reuniones sentía una fuerza especial y era capaz de evitar cualquier lugar que vendiera alcohol, pero a veces era difícil. Le habían echado de uno de sus trabajos por emborracharse en la fiesta de Navidad y montar una buena. Ella no recordaba nada, solo sentía vergüenza de lo que podría haber hecho. La bebida en ese tipo de fiestas siempre era una tentación y también había dejado de salir para no tener que beber, ya que siempre quedaba con sus colegas en bares o restaurantes donde era muy fácil acceder al alcohol.

Tenía una botella de vodka en una bolsa al lado de la cama y la estaba llamando por su nombre. Se tocó el colgante que había sido de su madre, una pequeña paloma de oro, y la vio otra vez en la ventana, gritando e intentado zafarse de las garras de ese ser...Se lo había imaginado todo, se hallaba en un estado muy vulnerable y vio algo que no estaba allí. Y además, necesitaba una copa. Y luego estaba ese horrible dolor de cabeza. Todo aquello habían creado esa alucinación.

Pero era demasiado real.

¿Y si la casa estaba realmente encantada?¿y si el espíritu de su madre estaba allí atrapado? Negó con la cabeza intentando quitarse esa idea. Habría alguna forma de comprobarlo. Volvería y vería que al final había sido su imaginación y que allí no había nada ni nadie. De hecho, la agente inmobiliaria y la pareja habían dicho que no habían visto nada, así que no podía ser real. No era real.

Cuando despertó seguía siendo de noche, la habitación del hotel parecía más pequeña y una luz roja entraba por la ventana. Willa no podía moverse aunque notaba que había alguien a su lado en la cama, una presencia extraña. Giró lo que pudo la cabeza y gritó en silencio, ya que no salía ningún sonido de su boca. Su madre, no, no era su madre, era ella y estaba allí tumbada, a su lado, su cara con una mueca de dolor, el pelo pegado a la cara, sudando. La agarró del brazo y Willa notó su dolor, que la atravesó como una espada.

La resaca no estaba siendo tan mala esa mañana. Solo le dolía la cabeza y tenía la boca pastosa. No había tenido ninguna pesadilla, eso estaba bien. Pero sí que la había tenido y no podía recordarla, ni siquiera recordaba las sensación de pánico, cosa que estaba mejor todavía. Siempre empeoraban cuando se acercaba el aniversario. Lo más raro era lo realistas y vividas que podían

llegar a ser. Volvía a tener diez años, y aquellos gritos...le ponían la piel de gallina y alguna que otra vez se hizo pis en la cama. Se despertaba gritando y llorando y el malestar y el vacío duraban días. Como si le estuvieran arrancando al piel a tiras.

Cuando era joven creía que alejándose lo más posible de Greyfield le ayudaría a curar las heridas, que era el lugar lo que la hacía miserable, los recuerdos que guardaba, que a pesar de ser mayormente felices, dolían mucho.

Pero por mas que se alejara, las pesadillas seguían, el dolor no remitía, el vacío seguía siendo oscuro y profundo, como un pozo sin fondo donde jamás llegaba la luz. No importaba cuantos kilómetros la separaran, había ocurrido y el recuerdo seguiría ahí, formando parte de ella para siempre, como su propia sombra.

Se dio cuenta de una cosa, alguna vez los terapeutas le habían dicho que escribiera su experiencia, sus sentimientos en un diario, pero a Willa simplemente no le apetecía escribir sobre ello. Había escrito noticias y reportajes cuando trabajaba en esos periódicos y revistas, pero siempre eran cosas anodinas, sin mucha relevancia. Le gustaba escribir sobre la mejor tarta de cerezas de noseque ciudad, la feria de las flores de Lakeville, la nueva mascota del alcalde...el tipo de noticias que la leerlas te dejaban una sonrisa en la cara. Las noticias escabrosas se las dejaba a sus compañeros, de los cuales algunos parecían disfrutar cuando había un cadáver de por medio y un drama detrás; a ella se le ponían los pelos de punta solo de pensar en escribir sobre algo así. Ahora se daba cuenta de que quizá todo hubiera sido diferente si hubiera contado su versión de la historia, si la hubiera escrito, si la hubiera plasmado en palabras por doloroso que fuera. Quizá la herida habría sanado algo, sin embargo, era consciente de que la cicatriz sería profunda y jamás llegaría a curarse del todo.

Llamó a Neil Burgess y aceptó la oferta de forma definitiva. Iría a la redacción dentro de un rato para el papeleo y empezar a trabajar. Tendría que hacerlo con ese insoportable de Avery Green, pero era una mejor alternativa que estar tirada todo el día en la cama bebiendo vodka.

Al mirar por la ventana le dio un vuelco al corazón. Su padre estaba al otro lado de la calle, mirando hacia su habitación, observándola. Tenía una mirada perversa en la cara. La mirada de un asesino. Alzó la cabeza y sus ojos se encontraron, ella se escondió tras la cortina, sin aliento y cuando se calmó miró de nuevo.

Suspiró aliviada cuanto se dio cuenta de que solamente se trataba de un anciano que estaba esperando a una mujer que cruzaba el paso de peatones. Les vio darse un abrazo y caminar juntos hacia una cafetería.

Sintió las miradas clavadas en ella mientras entraba en el despacho de Neil Burgess, allí también estaba Avery Green con un bloc de notas en la mano.

Ya habían llegado a un acuerdo por teléfono y solo tenía que firmar el contrato. Después se iría a buscar un pequeño piso de alquiler, ya que no iba a quedarse eternamente en el hotel.

Neil le había prometido mantenerla en la plantilla después de publicar el reportaje, la quería de verdad, quería darle una oportunidad. Willa tampoco se fiaba mucho, romper promesas era sencillo, ella lo sabía bien ya que era una rompedora experta, pero, de momento, necesitaba el dinero y ya no tenía ningún reparo en sacar provecho de su historia. Era suya y nadie mejor que ella para contarla.

—¿Podemos hablar libremente delante de Avery? —preguntó Neil.

—Claro —dijo ella. No quería ningún secreto con el que iba a ser su compañero, de todas formas, si no lo averiguaba hoy lo haría más adelante.

—Alcohólicos Anónimos.

—Lo sé. No lo he olvidado.

—Tienes que tomártelo en serio. Te necesitamos sobria.

—¿Seguro que no me darás la patada después? ¿cuándo ya lo haya soltado todo?

Neil la miró con sorpresa mientras que Avery golpeaba su bloc con el bolígrafo.

—Si quieres puedes empezar con otro reportaje ¿qué tal la regata de la semana que viene? ¿lo prefieres? He leído varios de los artículos que me has enviado, se te dan bien esos temas.

Avery se irguió en su silla, ahora más atento.

Willa negó con la cabeza.

—Si te mantienes sobria, te quedarás con nosotros el tiempo que quieras. Si cumples con tu trabajo no tendré ningún motivo para echarte a la calle.

—A veces no se necesitan motivos.

—El *Greyfield News* es el periódico más leído de la región y nuestra versión online recibe miles de visitas diarias, ganamos dinero con la publicidad y los patrocinadores, además de que mucha, muchísima gente, tanto aquí como de otras poblaciones, paga una suscripción por leer antes que nadie los artículos más jugosos. Y tu reportaje, créeme, va a ser el más leído de la historia del periódico. De momento, no nos vamos a ninguna parte. Ni tú tampoco.

—Está bien. Creo en tu palabra. No hagas que me arrepienta.

Neil suspiró y negó con la cabeza.

Quedaron en que ella escribiría un artículo contando su experiencia, además de que haría un perfil de su madre y revisaría el reportaje de Avery y la entrevista que le había hecho a su padre

hacía tan solo unos meses. Además de elegir las fotografías que los acompañarían. Tendría que volver al almacén de Greenfield donde las tenía guardadas. Y eso era algo que no tenía ganas de hacer.

—Todo se hará con el mayor respeto para ti y para tu madre —añadió Neil.

Cuando ella se levantó para marcharse, Neil le hizo otra pregunta.

—¿Se ha puesto tu padre en contacto contigo?

Willa se quedó paralizada y recordó al hombre que había visto desde su ventana. En su recuerdo seguía siendo su padre.

—No, no sabe que estoy aquí, y aunque lo supiera, este sitio ha cambiado mucho en cuarenta años. Y puede que ni siquiera me reconozca.

—Si lo hace, dímelo a mi primero y después avisaremos a la policía. Es una persona vulnerable y puede que esté en peligro, aunque a ti no te lo parezca.

‘Puede que avise a la policía, pero después de matarle’ pensó.

—Claro ¿qué iba ha hacer si no?

Avery le enseñó la oficina y la llevó hasta su ordenador. Parecía nervioso.

—El de al lado es el mío. Trabajaremos codo con codo.

El lugar era de una sola planta y había trabajando unas veinte personas, cosa que a Willa le sorprendió. Cada uno tenía su propia mesa con un ordenador y un teléfono. Algunos habían colocado pequeñas plantas y marcos de fotos con su familia en ellas, otros tenían figuritas y alguno varios premios. Les fue presentando uno a uno, pero Willa no pudo recordar sus nombres.

En la cocina tenían una nevera donde cada trabajador dejaba su *tupper* con la comida del día, un bidón de agua en un rincón y una cafetera con café recién hecho. Avery le sirvió uno en una taza con el logotipo de *Greyfield News* y la frase ‘Tú eres la noticia’.

—Puedes quedártela —.Le dijo—. Todos aquí tenemos una.

Desde la cocina se veía toda la bahía mientras que la oficina no tenía propiamente vistas, se las llevaban la sala de reuniones y los cuatro despachos, uno de los cuales estaba vacío y el otro servía como almacén para todo tipo de papeles, ordenadores e impresoras viejas, cajas y los adornos de Navidad.

Willa ya había estado en redacciones antes y esta no era la más modesta, estuvo en una revista donde todos los trabajadores estaban apretujados como sardinas en lata y tenían que poner un calefactor por que la calefacción central no funcionaba. Era un lugar agobiante ya que ninguno tenía su propio espacio, solo una mesa redonda y grande donde colocaban los, por entonces, enormes ordenadores.

Aquí todos eran nuevos, lo mismo que las impresoras y los teléfonos. Willa hizo un comentario al respecto.

—Uno de nuestros patrocinadores nos los cambió en primavera. Son los mejores del mercado.

Salieron a ver la bahía mientras se tomaban el café. Estaba mejor que los de cualquier cafetería de las que solía frecuentar.

—Avery ¿te gusta trabajar aquí?

—Me encanta. Es lo que siempre he querido hacer.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—Desde que acabé la universidad, hace ya veinte años.

—¿Y no te has planteado trabajar en un periódico más grande?

—Claro que sí. Me fui a uno, pero no cuajó.

—¿Puedo preguntar por qué?

Observaban las gaviotas volar y graznar alrededor de los barcos de pesca que llegaban al puerto. Era un lugar extraño para poner la redacción de un periódico, pero Willa sabía que era donde estaba colocada la ubicación original del primer *Greyfield News*. Después de que una violenta tormenta destrozara el antiguo edificio de madera hacía ochenta años, construyeron esta nueva y mejorada versión, de ladrillo y metal, más grande, más fea y más resistente a los temporales.

—No era para mí. Demasiada presión, demasiado ruido. Prefiero un sitio tranquilo como Greyfield.

Se quedaron un rato en silencio, resultaba sorprendentemente confortable.

—¿Por qué no terminaste la carrera?

Willa sonrió. Sabía que en algún momento se lo iba a preguntar.

—No lo sé, realmente podría haberlo hecho, solo me quedan unas asignaturas por aprobar. Pero realmente, no tengo ni idea.

—¡Venga! Dame la exclusiva.

—¡Todo lo que estamos hablando es extraoficial! Y te estoy diciendo la verdad. A veces no sabes por qué haces las cosas, simplemente las haces o no. Y yo soy horrible terminando lo que empiezo. Lo dejo todo a medias. Todo.

Estar allí era agradable, diferente. La brisa marina era refrescante, no hacía tanto calor como en el centro. Eso le traía algún recuerdo borroso de su infancia, con los picnics en la playa o las excursiones por la costa con sus padres, a los que creía inmortales y perfectos. El resto de su vida

prefería no recordarla y de hecho, algunos momentos se habían ido para siempre de su memoria. Y eso también era agradable. Algunas cosas era mejor dejarlas atrás para siempre.

Se quedaron hablando del trabajo en la redacción y de las noticias más curiosas que Avery había cubierto. La primera impresión que él le había dado no tenía nada que ver a como era ahora. Aunque en ocasiones le resultara irritante, también le parecía divertido.

—¿Sabes? Neil te conocía, de verdad.

—Claro que me conocía. Aquí todo el mundo me conoce, pasarán cien años y seguiré siendo famosa a mi pesar.

—No, no me refiero a eso. Habíais ido juntos al instituto, ibais a la misma clase.

—¿En serio? Creí que era más joven que yo. A pesar de... —se señaló la cabeza.

—Es que él se conserva muy bien y tu fatal. A pesar de... —dijo riendo y haciendo el mismo gesto. Ella le dio un codazo, pero tenía toda la razón. El alcohol y el tabaco la habían hecho envejecer diez años.

—¿Siempre dices todo lo que te pasa por la cabeza?

—Es una de mis mayores virtudes y mi mayor defecto.

—No me acuerdo de Neil —confesó algo avergonzada.

No recordaba a ninguno de sus compañeros de clase, durante esa época había empezado a beber e iba a clase con resaca casi cada día. No había cambiado mucho en treinta y dos años.

Esa tarde volvió a su antigua casa. Necesitaba saber si lo que había visto era una alucinación o un efecto de la luz. Al acercarse volvió a palparle con fuerza la cabeza. Se empezó a sentir mareada y aparcó algo más lejos que la vez anterior. Desde el coche podía verla, tan inocente y desvencijada. No había vuelto a hablar con la agente inmobiliaria ni con la pareja, después de haber visto parte de un programa le parecía horrible lo que hacían. Ella no creía en las casas encantadas, pero sabía que las casas donde habían ocurrido desgracias tenían una energía diferente. Se acordaba de Amytville, y de otras tantas. Esa mansión que estaba mirando ahora era como la de Amytville en Greyfield, y la gente iba a verla solo para sacarle fotos, como un monumento más. Un monumento a la muerte y al dolor. En ese momento pasaron dos chicos que se quedaron mirando la casa y se tomaron una foto enfrente.

Uno de ellos pegó un grito al mirar hacia arriba y le señaló a su amigo la ventana, el otro no sabía de qué estaba hablando. Fue entonces cuando Willa se bajó del coche y se acercó a ellos.

—Disculpad. Os he visto tomando fotos de la casa ¿habéis visto algo?

El del grito parecía un niño y cuando empezó a hablar lo hizo a trompicones.

—En esa ventana —dijo señalando la del dormitorio de su madre—. Había alguien. Me ha pegado un susto de muerte.

—¿Has visto si era hombre o mujer?

—¿Eres periodista? —preguntó el otro, que llevaba unas gafas enormes.

—Trabajo para el *Greyfield News*.

—¿Esto es noticia? —preguntó asombrado el más joven.

—No, solo tengo curiosidad.

La punzada en la cabeza había remitido un poco pero el ojo izquierdo le lagrimeaba y lo notaba más hinchado.

—No creo que fuera un fantasma. Creo que hay alguien en la casa —dijo el de las gafas.

—¿Tú lo has visto? —preguntó ella.

—No, pero aquí el amigo Georgie tiene mucha imaginación. Y parece que hay alguien si, está claro, pero alguien de carne y hueso.

—Te juro que había alguien en la ventana. Pero no sabría decirte si era hombre o mujer. Ha sido muy rápido. Como un visto y no visto.

—Ya, ya, te hemos oído la primera vez.

—¿Se ve algo en las fotos?

Ambos negaron con la cabeza.

—Si se viera algo ¿Tu periódico las compraría? —preguntó Georgie.

—Es posible. Si se viera algo de verdad.

Le enseñaron las fotos, pero, a parte de que la calidad no era muy buena, no se veía nada en ninguna de las ventanas.

Willa se masajeó la sien izquierda, tenía ganas de vomitar. Se agarró a la verja metálica. Respiró hondo hasta que todo dejó de darle vueltas.

—¿Está bien señora? —dijo el de las gafas—. No tiene muy buena cara.

—Si, gracias. No es nada. Gracias por vuestro tiempo.

Pensó que los chicos se marcharían de allí, pero se quedaron mirándola, parecían intranquilos.

—Sabe que la casa está maldita ¿no? Se nota algo raro en el ambiente.

—¿Sois de aquí?

—No, de Greenfield —dijo Georgie—. Conocíamos la historia pero nunca habíamos venido. Vimos el video de Youtube y queríamos investigar.

—¿Qué video?

—Ya tiene unos meses. Unos tipos entraron en la casa y grabaron el fantasma de la señora Nichols, aunque en el video no se ve una mierda ellos aseguran que ella estaba allí, que la vieron. Salieron echando leches, eso sí se ve en el video.

—Se lo inventaron Georgie. En el video no se ve nada.

—Ellos dicen que vieron algo y yo les creo.

Le enseñaron el video pero, a parte de que el sonido era nefasto, era imposible ver nada, lo habían grabado de noche con una cámara infrarroja. Uno de ellos gritó al enfocar uno de los espejos y la cámara se movió, lo que se veía después estaba borroso.

—Tío, Georgie, puede que hayas visto al mismísimo Richard Nichols en la ventana.

A Willa se le encogió el estómago y tragó saliva.

—¿Qué dices tío!

—Le he enviado una foto a David y me ha contestado con la noticia de que ¡Richard Nichols se ha escapado del sanatorio!

—No me lo creo. Será un *fake*.

—Tío ¿Y si está ahí escondido? ¿te imaginas? Nosotros lo hemos descubierto.

—No puede ser. La policía estará vigilando la casa —respondió Willa.

—Tiene sentido —.El chico de las gafas miró a su alrededor. Después la miró a ella— ¿Y usted qué está haciendo aquí?

—Tío, es periodista. Estará de guardia esperando a que aparezca ‘El demonio de Greyfield’ ¿no es así como le llaman?

‘Un buen nombre, si señor ¿A quién se le ocurriría?’ pensó.

—Claro, he venido a ver si me entero de algo.

El de las gafas miró el teléfono.

—Tío, tenemos que irnos ¡vamos a perder el bus!

—Señora ¡qué le vaya bien y eso! —dijo Georgie.

Ella se despidió con la mano y los dos empezaron a correr hacia el sur, aquella calle que ella recorrió tantas veces con la bicicleta cuando era niña.

Ahora que los chicos se habían ido, un escalofrío le recorrió la espalda y no se atrevió a mirar a la casa. A la única ventana que no estaba tapiada con tablas de madera. La del dormitorio de sus padres. Se dio cuenta de que también habían retirado las tablas de una del segundo piso.

El día estaba empezando a oscurecerse, se levantó una brisa fresca que olía a mar, y aunque el dolor de cabeza no había remitido se quedó allí parada, esperando que pasara algo. No sabía el qué exactamente, pero esperaba una revelación o una señal ¿de verdad que los chicos del video

habían visto al fantasma de su madre? Lo dudaba. Ella tampoco había visto nada. Era la casa, te hacía ver algo que no estaba allí. Se dio la vuelta esperando que la cabeza dejara de darle vueltas. Miró a los lados de la calle, sentía que había alguien con ella, una presencia. Y no se trataba de la policía.

Algo se movió a su espalda. Willa giró lentamente la cabeza. La imagen de su madre en la ventana le vino a la mente como si acabara de verla, mientras observaba abrirse lentamente la puerta de la entrada.

De ella salió la agente inmobiliaria y Willa respiró tranquila. Se acercó a ella.

—Señorita Harker ¿ha leído mi mensaje?

—¿Qué? ¿qué mensaje? —respondió confusa y sacó el teléfono para comprobar que lo había recibido.

—La policía me ha pedido que les deje entrar a comprobar la casa y he supuesto, que como usted es la dueña, debería ser usted quien les dé el permiso.

—Claro que pueden entrar, supongo que no necesitarán mi permiso, pero ¿qué hacía usted dentro?

—Comprobaba que las ventanas y la puerta de abajo estuvieran bien cerradas. Solo por seguridad. Y estoy esperando a que venga la policía. Quédese hasta que vengan y así le pueden enseñar la orden de registro.

—No me importa. Que hagan lo que quieran.

‘Que la destrocen más’ pensó.

Estaba empezando a sentir un extraño frío.

—Por cierto, se me olvidó comentárselo. En uno de los armarios de la cocina he dejado todo el correo acumulado.

—¿El correo? ¿Qué correo? —preguntó Willa.

—Llegan cartas a veces, no las he abierto, obviamente. No son para mi. Son para usted y para su padre.

Willa la miró ¿quién enviaría correo a una casa deshabitada?

—Seguro que no son importantes. Serán de fanáticos. A mucha gente le gusta la historia de la casa, se obsesionan con sus habitantes. Tampoco hay muchas, la verdad.

—¿Ha visto algo fuera de lo normal?

—No, solo una cosa muy extraña...

La interrumpió la agente Tully, que venía con un grupo de agentes. Llevaba la orden de registro en la mano y se la tendió a Willa.

—No necesito esto —dijo ella.

—Es el procedimiento habitual.

—La casa lleva años desocupada.

Los agentes entraron en la casa y Willa se quedó junto con la agente inmobiliaria.

—En realidad eso no es del todo cierto —añadió la agente inmobiliaria.

—¿Cómo dice?

Willa la miró sorprendida.

—No se preocupe, ya se fueron. Hace unos años vivió una familia de ocupas. Más bien una especie de secta. Estuvieron casi cinco años.

—Nunca me informaron de eso.

—Fue hace mucho. Había rumores de que hacían ritos en la casa.

—¿Qué tipo de rituales?

No estaba segura de si quería saberlo, pero no le quedaba otra. Conocer la verdad era lo único que le quedaba. Conocer todo lo que no había querido saber hasta ahora.

—Según tengo entendido eran satánicos, hicieron algún sacrificio ritual. Esas dos chicas que desaparecieron en Greenfield. No sé si se acordará.

—¿A principios de los noventa?

En esa época ella estaba en la universidad.

—Pero, como le he dicho antes, son solo rumores. No se encontró ninguna prueba en la casa. La gente habla mucho sin conocer ¿sabe?

—¿Y esa familia...secta, simplemente se fue?

—Venían muchos curiosos y la gente se colaba en la casa para ver si era cierto, o para encontrar a las chicas. Fue una locura. Obviamente, no las encontraron, no estaban ahí dentro. Se habían escapado de casa.

Willa miraba a la casa de soslayo. Ahora que el cielo estaba tan nublado parecía realmente amenazadora. Una vieja casa llena de secretos. Y maldad.

—No ha vivido una familia feliz en esa casa —dijo la señora Anderson. Y luego la miró como si no hubiera dicho nada. Willa hizo como si no la hubiera escuchado.

Miró a su alrededor, las demás casas parecían tranquilas ‘Puede que en las otras tampoco, pero nunca lo sabremos’.

No se creía las historias de fantasmas, a pesar de lo que había visto, no podía admitir que en aquella casa hubiera un ente maligno. En realidad, el ente maligno había sido su propio padre.

La policía salió de la casa, no habían encontrado nada. Richard Nichols no estaba allí y no había ninguna prueba visible de que hubiera estado. Le preguntaron a la señora Anderson si había tocado algo, si había visto algo fuera de lugar, pero ella aseguró que solo le había enseñado la casa a unos clientes y que había vuelto para comprobar que las ventanas de abajo y las puertas estuvieran bien cerradas. Y así era. Todo estaba bien cerrado, tal y como lo había dejado. De todas formas, no había manera de saber si el padre de Willa había estado allí o no. Solo les tocaba seguir vigilando la casa y esperar a que hiciera su aparición estelar. A no ser que le hubieran secuestrado.

Willa seguía encontrándose mal, la señora Anderson le preguntó varias veces cómo estaba y si necesitaba que la llevara a casa. Willa se lo agradeció pero le dijo que solo era un dolor de cabeza, que estaba bien, que era algo normal y que volvería al hotel en su coche.

Tenía muchas cosas que hacer. Como entrar de una vez por todas en aquel lugar, averiguar quienes eran los de la secta, acudir a Alcohólicos Anónimos y buscar un apartamento. Pero lo que necesitaba ahora mismo era una copa. La última antes de ir a la primera reunión. No podría con todo si no tenía algo de alcohol en su torrente sanguíneo.

El dolor de cabeza había remitido al salir de su antiguo barrio y ahora se encontraba en una encruzijada, o volver al hotel y beber sola o buscar un bar y beber acompañada. No saldría nada bueno de ninguna de las dos cosas. Se decidió por el bar. Se despediría a lo grande de su gran y único amigo: la bebida.

El bar era uno de carretera que abundaban por aquella zona, con un neón bien visible que prometía billar. Dejó el coche en el aparcamiento y lo miró un momento, las luces del neón se apagaban y se encendían en una danza hipnótica que se reflejaba en los charcos de aceite, invitándola a entrar. Se encendió un cigarrillo y fue fumando hasta la entrada.

El aire de dentro estaba viciado y olía a sudor rancio y viejo. Se sentó a la barra y pidió un vodka con lima. Echó un vistazo rápido y vio que la mayoría eran hombres, unos bebían, otros jugaban al billar y algunos comían hamburguesas grasientas y chorreantes. Había cuatro mujeres sentadas a una mesa con unos cócteles de colores y unos chupitos, parecía que estaban celebrando algo importante y no paraban de reír.

Willa nunca había tenido eso, una vida normal en la que celebrar cosas normales como cumpleaños, exámenes superados, la navidad, un compromiso, un bebé.

Sería una de esas borracheras. Una de esas en las que se pondría a llorar incontrolablemente y le contaría a cualquier desconocido que quisiera escuchar lo miserable que había sido su vida.

Pedía la siguiente copa cuando un hombre se acercó para invitarla.

—Puedo pagarme mis propias copas, cielo —le dijo con una sonrisa.

Al final se quedó hablando con él, era agradable conversar con alguien que no sabía quien era y no la juzgaría. Pasaron el tiempo riendo y hablando de temas poco trascendentes.

Y a la mañana siguiente, despertó en su habitación del hotel con aquel hombre desnudo en su cama. No recordaba cómo habían llegado hasta ahí ni lo que habían hecho, no había sido la primera vez que se levantaba en una situación similar, aunque se prometió que sería la última. Se levantó al baño y vomitó. Cuando salió después de lavarse los dientes, el hombre se había despertado.

—Buenos días princesa —.Le dijo con una gran sonrisa.

—Será mejor que te vayas. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿No quieres que desayunemos juntos?

—Ni siquiera recuerdo lo que hicimos anoche ni...ni tu nombre, así que poco me importa que desayunemos juntos o no.

Él se levantó y comenzó a vestirse. Ella estaba a empezando a sentirse mal por tratarle de esa manera, pero no tenía tiempo de tonterías.

—Lo pasamos bien y nos dormimos, luego tuviste una pesadilla. Te despertaste gritando y temblabas.

—No me acuerdo.

—Decías que habías visto a tu padre. Que estaba en el dormitorio. Me levanté y lo comprobé. Aquí no había nadie.

Willa le miró avergonzada y también cabreada.

—Siento haberte causado molestias.

—No fue ninguna molestia.

—Vete por favor.

Un desconocido la había visto en aquella situación vulnerable y ni siquiera recordaba su nombre. Seguramente mientras ella dormía había estado cotilleando sus cosas, mirando lo que guardaba en la bolsa de viaje o puede qué le hubiera robado, tampoco sería la primera vez.

—Si quieres volver a verme, te he dejado mi número apuntado en un papel en la mesilla de noche.

Ella no dijo nada y le vio cerrar la puerta del dormitorio. Se sentó en la cama y comenzó a llorar, sintiéndose una tonta. Comprobó que lo tenía todo y luego pidió un desayuno al servicio

de habitaciones. El día había amanecido muy caluroso, gris y cubierto de nubes, se avecinaba tormenta.

Pensó en su padre mientras miraba que no le faltaba nada ¿dónde demonios estaría? ¿por qué se había escapado? ¿y precisamente ahora? Si no se había puesto en contacto con ella es que no la buscaba. Supuso que estaría con algún amigo, pero ¿quién? ¿ese cura que tanto le visitaba? Que ella supiera, no tenía otro.

Sabía lo que tenía que hacer para averiguarlo, pero antes quería volver a su antigua casa.

El arma estaba bajo el colchón, donde la había dejado. Se sorbió la nariz y se limpió las lágrimas.

Se prometió que no volvería a beber, se prometió que iría a siguiente reunión de Alcohólicos Anónimos, que no se volvería a liar con algún desconocido —o desconocida—, que lo superaría, que tendría una nueva vida y que no volvería a tener miedo.

Cogió el número del extraño y lo guardó en la cartera, no sabía cuándo iba a necesitarlo y puede que tuviera que pedirle disculpas por como le había tratado.

Y vio algo más, algo que le encogió el corazón y le hizo lanzar un grito ahogado. Debajo de la cama había tirada una fotografía de ella con sus padres cuando era un bebé, en días felices. Detrás en una letra casi ilegible ponía ‘Ven a verme cuando estés preparada. No tengo mucho tiempo, pero quiero que escuches mi versión. Yo jamás le hubiera hecho daño a tu madre. Te quiere, tu padre’.

Pero ya la había visto antes. Su padre le había enviado esa foto hacía unos meses, después de que le detectaran el cáncer otra vez, antes de que le diera otro ataque. Fue la única cosa que no había quemado. Y la llevaba consigo a todas partes, metida en un libro, se había debido de caer al cogerlo. Al ver la foto no pudo evitar ponerse a llorar de nuevo.

Se le había pasado por la cabeza que era un mensaje que le había dejado el tío del bar, como una especie de broma macabra porque sabía quién era ella y lo que su padre había hecho. Y ella sabía que algunas hijas tienen que cargar con los pecados de sus padres.

Cuando llegó a la redacción se puso a buscar información sobre la casa, sobre la secta que la había ocupado durante unos años.

Avery se acercó a su mesa con un café para ella.

—Hoy tienes muy mala cara ¿has dormido algo esta noche?

—Gracias por el cumplido —respondió Willa con una sonrisa. Todavía notaba la resaca en el fondo de su cerebro, como un martillo en una obra.

Avery se quedó mirando la pantalla del ordenador.

—¿No conocías esta historia?

—Sabía que había algo raro pero no, no la conocía. No he querido saber nada de esa casa, nunca.

—Pone los pelos de punta. La policía dijo que no encontró nada, pero que quieres que te diga. Los vecinos escucharon gritos.

A Willa un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Dicen que en el sótano es dónde se hacían los rituales satánicos. Aseguraron que había un demonio allí.

—Quizá lo haya.

No le sorprendía. Los sótanos de las casas siempre daban para mucho. Avery se sentó a su lado.

—Tu padre aseguraba que su esposa estaba poseída por un demonio, que él hizo todo lo posible por expulsarlo mientras esperaba que llegara ese cura, el padre Anthony Vázquez, pero cuando llegó, ya era demasiado tarde. Esa fue su justificación para ese crimen tan atroz.

Willa miró para abajo, parpadeando para evitar las lágrimas. Avery se agachó.

—Lo siento. Pero no hay ningún demonio, ninguna excusa que lo justifique. Y a pesar de que le he visto, le he mirado a los ojos y no he visto maldad en ellos, ni mentiras... Aunque, te lo juro, no puedo creerle.

—Lo sé, yo tampoco puedo. Solo quiero...quiero entenderlo.

—Hay cosas que siempre escapan a nuestra comprensión. Y el horror es una de ellas.

Avery volvió a su mesa y Willa se quedó mirando la fotografía en blanco y negro de la casa. No parecía un lugar en donde hubieran ocurrido cosas tan horribles. Parecía un hogar. Un lugar donde formar una familia, comer en la cocina y bailar en el comedor, un lugar donde relajarse después del trabajo. Su hogar.

OCTUBRE, 31 1980



GREYFIELD NEWS

TU ERES LA NOTICIA

Desde 1822

Noticias Locales

Cultura

Política

Internacional



El escritor Richard Nichols, de 37 años

ASESINA A SU ESPOSA Y ASEGURA QUE ESTABA POSEÍDA

La pareja era conocida en la población gracias a él, Richard Nichols, escritor de fama mundial y profesor de literatura en la universidad local



Felicia Harper, de 35 años

Los gritos provenientes del número 109 de calle Willow alertaron a los vecinos en la madrugada del 30 al 31 de octubre, cuando la policía se personó en el lugar de los hechos encontraron una grotesca escena en el dormitorio principal donde vivían



El lugar de los hechos, la casa del matrimonio Nichols

Richard Nichols y su esposa Felicia Harper desde hacía diez años. La mujer estaba atada de pies y manos a la cama y mostraba síntomas de deshidratación. El hombre, aseguró que su esposa estaba poseída por un ente diabólico. Todo ocurrió en la presencia de la única hija de la pareja, Willa, de diez años. Siguiente página...

Las imágenes han sido creadas con Texto a Imagen de Canva

La Bestia

Al día siguiente recibió la visita de Anthony y de su sobrino Miguel. Se acordaba de él, de su nacimiento, de como cuando tenía tres años solía jugar en el jardín con Willa, de nueve. Le trataba como a un muñeco y le ordenaba que se sentara y que se tomara el té imaginario.

Anthony había adoptado a su sobrino cuando su hermana se fue de viaje y no volvió, abandonando al pequeño Miguel, todavía un bebé. Lo educó como a un hijo y él siempre decía que era su padre, a pesar de que todo el mundo sabía su historia.

Quizá no había sido buena idea que la siguiera, igual ella le había reconocido. Aunque habían pasado tantos años que apenas él reconocía al hombre en el que se había convertido. Por lo que le había contado su padre, Miguel era arquitecto y trabajaba en una pequeña empresa de Greenfield, no se había casado, no tenía hijos. ‘Algo tiene que tener para que no haya encontrado a la persona adecuada a esa edad’ se dijo.

Lo que no sabía Richard es que los tiempos habían cambiado, que la gente ya no se casaba como antes.

Se había perdido muchas cosas del mundo encerrado entre las cuatro paredes del sanatorio. Muchas malas, aunque muchas más, buenas. No había sido testigo de los cambios sociales.

Ahora, sin nadie que le dijera lo que tenía que hacer, sin un horario establecido, sin medicación, se sentía perdido. La mayor parte del día dormía, hacía ejercicio y leía. Al anochecer salía a dar su paseo diario. Sabía que no se encontraría con nadie durante el día, ya que las vacaciones habían terminado y Los Lagos estaba desierto, no como hacía tan solo unos días. Sin embargo, no quería correr el riesgo. Su foto debía de haber aparecido en todos los periódicos y televisiones. No los había visto, pero sabía cuales debían de ser los titulares.

Esperó a sus *invitados* delante de la chimenea. Había preparado café y sacado unas galletas. Eso es lo que hubiera hecho Felicia.

Sacó su foto, arrugada y manoseada, del bolsillo. Su sonrisa seguía iluminando sus días oscuros. Como si jamás se hubiera ido.

Saludó a Anthony y a Miguel y los tres se sentaron.

—¿La has visto?¿has hablado con ella?¿cómo está?

Miguel se incorporó, algo incómodo.

—Está bien. De hecho, trabaja en el *Greyfield News*.

Richard no podía creerlo ¿trabajaba en el mismo periodicucho que Avery Green? Ese cobarde mentiroso.

—¿Te ha preguntado por mí?¿le has dicho que tu tío y yo somos amigos?

—No sabe que le conozco.

—¿De qué mas habéis hablado?¿está casada?¿tiene hijos? me gustaría saber si tengo nietos. No he sabido nada de ella en veinte años.

—Ni está casada ni tiene hijos.

Richard arrugó la frente.

—No será...eso.

—¿Lesbiana?

El hombre asintió.

—No, que yo sepa.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿te lo ha dicho?

—No, no. No hizo falta —. La expresión de su cara lo dijo todo.

Richard se levantó de golpe y estuvo a punto de volcar la mesa con los cafés. Sus *invitados* también se levantaron.

—¡¿Qué has hecho?! ¡¿qué le has hecho a mi hija?! —gritó, fuera de sí, y señalándole con el dedo.

—Richard, cálmate —dijo Anthony.

—Se supone que debía entablar amistad con ella. Maldito...

—Yo no le hecho nada señor Nichols, Willa ya es mayorcita. Pero si le sirve de algo, no quiere saber nada de mí. Le di mi teléfono y no me ha llamado todavía. Y ya ha pasado una semana.

—Será que eres un amante de mierda ¿no crees?—. Se sentó y comenzó a reír estrepitosamente.

Miguel le miró con desdén. Iba a abrir la boca cuando su padre le mandó callar.

—Richard, por favor. Miguel está intentado ayudar. Willa debe de ser como tú, cabezota y cascarrabias. No va a ser fácil.

—No nos queda tiempo. Tengo que hablar con ella. Así que si ella no viene a mi, tendré que...

—La policía te está buscando, creen que estás en peligro. A pesar de que ya hemos hablado con ellos, me da la sensación de que no creen nada de lo que hemos dicho. He mentido y engañado por ti Richard, por que eres mi amigo y sé que quieres hacer el bien, y quiero ayudarte a conseguirlo. Y además, muchas personas nos están ayudando. No podemos correr ningún riesgo.

—Me habré muerto antes de que me encuentren. Aunque antes habré terminado con esa bestia.

Miguel se levantó y salió a fumar un cigarro.

Richard se incorporó en su asiento con una mueca de dolor.

—¿Te estás tomando la medicación?

—No. Me adormece los sentidos. Debo estar alerta, no puedo acabar con el demonio si voy drogado.

El padre Anthony le pasó un vaso de agua.

—No estarás solo. Yo te ayudaré a terminar con todo esto. De una vez por todas. Dios está de tu lado, Richard. Siempre lo ha estado.

—No estoy tan seguro.

El padre le miró con compasión. Su amigo estaba cada vez más demacrado, delgado y débil. No le quedaba mucho tiempo. Y sabía, por la expresión de su rostro, que el dolor era cada vez más insoportable. Algo que sabía que no admitiría nunca.

Se sentó a su lado. Richard se estaba quedando dormido, así que le colocó una manta encima.

Cuando despertó, Richard estaba solo. Había anochecido y la única luz provenía de la chimenea.

Se incorporó y de pronto, sintió un calor sofocante. Y miedo. Había alguien allí con él, una sombra.

—¿Quién eres? —preguntó a pesar de saber ya la respuesta.

Podía verla al lado de la ventana, la figura se recortaba contra la noche.

—Ya sabes quien soy —dijo una profunda voz, parecía que provenía de un lugar muy lejano, de un sitio muy antiguo y oscuro. Esa voz ya la había escuchado antes. Hacía muchos años.

Se quitó la manta y fue a coger el teléfono, pero la figura se adelantó y lo lanzó contra la pared.

Richard estaba tan asustado que se orinó encima. Se sentía como cuando estaba en el hospital, totalmente indefenso. No podría solo, ese demonio era demasiado fuerte.

—También sabes por qué estoy aquí.

No había nada que pudiera hacer o decir, se había quedado en blanco. No recordaba ni un solo verso de los que había procurado retener en la memoria durante los últimos cuarenta años. No se acordaba de nada.

—¿Me has echado de menos? —Luego rió con una risa cruel e impostada, como la de un malo de película.

Richard estaba paralizado.

—He vuelto por ti, como te prometí. Aunque antes de nada, me llevaré a tu hija. Le haré lo mismo que a tu querida mujercita. Y tú, Richard, la oirás gritar de dolor, suplicar su propia muerte y no podrás hacer nada para detenerme.

Richard intentó gritar, moverse. Su corazón estaba acelerado. Y su boca, seca como el papel. Su lengua se le quedaba pegada al paladar.

—No podrás salvarla. Como no pudiste salvar a Felicia.

Pronunció su nombre de una forma que a Richard le dio un escalofrío. La sombra se había acercado, podía oler su sudor agrio y otra cosa, algo cálido, como a podrido.

—Ni a tu hermana.

Después de decir aquello, la sombra se marchó, desapareció de la estancia. Richard esperó, había estado conteniendo el aliento sin darse cuenta. Tras unos segundos respiró hondo y encendió la luz.

Las lágrimas se arremolinaban en sus ojos grises. No se había acordado de Vera en todo este tiempo. Su hermana pequeña.

A pesar de su juventud le había dado un ictus poco después del juicio. Quería que Willa se quedara con ella. Estuvo seis meses en el hospital y después murió sola, creyendo que su hermano era un asesino. No había tenido posibilidad de despedirse ni de decirle la verdad.

Jamás habría imaginado que ese demonio le había hecho una visita. Cerró el puño y golpeó la mesa, aunque lo único que consiguió fue hacerse daño en la mano. Gritó, tiró la mesa al suelo y después, sin aliento, volvió a sentarse en el sillón, mojado por la orina.

Tras aquello no pudo dormir. En su mente pasaban las imágenes del exorcismo como si se tratara de una película. El calor, el olor nauseabundo, los gritos desesperados de su esposa,

aquella sensación de no saber lo que estás haciendo y si funcionaría o no. El terror que le invadió al ver los ojos de Felicia cambiar del azul al amarillo.

Cada nuevo día era una penitencia. Se arrepentía de no haber actuado antes, de no haber hecho caso de las señales. A pesar de haber escrito tantas historias de fantasmas, casas encantadas y monstruos, no creía que existieran en la vida real. Para él estaban solo en la imaginación de la gente. Los fantasmas no son más que recuerdos a los que nos aferrábamos. Los monstruos, un reflejo de nosotros mismos. Los demonios, nuestros propios pecados, nuestros crímenes.

Sacó otra foto del bolsillo. La pequeña Willa sonreía al otro lado, con sus rizos color rubio rojizo y su cara pecosa. Llevaba una muñeca de trapo en la mano, no recordaba su nombre, pero había sido algo gracioso. Willa era una niña muy ingeniosa.

Le gustaba leerle cuentos antes de dormir. Y al acabar pedía que le dejaran la luz encendida. Decía que había monstruos que se escondían en la oscuridad. Para Richard tan solo eran miedos infantiles, nada de lo que preocuparse. Que ingenuo fue, si hubiera escuchado, si hubiera prestado atención, que diferente sería su vida ahora.

Le recordarían siempre como ‘el demonio de Greyfield’, eso no podía cambiarlo. Pero podía irse haciendo el bien.

Al día siguiente le contó al padre Vázquez lo que había pasado. Nunca le había ocultado nada. Era el único amigo que había tenido en su larga vida. El único que se preocupaba siempre por él y que le había creído cuando aquella fatídica noche le llamó por teléfono para decirle que su esposa estaba siendo poseída por un demonio.

—No sé que voy a hacer Anthony. Ya no tengo fuerzas.

El padre le tocó la mano con cariño.

—No te preocupes por eso. Yo estaré ahí contigo. Entre los dos acabaremos con esta fuerza del mal.

—Dos vejestorios luchando contra un ser salido del mismísimo infierno.

Richard rió. Al menos para eso si le quedaba energía.

—Hablaré con Willa. La haré entrar en razón. Con ella y mi hijo seremos más fuertes.

—Me encanta tu optimismo. Pero tengo miedo. Temo que arrastrara a mi querida Felicia al infierno, que esté sufriendo el tormento eterno. Me cambiaría por ella ahora mismo.

—Felicia está con los ángeles. Estoy seguro. Ya era un ángel cuando estaba entre nosotros. Dios no la abandonó —dijo con convicción.

Richard tosió y el padre le ofreció un vaso de agua. Estaban en el salón, a la luz del día no parecía que hubiera nada que temer. El lago estaba tranquilo, los pájaros cantaban en un árbol cercano, el sol brillaba.

Richard miró hacia las personas que paseaban a lo lejos. Ajenos a los horrores que se escondían en la oscuridad.

—Espero que tengas razón Anthony.

El padre había llevado agua bendita y unos crucifijos, a Richard le pareció que lucharían contra vampiros, solo faltaban las ristras de ajos colgando de las ventanas.

Había pensado en ir a la casa y rociarla de arriba a abajo y colocar una cruz en cada dormitorio.

Anthony preparaba un café mientras Richard miraba por la ventana. Se estaba dejando el pelo más largo y no se había afeitado. En el sanatorio se lo cortaban de vez en cuando y le dejaban llevar la barba. Pero no se sentía el mismo, siempre había llevado la melena larga y la barba espesa.

Echaba de menos el color negro de su cabello, ahora blanco.

Había pensado en teñírselo, pero sabía que estaría ridículo. Un viejo con el pelo más negro que el ala de cuervo llamaría la atención.

Pensaba en Willa, quería hablar con ella, pero no deseaba que la conversación girara solo en torno a él. Había pensado mucho en ello. Probablemente sería la última vez que se verían y necesitaba que le perdonara. Eso era lo único que quería. No podía irse de este mundo sin recibir su perdón. Le daba igual que el mismo Dios no lo hiciera, que la sociedad no lo hiciera. El único que buscaba era el de su hija. Se sintió egoísta, siempre todo tenía que girar en torno a él, a lo que él quería. A pesar de lo que había pasado, no había cambiado ni un poquito.

—¿Dónde estás? Necesito hablar contigo —preguntó al viento. Como si fuera capaz de llevar su pregunta donde ella la escucharía.

Se volvió, indeciso.

—Tengo que volver—. Le dijo a Anthony.

—¿Volver a dónde?

—Al sanatorio. Allí Willa me encontrará. Y podré contarle todo. Salir de allí ha sido una muy mala idea, ahora me doy cuenta.

El cura se acercó a él y le dio una taza de café.

—Te drogarán y no te dejarán ver a nadie. Ya sabes como funciona eso. Te tendrán en observación.

—No me importa —respondió, a punto de llorar—. Ella sabrá que estoy allí, podrá ir a verme.

—Siéntate un momento Richard. Piensa lo que estás diciendo. Reflexiona.

Richard así lo hizo. El padre se sentó a su lado.

—Quiero que me perdone.

—Dios ya te ha perdonado. Luchaste contra uno de sus enemigos. Hiciste lo que pudiste.

—Me da igual si Dios me perdona o no, quiero que lo haga mi hija. De ella quiero su comprensión y su perdón.

—No digas eso. El perdón de Dios es el mas importante. Después de todo lo que has sufrido.

—Ella ha sufrido mucho más ¿cómo ha podido vivir todo este tiempo con eso sobre su cabeza?

—Es una superviviente, como tú.

Richard le miró con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Hubiera preferido que Felicia...

—Lo sé. Pero el mal la escogió a ella como recipiente, lo hizo por que era una santa, Richard, ese demonio tenía envidia de su relación con Dios, es por eso por lo que poseen. Y tú hiciste lo que pudiste para liberarla.

—Debí haberte esperado. Yo no sabía...

—Si me hubieras esperado no sé lo que habría pasado.

Richard se levantó.

—¡Ella estaría viva!

—No lo sabes. O puede que os hubiera matado a Willa y a ti.

—Todo fue por mi culpa.

Se acercó a la ventana. Temblando.

—Apenas las prestaba atención, siempre estaba trabajando, encerrado en mi despacho, leyendo, hablando con colegas. No bajé al sótano ni una vez. Y cuando me enseñaron aquellas fotos...

Se puso las manos en la cara. No había hablado de eso con nadie, ni siquiera con su terapeuta. Se había confesado con su amigo, pero no había sido capaz de contarle todo.

—Willa me contó que había un monstruo en la casa y yo lo achaqué a la imaginación infantil. Hasta hacía poco tenía un amigo invisible.

—No podías saberlo.

—Podía y debía, era mi deber. Como esposo, como padre. Mi único deber era protegerlas, y fallé. Me merezco todo esto. Me merezco arder en el fuego eterno.

—No sirve de nada flagelarse ahora.

—Tu limpiaste la casa, la rociaste con agua bendita mientras orabas antes de que nos fuéramos a vivir allí. Felicia creyó que así estaríamos fuera de peligro. Y mira para lo que sirvió. He perdido la fe, Anthony.

De nada servía discutir algo que había ocurrido hacía tantos años. De nada servía empezar a pensar ¿y si hubiera hecho esto? ¿o lo otro? El pasado no se podía cambiar, lo único que podía hacer era terminar lo empezado y morir con dignidad. Su vida había terminado hacía mucho tiempo.

—Si existen los demonios, también deben de existir los ángeles.

Miró a su amigo.

—Claro que existen, cuidan de nosotros. Están aquí ahora. Y también cuidan de Willa. Te lo aseguro.

Pero él no lo creía. No tenía un ángel de la guarda. El suyo era un demonio que le susurraba palabras prohibidas al oído, que le recordaba todos sus fallos, sus crímenes y sus pecados, que no le dejaba pensar ni sentir otra cosa que no fuera dolor.

Entendía por que algunas personas se flagelaban con látigos, ese dolor físico podía sanar el alma. Y la suya estaba rota.

En el sanatorio no le habían permitido leer la mayoría de los libros que había solicitado, sobre ocultismo, satanismo, exorcismos, demonios y demás. Solo la Biblia. Y algunas novelas, especialmente clásicos de la literatura, novelas que ya había leído decenas de veces. Pero como no tenía otra cosa que hacer, leía y escribía. Eso fue lo que le mantuvo realmente cuerdo.

Eso y pensar que volvería a ver a su hija.

Lo tenía todo escrito en un tomo de unas trescientas páginas. Al menos sabía que si no lograba verla, lo podría leer y al final leería su arrepentimiento.

‘Volverás a ver a Felicia dentro de poco. En el infierno’ le dijo una voz en su cabeza. Richard miró a los lados, los ojos muy abiertos. Ese no era su ángel de la guarda, el suyo se había tomado unas largas vacaciones. O a lo mejor estaba jubilado.

Cuando se quedó solo decidió intentar algo que no hacía desde que era un niño. Algo que le había ayudado en los momentos mas oscuros de su infancia, y que no había olvidado.

Se puso de rodillas al lado de la cama, juntó las manos, cerró los ojos y comenzó a rezar. Le dijo a Dios o a cualquier otra deidad que estuviera escuchando que le diera fuerzas para terminar

el trabajo, que le guiara en su cruzada contra el mal, que protegiera a su hija. Aunque quería creer, no era capaz. Y después estuvo un buen rato recitando las oraciones que aprendió en la infancia, con las que solía sentirse a salvo, a pesar de que nunca se sintió escuchado realmente. Pero insistía, cada noche repetía con fuerza el mantra, esperando ser atendido algún día. Y esperaba que ese día fuera hoy, pues lo necesitaba más que nunca.

Durmió sin pesadillas, como si hubiera caído en un oscuro y profundo agujero, durmió como cuando le drogaban en el sanatorio. Como si estuviera muerto.

Los días pasaban y Richard se estaba poniendo cada vez mas nervioso, no dejaba de mirar por la ventana esperando que su hija apareciera por ahí como un milagro, llorarían, se abrazarían y acabarían con esto de una puñetera vez.

Pero su lado racional sabía que eso no ocurriría jamás.

Se había levantado niebla en el lago, ya no quedaban veraneantes ni turistas. La temporada de verano había terminado definitivamente y el lugar estaba muy tranquilo.

Después de desayunar en el porche, se empezó a sentir mal, vomitó, y parte fue sangre. Se quedó mirando su rostro delgado, arrugado y pálido en el espejo. Un viejo al que no le quedaba mucho tiempo. El dolor se hacía cada día mas insoportable, y ya apenas podía comer nada sin expulsarlo. Se tenía que sentar, y se quedaba dormido, en esos sueños diurnos volvía a estar en su casa, con su esposa y su hija, eran momentos felices, recuerdos que en realidad no habían ocurrido. Y cuando despertaba ya estaba anocheciendo y tenía que levantarse para ir al baño.

La oscuridad le daba mas miedo cada día, pero sabía que solo podía encender una pequeña luz.

Cada rincón de aquel lugar era un posible escondite para la bestia, así que cada vez que iba de una habitación a otra recitaba una oración, movía los labios y miraba hacia las tinieblas que le rodeaban.

—Si estás ahí demonio ¿por qué no acabas conmigo de una vez? ¡llévame ya al infierno!

Solo contestaba el silencio.

Le parecía que una sombra se acercaba por lo que encendía la luz y encontraba el pasillo vacío. Cada crujido del suelo le hacían darse la vuelta, estremecido, para encontrarse solo.

Otras veces veía una figura a través de la ventana, aunque estaba demasiado lejos para distinguir de quién podría tratarse y la niebla matutina lo convertía todo en un paisaje onírico. Un escalofrío le recorría la espina dorsal y se colocaba al lado de la estufa.

Estar ahí era peor que el hospital. Y tenía la tentación de llamar a emergencias y que se lo llevaran de vuelta, pero ya había sido débil antes, ahora debía soportar lo que viniera. Se decía a sí mismo que el dolor le purificaría el alma, que le haría mejor.

Había escrito tanto sobre el miedo que experimentarlo tan intensamente allí solo le parecía ficticio, como si estuviera preparando una nueva novela. Nunca le habían asustado los fantasmas, las casas encantadas, los cementerios o la oscuridad. Los conocía bien.

Nunca temes lo que bien conoces.

Recordó los días en los que era un autor reconocido, un hombre ocupado, y además, querido. Cuando no estaba escribiendo su próximo *best-seller*, se pasaba el día dando entrevistas tanto en la radio como en la televisión, viajando por el mundo presentando sus libros, dando charlas o investigando para su próxima novela.

Cada libro que publicaba era un éxito, aunque muchas veces la crítica se cebaba con sus historias de terror, decían que eran ‘básicas’ o ‘desagradables’. Pero los lectores le adoraban, y cada novela llegaba al número uno. Podía vivir en una mansión en Los Ángeles, o en un apartamento de lujo en París. Y había decidido vivir en su pueblo natal, en una casa que la gente consideraba encantada. Se suponía que era eso lo que la gente esperaba de él, que fuera excéntrico, que se saliera de la norma. No vivían con lujos, tanto su esposa como él conducían sus antiguos coches, iban al supermercado, comían en los sitios de siempre, pasaban las vacaciones en el lago, a pocos kilómetros de su casa.

Él siempre vestía con ropa comprada en unos grandes almacenes, y la llevaba hasta que no le quedaba más remedio que tirarla.

Felicia siempre le regalaba camisas y chaquetas por Navidad. Solo para que se cambiara en las entrevistas en la televisión y en las presentaciones.

Ella era sencilla, también llevaba los mismos vestidos una y otra vez, y de vez en cuando se compraba uno para una fiesta o para las vacaciones. Le gustaba estar en casa haciendo pasteles para los vecinos, a los que visitaba para comentarles que su marido acababa de publicar un libro nuevo.

Era su mayor fan y también su mayor crítica. Sin ella no habría tenido tanto éxito. Y nunca le pedía nada a cambio, ni siquiera pasar más tiempo con ellas.

—Si pudiera volver al pasado —.Le dijo a la oscuridad—. Daría mi alma por volver a estar con ella. Con las dos.

Creyó ver algo que se movía en la negrura que le rodeaba. Una figura que esperaba cualquier momento de debilidad para aparecer y robarle su último aliento.

—¡Llévate mi alma maldito! ¡ya no me queda nada!

La sombra se movió, estaba acercándose. Richard veía borroso, sin las gafas puestas estaba más vulnerable. Se incorporó cuando la figura se sentó en la cama.

—Tranquilo Richard. Soy yo.

Él suspiró aliviado.

—Estaba aquí, lo he visto. He sentido su presencia.

—Aquí no hay nadie —dijo Anthony con voz calmada—. Sigue durmiendo, solo quería ver como estabas. Te he traído unas medicinas, me las ha dado tu médico. Te vendrán bien.

Su médico les había ayudado a salir del sanatorio. Era un hombre muy religioso y había creído todo lo que había contado. No como su psiquiatra, que era una mujer escéptica y le había dicho que lo suyo era esquizofrenia. Él nunca la creyó.

—No quiero tomar nada. No las necesito.

Su rostro pálido y ojeroso parecía decir otra cosa.

—Son para el dolor. Necesitas descansar y el dolor no te deja.

—Ya descansaré cuando este muerto.

—Sabes que no es cierto. Morirás sin haber terminado tu proyecto y todo por que el dolor no te deja pensar ni te deja ser la persona que realmente eres.

Eso era verdad, Anthony había llegado como un ángel salvador con lo que necesitaba así que, después de pensárselo un par de minutos, se las tomó.

Le gustaba que Anthony le contara la historia de cuando había perdido la fe, lo extraviado que se encontraba y como la halló de nuevo en aquella pequeña iglesia de Greyfield. Así que le pidió que se la contara mientras esperaba dormirse. Se sentía como un niño pequeño, asustado y vulnerable. Y también se sentía afortunado de tener a un amigo que le cuidara. Él nunca había cuidado de nadie. Había sido un egoísta. Solo le interesaba el éxito, ganar premios y esas cosas que al final de tu vida no te dan la felicidad, no como un buen abrazo o un cuento antes de dormir.

Había vuelto a la infancia, al momento en que la oscuridad ocultaba monstruos y la luz los expulsaba.

Que extraño era que la vejez se pareciera tanto a los primeros años de vida. La vida era una rueda y todo volvía.

‘He ganado tanto dinero para nada’ se solía decir. Pero había creído que la fama le daría todo lo que necesitaba. Que era todo lo que quería en la vida, por lo que había estudiado en la universidad, por lo que había empezado a escribir. No por el gusto de escribir, de crear desde

cero, si no por lo que podía venir después. Y luego no había podido parar de hacerlo, se había vuelto un adicto.

Reconocía que había tenido suerte, que el éxito de su segundo libro fue cosa del destino. Primero, terminarlo, que fue un proceso lento y difícil; segundo, que una editorial se interesara por él y que le hiciera un contrato y tercero, que a la critica le gustara y por lo tanto, tuviera muchísima publicidad. Y por último, y lo más importante que al público también le gustara. Algo que jamás había soñado.

Cambiaría todo eso por volver a estar con su familia.

El Número de la Bestia

Apagó el ordenador, necesitaba hacer algo y quedarse allí sentada no era una opción. Su cuerpo estaba empezando a pedir alcohol otra vez, le temblaban las manos y tenía sed. Se bebió el café frío esperando calmarse, pero no pudo. Tenía muchas cosas en la cabeza. ¿Fue realmente una posesión demoníaca? ¿Había realmente una presencia maligna en la casa? ¿Algo que provocaba aquella locura? ¿o simplemente era todo una casualidad?

Tenía que volver a la casa. Buscaba algo y no sabía el porqué, puede que los grafitis tuvieran las respuestas, aunque ni siquiera estaba segura de que lo encontraría allí, pero no perdía nada por intentarlo. Solo el tiempo, pero a eso ya estaba más que acostumbrada. ¿Y qué había sido de los miembros de aquella secta? Le gustaría saberlo.

No se atrevió a decirle a Avery lo que había visto allí, pero sentía que él la creería si decidía contárselo. Algo le decía que podía confiar en él.

Le propuso ir a ver la casa y sacar algunas fotos para el reportaje. Esta vez no quería ir sola.

Al entrar en el coche, vio que Avery sacaba un paño y un espray y comenzaba a limpiar el asiento, la puerta, y todo lo que podía tocar. Además, llevaba puestos unos guantes de plástico, con los que retiró algunos vasos y envases vacíos del asiento y los tiró detrás.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Willa.

—No es nada personal. Lo hago en todos los coches en los que me subo, sobre todo en los taxis.

Después sacó una mascarilla como las que llevaban los cirujanos en el quirófano, aunque no se la puso. Abrió la ventanilla y respiró el aire puro que venía del mar.

—¿Por qué llevas eso? Ni que fuéramos a un matadero.

Willa se dio cuenta de lo que acababa de decir y se sintió fatal. Claro que iban a un puñetero

matadero, pero Avery parecía no haberle prestado atención.

—Este coche huele a animal muerto, ¿no llevarás algo escondido en el maletero?

—¿Te gustaría comprobarlo?

Avery puso cara de asco.

—¿Hace cuánto que no lo limpias?

Willa lo pensó.

—Cómo hace...¿nunca? La lluvia lo limpia por mi.

Era un coche que ya había comprado muy viejo hacía casi veinte años, a un hombre que no tenía pinta de ser muy limpio y aseado, pero cuando se lo había dado estaba decente y olía a ambientador de pino. Supuso que esa fue la última vez que ese coche había visto el agua y el jabón.

—Después lo llevamos a la gasolinera y le damos una buena limpieza, por dentro y por fuera.

Salieron antes de comer y Avery propuso ir a tomar algo a la cafetería.

—En realidad necesito otro café. Y ese es el único lugar en el que sé de buena tinta que la cocina está limpia como un quirófano y la comida es de buena calidad.

—¿Cómo lo sabes?¿también trabajas allí?

Avery hizo una mueca.

—Solía salir con una chica que trabajaba allí.

—¿Y no es incómodo? —preguntó ella sorprendida.

—Ya no está. Se fue hace unos meses, se cambió de ciudad y todo eso.

—¿Puedo saber por qué?¿rompisteis?

—Lo dejamos mucho antes de que ella se fuera, así que ¿podemos dejar de hablar de mi vida privada?

—Perdona, pero tu sabes mucho de mi vida privada y yo no sé nada de la tuya.

—Yo tampoco sé tanto de...bueno, algo. Pero...

—¿Qué?

—Nada, no es nada.

—Soy un puto libro abierto Avery. Y me da miedo que todo el mundo lo sepa todo sobre mí, pero aquí estoy. Le dije a Neil que era una alcohólica antes de que me contratara. Soy honesta con quién soy y mi vida ha sido siempre un desastre, y a veces, muchas veces, me avergüenzo de lo que soy y de quién soy. De...mi vida.

Avery la miró sonriendo aunque estaba intentando ponerse serio.

—No...no deberías. No sé, eres quién eres y ya está. No todos tenemos que ser clones y haber vivido las mismas experiencias, y tener la misma personalidad. Y que nos gusten las mismas cosas.

—Eso no es ningún consuelo. He tomado muy malas decisiones.

—Todos lo hemos hecho. Y arrepentirte no te va a servir de nada.

—Eso es muy fácil decirlo.

Llegaron al restaurante y Avery pidió la hamburguesa con un refresco mientras que Willa se comió un plato entero de alitas de pollo. Quería dejar de pensar en tomar un largo trago de vodka. Quería que ese ansia desmedida desapareciera por arte de magia. Que desapareciera y no volviera nunca más.

—¿Qué malas decisiones has tomado en tu vida?

—Esta hamburguesa no es una de ellas —respondió él con la boca llena.

El local estaba casi vacío pues ya había pasado la hora de comer. Willa esperó a que respondiera a su pregunta.

—Es muy aburrido. Mis malas decisiones han consistido en nunca arriesgar, en ir a lo seguro.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Soy periodista, debería gustarme el riesgo, sin embargo me gusta la rutina e ir siempre al mismo restaurante y pedir siempre lo mismo. Si no, me pongo muy nervioso. Soy de los que ve la misma serie una y otra vez, lee los mismos libros, ve las mismas películas por que se que es lo que va a pasar. Y eso me gusta. Quizá tendría que dedicarme a otra cosa. A un trabajo más mecánico y aburrido. No sé.

—Sigo sin ver qué tiene eso de malo.

—El otro día estaba pensando que si alguien quisiera escribir mi biografía la llenaría solo con un par de páginas. Y no puedo evitarlo, no me gusta salir de mi zona de confort, las pocas veces que lo he hecho después me he arrepentido. Pero también me he arrepentido de quedarme en casa o de hacer siempre lo mismo.

Willa sonreía. Le parecía muy dulce lo que acababa de decir. Quería abrazarle.

—Gracias por contármelo. Ahora te conozco un poco mejor.

—Formamos un buen equipo de fracasados en la vida.

—Y que lo digas.

Al acercarse a la casa volvió a notar ese dolor punzante en la sien izquierda, como si alguien la estuviera golpeando constantemente.

Ese día hacía bochorno y la humedad era muy alta a pesar de estar entrando ya en otoño, salieron del coche sudando y a Willa le dieron náuseas, se apoyó en el coche y esperó a que pasaran.

—¿Te ocurre algo?

—Esas malditas alitas. Creo que voy a vomitar.

Avery le pasó una bolsa de plástico que llevaba en su mochila.

—Llévala por si acaso.

Ella miró a su alrededor buscando al coche de policía apostado allí las veinticuatro horas del día. Vio a dos hombres en uno de ellos, comían bocadillos. Ella les saludó con la mano y al verlos, Avery hizo lo mismo.

—¿Podemos entrar? —preguntó mientras se dirigían a la casa.

—Claro, ya han buscado pruebas y para tu información, no encontraron nada. Mi padre no ha estado aquí.

—¿Crees que aparecerá?

Willa negó con la cabeza y las náuseas volvieron, sintió que su cabeza daba vueltas. Se colocó la bolsa de plástico en la boca y se apoyó en la valla.

—Puede que le hayan secuestrado.

—¿Y si han sido los de la secta?

Willa no escuchó la pregunta, sentía que una náusea le recorría el estómago.

—Mi cabeza va a explotar.

—Métete los dedos y vomita, te sentirás mejor.

Ella frunció el ceño.

—Creo que es esta casa. Cada vez que me acerco empiezo a encontrarme mal.

Entraron al pequeño patio, y Willa tuvo que sentarse en las escaleras del porche. Respiró hondo e intentó dejar la mente en blanco, a pesar de las náuseas *necesitaba* una copa. O una botella entera.

—Es normal sentirse así. Estás...estás...esto...estás siendo muy muy valiente al venir aquí— dijo Avery sentándose a su lado.

—Te ha costado mucho decir eso.

Él sonrió.

—Piensa que es solo una casa, un objeto inanimado que no puede hacerte daño.

—Son los recuerdos los que me lo hacen.

Cerró los ojos y se vio a sí misma con seis años corriendo hacia la casa con su madre detrás, diciéndole que no corriera tan rápido, que nadie se comería las galletas ¿cómo podía recordar eso? Apenas se acordaba de lo que había hecho el día anterior.

El dolor de cabeza estaba empezando a ser tan intenso que le dijo a Avery que mirara para otro lado mientras ella se metía los dedos y echaba las alitas en la bolsa de plástico.

Después de aquello se encontró extrañamente mejor. Se limpió la boca, los mocos y las lágrimas de los ojos y se acercó a la acera para tirar la bolsa a la papelería.

Su dolor de cabeza era menos intenso, sin embargo, todavía notaba algo en el lado izquierdo, ese pequeño y molesto golpeteo constante. Se quedó mirando a la ventana del segundo piso que no estaba tapiada, esperando ver a su madre.

—¿No sientes nada extraño aquí? —.Le preguntó a Avery al acercarse.

—¿Extraño como qué?

—Hay gente que siente cosas, una vibración, una sombra. Sienten miedo. Uno de los chicos a los que vi ayer dijeron que sentían algo raro en el ambiente.

Avery se quedó mirando las ventanas tapiadas del primer piso y el porche descuidado aunque limpio.

—Saben qué es lo que pasó aquí. Conocen la historia. Puede ser que mientan o que sea sugestión. Pero me temo que mienten y que simple y llanamente buscan atención. Yo no siento nada raro. Es una casa, una puñetera casa.

—¿Has estado en alguna otra casa considerada maldita?

Él negó con la cabeza.

—No, no me lo creo. No puedo.

Willa subió las escaleras del porche con cuidado. Miró a Avery, que parecía reticente.

—Son seguras. Están bien, ya ha pasado mucha gente por aquí.

Avery la siguió y el tercer escalón cedió bajo su peso, rompiéndose por la mitad, él se agarró a la barandilla y saltó hasta el porche.

—¡Joder!

—¿Te has hecho daño?

—No, no. Solo ha sido el susto. No me he hecho ni un rasguño...espero.

Willa comprobó que no se había hecho nada en los tobillos. Y él se miró las manos buscando sangre. No tenía nada.

—Quizá haya cabreado a la casa y quiera mi sangre —bromeó.

A ella ese comentario no le hizo ninguna gracia. Él pudo verlo en la expresión de su cara.

—Perdona. No...no...debería haberlo dicho. Esto ya está siendo difícil sin mis comentarios...

Estaba sudando y no dejaba de comprobar los botones de su camisa. Los contaba de manera obsesiva.

Ella abrió la puerta y se adentraron en la oscuridad , las escaleras estaban a la derecha y en el medio se encontraba el pasillo que llevaba a la cocina, además de la puerta de la izquierda hacia el salón. Avery se colocó la mascarilla y se ajustó los guantes de cirujano.

—El polvo —dijo sin esperar a que Willa le preguntara nada.

El papel pintado. Willa lo recordaba. Ahora estaba pintado de blanco, tapando el viejo. El que había seleccionado su madre era de color gris claro con pequeñas flores que parecían ramos. Lo compraron barato porque no se llevaba. Era anticuado. Pero a su madre le encantó, le recordaba al de la casa de su infancia. O al menos eso le contó la tía Vera antes de morir. Le hubiera gustado pasar más tiempo con ella.

—¿Cómo enseña la casa esa mujer?¿lleva una linterna? —preguntó Willa, quien sí llevaba una en el bolso. Iluminó la zona, a los muebles nuevos, de tienda de decoración.

—¿Quién?

—La agente inmobiliaria.

—¿Vas a venderla?

—Claro ¿qué quieres qué haga con ella si no?

—Sí, tiene sentido.

Avery probó un interruptor y la luz de la bombilla solitaria se encendió. Dio más luz de la que se podía esperar de una bombilla tan pequeña.

—¿Cómo?

Willa había cortado la electricidad y el gas hacía años.

—Seguramente haya un generador. A la gente no le gusta comprar casas a ciegas.

—Está más limpia de lo que me esperaba.

—Tu agente inmobiliaria sabe hacer su trabajo.

La parte de abajo tenía unos muebles nuevos que no pegaban mucho con el estilo de la casa, pero era para que los compradores se hicieran una idea de como podía quedar.

—¿Dónde están los muebles originales? Me refiero a los...

—Ya se a que te refieres. Volví aquí cuando tenía dieciocho años y la vacié, me llevé las cosas de mi madre y metí muchas cosas en un almacén y otras las vendí. Dejé que las cosas de mi padre se pudrieran con la casa.

Pasaron a la cocina y Willa echó un vistazo a los armarios, en uno había un aspirador, una fregona con un cubo y productos de limpieza. En otro había un extintor.

—Ahí tienes su secreto mejor guardado.

—La nevera es nueva —Willa la abrió y vio que dentro había algunas botellas de agua y una caja de galletas.

Luego fue abriendo los armarios hasta que uno encontró una caja llena de cartas.

—¿De quién son? —preguntó Avery.

Sacaron algunas y las examinaron.

—La mayoría son para tu padre.

Willa observó que había algunas dirigidas a ella, aunque no se atrevió a abrirlas.

—Abre alguna para...para...Richard—le dijo a su compañero. Sentía curiosidad.

Él así lo hizo. Era de una fan que deseaba conocerle.

—¿Por qué no se las envió al sanatorio? Aquí no las iba a leer.

—Allí no le dejan recibir correo. Solo puede leer cartas tuyas, de su familia o de su abogado, ya sabes. El resto las interceptan, por si hay amenazas. Hay mucho fanático loco —respondió él.

Avery abrió otra.

‘Arderás en el infierno hasta el final de los tiempos. Tu alma será torturada por los siglos de los siglos’. Ambos se miraron con horror.

Avery abrió más. Había muchas de amenazas, algunas hasta le advertían que quemarían la casa hasta los cimientos con él dentro en cuanto se acercara. En otras, de alguien diferente, le decían que le vigilaban de cerca, que le encontrarían y sería sacrificado a Satán.

—Habría que llevarlas a la policía. Son amenazas muy serias.

—Si en cuarenta años no han hecho nada, no creo que empiecen ahora.

—Pues ahora es el momento.

Escucharon un ruido en la parte de arriba y ambos miraron hacia el techo instintivamente. Willa se estremeció. Tenía la extraña sensación de que había alguien escondido en algún rincón, esperándola. El sonido parecía provenir del dormitorio de sus padres y del sótano a la vez, y era como si alguien estuviera rasgando la pared o el suelo de madera con las uñas.

Salieron de la cocina y volvieron sobre sus pasos hasta la escalera. La parte de arriba estaba ligeramente iluminada. Los ruidos habían cesado, pero aún así al alumbrar la parte de arriba con la linterna le dio un vuelco al corazón.

—Esperemos que estos escalones no cedan —dijo Avery, a quien Willa a penas podía entender porque hablaba en susurros con aquella mascarilla.

—Subiré yo primero —.Notaba cómo sus tripas estaban empezando a soltarse. Así que respiró hondo y subió poco a poco, comprobando los escalones. Estaba segura de que no cederían ya que la agente inmobiliaria habría acabado escaleras abajo o con un pie roto. Pero había pensado lo mismo de los de fuera.

Subía poco a poco, con cuidado, comprobando cada escalón. Avery estaba a su espalda, sujetándose bien a la barandilla. Willa intentaba no pensar, no recordar cómo había sido la casa cuando ella vivía allí, lo oscura y enorme que le parecía de niña.

Se dirigieron sin problemas a la izquierda, donde estaba la barandilla del segundo piso y hacia el fondo, de dónde ella creía que venía el sonido. Ahí estaba la habitación de sus padres, el lugar donde todo había terminado para su madre y para ella.

A pesar de que el dolor de cabeza había remitido, seguía notando un ligero golpeteo en el lado izquierdo, en lo más profundo del cerebro, y su ojo volvía a estar lloroso. Estornudó un par de veces y vio cómo Avery, a pesar de ir totalmente preparado para soportar un estornudo furioso, se apartaba.

—Ya sabes que es por el polvo —.Le dijo.

Willa no entendía porque le afectaba tanto, había dormido en moteles más sucios, polvorientos y menos ventilados que su vieja casa.

No habían vuelto a oír el ruido, pero seguía sintiendo algo, que no sabía explicar. Había algo tras esa puerta cerrada. Podía sentirlo.

—¿No lo notas?

—Debe ser una corriente de aire que sale de algún sitio.

—No —dijo negando con la cabeza.

Abrió lentamente la puerta de la habitación, gracias a la que la ventana estaba sin tapiar pudieron ver lo que había dentro.

Willa se puso la mano en la boca y se apartó de la puerta.

—¿Qué coño...? —dijo Avery.

Olía a productos de limpieza y a pintura, pero, aunque la agente inmobiliaria había intentado limpiarlo a conciencia y taparlo no lo había conseguido.

En el suelo había un pentagrama invertido dibujado en rojo y toda la pared estaba cubierta con extraños símbolos y con citas en latín y otras lenguas. Además de un enorme dibujo de un demonio al estilo de macho cabrío, con cuernos.

Willa echó un vistazo a todo el dormitorio y no vio nada que hubiese podido provocar ese ruido.

Se estremeció y volvió a ver a su madre tumbada en la cama, gritando y llorando.

—Venía de aquí ¿verdad?

—Eso me ha parecido —respondió Avery.

Willa se asomó a la ventana intentando no pisar el enorme pentagrama del suelo. Podía ver la calle y la parte de delante, el coche de la policía seguía apostado al otro lado, observando.

—¿Qué se suponen que hacen aquí? —preguntó Avery, paseando su vista por todo el techo y las paredes —¿Misas negras? ¿sacrifican cabras? ¿o vírgenes?

Después se agachó al lado del pentagrama.

—Estas manchas de aquí parecen sangre.

Willa se agachó a su lado.

—Es sangre.

—¿Crees que alguien ha hecho un sacrificio ritual en esta habitación?

—No, creo que se cortaron las palmas de las manos en algún tipo de rito, puede que uno de iniciación. Y dibujaron esto.

—¿Y todo esto? ¿qué significa?

Willa volvió a mirar las paredes. No tenía ni idea, solo podía especular.

—Puede que sean hechizos, extractos de la Biblia satánica o de cualquier otro libro —dijo convencida —Aquí pone Baphomet. Y luego hay varios pentáculos.

—Así que es cierto eso de que los satanistas han utilizado esta casa como lugar de culto. Siempre he creído que era una trola. Aquella secta...

—Puede que se trate solo de adolescentes a los que les guste emular este tipo de rituales.

—Que divertido. Tendría que probar, igual es mi nueva afición favorita.

—Sólo sienten curiosidad por la muerte, por lo que no entienden. Por lo prohibido —.Se levantó, se sentía muy cansada de repente. Ella lo entendía ya que había sido una adolescente rebelde.

—Lo siento, pero tengo que preguntar ¿quién querría comprar esta casa? Y menos después de ver esto.

Ella se acercó a las paredes, las tocó y sintió un cosquilleo en las puntas de los dedos. Sabía que se estaba autosugestionando.

—Los potenciales compradores son de un programa de televisión, ‘Desencantando casas’.

—Tiene sentido, y supongo que con una limpieza a fondo y una mano de pintura volverá a ser como era. Lo que pasa, que ésta, incluso a mí me da mal rollo. Y, por cierto, ese programa es una mierda.

—¿No se supone que es un objeto inanimado que no puede hacerte nada? ¿qué es solo una casa?

—Lo sé, y sigo pensándolo. Pero, personalmente, yo no podría vivir aquí. No después de ver este dormitorio.

—Así que ¿ahora crees que está maldita?

—No, claro que no. Eso es una tontería.

—Podrías pasar la noche aquí y comprobar que no hay fantasmas ¿lo harías?

—Si me pagaran mucho dinero, igual me lo pensaría.

A Willa le costó mucho abrir el enorme y antiguo armario que no había podido vender. Estaba vacío a excepción de una rata muerta cubierta de gusanos y mucho polvo acumulado. Volvió a cerrarlo.

—No lo harías.

—Creo que en realidad no. No hasta que limpiaran todo esto. Quizá después de pasar por el programa ¿lo has visto?

Willa salió del dormitorio, no podía seguir un minuto más ahí dentro. Avery la siguió.

—Ninguno entero, algún video que hay en internet.

—¿Sabrás entonces que muchos propietarios han querido vender la casa incluso después de la reforma? Que las reformas son una birria...

—No he leído nada al respecto.

—Y que ven y oyen cosas. En mi opinión es sugestivo. Saben que ocurrió algo en esa casa y no pueden evitar sentir algo, ver un fantasma o lo que sea.

—¿Y si es verdad? ¿y si verdaderamente han visto algo?

Willa nunca había creído, hasta que ella misma había presenciado aquella terrible escena en la ventana.

—No me lo creo.

A Willa le ponía nerviosa su actitud escéptica, ella había visto algo y ahora no estaba segura de si debía contárselo. Sabía lo que le iba a decir, así que sería mejor que no lo supiera, seguramente le diría que ve cosas raras por el alcohol o la falta de éste. Exactamente igual a lo que se había dicho ella misma.

Siguieron por el resto de la casa, las demás habitaciones estaban más o menos intactas. En la suya había un agujero en el suelo. Lo habían tapado con un tablón de madera en el que ponía ‘Peligro. No pisar’. Lo apartó, desde allí podía verse la sala de estar. En el baño principal había una humedad en la pared, en el que había sido el despacho de su padre todavía había muebles y

un armario muy antiguo que se abría con llave. Willa todavía la guardaba, así que lo abrió. Estaba lleno. Tal y como ella lo había dejado, aunque por fuera tenía marcas de que habían intentado abrirlo.

Todos esos libros que coleccionaba e investigaba para sus novelas. Todo el trabajo buscando en anticuarios, tiendas de segunda mano o mercadillos, comprando en casas o a particulares para tener la mejor colección, estaban allí.

Muchos de esos libros eran tratados de ocultismo y magia negra, de mitos y leyendas, primeras impresiones de novelas ya descatalogadas, historias de fantasmas, casas encantadas y posesiones, incluso biografías de asesinos. Además de una biblia satánica. Parecía un prefacio de lo que le esperaba. Y casi todos estaban ahora cubiertos de moho. Avery les echó un vistazo.

—Vaya ¡qué libros tan interesantes tenía tu padre! Una pena que muchos sean insalvables, hay algunas joyas aquí ¿por qué no los guardaste en un almacén o los vendiste?

—No me iba a tomar tantas molestias.

—Hubieras ganado un pastón.

—Me da igual.

—¿Puedo llevarme alguno? Hay unos que están en muy buenas condiciones. Los limpiaré y les daré un nuevo hogar, lejos de la humedad.

—Llévate los que quieras.

Estaba oscuro pero uno de los tablones de la ventana se había caído y Avery se asomó. El despacho daba a la parte lateral.

—La casa tiene sótano y buhardilla ¿cierto? —preguntó Avery.

—Sí, mis padres estaban reformando el sótano cuando...yo solía jugar en la buhardilla. Podía pasarme horas allí en invierno, en verano jugaba en el jardín por qué en la buhardilla hacía demasiado calor.

Willa notó una corriente de aire a su espalda, se dio la vuelta y le pareció ver una sombra pasar de un lado a otro del pasillo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

Avery la miró con el ceño fruncido y se acercó a mirar mientras ella encendía de nuevo la linterna.

—¿Has visto a alguien?

—Me ha parecido ver una sombra.

Él salió del despacho y miró al piso de abajo por las escaleras.

—No hay nadie.

Ahora le pareció que la sombra estaba a su espalda. Por un momento se quedó paralizada y no se atrevió a darse la vuelta para alumbrar con la linterna lo que hubiera allí, por que no podía ser humano. Ahí había algo y podía sentirlo. Notaba su aliento en la nuca, su vello se erizó. Un susurró al oído, una caricia en el brazo. Willa no se atrevía a moverse, cerró los ojos esperando a que pasara.

En su mente esa sombra podría ser cualquier cosa, desde el fantasma de su madre, su padre que había estado escondido y hasta el mismísimo Satán, que la esperaba con los brazos abiertos.

Después de respirar hondo se dio la vuelta e iluminó la oscura esquina del despacho. No había nadie. No había nada. Solo una esquina.

—Creo que te estás sugestionando —dijo Avery, que estaba parado en la puerta y pudo ver su cara de susto.

Pero no se había imaginado la escena de su madre en la ventana. La vio de verdad, estaba allí. Y tampoco creía que se había imaginado lo que acababa de ver, había sentido una presencia desde que había pasado por la puerta. Había alguien con ellos en aquella casa.

—¿Has hablado con la psiquiatra de tu padre?

—No.

—Dice que tu padre sufre esquizofrenia paranoide. Pensó que tu madre quería haceros daño a ti y a él. Me contó que podía deberse a las drogas que tu padre había tomado en su juventud, o que podía ser genético.

Willa no respondió. No había pensado en eso, en que ella también podía tenerla. Negó con la cabeza y se dedicó a seguir buscando alguna señal que le dijera que no estaba loca.

Sacó el teléfono para tomar una foto, usó el flash y al mirarla no vio nada extraño. Había estado sacando fotografías de todos los rincones de la casa, incluido el dormitorio de los rituales satánicos, quería saber el significado de lo que había escrito en esas paredes.

Subieron, otra vez comprobando los escalones. En la buhardilla hacía un calor asfixiante y estaba más polvorienta que en el resto de la casa. La luz del sol entraba por la pequeña ventana del techo e iluminaba una zona del suelo.

—¿Qué crees que era el ruido que hemos oído antes? —preguntó Willa.

—No lo sé. Puede que fuera un sonido propio de la casa.

Le miró con expresión de sorpresa.

—Pero ¿no te parecía que había alguien raspando las paredes o el suelo con las uñas? ¿cómo intentando salir...?

—A mí me ha sonado más a madera asentándose. Cómo hacen las casas viejas.

—Quizá hay algún animal atrapado. Detrás de las paredes.

Se imaginó hordas de ratas paseándose de aquí para allá sin ser vistas y se espantó.

La buhardilla tenía un par de muebles cubiertos con sábanas, una butaca vieja y un espejo de cuerpo entero. A Willa le parecía que estaba viendo la casa de otra persona. No tenía recuerdos a pesar de que sabía que había pasado allí mucho tiempo, conservaba algunas fotos de ella jugando con muñecas o con una cocinita. Su madre solía sacarle muchas fotos, en la mayoría salía borrosa porque no dejaba de moverse, pero tenía algunas que conservaba en un pequeño álbum. Y tampoco le interesaba tener fotos de ella misma, solo quería en las que salía su madre.

—No hay marcas de garras en ningún sitio, aunque no he mirado por toda la casa para comprobarlo. Ni mierda, eso sería más fácil de ver —dijo Avery.

—Bajemos al sótano y miremos ahí.

—Al menos tenemos un par de polis fuera, porque si no estaría cagado.

—Ya estás cagado.

—No me gustan los sótanos.

—Tan solo iremos a comprobar que no hay ningún gato o perro o...

—Rata.

—Espero que no sea una rata, no soporto las ratas. Y he encontrado una muerta en el armario de arriba. Casi me da un infarto. La agente inmobiliaria no lo ha limpiado todo.

—¿Hay alguien que lo haga? ¿qué le gusten las ratas?

—Seguro —respondió ella.

—Pero el sonido venía de la parte de arriba. Y el sonido viaja de maneras extrañas. El ruido puede ser del sótano perfectamente.

—No pasa nada por comprobarlo.

Bajaron al primer piso y se dirigieron a la cocina.

—Ahí abajo no habrá luz ¿Crees que la agente inmobiliaria va a enseñar el sótano a los posibles compradores? —preguntó Avery.

—Debería, es una parte importante de la casa.

La puerta del sótano estaba cerrada con un candado y además estaba recién pintada.

—Vaya, tendré que pedirle la llave a la señora Anderson.

—¿Quién es esa?

—La agente inmobiliaria.

—¿Por qué crees que la ha cerrado a cal y canto?

Willa negó con la cabeza, entonces se acordó de que la señora Anderson le iba a decir que había visto algo extraño, pero no llegó a contarle. ¿Qué habría allí abajo? ¿qué habría encontrado esa mujer? ¿o se refería a lo del dormitorio principal? Eso que había intentado limpiar y pintar sin éxito.

—Quizá tenga a alguien encerrado —comentó Avery, medio en broma medio en serio.

—Sí, es algo totalmente normal. Intentar vender una casa teniendo a una persona encerrada en el sótano.

Willa llamó a la puerta, sin esperar ninguna respuesta, a pesar de que una parte de ella notaba una presencia. No podía quitarse esa sensación de que había alguien allí.

—Solo estoy considerando todas las posibilidades.

—Habría alguna razón más lógica, por ejemplo, que no quiere que nadie se cuele ahí abajo. Ya ha habido ocupas en esta casa antes.

—O que esté inundando. O que haya ratas, cucarachas. Zombis—. Y después se rió.

A Willa no le hacían ninguna gracia esas bromas, así que mientras él se reía, ella puso cara de póker y pasó a lo siguiente.

—Hay otra entrada fuera. Seguramente también esté cerrada, pero vamos a ver.

Salieron al jardín por la puerta de atrás. Aquello parecía una selva, salvaje y voluptuosa. El jardín eran más largo que ancho pero había espacio suficiente para que una niña pequeña jugara a que estaba en un bosque encantado o en una exótica selva, gracias a los manzanos que daban privacidad a la propiedad. Había decenas de manzanas podridas en el suelo y caminaron con cuidado para no pisarlas. Desprendían un olor dulzón a podrido. Los arbustos habían crecido hasta sobrepasar sus cabezas. A Willa le pareció que estaban en medio de una expedición en otro planeta.

Pasaron por delante de un animal muerto, le parecía un perro, pero estaba en tan avanzado estado de descomposición y cubierto de tantos bichos que no sabría decirlo.

—Uggh —oyó decir a Avery a su espalda.

Siguieron el camino y se dirigieron a la izquierda.

—¿Hay ortigas o plantas venenosas? —preguntó Avery a su espalda.

—No sé por que te preocupas, si vas preparado para un ataque nuclear —bromeó ella.

—En serio.

—No sé lo que ha crecido aquí en los últimos cuarenta años, así que puede que haya alguna venenosa.

—De acuerdo, gracias por tranquilizarme.

Avery llevaba una camisa de manga larga atada hasta arriba, pantalones vaqueros largos y botas, a pesar del calor sofocante de finales de septiembre. En cambio Willa llevaba una camiseta de tirantes, unos shorts deportivos y unas zapatillas de tela, así que los arbustos se estaban cebando con ella, que había acabado con las piernas y los brazos cubiertos de cortes.

La puerta doble que llevaba al sótano por fuera también estaba cerrada con un candado. Willa comprobó que no se podía abrir.

—Era lo esperado —dijo Willa.

—Hay muchísimos mosquitos...y otros bichos ¿podemos salir de aquí ya?

Willa ya había sentido las picaduras y se sentía agotada y sudada. Necesitaba una ducha y una buena copa.

El ansia por beber se había hecho más intensa estando en esa casa.

—Sí, vámonos. Ya hemos terminado aquí.

Se acercó al coche de la policía y les entregó las misivas con las amenazas, las que había podido leer. Estaba convencida de que no sería nada, pero algunas de esas cartas le habían dado verdadero miedo. Los agentes le aseguraron de que lo investigarían.

—Gracias —. Se despidió y volvió al coche.

Había empezado a oscurecer ¿Cuántas horas llevaban allí metidos? Le parecía la vida entera y a la vez unos minutos.

Decidieron volver a la cafetería del centro donde se vieron por primera vez.

El lugar estaba lleno pero cuando llegaron dos personas se iban y pudieron sentarse en uno de los bancos corridos de al lado de la ventana. Willa pidió pasta y Avery una ensalada. Se lo comieron en silencio, mientras escuchaban el murmullo de la gente y el ajetreo de la cocina. Era agradable para Willa estar ahí, así, con esa normalidad tan extraña para ella. Ni siquiera habían pedido cerveza, bebían Coca Cola de cereza y disfrutaban de su cena sin ninguna distracción.

—Esa maldita casa me ha abierto el apetito —dijo él— creo que voy a pedir postre.

—Una pregunta ¿tú no bebes alcohol?

—No —respondió él, con la boca llena —.No me gusta emborracharme ni perder el control, no saber lo que hago o lo que digo.

—Eso es precisamente lo que me gusta a mí.

—¿Cuándo empezaste a beber?

Willa se pensó dos veces si contestar o no, pero finalmente lo hizo, ya había superado la vergüenza y además, ya tenía el trabajo.

—Fue en el instituto. Lo hacía para no sentirme sola y tener con quién salir los fines de semana. Después en la universidad mi afición al alcohol se hizo un problema. Mi novia de entonces, Marion, me dejó y esa fue mi primera y última relación larga. Que me abandonara fue un palo muy grande y me sumió más en la bebida si es posible, pero, aunque la odié en su momento, ahora la entiendo. No fue fácil para ella.

Hubo un momento de silencio, no fue incómodo pero sí extraño. Había contado algo que no quería que nadie supiera. Se arrepintió al momento.

—El alcohol me ha quitado más de lo que me ha dado y aún así no puedo dejarlo. Es una relación de dependencia total. Y yo me entrego a él, esperando un consuelo que nunca llega.

—Vaya —respondió Avery, sorprendido—. Podrías escribir un artículo al respecto. Hay mucha gente en tu situación y encontrarán de ayuda tus palabras, seguro.

—No lo creo. A mí nunca me han servido ni las palabras ni las experiencias de otros. Vuelvo a caer una y otra y otra vez. Aún sabiendo lo que me espera al día siguiente, no puedo dejarlo.

—Por eso se llama adicción.

—¿Tú no eres adicto a nada?

Avery no tuvo que pensárselo para responder.

—No, pero yo tengo otros problemas. No se trata de una adicción en sí, es más una obsesión. Pero me estoy tratando y tu deberías hacer lo mismo.

Sacó una tarjeta de su cartera.

—Es mi terapeuta. Es muy buena, y ¿Sabes una cosa? No solo es psicóloga, también hace hipnosis regresiva o algo así.

Willa cogió la tarjeta y miró el nombre 'Marla Davis'.

Otra vez apareció en su mente la imagen de su madre en la ventana, parecía gritar ayuda y esa mano, que ahora que lo recordaba le pareció una garra. Podía ser ella, podía ser que el espíritu de su madre estuviera atrapado entre aquellas paredes. A pesar de querer creerlo, le pareció una idea ridícula. Tembló ligeramente.

—¿Qué te pasa?

—Alguien ha pisado mi tumba.

Llevó a Avery a la redacción, donde había dejado el coche, aunque él pretendía quedarse trabajando para escribir sobre lo que acababan de hacer.

Avery se despidió con la mano y se dirigió al periódico. A Willa su cuerpo le estaba exigiendo una copa, una sola, un trago. Sabía que si empezaba no podría parar. Se tomaría un

refresco o algo con lo que dejar de pensar en una copa, pero ya lo había intentado antes y siempre había fallado.

Usó toda su fuerza de voluntad para volver al hotel y pedir comida del servicio de habitaciones. Mientras esperaba se dio una ducha. Al salir limpió el espejo que estaba cubierto de vaho y le pareció que había alguien a su espalda, se dio la vuelta con el corazón desbocado para ver que no había nadie con ella. Se rió por sentirse tan estúpida ‘No estoy en una jodida película de terror’.

Tenía varios cortes en brazos y piernas así que cogió alcohol y cuando iba a empezar a curarlos le pareció que algo salía de uno de los cortes.

—¿Qué coño...?

Pegó un grito cuando vio aparecer una lombriz, que cayó al suelo con un repugnante sonido de chapoteo. Pero no fue el único, vio salir a más lombrices del resto de sus cortes. Willa comenzó a gritar, y cuando volvió a meterse en la ducha vio como todos los bichos caían en el agujero del desagüe junto con el agua caliente.

Cerró los ojos un momento y comenzó a respirar hondo. Reprimió una arcada al recordar sus carnosos cuerpos salir de ella, volvió a abrir los ojos, casi esperando ver todo lleno de insectos. Y ahí no había nada. Se miró los cortes, tampoco. Suspiró de alivio.

Después encendió el ordenador y buscó piso de alquiler, encontró la web de la agencia inmobiliaria de la señora Anderson y vio si había algún piso pequeño para alquilar. Mantener la mente ocupada le ayudaba a no pensar en beber ni en aquellos bichos asquerosos.

Se pasó horas mirando los pisos y apuntando los que le interesaban. La mayoría eran cuchitriles demasiado caros y luego había algunos decentes pero estaban más lejos. Siguió mirando y encontró su casa, las fotos eran muy buenas, y habían decidido obviar las habitaciones con destrozos, pero no mentía, ponía que necesitaba una reforma y que llevaba cuarenta años desocupada. El precio era irrisorio para una casa de ese tamaño y localización, pero la gente conocía lo que había pasado y era muy difícil de vender. Willa pensó que quería quitársela de encima, aunque antes quería mirar el sótano.

Se sentía muy cansada y ver la casa en ese estado le había afectado más de lo que habría admitido. Las lágrimas empezaron a recorrerle la mejilla sin control, se tapó la cara y dejó que fluyeran.

En ocasiones, cuando no lograba conciliar el sueño, se imaginaba cómo hubiera sido su vida si hubiera sido ‘normal’ ¿Se hubiera llevado bien con sus padres? ¿habrían venido a su graduación? ¿habría terminado la universidad? Y después ¿hubiera encontrado el amor? No podía

saberlo, mucha gente con infancias felices después tienen una vida de mierda, hay personas que nunca encuentran el trabajo de sus sueños o no acaban lo que empiezan, otras nunca se enamoran o si lo hacen, es no correspondido. Hay muchas variables.

Se quedó tumbaba mirando la pared, las sombras de los coches pasaban sobre ella, creando imágenes fantasmagóricas.

Cuando por fin se durmió soñó que estaba en la casa, por las ventanas entraba la luz rosada del crepúsculo, pero esta vez era más vibrante. Alguien la llamaba aunque la casa parecía vacía. Miró en el salón donde estaba la mesa puesta con comida humeante, luego echó un vistazo a la sala de estar, en la televisión encendida daban un programa de fenómenos paranormales y después en la cocina, la puerta del sótano estaba ligeramente entornada. Se acercó con cautela, no tenía miedo pero no quería sorpresas. La casa estaba intentando decirle algo, tenía que bajar y descubrir qué era. Ahí estaban todas las respuestas a sus preguntas, estaba segura. Solo que tenía que bajar.

Empujó la puerta, todo estaba oscuro y se despertó sudando. Las luces de fuera seguían moviéndose y creando sombras en el techo y en la pared. El reloj de la mesilla marcaba las tres y treinta tres de la mañana. Se dio cuenta de que quedaba un mes para el aniversario.

Necesitaba beber, en todo el día no había echado ni un trago y su cuerpo estaba empezando a notarlo. Sus manos temblaban incontrolablemente y sentía náuseas ¿Habría algún bar abierto a estas horas? O mejor, podría ir a una tienda abierta veinticuatro horas o a alguna gasolinera y comprar una botella, solo para calmarse.

Se acordó de que estaba en un buen hotel, barato sí, pero con nevera. La abrió, dentro había una botella pequeña de champán y otra de vino rosado. Las cogió y luego las chokolatinas. Se lo cobrarían a precio de oro y le dio igual.

Se sintió mejor después de bebérselas, aunque sabía que no sería suficiente, que necesitaría algo más fuerte.

Tenía unas pastillas para dormir, se las había recetado su último terapeuta, hacía ya tres años.

Había falsificado algunas recetas para no tener que volver a terapia a pedir más. Se tomó dos y esperó a que hicieran efecto. Había noches en las que tener esas pastillas a mano le había salvado de salir a emborracharse y sobre todo, le ayudaban con el insomnio, con el que había tenido una época muy mala.

Se durmió sin sueños y al día siguiente se encontraba mejor. Cada día que se despertaba se prometía que dejaría el alcohol, que ya había tenido suficiente, que se apuntaría a Alcohólicos Anónimos y que daría un giro a su vida.

Llamó a la señora Anderson para pedir cita para ver un par de pisos de alquiler y ya le preguntaría en persona por el sótano.

Cuando llegó a la redacción, Avery le entregó una copia del borrador de su reportaje. Necesitaba que ella lo leyera y le diera su opinión, después se lo pasaría a Neil para que le diera el visto bueno.

Ella le echó un vistazo mientras se tomaba un café bien cargado.

—Un momento —dijo acercándose al puesto de Avery— ¿Estás escribiendo la biografía de mi padre?

Avery había añadido una nota en el reportaje.

—¿No te lo había dicho?

—No, no me lo has dicho.

—Hace unos meses que estoy trabajando en ella. Había estado intentando hacerle una entrevista y nunca quería, o los del centro no me dejaban. Solo me dejaban hablar con él unos minutos, sin grabadora. Me hicieron firmar un contrato en el que decía que no podía contar nada de lo que se dijera en esa sala, aún así accedí y estuvimos hablando. Y de repente, hace un par de años me llamaron para decirme que accedía a hacer su última entrevista y que quería a cambio que le ayudara a terminar su autobiografía. Todo antes de su catatonia ¿Sabías que estaba escribiendo su propia biografía? Y me pidió ayuda. No sé por qué, la verdad, él es un gran escritor pero...— hablaba atropelladamente, nervioso.

—¿La tienes ya terminada?

—No puedo enseñártela ni puedo contarte nada, firmé un contrato de confidencialidad con la editorial que se la va a publicar. Quiere que se haga después de su muerte.

—Tengo que leerla.

—Seguro que te envían un ejemplar cuando salga a la venta.

—Avery, por favor.

—No puedo, ya te lo he dicho. No puedo romper el contrato ¿Qué te parece el reportaje?

Willa se sentó, estaba empezando a marearse.

—No has querido saber nada de él en cuarenta años ¿por qué tanto interés ahora? Nada va a cambiar, pasó lo que pasó y ya está. Ya has visto la casa.

Willa quería llorar, pero no iba a hacerlo delante de Avery, al que también tenía ganas de pegar. No sabía que responder a eso, ni siquiera sabía si quería leerla o si quería verle por última vez antes de que muriera. No estaba segura de qué era lo que realmente quería.

—No lo sé. No sé por que alguien querría publicar su autobiografía o quiera leer nada sobre él. No lo entiendo.

—Se llama negocio.

—¿Quién la compraría?

—Personas interesadas en las biografías de asesinos, morbosos, estudiosos de la mente humana, cotillas, asesinos. Hay mucho mercado para este tipo de historias. Aunque tu padre cuenta una versión muy interesante que hace que empatices con él y le cojas cariño. No parece un asesino o un hombre peligroso. Quería mucho a su esposa y tan solo quería ayudarla.

—Si, ya me la sé. La maldita posesión demoníaca. Ya he oído esa historia antes. No te la creerás ¿verdad?

Avery la miró con ternura ‘Quizá me esté cogiendo cariño’, pensó Willa ‘O le de pena, una mujer a punto de cumplir los cincuenta, que todavía no ha superado el trauma del asesinato de su madre y que tiene una vida de mierda, sin amigos, sin pareja...’

—Ya sabes que no, aunque su versión de la historia es creíble. Pero deberías oírla de su él, puede que así le creas. Si le miraras a los ojos...

Willa se levantó, estaba empezando a cabrearse.

—¿Me estás diciendo qué le crees? Pero no crees que haya nada en la casa. Joder, decídetes de una puta vez.

Ella también debería empezar a decidir si creerle o no. Una parte de ella se aferraba a la historia oficial, aunque la otra parte se estaba desmoronando. No sabría decir cual era la racional.

—Solo estoy diciendo que tu padre no está loco, es una persona coherente y lleva contando la misma versión todos estos años, con los mismos puntos y comas. No se ha inventado nada. No creo que a tu madre la poseyera un demonio si te refieres a eso, pero él creía que estaba haciendo lo correcto. Solo que le salió mal.

—Hasta él mismo se creará lo que dice. Es un manipulador. Un jodido psicópata manipulador que te hará creer lo que sea para salirse con la suya.

—Créeme Willa, no es ningún psicópata, puede ser un capullo, pero en realidad es buena persona. Tú no le conoces. No me ha convencido del todo su historia, no me creo lo del demonio, aunque cuando le miro a los ojos no veo a un asesino, veo a alguien que cometió un terrible error.

—¿¿Un error?! ¡¿Ahora un asesinato es un error?! ¡Ya es el puto colmo! ¡tú no sabes nada sobre él ni sobre mí! —gritó.

Avery se levantó, toda la redacción se les quedó mirando.

—¡Le conozco mejor que tú! ¡He hablado más con él estos últimos dos años que tú en toda tu vida!

Willa le lanzó el reportaje a la cara, cogió sus cosas y se dirigió hacia la salida, en ese momento Neil salió de su despacho.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Me marchó, esto ha sido un puto error —anunció Willa.

—¡Willa! Espera un momento —.Le pidió Neil mientras ella salía por la puerta— Avery ¡¿Qué narices ha pasado?!

Willa no sabía que hacer ni a donde ir, se sentía sola y desamparada otra vez. Estaba dispuesta a no tomarse ni una copa a pesar de que ese era el peor momento para dejar de beber. Si su padre estuviera en el sanatorio iría a verle, aunque fuera para mandarle al infierno. Se metió en el coche y vio por el retrovisor a Avery salir de la oficina y a Neil detrás de él, con el móvil en la oreja. Recibió una llamada, pero ni se molestó en mirar el teléfono.



CÓMO VENDER UNA CASA VICTORIANA ENCANTADA

Vender una casa encantada victoriana puede ser una tarea difícil, pero con el enfoque adecuado, puede ser un punto de venta único que diferencie su propiedad del resto. He aquí algunos consejos sobre cómo vender una casa encantada victoriana:

1. Destaque la historia: Las casas victorianas son conocidas por su intrincada arquitectura y su carácter único. Si su casa tiene una historia encantada, destáquela en sus materiales de marketing. Puede incluir historias de fantasmas u otras actividades paranormales de las que hayan informado anteriores propietarios o visitantes.

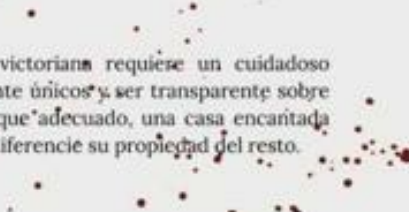
2. Destaque el ambiente: Las casas encantadas suelen tener un ambiente único que puede resultar atractivo para los compradores que buscan algo fuera de lo común. Reproduzca la atmósfera espeluznante resaltando las tablas del suelo que crujen, el papel pintado anticuado y los muebles antiguos que pueden hacer que la casa parezca una cápsula del tiempo de otra época.

3. Ofrezca una visita guiada de fantasmas: Si tiene acceso a información histórica sobre los anteriores ocupantes de la casa o sobre cualquier actividad paranormal de la que se tenga noticia, considere la posibilidad de ofrecer una visita guiada de fantasmas a los posibles compradores. Esta puede ser una forma divertida de mostrar la historia única de la casa y crear una experiencia memorable para los posibles compradores.

4. Sea transparente: Mientras que a algunos compradores puede atraerles la idea de una casa encantada, a otros puede desanimarles. Asegúrese de ser transparente sobre la historia de la casa y cualquier actividad paranormal de la que se haya informado. Esto puede ayudar a eliminar a los compradores que no están interesados en una casa encantada y atraer a los que sí lo están.

5. Trabaje con un agente inmobiliario especializado en propiedades singulares: La venta de una casa encantada requiere un enfoque diferente a la venta de una casa tradicional. Trabaje con un agente inmobiliario que tenga experiencia en la venta de propiedades únicas y que pueda ayudarle a comercializar la casa entre los compradores adecuados.

En resumen, vender una casa encantada victoriana requiere un cuidadoso equilibrio entre destacar su historia y ambiente únicos y ser transparente sobre cualquier actividad paranormal. Con el enfoque adecuado, una casa encantada puede ser un argumento de venta único que diferencie su propiedad del resto.



Richard dejó el libro de exorcismos a un lado, ya lo había leído varias veces.

Había apuntado todo en su propio diario. Todas esas cosas que había pasado por alto, las señales de que algo no iba bien que en su día no había querido creer.

Las heridas, que había creído que se trataba de su trabajo en el jardín o en la remodelación del sótano, o su respiración a la hora de dormir, agónica, jadeante, la que achacó a un resfriado. Su desorganización y sus pocas ganas de ir a misa. Él no quería ir de todas maneras, así que cuando ella se negó a ir un par de domingos seguidos, creyó que era porque estaba cansada y él se sintió aliviado. No le gustaba que le dieran sermones.

No había hablado en ninguna lengua extraña hasta que no la ató a la cama aquella noche. El padre Vázquez le había dicho que era para que no se hiciera daño a sí misma ni a su hija. Richard estaba aterrado, pero después de una agotadora lucha, y el uso del agua bendita, logró atarla. Tenía muchísima fuerza. Ella no dejó de gritar ni patear en ningún momento y él no hacía más que pedirle perdón, le dijo que lo estaba haciendo por su bien, que todo acabaría pronto. Sabía que Felicia estaba ahí, en alguna parte, luchando contra ese ser que la había poseído. Ese demonio que no dejaba de insultarle y de decirle que era un fracasado, un marido y un padre horrible, un ser repulsivo al que su esposa en realidad aborrecía. Sabía que algunas cosas eran ciertas, pero otras no eran más que provocaciones.

—¡Cállate demonio! —.Le decía, intentando calmar los nervios.

Después le lanzó el agua bendita que le había dado el padre Vázquez. De su esposa salió humo y ella gritó. De pronto, volvía a ser ella. Lo podía ver. Sus ojos, su mirada, habían vuelto a cambiar. Se colocó frente a ella.

—Richard, Richard...por favor...

Se acercó y le tocó la frente, estaba muy caliente.

—¡Cariño! ¡eres tú!

—¡Sigue dentro de mi! ¡Por favor, sácalo! ¡Tengo mucho miedo!

—No te preocupes, el padre Vázquez está de camino. Pronto serás tu misma de nuevo. Nos desharemos de esa bestia.

De pronto Felicia comenzó a reírse de un modo atronador. Su voz había cambiado, sus ojos también.

—Sigue soñando cariño.

Ella le escupió y él se apartó.

—Pronto acabaré contigo, luego con tu hija y finalmente con tu mujercita. Celebraremos una fiesta en el infierno.

—¿¿Por qué?! ¿¿qué te hemos hecho?! ¿¿qué te ha hecho mi Felicia?!

—Estar en el lugar equivocado en el momento erróneo.

Richard pensó que igual podría suplicar, que incluso podía valer para algo.

—Por favor, déjala a ella y poséeme a mi. Por favor.

El demonio reía a través de ella.

—Si lo hiciera, tú las matarías. Y yo te dejaría vivir para que sufrieras el resto de tus días en una pequeña celda. Acabarás mal de todas formas. Ésta es la mas divertida.

Comenzó a llorar, no quería hacer lo que tenía que hacer.

—Pobrecito mi Richard —dijo el demonio con la voz de Felicia— mi queridito Richard. El escritor más famoso y talentoso del planeta.

Tenía una Biblia, pero no sabía que hacer. Se arrepintió de haber dejado de ir a misa, de haber dejado de creer, aunque al menos no había perdido a su amigo Anthony. El padre siempre había sido su amigo, nunca le había abandonado.

—¡Dios! —dijo gritando— ¿Dónde estás cuando más te necesito? ¿Dónde está mi ángel?

Quería creer, era lo único que quería en ese momento. Volver a tener fe ¿Cómo era posible que no la hubiera recuperado ya? Con todo lo que estaba viendo. Necesitaba creer que su ángel de la guarda estaba allí, que le ayudaría. Pero no podía, no tenía fe.

—La cosa no funciona así —respondió el demonio.

—¿Tú que sabrás, maldito?

—Sé más que tú. Renunciaste a tu fe. Ahora tienes lo que te mereces.

—Mi Felicia no se merece esto. Ella no ha renunciado a nada. Ella sigue creyendo. Dios la ayudará.

—Puede que a ella si, pero a ti no.

—¿Dónde está mi ángel? ¿Dónde ha ido? —No sabía por que se lo había preguntado al demonio. Una parte de él quería hacerle muchas preguntas, y la otra parte estaba aterrada por su esposa. No había tiempo de entrevistas.

—Yo no veo ninguno por aquí.

Aquella risa le puso los pelos de punta.

—Tus queridos ángeles también te han abandonado, pobre Richard. Triste y solo, sin nadie a quien acudir. Si el dinero pudiera comprar la fe, tú tendrías de sobra para acabar con el infierno entero.

No quería pensar en aquella noche, la angustia que sentía cada día era como un zumbido en su cabeza, y si volvía allí de nuevo el dolor se convertiría en un pinchazo, un aguijonazo en el pecho que le impediría respirar.

Dicen que el tiempo lo cura todo, pero solo transforma el dolor.

Sintió el pinchazo, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se levantó con dificultad y fue a la cocina a lavarse la cara.

Seguía escuchando en su cabeza aquellos gritos, esa risa maligna que todavía le ponía el vello de punta.

Durante su estancia en el sanatorio se había aferrado a los recuerdos felices, aunque, a decir verdad, también era doloroso volver a recordarlos. Como el día que nació Willa. Felicia estaba agotada pero nunca la había visto tan feliz como con su bebé en brazos, era tan pequeña y frágil. Richard lloró nada más verla, tan vulnerable en un mundo tan cruel. Tendría que haberla protegido.

El agua fría le sacó del hospital donde nació su hija y le devolvió a la realidad. Si hubiera tenido una máquina del tiempo, empezaría a cambiar cosas a partir de ese momento. Pero la única máquina que tenía era su cerebro, su memoria.

Ya no le quedaba nada más que eso, sin una vida, sus recuerdos eran su única esperanza.

Negó con la cabeza, tenía que pensar en Willa. Si algo le quedaba era su hija. Aunque le odiara.

COMO SABER SI ALGUIEN ESTÁ POSEÍDO



Averiguar si alguien está poseído puede ser difícil, ya que no existe una prueba definitiva para confirmarlo. Sin embargo, hay ciertos signos que puedes buscar que pueden indicar una presencia paranormal en la persona:

1.Comportamiento inusual: Si la persona muestra cambios repentinos en su comportamiento, como hablar en lenguas o mostrar tendencias violentas, esto podría sugerir que están siendo controlados por una fuerza externa.

2.Síntomas físicos inexplicables: La posesión también puede causar síntomas físicos como náuseas, dolores de cabeza y mareos que no pueden ser explicados por ninguna condición médica.

3.Aumento de la sensibilidad a los símbolos religiosos: El individuo puede asustarse o agitarse cuando se expone a símbolos religiosos como cruces o agua bendita; este miedo podría indicar una entidad espiritual presente en su interior.

4.Actividad paranormal captada en grabaciones de cámara/audio: Si se capta algo extraño o inexplicable mientras se graban secuencias de audio o video del individuo, esto podría sugerir que algo sobrenatural está ocurriendo en su interior.

Si sospecha que algún ser querido puede haber sido poseído por alguna entidad demoniaca, avise a un exorcista de inmediato

El Olvido

Arrancó el coche y se dirigió a su antiguo barrio de nuevo, pasó por delante de la casa y la cabeza comenzó a dolerle otra vez, no podía dejar de llorar, pero era más por frustración y cabreo que por pena. De pena ya había llorado todo lo que tenía que llorar.

Al final de la calle vio la iglesia iluminada por la luz del sol, una parte de ella sentía un rechazo profundo por aquel lugar, aunque no sabía por que, no recordaba haber entrado nunca; su otra parte necesitaba un lugar tranquilo para relajar su mente y su espíritu.

Aparcó calle abajo y se dirigió al lugar de culto. Nunca solía entrar en las iglesias, nunca había creído y no veía la necesidad de sentarse en un banco incómodo a escuchar un discurso para adoctrinar y manipular a las masas.

La iglesia estaba abierta pero dentro no había nadie. La luz del sol se filtraba por las vidrieras y ésta creaba unas figuras de colores que parecían sacadas de un caleidoscopio.

Se acercó al altar donde estaba la figura de Jesucristo en la cruz, miró con curiosidad su rostro lleno de sufrimiento, sus heridas sangrantes, su corona de espinas, y luego se fue a encender una vela, aunque ahora eran automáticas y tenía que meter una moneda para que una se iluminara. Introdujo una en la ranura y pidió por su cordura. Algo en lo que no solía pensar a menudo.

Se estaba bien allí, en silencio y a la sombra.

Observó a una de las estatuas de la Virgen María, tenía un rostro sufrido y lloraba con lágrimas de resina, y a Willa se le escapó una de verdad. Todo aquello estaba concebido en torno al dolor y la sangre. Un monumento al sufrimiento.

Se sentó en uno de los bancos del fondo y después entró una señora mayor, que la saludó con la cabeza, ella hizo lo mismo y espero a que su ansiedad se calmara. La señora se sentó en los bancos de delante, Willa vio que llevaba un rosario.

Algunas veces había deseado morir, en un accidente, en la bañera después de haberse bebido una botella de vodka, por sobredosis de pastillas, ahogada en una piscina...había visto su muerte de mil maneras y no tenía miedo. No creía que hubiera nada al otro lado y nadie podría convencerla de lo contrario, pero viendo ahora ese lugar de paz, quizá si hubiera algo al otro lado ¿Una vida mejor? Seguía sin poder creerlo.

¿Qué sería el cielo para ella? Tampoco lo sabía. Quizá fuera mejor que solamente hubiera una negrura infinita. El silencio. El olvido. La nada. Eso le daba más paz.

No habría dolor ni miedo, pero tampoco felicidad ni amor, ni ternura. A algunos le parecería triste pero ella no lo veía así. Se acabó y se acabó. Para siempre.

Los colores empezaron a desvanecer y la luz a apagarse, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, solo que había sentido una paz que nunca había experimentado. Una paz que no sabía qué existía. Su mente se había calmado, ya no iba a mil por hora. Se sorprendió a sí misma al sonreír sin motivo.

Salió a una fresca tarde de principios de octubre para ver que el sol se estaba poniendo. Tenía cinco llamadas perdidas, de Avery y Neil. Ya les llamaría, pediría disculpas si eso es lo que tenía que hacer y seguiría adelante con el plan de tener una nueva vida. Al otro lado de la calle había un hombre anciano que la estaba mirando, muy quieto. Ella se acercó al coche y vio al hombre alejarse. No estaba segura de si era su padre o no, decidió ir a comprobarlo y siguió al anciano a una distancia prudencial. Caminaba erguido y con energía. Vio como el hombre doblaba la esquina, unos segundos después ella hizo lo mismo y cuando giró allí no había nadie. Un coche antiguo se alejó, pero el resto de la calle estaba completamente vacía.

‘Quizá haya entrado en alguna casa’ se dijo mientras observaba las viviendas, también victorianas y de aspecto tétrico, como sacadas de un cuento de terror a la luz del atardecer. Sintió que alguien la observaba desde una ventana y miró hacia arriba, solo vio la cortina moverse como un fantasma.

Contempló el cielo y vio una bandada de estorninos hacer su baile. Aquella danza aérea la cautivó durante unos segundos, hasta que se alejaron.

Seguía notando unos ojos puestos sobre ella. Ya se había acostumbrado, la gente solía quedarse mirándola, intentando recordar si la conocían de algo. Ella sonreía y se alejaba, pero esa sensación permanecía y la incomodaba. Sintió un estremecimiento en todo su ser.

Antes de volver al coche le pareció que alguien la llamaba, como si el viento susurrara su nombre. Se dio la vuelta, la calle estaba vacía. Solo una brisa helada que se colaba entre las ramas de los árboles.

A la mañana siguiente, se despertó otra vez con resaca y con ganas de vomitar. Se fue al baño y lo que echó olía a vodka. Se sentía realmente mal y tenía una extraña sensación de que algo iba mal, de que se estaba poniendo enferma o tenía un virus que invadiría todo su cuerpo. Algo incurable y mortal. Algo que haría que se consumiera de dentro afuera poco a poco.

Se miró en el espejo, una extraña sonrisa apareció en el reflejo. Miró a la desconocida del otro lado ¿era realmente ella?

—¿Quién eres? ¿qué quieres de mí?

La mujer amplió su sonrisa y su rostro empezó a distorsionarse. Willa cogió la jabonera de cerámica y la estampó contra el espejo, pero tan solo consiguió que ésta se rompiera en mil pedazos y le hiciera un corte en la mano. Se miró de nuevo, sus ojos habían cambiado.

Después curó el corte, no era profundo aunque sangraba como si lo fuera.

Miró su teléfono, a las llamadas realizadas. Por si acaso. Había llamado a Neil y no recordaba nada. Y también había llamado a Avery. ‘Maldita sea. La he cagado otra vez. Ahora no van a querer volver a verme’. Tenía ganas de volver a meterse bajo las sábanas.

Decidió llamar a Neil, era su jefe y era al único al que le debía unas disculpas.

—Willa, hola ¿cómo estás? —su voz sonaba amable ‘¿No esta enfadado o finge no estarlo?’

—Hola Neil, oye, creo que te llamé a noche y quería pedirte disculpas si dije algo que...

—Ah ¿No lo recuerdas?

Willa se pegó con la palma de la mano en la frente. Susurró ‘Ay’, ya que no se acordaba del corte.

—¿Estabas borracha?

—Lo siento —dijo avergonzada, notaba como sus mejillas se sonrojaban.

—Ya te disculpaste ayer y sé que también llamaste a Avery, me lo ha dicho hace un rato.

—¿No dije nada de lo que...?

—¿De lo que debes arrepentirte? A mí desde luego que no. Pero sigue en el contrato que te apuntaras a Alcohólicos Anónimos ¿Recuerdas? Y no venir borracha a trabajar. Ni con resaca. Es importante que estés al cien por cien Willa.

—Sí, sí. Lo sé. Está claro. Pero es que últimamente es mucho más duro.

—Lo sé, sé lo difícil que es para ti todo esto —.’No, no lo sabes. No tienes ni puta idea’ pensó ella, pero decidió callarse —.Y que necesites tiempo para aclarar las ideas, pero te he dado un trabajo y quiero resultados. Quiero el artículo para la semana que viene Willa ¿Tienes algo?

—Sí, estoy trabajando en él. Lo tendrás—. Apenas tenía nada escrito, pero no lo admitiría.

—Eso espero.

Después de colgar se alegró de no tener que llamar a Avery, a pesar de haberle pedido disculpas en realidad preferiría no haberlo hecho, no se las merecía. Al menos se había quitado un peso de encima.

Había quedado con la señora Anderson para que le ensañara un par de pisos que le habían llamado la atención. La mujer apareció con un traje de falda y pantalón rosa fucsia y con las uñas y labios a juego. Aunque era una mujer agradable, no era capaz de leer su expresión, sonreía con la boca pero el resto de su cara no se movía, la piel permanecía lisa, sin siquiera arrugas de expresión. Podía parecer una sonrisa de amabilidad o de ‘estoy deseando cortarte en pedazos’.

—Buenos días, señorita Harker. Espero que haya pensado en la oferta de la casa. Sabe que esos jóvenes están deseando comprarla y renovarla completamente. Pagarán lo que pida.

—¿Ha visto el programa? —preguntó Willa, por simple curiosidad.

—Por supuesto que no, no veo ese tipo de programas. Me asustan —.Hizo la señal de la cruz y la miró con una expresión que Willa no fue capaz de leer ¿Miedo? ¿alegría? Podría ser cualquier cosa.

La señora Anderson le miró la mano vendada.

—¿Le ha pasado algo?

—Nada, tan solo es un pequeño corte.

—¿Ha sido en la casa?

Willa negó con la cabeza, y no dijo nada, a pesar de que le parecía una pregunta de lo más extraña.

—Tengo curiosidad por una cosa de la casa, aunque primero me gustaría saber si usted ha visto algo, señora Anderson.

La cara de la señora era la de una estatua, pero escuchaba atentamente.

—Por favor, llámame Andrea. Ya es como si fuéramos buenas amigas ¿no cree? —.Sonrió como si fuera un muñeco de ventrílocuo y a Willa se le heló la sangre—.Y ¿a qué se refiere?

—Andrea ¿Ha notado alguna presencia?

—¿Puedo llamarla Willa?

Ella asintió. Le estaba enseñado un piso de un dormitorio con cocina abierta y muy luminoso. El único problema que tenía es que estaba demasiado céntrico y se oía todo el tráfico y el ruido de la calle. A Willa le gustó, estaba nuevo y era el tamaño perfecto para no sentirse encerrada en una celda.

—Estoy segura de que has visto el dormitorio principal. Entraste ayer en la casa ¿me equivoco?

Willa asintió. Miraba por la ventana los coches pasar y en la otra acera un supermercado Super Plus. El piso era perfecto.

—No me vas a creer, pero me parece que hay algo maligno en esa casa. Algo muy malo que busca ser liberado.

Willa se dio la vuelta y ahora la señora Anderson, Andrea, estaba realmente asustada, aunque su cara no mostraba ninguna expresión. Eran sus ojos.

—¿En el sótano?

—En el sótano. Cada vez que voy se me ponen los pelos de punta.

—¿Por eso lo cerró con un candado?

—Oh, no. Yo no he bajado. Estaba así cuando entré por primera vez. No sé donde está la llave. Sé que la policía entró y no encontró nada. Al menos nada importante. Y seguramente hayan puesto uno nuevo, o eso espero.

—Podría haber destrozado el candado o llamado a un cerrajero.

—Hazlo tú si quieres. Pero yo no deseo estar allí cuando ese lugar sea abierto de nuevo. Aunque creo que ya ha sido vulnerado.

—¿Esa pareja quería comprar la casa sin haber visto el sótano?

—La querrían aunque no hubieran visto nada. Es su trabajo y no es que haya muchas casas encantadas por aquí precisamente.

—¿Crees que está maldita?

—¿Es que no es evidente? Lo que le ocurrió a tu... ahí dentro no puede ser casualidad. La casa debería ser destruida y con ella el ser maligno que habita en su interior. El mal habita ese lugar.

—¿Un demonio?

Andrea asintió con la cabeza.

—No sé si fue culpa de tu padre, pero tiempo después se que ese hombre horrible hizo cosas inimaginables en aquel lugar. Aunque nadie habla de ello. Lo han escondido. Es una vergüenza.

—¿A qué hombre se refiere?

—Al de la secta que ocupó la casa. Estuvieron mucho, mucho tiempo. No me gustaría mentir de nuevo. Hicieron cosas terribles allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿La policía?

—Por supuesto.

Notaba como Andrea estaba empezando a transpirar y se le puso un tic extraño en el ojo, así que decidió hacer una última pregunta. No sabía si creer lo de aquella secta, no había leído nada al respecto en el periódico.

—¿Y por qué la está vendiendo?

—Es mi trabajo. Y ante todo soy una profesional. Cada vez que entro en ese lugar del mal tengo que ir a la iglesia a rezar. Me siento sucia. Y además, hemos pintado encima de esos...esos horribles dibujos muchas veces y siempre vuelven a aparecer, es como si pertenecieran al lugar. Si eso no le parece extraño...

Willa entendía lo que quería decir.

Andrea se acercó a ella, se colocó demasiado cerca, tanto, que podía sentir su aliento en la oreja, y eso incomodó a Willa.

—Acaba con esa casa, antes de que la casa acabe contigo. Con todos nosotros.

Hizo las llamadas pertinentes antes de que se quedara sin ganas, concertó las citas y las apuntó en la agenda. Después hizo una lista de las cosas que tenía que terminar. Quería ir a coger algunas fotos más para el reportaje, las tenía guardadas en un almacén a las afueras de Greenfield, así que llamó a Avery para que fuera con ella, ya que no deseaba enfrentarse sola a ese momento. Seguía molesta con él, aunque su compañero se había tomado sus disculpas étlicas en serio y no comentaron nada sobre la discusión.

Conducía aunque el corte le dolía, Avery le preguntó que había ocurrido y ella se lo contó.

—Es como si la mujer del espejo fuera otra persona. Alguien totalmente ajeno a mi.

—Deberías ir a ver a la doctora Davis.

—Ya iré.

Cuando llegaron salía de nuevo el sol, atravesaba las nubes y podía ver los rayos sobre la ciudad como si fuera un mensaje de dios que le indicaba que iba por el buen camino. Una señal del destino. No creía en esas cosas, aunque reconocía que era atractivo pensar que había alguien guiándote allí arriba. En la radio sonaba ‘Sweetness Follows’ de R.E.M, haciendo el momento más mágico todavía.

El lugar era un laberinto, pero Willa recordaba exactamente donde estaba su hueco. Aparcó enfrente y se quedó mirando la puerta de color naranja con el número treinta y dos dibujado

encima.

Llevaba sin visitar el garaje muchos años así que cuando lo abrió salió una nube de polvo que la hizo toser. Avery se quedó fuera con la mascarilla y los guantes.

Al entrar y ver muchos de los muebles y las cajas con la ropa de su madre y sus efectos personales se le llenaron los ojos de lágrimas. Encontró uno de sus antiguos diarios, aunque fue incapaz de abrirlo, tan solo se lo metió en el bolso para hacerlo más adelante. Cuando tuviera fuerzas.

Ahí también estaba su caja de zapatos, la abrió para ver lo que contenía. Los típicos tesoros de una niña, un collar de conchas, un mechón de pelo, un reloj roto de Mickey Mouse, un anillo irlandés, una cinta de casete de Cat Stevens, una felicitación de cumpleaños, un par de dientes de leche y un dibujo doblado. Willa lo contempló, era uno hecho por ella, se veía la casa de fondo y al frente estaban su madre y ella, en compañía de una sombra deforme, podría ser su padre, quien sabe lo que tendría una niña de seis años en la cabeza. El sol sonreía maligno en el cielo. Lo volvió a guardar todo en la caja.

Ya había llorado mucho y no quería volver a abrir el grifo, así que respiró hondo y se dirigió a las cajas donde había guardado los álbumes de fotos.

Los limpió del polvo y los sacó para que los examinara Avery.

—Mira a ver si encuentras algo. Necesito fumarme un cigarro.

—Te estás envenenando con eso. Lo sabes ¿no?

Le sacó un dedo mientras le dedicaba una sonrisa sarcástica. Se dirigió hacia el coche y se encendió un cigarro. Hacía tiempo que se había olvidado que le gustaba fumar. Y beber. Cada vez que se encendía un cigarro le apetecía una copa.

Se apoyó en el coche y observó a Avery, apoyado en el capó, quitando el polvo de otros álbumes, mirando las fotos y colocándolas en un montón.

Willa no las había visto en años aunque recordaba algunas. Había guardado unas pocas en las que salía su padre, como las de la boda y la luna de miel, o las fotos en la nueva casa.

Muchas las había quemado en una especie de ritual cuando tenía dieciocho años. Ahora se arrepentía.

—Willa, tienes que ver algo— dijo Avery. Sostenía una foto.

Ella tiró el cigarrillo y se acercó.

Era una imagen de la fachada de la casa, sus padres estaban delante, abrazados. Era la típica foto que saldría en un reportaje sobre un asesino en serie ‘Miren, tenía una familia, parecía un padre y esposo normal, aunque escondía un terrible secreto’.

—¿Quieres usarla para el artículo de la casa?

—Mira, fíjate bien ¿qué ves?

Al principio no vio nada, pero después de recorrer la foto con la mirada, ahí estaba. Willa se tapó la boca. Una sombra, en la ventana del dormitorio principal. Era difícil de ver si no te fijabas. Si no sabías que buscar exactamente.

—¿Crees que es...?

—No lo sé, parece una figura humana. Puede que hubiera alguien dentro de la casa cuando se hizo la foto. Tu padre se acordaría.

—Se lo preguntaré cuando lo vea. Entre otras muchas cosas.

Avery asintió y siguió mirando las fotografías, se las iba pasando a Willa, que no recordaba cuando se hicieron puesto que era muy pequeña.

Su compañero se quedó mirando una durante mucho rato.

—Algo no cuadra aquí— dijo, enseñándosela.

Ella la miró. Era su madre en el salón al lado de la chimenea, llevaba un vestido largo de terciopelo verde. Se acordaba de él, puesto que de niña le parecía un vestido de princesa.

—Que raro, por como está puesta la luz no debería...

Detrás de su madre había una sombra, muy oscura y más alta que ella.

—Puede que sea por el flash— dijo Avery, poco convencido.

No podía ser eso. Puesto que había otra sombra más abajo, la que si que debería estar ahí. Su verdadera sombra.

Willa cogió otro taco de fotografías, y las fue mirando una a una.

—¿Crees que puede estar en más?

—No lo sé. Tenemos que mirarlas todas. Comprobar si está en otras.

Hicieron una pausa para comer y luego continuaron con el trabajo.

Miraron cientos de fotos, y Willa volvió a entrar a por mas cajas. Afuera estaba oscureciendo así que las metió en el maletero y volvieron a la redacción.

Había muchas fotos en la casa, dentro o en el patio de fuera. Especialmente de cuando nació Willa y de su infancia. Ella había venido al mundo tres meses después de la mudanza.

En una de las imágenes, la sombra estaba detrás de la pequeña Willa, que estaba sentada a la mesa de la cocina, y tenía toda la cara manchada de chocolate. Era difícil de ver si no sabías que estabas buscando. Pero ahora lo que era complicado era no verlo.

No estaba siempre ahí, aunque el bloque de fotos iba aumentando. Sintió que había estado con ella toda su vida. Que formaba parte de ella.

Una idea le cruzó la cabeza ‘¿Y si soy yo el demonio?’. Decidió no decírselo a Avery por que sonaba ridículo. Si lo dijera en alto la acabarían internando en el mismo sanatorio que su padre.

Otra pregunta ‘¿Y si traje yo al demonio cuando nací? Lo desperté de algún modo’ Y sonaba igual de absurdo. Sin embargo, no creía que fuera una locura.

Jamás lo había pensado y ahora tenía las pruebas delante de sus narices.

—Así que es real. O al menos hay algo. Aunque podría ser un defecto del carrete o de la cámara, vete a saber.

Ella negó con la cabeza.

—Ese demonio —dijo casi sin creerlo—. Siempre está ahí. Quizá hizo un pacto con algún antiguo habitante de la casa.

—¿Qué tipo de pacto? ¿Matar a cualquiera que resida en la casa? —respondió con sarcasmo.

Avery estaba muy concentrado analizando cada foto, dejándola y volviéndola a a coger. Ni siquiera miraba las que no tenían que ver con la casa, las de las excursiones, vacaciones, visitas a la tía Vera, las del parque...

Al final tenían una docena de fotografías en las que había algo extraño. Y en todas estaban o Willa o su madre. Una infancia feliz, una vida normal, con una sombra siempre encima. Una que había vuelto para terminar lo que había comenzado.

Ahora tenía que sacudirse al demonio que llevaba a su espalda. Y no tenía ni idea de como hacerlo.

Ese mismo día Willa se decidió por el segundo piso, que no estaba tan céntrico como el primero y era más viejo, pero era más tranquilo y las vistas daban a un parque. No quería seguir perdiendo el tiempo mirando más sitios. No sabría cuanto se quedaría a pesar de que tuvo que pagar seis meses por adelantado. Empeñó el colgante de su madre y le pidió a Neil un adelanto para poder pagarlo, así que al final se quedó sin dinero.

Al día siguiente durmió en el coche y se pasó el día en la redacción. Escogió para el perfil del reportaje una foto de su madre cuando iba a la universidad y otra en la que salía con ella de bebé. En aquellas instantáneas se la veía feliz, con sus vivos ojos azules mirando a la cámara, con toda la vida por delante.

—¿Has dormido en el coche?—. Le preguntó Avery.

—¿Cómo...?

—Lo huelo. Pareces un cenicero andante. Y tu cara...

Llevaba dos días sin ducharse y ella misma podía olerse el sudor y el tabaco de la ropa. Necesitaba un buen baño y encontrar una lavandería.

—Mejor no continúes.

No quería volver a enfadarse con él.

—Quédate esta noche en mi casa. Tengo un dormitorio de sobra. Y nunca he invitado a nadie. Serás la primera.

—Gracias, muy amable por tu parte. Pero en unos días tendré mi piso y no quiero...Además ya tengo una casa.

—No será molestia. Podremos trabajar allí también ¿te parece?¿o prefieres pasar la noche en tu antigua casa?

La miró con incredulidad.

Ese gesto de amabilidad enterneció a Willa, Avery parecía genuinamente preocupado por ella. Como si notara que necesitaba compañía en unos momentos tan difíciles.

Al salir del trabajo le siguió con el coche hasta un bloque de apartamentos a las afueras. Era un lugar limpio, seguro y moderno. Había cámaras de seguridad por todas partes, árboles, un parque al lado de un paseo marítimo y pocos coches aparcados fuera.

—Es un sitio muy bonito.

—Gracias, me costó mucho encontrar un lugar donde me sintiera especialmente cómodo.

El portal se abría con un código numérico. Era amplio y estaba pintado de blanco, con algunas plantas aquí y allá. El conserje les saludó y entraron en un espacioso ascensor. Antes de entrar Avery se puso los guantes y la mascarilla. A Willa le recordó a ‘American Psycho’, aunque decidió no decir nada.

—Suelo subir por las escaleras —Se justificó. Willa no lo haría en la vida, se dirigían al octavo piso.

Se miraron en el espejo del ascensor, sin hablar. Willa se sentía un poco incómoda. Hubiera preferido quedarse dos días mas en el coche o incluso en la casa. No sabía porque había aceptado su invitación, una parte de ella quería un amigo, alguien en quien confiar, aunque se tratara de Avery.

El pasillo estaba enmoquetado en gris. A Willa le recordaba a un hotel de lujo. Estaba muy limpio y al oler el desinfectante arrugó la nariz.

Avery abrió la puerta con otro código numérico y entraron en un espacioso apartamento de concepto abierto y paredes blancas y lisas. Había un par de cuadros y fotografías colgadas de la

pared. Los muebles eran modernos y en color oscuro.

—Parece el apartamento del puto Patrick Bateman —bromeó.

—Joder Willa, no lo dirás en serio.

—¿Tienes un hacha escondida por ahí?

—No te preocupes, mi tarjeta de visita es mejor que la tuya.

Ambos rieron. Sentaba bien bromear de vez en cuando, aunque fuera sobre un desquiciado psicópata asesino.

Willa se acercó a los grandes ventanales del salón. Desde allí se veía el mar, hoy en calma y cubierto de un cielo gris plomo, y comprendió porque su compañero había decidido vivir en aquel lugar. Aunque no se podía explicar como podía pagar algo así. Debía de ser muy caro.

El salón contaba con unos pocos muebles, dos sofás, una mesa de comedor, una televisión vieja y una librería. Willa observó que todos los libros eran de la misma altura y estaban forrados con papel de color crema. Había algo extraño. No parecía un hogar.

—Te enseñaré tu dormitorio.

El lugar era grande, ya que contaba dos plantas.

—Aquí es. Dormirás sola en esta planta. Espero que no te importe.

Habría dormido incluso debajo de un puente. Ese lugar era como un castillo para ella.

—¿Tú estarás arriba?

—Si, allí también tengo mi despacho y el gimnasio.

La habitación también era toda blanca, con una cama doble cubierta por un edredón y sábanas limpias. El baño era pequeño, blanco y olía a lejía.

—Es...muy limpio.

—Lo único que te pediría es que no vayas a la parte de arriba, por favor. Y si vas a la cocina o al salón, lo limpies después con esto.

Le entregó un espray y un trapo. Ella asintió. Al menos allí no iba a pillar ni un resfriado.

—Y abre las ventanas un rato todos los días. Hay que ventilar.

No se quedaría allí mucho tiempo. Era un sitio limpio, pero estaba empezando a agobiarse.

Después de darse una ducha y ponerse ropa limpia, Willa se sentía mucho mejor. Avery había pedido comida en el único restaurante al que iba, y se sentaron en el salón a comer. Tenía platos de cartón y el bebía de su propia botella. Había puesto el Disco Blanco de The Beatles.

—¿Puedo preguntar que es lo que te pasa?

—Son los gérmenes, los virus, las bacterias... Solo de decirlo me pongo nervioso.

—Oh.

—No te preocupes, voy a terapia. Llevo tres años. Me costó dos encontrar a alguien, fue muy duro.

—Marla Davis.

—Esa misma. Me ha ayudado mucho, me está, de hecho, ayudando mucho.

—Cualquiera lo diría.

—Antes era peor. Muchísimo peor. Y no es solo la limpieza y la organización. Son los pensamientos que se cuelan en mi mente si no limpio ni dejo todo ordenado, cada cosa en su sitio...

Willa podía imaginarse que había cosas mucho peores que estar obsesionado con la limpieza. Ella era un ejemplo. No quería preguntarle más pues parecía estar poniéndose nervioso y no lograba entender que le pasaba exactamente.

Después de la cena se sentaron en los sofás.

—Hay cerveza en la nevera.

Ella le miró extrañada.

—Sin alcohol.

—Por que no bebes.

—No entiendo porque la gente se extraña tanto de alguien que no beba. En serio.

—Tienes razón. A mi no me gustaría que me preguntaras porqué bebo. Aunque ya sabes mi motivo.

—Si, y tampoco te preguntaré si estás yendo a Alcohólicos Anónimos. Es solo problema tuyo.

—No deberías fiarte de una alcohólica.

—No me vas a robar para comprar bebida. Sé donde trabajas.

Le miró trabajar en su artículo, desde la cocina. Se había puesto las gafas de leer y estaba muy concentrado. Y algo le hizo sentir lástima por él. Quería abrazarle. Hacerle ver que no estaba solo en el mundo. Aunque seguramente se sintiera tan solo como ella.

Ambos tenían más en común de lo que parecía a primera vista.

—Por cierto —preguntó él, mirándola desde el salón— ¿por qué no has seguido en el hotel?

—Después de pagar el adelanto del piso me he quedado sin dinero.

Él giró la cabeza y la miró con sorpresa.

—¿Cómo es eso posible? No es por entrometerme, pero debes de tener muchísimo dinero. Las novelas de tu padre son un éxito.

—Ya te dije que no quería el dinero de mi padre. No lo quiero, no lo necesito.

—Está claro que si lo necesitas.

Willa ni siquiera respondió, se volvió a su dormitorio y empezó a guardar sus pocas posesiones en la bolsa de basura que usaba como maleta.

—¿Qué estás haciendo?— preguntó Avery desde la puerta.

—¿Tú qué crees? Me largo de aquí. No quiero tu maldita compasión.

—Por favor Willa.

Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—No me toques.

Sabía que eso le había debido de costar, y, en realidad, necesitaba un abrazo. Hacía mucho que nadie la abrazaba. Él apartó la mano. Ella estaba segura de que estaba deseando lavársela.

Sus ojos se humedecieron.

—Lo siento. No te vayas.

—Dormir en el coche no está tan mal. Echo de menos los gérmenes.

Ambos rieron.

—Yo soy mejor compañía ¿no crees?

Estaban muy cerca el uno del otro. Podía sentir su calor, su aliento. Se miraron a los ojos como si se miraran por primera vez. Fue un momento extraño, de una intimidad que no había vivido en mucho tiempo. Quería continuar, lo deseaba más que nada en ese momento. Pero Avery se apartó y miró al suelo, rompiendo la magia.

—No puedo.

Ella también estaba avergonzada, aunque no se sonrojó ni lo mostró de ningún modo. Sonrió tímidamente y volvió a colocar las cosas en el armario.

—Por cierto, tu padre no deja de hablar de que todo volverá a ocurrir el día del eclipse. Aunque nadie ha dicho nada de ningún eclipse. He buscado en internet y preguntado a astrónomos y según ellos, esa noche no habrá eclipse. Al menos no uno como el de...

Avery no pudo continuar.

—Debe ser otra de sus paranoias. Se cree que esa noche podrá volver cuarenta años atrás. Que podrá cambiarlo todo. Como si el puto eclipse fuera una máquina del tiempo.

—¿Tienes miedo?

Willa le miró, sin saber que responder. No había pensado en si tenía miedo o no. Durante la mayor parte de su vida había procurado dormir sus sentimientos, no sentir nada más que un vacío mas grande que un agujero negro.

Quedaban tres semanas para el aniversario e iban a publicar el especial en la primera plana incluida una entrevista de última hora a la propia Willa, además de publicar el video en la página web del periódico. Se la haría Avery, pero ella antes quería contactar con Marla Davis. La llamó por teléfono y le dijo que le daría cita para la semana que viene, así que Willa decidió presentarse en la consulta, que estaba en el centro, y hablar personalmente con la terapeuta. No tenía tiempo, necesitaba recordar ya.

El lugar era un apartamento de una antigua casa cuyas paredes pintadas de lila lucían cuadros esotéricos de mujeres de aspecto poderoso en donde se leía ‘La diosa’ o ‘La guerrera’ y frases motivadoras.

Willa se dirigió a la joven recepcionista, que parecía que tuviera quince años.

—Vengo a ver a la doctora Davis.

—¿Tiene cita?

—No, pero he llam...

—Si no tiene cita me temo que la doctora no podrá verla—. Le interrumpió la chica— ¿Quiere pedir cita? Podremos darle una de evaluación para la semana que viene, tenemos un hueco.

—La semana que viene ya será demasiado tarde—. No sabía porque había dicho eso pero, era la sensación que tenía.

—Lo lamento, pero la doctora Davis es una persona muy ocupada y solo atiende con cita previa.

—Lo entiendo, pero solo quiero hablar con ella un momento— dijo con voz temblorosa a la vez que se miraba las manos, que también temblaban.

Le dio tanta vergüenza que cuando estaba a punto de marcharse se abrió la puerta en donde la doctora atendía a sus pacientes y vio salir a un hombre bien vestido que sonrió al pasar y se despidió. La doctora Davis tendría unos sesenta años, sin embargo, su aspecto era mas juvenil, iba vestida totalmente de negro aunque llevaba el pelo recogido en un colorido turbante.

La recepcionista le dijo que la siguiente paciente había llamado para decir que se retrasaría unos minutos. Allí estaba Willa, parada enfrente de esa mujer, temblando y sin saber que decir.

—¿Y usted es...?

—Willa Harker—. Se acercó para estrecharle la mano a pesar del temblor. Las manos de la señora Davis eran cálidas y fuertes. Willa se sintió sobrecogida y en la mirada de la doctora pudo ver un segundo que tenía curiosidad.

—¿Se encuentra bien?—. La cara de Marla parecía de verdadera preocupación.

—Si— Willa se había quedado sin palabras.

—¿Tiene cita? No me suena que estuviera en la lista de pacientes...

—No tiene cita, doctora Davis— respondió la recepcionista.

—¿En qué puedo ayudarla señora Harker?

Willa se sentía totalmente ridícula aunque al menos había logrado calmarse, a pesar de que sus manos seguían temblando incontrolablemente.

Respiró hondo. No tenía mucho tiempo.

—¿Conoce la casa de los Nichols?

—Disculpe ¿Es usted Willa Nichols?

Willa asintió con una sonrisa triste en la cara. Se había cambiado el apellido cuando tuvo edad para hacerlo.

—Todo el mundo aquí conoce la casa de los Nichols, aunque, he de reconocer que nunca me he pasado por allí.

—¿Y eso por qué?

La mujer le hizo un gesto con la mano para que entrara en su despacho y le dijo a la recepcionista que la avisara cuando llegara la siguiente paciente.

El despacho era sencillo y luminoso, tenía un tapiz de colores colgado en una de las paredes, un sofá de tela llamativa y de aspecto muy cómodo y un sillón de cuero donde se sentaba la doctora. También había muchas plantas al lado de la ventana y una mesa con dos vasos y una botella de agua. Se sentía cómoda y a salvo en aquella especie de santuario.

La doctora había encendido algunas velas y el lugar olía a flores y a madera quemada.

—Siéntese por favor—. Le pidió Marla. Willa así lo hizo y se sentó al borde del sofá. Tenía las manos entrelazadas y esperaba que la doctora no se diera cuenta del tembleque.

Marla se sentó en el sillón y se colocó bien la camisa.

—Conozco esa historia. Aquí todo el mundo la conoce. Yo tenía veinticinco años cuando todo ocurrió.

—¿Y nunca ha tenido curiosidad por verla?

—Es una casa cualquiera, solo que han sucedido cosas terribles ahí dentro.

—¿No cree que haya nada?

—Solo decisiones y actos horribles. Han debido de dejar una impronta. La han convertido en lo que es.

Willa asintió.

—Supongo que estará al tanto de lo que ha ocurrido después en su propia casa.

—Me enteré el otro día sí.

Willa pensó que no sabía que era lo que había hecho aquella secta. Si era real o el delirio de una fanática religiosa.

—Seguramente mucha gente sienta algo dentro de esa casa y no quiera ni acercarse. Es lo que transmite. Hay personas más sensibles que otras a esas cosas.

—¿Qué es lo que sienten?

—Dolor, pena, miedo...ocurre en todos los lugares donde ha habido acontecimientos horribles.

La recepcionista llamó a la puerta para avisar de que la siguiente paciente estaba esperando.

—¿Podría venir?¿esta tarde?

—No puedo. Lo siento.

—Por favor. Necesito saber...

La otra paciente estaba de pie esperando y se dirigió a la puerta cuando Willa salía.

—Por favor doctora Davis, necesito su ayuda.

—Si todavía no ha superado su trauma, si puedo ayudarla. Venga a una sesión.

Willa le escribió su teléfono en un papel y se lo entregó.

—Por sí cambia de opinión.

La otra paciente entró en el despacho y la doctora cerró la puerta en las narices de Willa.

—¿Va a pedir cita?— preguntó la recepcionista.

—No— respondió dirigiéndose a la puerta.

Cuando salió se dio cuenta de que no le había dicho que venía de parte de Avery Green, pero ¿qué importancia tenía eso?¿acaso supondría una diferencia en la actitud de la doctora? No lo creía.

Era aquel lugar lo que la asustaba. No lo quería admitir pero así era. Era una persona racional y a pesar de todo, le daba miedo.

Sangre y fuego.

Era lo que ella veía en sueños, aquella luz roja.

La entrevista la iban a hacer al día siguiente. Le sacarían una foto delante de la maldita casa. Aunque ¿estaba realmente maldita?

Debía terminar el artículo y leer el de Avery. No tenía ganas. Esa casa le estaba consumiendo toda la energía y la cordura que le quedaba.

Deberían echarla abajo. Imaginó que en aquel terreno habría más crímenes que no conocían. Y que nunca conocerían. Ni siquiera los de esa secta.

Pasó por delante de su antiguo hogar y le dio un pinchazo en la lado izquierdo cabeza que hizo que casi se chocara con uno de los coches que estaban aparcados.

Cuando llegó al apartamento de Avery, él no estaba, así que se sentó en el sofá.

Llevaba encima el diario de su madre. No se había atrevido a leerlo todavía. Lo abrió por una de las últimas páginas.

‘Me siento extraña, me da la sensación de que hay algo dentro de mi, algo que desea salir. Me miro en el espejo y no reconozco mi rostro, no se quien es la mujer que me mira desde el otro lado. Esos ojos, esa sonrisa... No soy yo. Me está ocurriendo algo malo y no sé lo que es. Estoy muy asustada, no puedo decírselo a Richard, pensará que estoy loca y puede que lo esté. Es posible que todo lo que pasó en este lugar se deba a la locura. Tengo mucho miedo ¿Y si...?’

Lo que había escrito a continuación era ilegible.

En otro párrafo leyó lo siguiente.

‘Le he hecho daño a Willa, a mi pequeña, lo que más amo en este mundo. Merezco que me pasen cosas horribles, merezco sufrir. No se como he podido. Me odio’

Willa no pudo seguir leyendo, se le hizo un nudo en el estómago y se fue al baño a vomitar.

La mañana se le hizo muy lenta, haber hablado de la casa con esas dos mujeres y el diario de su madre le hizo sentir miedo de verdad. Nunca la había asustado, era solo una casa. Y las casas no eran las culpables de los crímenes atroces, ni de la locura, ni de la violencia o cualquier cosa que se hiciera dentro de ella. Pero la energía se quedaba allí para siempre, estancada. Lo mismo que ella, se había quedado estancada en el dolor y la rabia y eso no me le había permitido avanzar en la vida. Al menos ahora tenía un trabajo y una casa donde vivir.

Recibió una llamada que no se esperaba.

—Willa Harker.

—Hola Willa, soy la doctora Davis.

Había estado deseando que la llamara.

—Me alegro de que me llame.

—Llevo pensando toda la noche en lo que me dijo ayer. Y me gustaría visitar la casa, aunque será más por motivos de ayudarla a usted. Quizá sea una manera de superar su trauma. Puedo ayudarla con eso.

—Por supuesto.

Esta vez sí que usaría el dinero de su padre. No sabía cuánto había en la cuenta corriente, aunque estaba segura de que podría vivir lo que le quedara de vida sin trabajar. A pesar de que no había leído ninguna de las novelas que había publicado, sabía que habían sido un éxito y además, estaban todas dedicadas a ella. ‘Un detallazo, papá’ se dijo.

Desde la editorial le enviaban siempre un ejemplar firmado por su padre, junto con una carta. Habían acabado todos en la basura.

Después de uno de esos lanzamientos recibía llamadas de colegas periodistas, querían hacerle una entrevista, que hiciera una crítica del libro para su revista, o desde la editorial la buscaban para hacer una lectura. Todavía no se habían enterado de que no quería tener nada que ver con su padre. Daba igual cuantas veces dijera que no, siempre volvían. Como buitres.

Ahora se sentía más tranquila, estaba segura de que todo llegaría a su fin pronto. De que terminaría ese capítulo de su vida. Y ya podría empezar a vivir de verdad.

Le daba la sensación de que finalmente podría cerrar sus heridas. Había estado pensando toda su vida que su padre era un asesino, y desde que había vuelto a ver la casa, tenía dudas. Incluso Avery la había hecho dudar de su propia cordura. No quería desconfiar de su intuición ni de lo que había visto cuando tenía diez años.

Había quedado con la doctora Davis en una cafetería del centro. Cuando llegó pidió un café solo y se sentó al lado de la ventana.

Diez minutos más tarde apareció la doctora. Iba igual vestida que el día anterior, aunque el turbante era diferente, muy alegre y colorido, pero con otro estampado. Se sentó a la mesa y pidió un té.

—Gracias por venir doctora Davis.

—Llámame Marla, por favor.

—Está bien, Marla. Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

—Como te dije por teléfono, quizá no ocurra nada, pero quiero que estés conmigo cuando vuelvas a entrar a ese lugar.

—¿Cree qué el lugar está maldito?

—No exactamente. Sí que creo en fantasmas, pero más como una forma de energía que se ha quedado estancada. Y puede que sea eso lo que le ocurra a la casa.

—¿Un demonio? ¿el mal personificado?— preguntó Willa con curiosidad. Quería verdaderamente saber la opinión de Marla.

—Todas las culturas tienen sus demonios, algunos más malignos que otros.

—¿Y qué es lo que hay en la casa?

—Puede que jamás lo averigüemos. O puede que no haya nada ¿qué crees tú?

Willa se terminó el café, ya estaba frío aunque ella estaba empezando a sentir mucho calor.

—Locura. Creo que fue locura. No lo sé.

—En la Edad Media consideraban a los ‘locos’ poseídos por el diablo. Utilizaban exorcismos para extirpar al demonio que llevaban dentro. Daba igual que tuvieran una enfermedad mental.

—Vaya, no lo sabía.

—Afortunadamente, las cosas han cambiado y ahora tratamos las enfermedades mentales como se merecen. Igual que las del cuerpo.

—Pero se siguen realizando exorcismos.

—Eso tengo entendido. Y cada vez más.

—¿Has oído hablar de la secta que ocupó la casa tras...?

—Si, he oído cosas, pero no se si creerlo. Me parece que es mas una leyenda urbana para asustar a los jóvenes, para que no entren allí, para que no se metan donde no les llaman.

Willa se sintió aliviada.

—¿Qué quieres hacer en la casa?

Marla la miró y se acercó a ella como si le fuera a contar un secreto.

—Quiero estar ahí contigo. Eso es todo.

—He sentido una presencia al entrar ahí, nada más. Siento que me observan, pero me pasa en todas partes. No siento nada más.

Tenía que contarle lo del fantasma de su madre y lo de las lombrices que salieron de su cuerpo, lo de la mujer del espejo, sin embargo, no se atrevía,. Se sentía ridícula.

—Eso es porque has dormido tus sentidos. No quiere sentir. No se permite sentir nada que no sea miedo o dolor, ira o auto compasión. Puede que la presencia fuera algo que está escondido dentro de tu mente. Algo que está en ti y no en la casa. Puede que sea eso lo que crees que ha visto.

Willa abrió la boca para decir algo. No era posible que con una sola conversación hubiera sabido tanto sobre ella.

—Estás alerta sí, aunque solo para huir. Como un animal que sale corriendo cuando ve acercarse a su depredador.

—¿Cuándo puedes ir?

A los dos días se mudó a su nuevo apartamento. Hacía mucho que no tenía esa esperanza, quería bailar, saltar, reír, enamorarse. Quería vivir. Una extraña sensación esa de volver al lugar donde

acabó todo y, de repente, querer aferrarse a la vida de esa forma tan intensa.

Ese apartamento luminoso y tranquilo también ayudaba. Tenía ganas de limpiarlo, algo que, creía, no había hecho nunca. Siempre le había dado igual que le comiera la mierda y estar rodeada de basura. Se puso música Guns & Roses, Black Sabbath y The Cure, y pasó la bayeta por todas las superficies. Y luego el aspirador y la fregona.

Se alegró de que los algunos muebles vinieran incluidos en el alquiler, así no tendría que comprarse un sofá, una mesa de comedor y una cama. Le dio igual que aquella decoración no reflejara su personalidad.

Pidió comida china a domicilio y se dio una larga ducha con el agua caliente a tope. Su primer día en ese lugar tenía que ser perfecto.

Antes de la entrevista que haría con Avery, quería poner en orden sus ideas así que se sentó en el suelo, delante de la ventana, con el portátil. Quería escribir su historia, lo que ella recordaba de aquella horrible noche. Sería doloroso pero era el momento de hacerlo.

“Aquel día había sido igual que los demás de otoño, aunque más caluroso. Me había pasado la mañana en el jardín corriendo y jugando mientras mi madre me enchufaba con la manguera. Mi padre trabajaba en su despacho, preparando su nuevo libro.

Algo extraño que recuerdo de esos días era a mi madre, en esos momentos no lo noté, tan solo era una niña de diez años, pero ahora recuerdo tristeza, ira. Puede que estuviera deprimida, no lo sé. O puede que creyera estar volviéndose loca.

De ese día me vienen a la memoria las abejas que se posaban en las flores del jardín, que con tanto mimo cuidaba mi madre, Felicia, ese era su nombre. Felicia Harker, no se puso el apellido de mi padre.

El eclipse después del desayuno. Mi padre había conseguido tres gafas especiales y salimos al jardín con ellas puestas. Era la primera vez que yo veía uno. No entendía porqué ocurría a pesar de que lo habíamos estudiado en el colegio, y mi madre me dijo que era la magia de la naturaleza, que siempre hace cosas extraordinarias.

Duró mucho, se me hizo eterno mientras veía como el cielo se oscurecía y el sol se volvía negro. No me parecía magia, me parecía horrible, yo quería que volviera el sol.

Por la tarde, mientras mi madre hacía la cena, yo estuve jugando en la cocina, haciendo dibujos y robando trozos del pastel que mi madre acababa de preparar. Ninguna de las dos podía imaginar lo que pasaría esa noche.

Después de cenar, no recuerdo que comimos, me puse a ver los dibujos en la tele de la salita. Escuché a mis padres discutir en la cocina y me asusté. Mi padre decía cosas que yo era incapaz de entender y la voz de mi madre parecía más grave, y recuerdo que se reía, tenía una risa que me dio escalofríos.

Cuando mi madre fue a buscarme para meterme en la cama, mi padre se interpuso entre nosotras y le dijo algo a mi madre que no entendí. Ella se alejó y se puso a reír de manera histérica, y mi padre me cogió. Yo lloraba y pedía a mi madre, que se había quedado quieta contra la pared, sin mirarme. Mi padre intentó calmarme leyéndome un cuento, pero yo no podía dejar de llorar. Me abrazó y me dijo que, oyera lo que oyera, no saliera de mi habitación, que si tenía miedo me metiera en el armario. Yo asentí, asustada. No sabía lo que estaba pasando y mis padres se comportaban de una forma muy extraña.

Me dolía la cabeza y me costó dormirme, mi padre estuvo conmigo hasta entonces.

Me desperté con un grito. Tenía miedo, pero necesitaba ir al dormitorio de mis padres, así que me levanté, sé que me hice pis encima, tenía mucho miedo, me abracé a mi peluche. Vi que tenían la puerta entreabierta, había luz de velas y escuché a mi padre susurrar algo mientras mi madre gritaba.

Fui a abrir la puerta y entonces...”

Willa se quedó en blanco ¿Qué era lo que había visto? ¿había presenciado a su padre matando a su madre? ¿su madre ya estaba muerta cuando ella abrió la puerta? Se dio golpes en la cabeza con las manos, intentando recordar ¿Alguna vez lo había recordado? ¿se lo había imaginado? ¿qué vio? Todas las preguntas que se acumulaban en la cabeza la iban a volver loca.

Acabaría encerrada como su padre.

En sus declaraciones de niña no dijo lo que había visto. Estaba tan abrumada y asustada que tan solo dijo que había visto como ‘papá mataba a mamá’, pero no podía recordarlo.

Volvió a hacer memoria y se quedaba atascada en el mismo punto. La puerta. No lograba recordar lo que estaba diciendo su padre ¿Era una oración? Era imposible entenderlo. Él dijo en el juicio que estaba realizándole un exorcismo a su esposa ¿Eso fue lo que escuchó?

Aquel recuerdo, si alguna vez había sido tan vívido, se había desvanecido en los recovecos de su memoria. Se había escondido en algún lugar inaccesible. Oculto entre las sombras.

Pensó en ir a hablar con la agente Tully, quizá le dejara ver el expediente del caso.

Se levantó para irse y se dio cuenta de que no había pensado en beber en todo el día. Aunque ahora que lo pensaba, necesitaba un vodka con mucho hielo. Sentía mucho calor y se notaba la cabeza caliente. Aquel virus se estaba extendiendo.

Al llegar al anochecer y ver la casa recortada contra el grisáceo cielo crepuscular le pareció la idea más estúpida del mundo. Sería mejor hacerlo a pleno día, pero la doctora le había dicho que quería ir allí de noche, cuando las almas despiertan.

Willa nunca había entendido por qué a los fantasmas les gustaba la noche ¿acaso distinguían entre día y noche? ¿por qué siempre salían cuando el sol se iba?

Ella no había pisado ese lugar de noche en cuarenta años. Y ahora, verla así se le hizo un nudo en el estómago y los gritos de su madre volvieron a sonar en su mente.

Miró a su alrededor, las otras casas ya habían puesto las decoraciones de Halloween en los jardines. Estaban rodeados de esqueletos, brujas, telas de araña, calabazas con luz y sonido, asesinos de películas acechando en los rincones oscuros, lápidas de plástico...

La suya no necesitaba ninguna decoración, ya daba miedo por si sola. Era la única casa encantada de Greyfield.

El dolor de cabeza volvió como un cuchillo afilado y antes de salir se tomó un par de ibuprofenos.

Marla ya estaba esperando fuera.

—Espero que no te importe que Avery también venga. Está trabajando en un reportaje importante. Sé que es tu paciente, y no sé si...

—¿Avery va a entrar en esa casa?— preguntó sorprendida.

—Ya ha entrado, de hecho.

—Me sorprende. Eso significa que todo el trabajo que ha estado haciendo estos años ha dado resultado. Está mejorando. Eso me alegra mucho.

—Todavía me queda mucho por hacer —dijo Avery, a su espalda.

Ambas se dieron la vuelta. Avery iba tapado casi hasta la cabeza. Llevaba la mascarilla colgando de la oreja y se estaba poniendo unos guantes de látex.

—Bien, ya estamos todos— dijo Willa, mirando de reojo a la casa. Como si ésta fuera un animal enjaulado dando golpes en su celda. Se lo imaginó como un enorme lobo de ojos amarillos en posición de ataque.

—Antes de entrar, tengo que contaros algo.

Su ojo izquierdo estaba empezando a gotear. Y, a pesar de las medicinas, el dolor de cabeza se intensificó. Como un martillo que la golpeaba una y otra vez.

—Vi algo. En la ventana. Algo que no tiene explicación.

—¿Qué viste?— preguntó Avery.

—Vi...fue...era mi madre. Estaba en la ventana, tal y como la recuerdo.

Las lágrimas salieron de sus ojos, cayendo al asfalto. Marla le puso una mano en el brazo.

—Ella...no estaba sola. Alguien la cogió por detrás. Una sombra. Sé que gritó aunque no lo oí. Me pedía ayuda. Sé que es ridículo. Que no estaba allí, que no había nadie ¿estoy loca?

Miró a Marla. Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—No estás loca Willa. Fue tu imaginación. Volviste a ser esa niña asustada. Eso es todo.

Willa no pudo evitar sollozar y la doctora le dio un abrazo. Vio como Avery se acercaba y alargaba el brazo, queriendo tocarla, a pesar de que mantenía a una distancia prudencial. Le pareció un gesto muy tierno por su parte.

—No soy la primera que ve algo —dijo—. Mucha gente que pasa por aquí ha visto cosas en la ventana, o ha escuchado gritos.

—Es porque saben lo que ha ocurrido ahí dentro —respondió la doctora—. Si no lo llegan a saber, ni se habrían fijado. Tan solo habrían visto una casa vieja, nada más.

Avery miró a su alrededor y entonces saludó a un coche aparcado en la otra acera.

—La policía sigue vigilando. Deben de creer que no estamos bien de la azotea.

—¿Es por tu padre?

—Creen que puede aparecer por aquí en cualquier momento.

—¿Por qué no entramos ya?— preguntó Avery, nervioso.

Al entrar encendieron las luces, las bombillas parpadearon y dieron una luz siniestra. La casa olía a limpio. Solo parecía una casa vieja con muebles baratos, totalmente inofensiva.

Willa miró a Marla, esperando que en cualquier momento se pusiera a gritar o a correr hacia la salida. Pero la doctora estaba tranquila, ella misma irradiaba siempre calma y paz. Su voz, sus gestos, su mirada. Te decía que todo iba bien. Que todo iría bien.

Recorrieron el salón.

—Me gustaría que me dijeras como te hace sentir todo esto Willa.

Willa miró aquellos muebles nuevos, blancos y relucientes. No tenían nada que ver con los que había antes, con la pesada y ancha mesa de madera oscura donde solían cenar los tres. La había vendido por veinte dólares hacía muchos años.

Pasó la mirada por la estancia, volviendo a verla como había sido. El lugar se transformó ante sus ojos. El sofá de flores, la pequeña televisión, la alfombra comprada en un viaje, la chimenea antigua, los cuadros de naturalezas muertas que su madre había adquirido en una tienda de segunda mano, el jarrón de cristal encima de la mesa siempre con flores frescas del jardín, la

butaca vieja donde se sentaba su padre, la cómoda donde guardaban los manteles y la cubertería buena...

¿Está tu casa encantada?

Averiguar si su casa está encantada puede ser complicado. Hay ciertas señales que puede buscar que pueden indicar una presencia paranormal en su hogar:

1. Ruidos extraños: Los sonidos inexplicables como pasos, voces u objetos que se mueven solos pueden ser un indicio de la presencia de un espíritu.
2. Puntos fríos: Los espíritus suelen permanecer en lugares donde la temperatura baja considerablemente y no se calienta con facilidad.
3. Olores inusuales: Ciertos espíritus tienen asociados olores distintivos, como azufre u otros olores desagradables que no pueden explicarse por ningún medio físico.
4. Alteraciones eléctricas: Las luces que se encienden y se apagan o los electrodomésticos que se encienden y se apagan solos también pueden ser señales de una presencia fantasmal en tu casa.
5. Objetos que se mueven solos: Si los objetos alrededor de su casa comienzan a moverse sin ninguna explicación lógica, entonces esto podría significar que hay una entidad invisible presente en la zona.
6. Actividad paranormal captada en grabaciones de audio/cámara: Si captas algo extraño o inexplicable mientras grabas audio o video, entonces esto podría sugerir que algo sobrenatural está ocurriendo en tu casa.

Demon Daddy

Esa noche estaba mucho más tranquilo. Puede que los demonios le persiguieran allá donde fuera, pero el final se acercaba y eso era lo que llevaba esperando cuarenta años.

El dolor ya no era tan molesto, aunque seguía ahí.

Había visto las noticias y no hablaban de ningún eclipse. Se preguntó si es que no lo sabían o es que evitaban el tema a propósito. Él sabía que habría uno, lo había visto en sueños. Llevaba viéndolo años, como si se tratara de un aviso que le decía que debía prepararse para lo que estaba por venir. Solo esperaba que fuera rápido.

Si que vio que hablaban de su conocido Hunter Andrews, ese ser despreciable. Recordó su visita a la casa cuando Willa tenía ocho años. Hacía mucho tiempo que no le veía y no le había echado de menos.

—Es una casa preciosa Felicia.

Ella había preparado estofado y se lo sirvió como buena anfitriona que era.

—Gracias Hunter, aunque todavía necesitamos arreglar algunas cosas.

—A mi me parece ya un hogar.

—¿A qué has venido? —le preguntó casi perdiendo los nervios.

—Richard, Hunter es nuestro invitado.

—Perdón querida pero él se ha auto invitado.

—Entonces me marcharé y no volveremos a vernos Richard.

Hunter se levantó e hizo su teatro.

—No, por favor, Hunter no te vayas.

Richard miró a Felicia, sabía que Hunter tampoco le caía bien y aún así no quería ser grosera con él.

Después de la cena mientras Richard fregaba los platos, Felicia y Hunter bajaron al sótano, él

podía escuchar como ella le contaba a su invitado lo que tenía pensado hacer ahí.

Mas tarde supo que, cuando él no estaba, durante años hacía visitas a Felicia y a Willa y les traía flores y regalos. Le dolió y le entristeció que su esposa no se lo hubiera dicho nunca, pero lo entendía. No quería causarle problemas a Hunter. A saber que se traía entre manos ese bastardo. Conociéndole, nada bueno.

Todavía no había fundado esa secta absurda, Richard había oído hablar de ella a través de Anthony cuando estaba en el sanatorio. No le sorprendió en absoluto ese nuevo proyecto de su ex compañero de universidad, siempre había sido un narcisista de manual de psicología. Alguien que se creía mas importante que el propio Dios. Un enviado de Lucifer. Un chiflado. Él si que tendría que estar encerrado en un psiquiátrico.

Anthony le había enseñado a usar un ordenador portátil. Se lo dejó en el salón, encendido y conectado a la corriente, con el buscador preparado para que tecleara lo que le apeteciera.

Tecleó *Greyfield News* varias veces con un dedo porque no le salía. Al final logró entrar en la página web del periódico y clicó en *Nuestro equipo*, quería verla, saber como era ahora.

Había una foto del director, vio una de Avery Green de hacía unos cuantos años y de otro par de personas, pero ella no estaba. Puso su nombre en el buscador de la web y salieron todas las noticias relacionadas con ‘El demonio de Greyfield’. No había publicado nada todavía.

En el otro buscador tampoco hubo suerte, encontró a una Willa Nichols y un par de Willa Harker en diferentes redes sociales aunque no eran ella.

Sabía que había trabajado en varios periódicos a lo largo de los años, aunque no podía recordar sus nombres. Y además, parecía que no había firmado sus artículos con su nombre, todo para que nadie la encontrara.

Después buscó fotos de la casa y encontró la de la inmobiliaria. Las lágrimas recorrieron su rostro mientras observaba como estaba su antiguo hogar.

Recordaba lo bien que olía siempre, a flores frescas y a comida recién hecha. La música que sonaba en la radio de la cocina cuando su esposa se ponía a cocinar.

En un blog encontró unas imágenes muy diferentes de la casa. Las habían sacado de noche y mostraban una zona que la inmobiliaria había evitado. Clicó en una de las fotos. Era su dormitorio. Recordó que solía tener una cama de matrimonio con una colcha de flores, estaba pintado de verde y era muy acogedor. Ahora se encontraba vacío, con las paredes cubiertas de símbolos. Richard ya los había visto antes. Los había estudiado para alguna de sus novelas. Las frases en latín invocaban a un demonio. Se estremeció.

Reconoció alguna de las otras frases, eran de sus libros. Algún gracioso se había dedicado a escribirlas usando pintura que parecía sangre.

Después llegó hasta un video de su casa. Estaba grabado de noche y según esos jóvenes, el fantasma de la señora Nichols seguía atrapado ahí. Lo habían visto y tenían pruebas.

—Me apuesto mis viejos huevos colgaderos a que no—. Les dijo a los chicos sonrientes de la pantalla.

Richard vio el video varias veces, aprendió como se paraba y lo hizo en diversas ocasiones, intentando ver también a su esposa. Se veía borroso y los chicos no hacían más que gritar y decir que tenían miedo, que sentían como algo le estaba observando. No dejaban de mover la cámara y gritar ‘¡Ahí hay algo! ¿lo veis?’ y él no era capaz de ver nada. Allí no había nada. No todavía.

Tras ese video llegó a otros que hablaban de la casa y de su maldición, historias que él ya conocía muy bien. Otros era sobre él. No pudo ver ninguno, sabía lo que dirían. No había nada sobre Willa, ni una mísera fotografía. Solo de niña. Richard lloró al verla en las fotos, tan pequeña, tan inocente. Dolía ver su rostro sonriente mirando a la cámara. Cuántos momentos de su vida se había perdido.

Apagó el aparato después de tres intentos.

Durmió sin sueños y sin dolor, pensando que no estaba solo en el dormitorio. A pesar de eso, a la mañana siguiente se despertó mucho más débil.

Quería comer algo, pero sabía que su cuerpo lo rechazaría. Al levantarse de la cama en medio de la oscuridad le pareció que alguien le agarraba de los brazos con una fuerza sobrehumana y le tiraba al suelo. Había vuelto. Era el momento que estaba esperando ¿Cómo podía haber despertado antes de tiempo?

No podía moverse y se orinó encima, esperando que llegara la muerte. Alguien había puesto ‘Moonlight sonata’ de Beethoven en el tocadiscos. Sonaba a lo lejos, como en un sueño. Mientras Richard veía su vida pasar ante sus ojos, especialmente los errores, pudo ver incluso como se habría una puerta de la que salían llamaradas. Un calor intenso le recorrió el cuerpo.

De la puerta salió una figura diabólica. No podía ser, no estaba preparado aún.

—¡Por favor! ¡ahora no! ¡dame un poco más de tiempo!— gritó sin fuerzas.

Intentó levantarse, un intenso dolor en el estómago le hizo parar, y respirar hondo. Sudaba, lágrimas caían de sus ojos, un gemido dolor salía de su boca.

—¡Por favor! ¡No me lleves todavía! ¡quiero ver a mi hija por última vez!

Había deseado acabar con todo, pero eso había sido una debilidad. Antes tenía que ver a Willa.

La figura se acercó a él, olía a humo, a azufre y a muerte. Richard se puso el brazo en los ojos, no podía mirar muy seguido, si no se quemaría las córneas.

Alguien le tocó el brazo, sin embargo, él no se movió.

—¡Richard! ¡soy yo! ¡Anthony! ¿te has caído?

Le ayudó a levantarse entre gritos de dolor.

—¡Lo he visto! ¡ha estado aquí! ¡quería llevarme al infierno!— gritó, histérico.

—Aquí no hay nadie. Estamos solos tu y yo.

Anthony le colocó de nuevo en la cama con ropa seca y le dio las pastillas.

—He traído unas cosas que vas a necesitar.

Colocó un gotero con suero al lado de la cama y le puso la vía.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesitarás estar fuerte.

—Todavía no estoy preparado Anthony. No puedo...

—Lo sé. No te preocupes por eso, yo estoy aquí contigo, te ayudaré y juntos terminaremos con el demonio—. El cura se había sentado en la cama después de taparle con la manta.

—Muchas gracias. No sé que haría yo sin ti.

—Estamos juntos en esto amigo. Hasta el final.

Richard se durmió enseguida. Le daba la sensación de estar siempre durmiendo. Pero al menos gracias a la medicación no tenía pesadillas ni tampoco sentía dolor.

Ese día estaban a unas semanas del aniversario y las televisiones locales no dejaban de hablar del suceso y de sacar su foto en todas las noticias y programas de opinión. Richard apagó el aparato.

Parecía que había sido ayer cuando las televisiones le llamaban para una entrevista por su nueva novela. Se sentía el amo del universo, importante, alguien a quien escuchar, a quien tener en cuenta. Y ahora no era mas que un viejo enfermo al que creían secuestrado.

Había amanecido con amenaza de tormenta. Durante días el calor había sido insoportable a pesar de haber entrado ya en el otoño y ahora el bochorno le estaba haciendo sudar y resoplar. Escuchó un trueno a lo lejos. Se estaba acercando y Richard se estremeció.

Nunca antes se había sentido tan solo como sentado en aquel sillón ajeno, mirando por un gran ventanal hacia un lago gris acero cubierto de nubes. Ni siquiera en sus peores momentos en el hospital psiquiátrico. Allí siempre escuchaba los gritos y lamentos del resto de los pacientes. Uno incluso le había dicho que también veía al diablo, que le hablaba y le hacía promesas.

—¿Qué te prometió a ti? —le preguntó un día.

—¿Cómo dices?

—Ese demonio que poseyó a tu esposa ¿te hizo alguna promesa?

—No, y de todas formas, aunque lo hubiera hecho no te puedes fiar de un demonio ¿no crees? Mentir y engañar está en su naturaleza.

—Pues jamás lo había pensado.

—¿Qué te prometió?

El hombre amplió su sonrisa al que le faltaban algunos dientes.

—Un viaje a Disneylandia.

Richard le miró extrañado.

—¿Y la cumplió?

—Claro que sí ¿es que no lo ves?

El paciente miró a su alrededor y abrió los brazos, complacido.

En aquel lugar había todo tipo de personas, algunos eran peligrosos, pero esos eran los menos y otros simplemente no se podían permitir un centro privado.

Richard había sido considerado preso peligroso durante los primeros años, pero después de que la terapia y la medicación empezara a hacerle efecto, todo según su psiquiatra, le dejaban leer, ver la televisión, salir a pasear, hacer ejercicio y otras cosas que le podían ayudar.

Había sido un paciente ejemplar durante unos años, quería poder seguir leyendo, escribiendo y recibiendo visitas de su único amigo, y también de aquel periodista de pacotilla.

Tenía que reconocer que había aprendido mucho de la naturaleza humana encerrado entre esas cuatro paredes. Muchos de sus personajes estaban inspirados en sus compañeros, o en alguno de los enfermeros. Ellos solían traer sus libros para que se los firmaran a pesar de que estaba totalmente prohibido. A él le hacía ilusión tener fans y volvía a sentirse como un ser humano de nuevo, y no como si estuviera en el decorado de una película y fuera uno de los personajes ‘locos’ de la historia.

En lugares como esos podías perder la humanidad a pesar de que los enfermeros y médicos siempre te llamaran por tu nombre y te trataran como si fueras un niño pequeño que no entiende lo que está pasando.

Una de sus novelas más aclamadas transcurría en un centro psiquiátrico, en donde un psiquiatra había creado un culto a un dios antiguo y pagano, había convertido a los pacientes en seguidores y en sacrificios. La había escrito en un mes y era una de sus favoritas.

Otra había tratado de dos pacientes que se escapaban para encontrarse con un mundo post-apocalíptico, vacío y peligroso. Allí dentro no le faltaban las ideas. Era como si volaran a su

alrededor y él pudiera coger una y usarla, y luego otra y otra.

Lo único que podía echar de menos de aquel lugar era la rutina. El hacer lo mismo cada día, el saber lo que ocurriría a continuación, que haría, que comería. Puede que eso fuera lo que le había mantenido cuerdo. Eso y ver la foto de su esposa y de su hija nada más levantarse. Y también saber que tenía una misión por cumplir, una muy importante.

Volvió a encender la televisión, no quería perderse en sus recuerdos. Las noticias hablaban de un accidente sin heridos en la carretera comarcal, un nuevo comercio que se había abierto en el centro, la feria de otoño sería el próximo fin de semana, de las próximas fiestas de Halloween. Algunas cosas no habían cambiado en todos esos años, su querido Greyfield seguía siendo un lugar tranquilo. Sabía que habían ocurrido algunas cosas en su ausencia, como la desaparición de esas jóvenes de Greenfield que en realidad habían huido a California o la del suicidio de aquel adolescente que había pasado la noche encerrado en el sótano de la casa de Richard.

Pero nada más. No había habido señales del despertar del demonio. Aunque él sabía que ya lo había hecho, ya que no hacía más que atormentarle cada noche. Estaba allí, esperando a que fuera a la casa para acabar con él.

El Hijo De Satán

Habían borrado su huella. Como si nunca hubiera vivido allí. Ni siquiera lo había pensado la primera vez que entró. Tenía otras cosas en las que pensar.

Eso había sido su hogar, el único de verdad que había tenido en su vida. Ahora no era más que un recuerdo, un lugar vacío de vida.

—No... no lo sé. No siento nada.

—¿Has bebido?—preguntó Avery.

—Avery... —dijo la doctora en tono de profesora.

Ella le miró entre enfadada y avergonzada. No tenía ningún derecho a preguntar.

—No, no he bebido en todo el día. Solo me he tomado unas medicinas, me duele la cabeza—respondió a la defensiva.

Se miró en el espejo redondo de encima de la chimenea, y vio a una mujer perdida y sola. Una mujer que daría un brazo por una copa. Y se sintió asqueada de sí misma. Lo mejor era no mirarse, no conocerse.

Su ojo izquierdo estaba rojo, y a pesar de seguir notando un dolor constante en ese lado de la cabeza, estaba remitiendo, ahora al menos podía soportarlo. Aunque sabía que cuanto más tiempo se quedara en ese lugar, más se intensificaría, y ninguna aspirina podría atenuarlo.

Siguieron a la cocina. Cuando ella vivía allí, era de color marrón y naranja, con un papel pintado de flores de los mismos tonos. Muy de los años setenta.

Ahora era todo de color blanco. Los muebles los había vendido hacía mucho tiempo, como la mesa y las sillas de una tienda de segunda mano; estos que había eran nuevos e insulsos. Los fluorescentes del techo emitían un molesto zumbido que se le introducía en el cerebro y no le permitía pensar.

Marla se paró frente a la puerta del sótano. Y los otros dos se quedaron mirándola.

Esperando.

Willa se acercó y tocó el candado. Las luces de la cocina parpadearon y el zumbido se intensificó. Escuchó su nombre, venía de detrás de la puerta por lo que se apartó como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

—¿Qué has sentido Willa?

—¿Tú también lo has oído?— le preguntó a Marla, que dijo que no. Luego miró a Avery que negó con la cabeza.

—Hay algo ahí abajo.

—No te referirás a un demonio ¿verdad?

Al decirlo se le encogió el corazón.

—Será un demonio si crees que es un demonio.

‘Pues entonces voy a creer que es el puñetero Brad Pitt. Brad ¿estás ahí esperándome?’ se dijo y, por una vez, sonrió por dentro.

—Tengo que entrar.

En realidad no quería, y sabía que no era buena idea. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aquella voz...le era familiar. Parecía la voz de su madre.

—No es una buena idea— dijo Marla. Y ella suspiró. Necesitaba que alguien se lo dijera. Que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Estoy de acuerdo con la doctora. Yo tampoco creo que haya un demonio. Pero tu padre estaba convencido y...

—Entonces sí que crees. Le crees. Admítelo de una jodida vez Avery— dijo Willa. Si le creía a él también la creería a ella.

—Me cuesta mucho.

Tenían miedo, podía verlo. Personas racionales que temían abrir una puerta que llevaba a un sucio y vacío sótano. No pudo más que reír, lo que le intensificó el dolor de cabeza. Una náusea le recorrió la garganta. Se apartó y buscó el cubo de basura, lo encontró debajo del fregadero y vomitó. Después se quedó sentada en el suelo, empezaba a notar un calor insoportable. Temblaba. Aunque supuso que se trataba de la menopausia, ya que cada vez sentía sofocos más intensos. Y el síndrome de abstinencia, claro. Eso era lo que le hacía temblar y ver bichos donde no había nada.

Quizá ella también se estaba volviendo loca, puede que fuera algo hereditario. No había fantasmas, no había demonios. Tenía que estar todo en su cabeza.

Metió la cara entre las rodillas. Sintiendo un dolor más intenso en la cabeza. Creía que le explotaría de un momento a otro.

—Willa...— escuchó a Avery.

—Solo necesito un momento. Mi cabeza...

Vomitó de nuevo en el cubo y entonces se sintió mucho mejor. No podía dejar de pensar en la hamburguesa que se había pedido para comer. Sentía mucho asco.

Marla la ayudó a levantarse.

—¿Quieres continuar?

—Estoy mejor. Gracias. Me ha sentado mal la comida.

‘Y estar en esta maldita casa’ se dijo.

Vio que encima de la mesa había un hacha ¿de dónde había salido? La sostuvo, y notar su peso la hizo sentir mucho mejor. Se acercó a la puerta y comenzó a golpearla con el hacha, como si así pudiera matar al demonio. Vio como saltaba la madera y sintió placer al ver la destrucción que estaba provocando, no descansó hasta que hizo un boquete en la puerta. Miró dentro, todo estaba oscuro y olía a humedad.

Alzó la cabeza y estaba sentada en el suelo, no había ningún hacha encima de la mesa. Se levantó, confundida, y miró hacia la puerta. Estaba intacta.

Salieron de la cocina por la lavandería nueva, le pareció extraño ver una lavadora y una secadora, creando una normalidad que le resultaba falsa. Como si todo aquello fuera el decorado de una teleserie familiar, una en la que el matrimonio no paraba de discutir e insultarse de forma cómica, provocando las risas del público.

No se podía imaginar una familia viviendo allí, niños correteando y gritando, padres haciendo la comida y la colada, celebrando cumpleaños y navidades. Viviendo una vida normal como la que ella había vivido hasta que cumplió los diez años.

Se vio a si misma haciendo los deberes en la mesa de la cocina mientras su madre preparaba la cena o bailando y comiéndose las magdalenas que acababa de cocinar. Su padre no estaba muy a menudo en esos recuerdos.

Podía oler el pollo asado y las judías. La radio estaría puesta, con algún éxito como ‘Bad Moon Rising’ de Creedence Clearwater Revival. Su madre bailarían y se pondría a cantar mal a propósito, y ella se reiría.

Un recuerdo apareció en su mente como salido de la nada. Willa, que debía de tener nueve años, acababa de llegar del colegio y al entrar en casa le pareció escuchar unos gritos. Asustada, se dirigió a la cocina y se quedó en la puerta. Su madre estaba sola, lanzaba comida y platos

contra la pared, gritando y luego riendo. Ella nunca la había visto así. La casa estaba hecha un desastre, todo tirado por el suelo, comida por todas partes, suciedad.

Pero lo que más miedo le dio fue cuando su madre la miró. Aquella mirada la aterrorizó, y después su sonrisa. No sabía decir que era lo que la asustó, sentía que no era su madre, que la miraba otra cosa.

No había pensando nunca en aquel recuerdo. Supuso que lo habría olvidado, como muchos otros momentos de su infancia.

Salieron a una salita vacía. Aquello había sido la zona de su madre, donde se sentaba a leer y corregir los libros de su marido, a escuchar la radio o a hablar por teléfono con alguna amiga. Allí se tomaba un té después de limpiar la casa y hacer la comida.

Prosiguieron hasta llegar a las escaleras. Entonces las luces parpadearon dos veces y se apagaron.

—¿¡Qué coño?!— exclamó Willa. Temía caerse por las escaleras. Ahora la oscuridad les rodeaba.

Las escalones crujían, pero había otro sonido. Algo se movía en el segundo piso.

—¡Esperad! ¡no os mováis! tengo una linterna— dijo Avery.

La sacó e iluminó las escaleras. Le vinieron a la cabeza los símbolos de arriba, los vio iluminados, como si le estuvieran enviando un mensaje.

—Será mejor que salgamos de aquí. Iré a mirar el generador— dijo Willa.

Los otros no objetaron, por lo que bajaron despacio y en silencio. Al abrir la puerta escuchó otro ruido, esta vez provenía del sótano. Era un crujido, como de alguien subiendo las escaleras. Luego intentando abrir la puerta. Resoplidos, arañazos, su nombre susurrado en una voz ronca y profunda ‘Willa...’.

A Willa se le aceleró el corazón. Y le empezó a palpar de nuevo la cabeza. El generador estaba en la lavandería, seguía encendido, emitiendo un un sonido como miles de abejas enfurecidas. Le pareció que había alguien detrás de ella pero no se atrevió a mirar, escuchó una respiración en su nuca y se le erizó el vello de todo el cuerpo. Casi se hace pis encima. Otro ruido en el sótano hizo que corriera hasta la salida.

Marla y Avery ya estaban esperando fuera, ella salió y cerró la puerta con la llave. La calle al completo estaba a oscuras. Los policías habían salido del coche y portaban linternas. En algunas casas se veían luces de linternas o de velas.

A Willa le pareció extraño que su casa también estuviera a oscuras, puesto que no estaban conectados a la red eléctrica.

—Había alguien en el sótano —dijo en un susurro— ¿No lo habéis oído?

—No— respondieron ambos a la vez.

—Alguien intentaba...quería salir. Lo he escuchado. Me ha llamado.

Los miró desesperada. No sabía si debía entrar de nuevo a comprobar o hablar con los policías.

—No hay nadie Willa. La policía ya miró allí abajo.

—Ha dicho mi nombre.

Unos jóvenes pararon el coche enfrente de la casa con ‘Satan’s Child’ de Danzig a todo volumen. Se pusieron a gritar que allí vivía Satán con su hijo mientras tiraban huevos. Los tres entraron de nuevo en la casa, esquivando los huevos, entretanto los policías se acercaban al coche. Los chicos aceleraron y desaparecieron con el coche patrulla siguiéndoles.

—Malditos críos —dijo Willa. No recordaba que ella también había sido así. O incluso peor.

Fueron a la redacción. A esas horas estaba vacía. Al alejarse de la casa a Willa se le había quitado el dolor de cabeza. Aunque ahora le rugía el estómago.

Antes de llegar al periódico, paró en la cafetería y pidió un poco de todo. Ya no recordaba el asco que había sentido hacía tan solo un par de horas.

Incluso llegó antes que su compañero, por lo que se sentó en su silla y se puso a comer una hamburguesa con queso y jalapeños.

—¿Dónde estabas? —preguntó cuando vio aparecer a Avery—. Te he pedido una con patatas por si tienes hambre.

Señaló una bolsa de papel que había dejado sobre su escritorio. Avery le dio las gracias.

—Estaba con la doctora Davis, nos hemos quedado hablando un rato.

Willa dejó de comer.

—¿Y de que habéis hablado?¿de lo loca que estoy?

—No te pongas a la defensiva...

Willa le atravesó con la mirada y continuó comiendo. Aquella casa le había dejado con un hambre voraz. A pesar de que todavía sentía como si su cuerpo estuviera incubando un virus letal.

—Hemos pensado que al final sí que es buena idea entrar en el sótano. Aunque de día. Y con mas gente.

—¿Y eso por qué?

—De día es menos...tenebroso. Y con mas gente, bueno...

—Me refiero a bajar ahí.

—Para que veas que en realidad no hay nada. Que no hay nadie ahí encerrado. Ningún fantasma, ni...demonio.

—Así que creéis que me he imaginado lo que he escuchado. Que en realidad estoy loca. Habéis pasado miedo y no podéis admitirlo ¡que os jodan!

Se sintió algo mejor después de soltarlo.

Avery suspiró y negó con la cabeza. Se puso a desenvolver la hamburguesa.

—Tu mismo has visto las fotos. La sombra...Los dibujos...

Le entró un escalofrío al recordar aquellos siniestros dibujos hechos por una niña pequeña. Los había encontrado en una de las cajas de cartón y se los había enseñado a su compañero, ahora se arrepentía. En él se veía siempre a una sombra con cuernos y ojos rojos malignos, daba igual que el dibujo fuera de una princesa en una torre, o de una sirena en el fondo del mar. Siempre estaba ahí.

—Lo de las fotos puede tener una explicación racional. La película estaba mal o el objetivo, vete a saber...Los dibujos son de una niña traumatizada y con mucha imaginación. Además no creo que estés loca. Ni la doctora Davis tampoco. Ella solo ha sentido tristeza al entrar. Pero suele ocurrir en los sitios donde han ocurrido desgracias, la gente siente el dolor, la pena. Y según la doctora todos somos psíquicos, todos podemos sentir algo en esos lugares. Aunque yo no lo he hecho, me pregunto si...

—Así que habéis estado hablando de mí a mis espaldas— interrumpió ella.

—Creemos que necesitas terapia.

—Por qué estoy loca.

—No tiene nada que ver con la locura, la salud mental es importante para ti y para todos ¿no crees que en este insano mundo todos necesitamos ayuda? no hay de que avergonzarse. Yo mismo voy a terapia. Llevo años yendo. Y me ha ayudado mucho.

—Yo también he ido y no me avergüenza admitirlo. Lo que pasa es que a mi no me ha servido para nada.

—Eso es que no has encontrado a la persona adecuada.

—Quiero dejar de hablar del tema.

Avery frunció el ceño.

La redacción estaba tranquila, sin el ajetreo de los últimos días. Las luces blanquecinas le daban un aspecto tétrico, como de morgue.

—Por cierto ¿qué te parece volver el sábado? Sacaremos más fotos y le enseñarás el resto de la casa a la doctora. Debería ver las pintadas.

—Está bien. Mejor de día. Los fantasmas duermen de día, eso dicen ¿no?

‘¿Y los demonios?’ Pensó, ‘¿Duermen alguna vez?’.

Había sido absurdo ir de noche. A las casas encantadas no se entra de noche, todo el mundo lo sabe excepto en las películas, donde los personajes son estúpidos y nunca hacen caso. Se merecen todo lo que les pase.

Pensó que puede que el mismo demonio, si es que había uno, les habría persuadido de algún modo para que sus padres se quedaran, no se dieron ni cuenta. Negó con la cabeza como queriéndose quitar ese absurdo pensamiento. No había demonio, no había nada, aunque no podía dejar de pensar en lo que había visto y en lo que había sentido.

Ambos se pusieron a escribir en silencio. Avery sobre lo que había ocurrido hoy y ella sobre el recuerdo que le había venido a la cabeza. Supuso que podría evocar más escenas como esa si volvía más a menudo, que al final desbloquearía todo lo que tenía dentro, todo lo que había pasado antes de la fatídica noche, todo lo que su mente había olvidado para no volverse loca... nunca había creído que eso funcionara para ella, de hecho, la primera vez que había entrado no había ocurrido nada. Y ahora, es como si empezara a abrir un grifo y los recuerdos fueran cayendo como gotas, uno a uno. Abrirlo de golpe sería peligroso para su salud mental. Pero tenía que intentarlo.

Le había enseñado a Neil lo poco que había escrito sobre esa noche, lo poco que recordaba y sobre la casa, los recuerdos que le traía.

—No te voy a mentir. No me acuerdo de todo.

—Esto está muy bien, pero necesito más. Y pronto.

—Lo sé, es que necesito volver y recordar, y puede ser...puede que...

Él le tocó el hombro y ella se apartó instintivamente.

—Perdona— dijo él, apartándose un paso.

—Si, es que...

—Tú ve a terapia y a Alcohólicos Anónimos. Sé que será difícil para ti, pero puedes escribir sobre ello también. Como lo ocurrido te ha afectado en tu vida.

—Eso es muy personal. No sé si seré capaz. No me siento orgullosa de quien soy ni he hecho nada destacable en mi vida.

—Has sobrevivido. Tienes un trabajo. Tienes un piso. Eres afortunada. Tu historia le servirá a mucha gente. Se verán reflejados en ti. Y tendrán esperanza porque tú se la darás. Verán que hay una salida, aunque no sea la fácil.

Willa no estaba segura. Había hecho tantas cosas de las que no se sentía orgullosa. No era buena persona. Se había creído con derecho a ser mezquina con todo el mundo y por eso Marion la dejó y no había logrado tener una pareja estable nunca.

Había ocurrido hacía cuarenta años y todavía no lo había superado. No era capaz de superar nada, de terminar nada. Se había quedado estancada.

Estaba volviendo a caer de nuevo en ese oscuro pozo de desesperación y vacío. Por un momento creyó que su vida empezaba de nuevo, que tenía otra oportunidad. Pero seguía siendo ella misma, la que fastidiaba todas sus relaciones, la que apartaba a la gente de su lado, la que huía cuando se sentía acorralada o asustada.

Y ese ciclo tenía que terminar ahí.

En la redacción todos le daban al teclado. Willa sabía que estaban escribiendo más artículos sobre su padre, por ejemplo, uno con la opinión de sus vecinos, de sus antiguos compañeros de trabajo, de gente que le conocía de vista.

Para la página web estaban haciendo un especial de la casa, antes y ahora, con fotografías y videos. Willa además se encargaría de supervisar y dar el visto bueno a todos los artículos antes de su publicación. Sabía que dirían cosas que le dolerían, pero tenía que ser objetiva. Y también sabía que en realidad era Neil quien tenía la última palabra. Para eso era el jefe. Solo lo hacía para que ella no volviera a huir.

La policía seguía buscando a su padre. El hombre seguía desaparecido y no había ninguna pista de su paradero. Y ahora también la vigilaban de cerca, veía al agente tras su coche cuando salía del periódico, cuando iba a hacer la compra, a las reuniones de AA o se iba a dar un paseo por el parque para aclarar las ideas. Le sentía cuando caminaba detrás de ella por la calle, como un murmullo constante en el oído. Iba vestido de calle y parecía un ciudadano normal, nadie de quien sospechar.

No tenía nada que ocultar, así que les saludaba cada vez que le veía. A pesar de que iba de paisano, se le notaba de lejos. No era muy disimulado.

Ahora su vida tenía un propósito y lo mejor de todo, una normalidad, una rutina. Algo que no había tenido antes. Algo a lo que no estaba acostumbrada.

Pasó por varios escaparates de tiendas de disfraces, regalos y demás. Estaban todos decorados para Halloween, con esqueletos, calabazas, fantasmas... En uno de ellos había un disfraz de 'El demonio de Greyfield'. Era un traje de preso de psiquiátrico, un conjunto en color gris, una barba blanca, una peluca de pelo largo y una biblia satánica. Le dieron ganas de entrar en la tienda y destrozarla, pero tan solo se quedó allí, mirando el disfraz que estaba al lado de uno de Michael Myers. Eran los mas vendidos ¿la gente se iba a disfrazar de su padre en Halloween? Le pareció ridículo, aunque supuso que era algo propio de un lugar como Greyfield.

Su vida estaba empezando a ser algo más 'normal', a pesar de todo. Nada mas levantarse hacía unos estiramientos y después se duchaba, desayunaba un café y se iba al trabajo. Seguía pensando en beber, todos los días tenía que hacer el esfuerzo por no tomarse una copa, por lo que pedía comida basura para olvidarse del alcohol. No era lo mismo, ni le hacía sentir igual pero al menos acababa tan llena que no le apetecía tomar nada más.

No le gustaba ir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, ya que todo el mundo sabía quien era y lo que le había ocurrido. No era muy anónima. Así que se sentaba a escuchar y a procurar no juzgar a los demás. Que no les hubiera pasado lo mismo que a ella no le daba derecho a sentirse superior, aunque a veces no podía evitarlo. Todos habían hecho cosas de las que se arrepentían, cosas horribles. No era la única. Y todos querían tener una vida nueva, otra oportunidad, como ella.

Allí, al menos, no se sentía juzgada, aunque si observada. Veía como la miraban, y como otros se apartaban, como si tuviera algún tipo de enfermedad infecciosa. Y quería decirles, que si, que la tenía.

En uno de los descansos se estaba sirviendo uno de esos horribles cafés cuando un hombre se le acercó por detrás.

—No me llamaste.

Willa se dio la vuelta y casi derrama el café por el suelo.

—Vaya, hola.

—Willa.

—La misma.

Ella le miró como si le viera por primera vez. Aunque por supuesto que se acordaba de él, había guardado su imagen en lo más profundo de su mente.

—Lo siento, pero es que he estado muy ocupada.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes. Solo quería saludarte.

—¿Tú también...?

Él asintió. No le había visto en ninguna reunión, pero eso no significaba nada, puesto que cada semana había gente diferente además de los cinco o seis habituales.

—Supongo que fue lo único que heredé de mi madre. Me abandonó cuando era un crío. Ahora lo entiendo, era alcohólica y no podía hacerse cargo de mí.

—Cuanto lo siento. Debí de ser muy duro.

Willa lo sentía de verdad, Miguel, ahora recordaba su nombre, también había sufrido en su vida, por eso estaba ahí.

—Hay algo que me gustaría decirte.

Willa esperó.

—Soy Miguel Vázquez, el hijo de Anthony Vázquez. El padre Vázquez. Esperaba que recordaras mi nombre al menos.

—Lo siento.

No sabía que tenía que ver con ella.

—Mi padre es amigo de tu padre.

Eso ya lo sabía. Aún así, seguía sin tener nada que ver con ella.

—A mi padre le han llamado del periódico, del *Greyfield*, para hacerle una entrevista. Ha intentado contactar contigo para preguntarte...

—¿Preguntarme qué?

—Si estás de acuerdo.

—¿Por qué no iba a estarlo? Trabajo en ese periódico.

—Bueno, él...ya sabes. Sigue defendiendo la inocencia de tu padre. Lo de la posesión demoníaca y eso.

—No hay problema. No me importa. Puedes decirle que haga lo que quiera.

Y era cierto. Ya no le importaba. En otro momento de su vida, se habría cabreado e incluso habría intentado pegar al mensajero. Ahora solo pensaba en que llegara el aniversario, sacar el especial y dejarlo todo atrás, incluido el odio y el rencor.

—Te admiro. No debe ser fácil, todo el mundo aquí sabe quien eres. Yo no soy nadie, pero aquí la gente conoce a mi padre. Ya le han dicho varias personas que me han visto aquí, como si él no lo supiera. Como si fuera un secreto.

—No te avergüences. No sirve de nada. Me ha costado mucho aprenderlo y sigo en ello. Venir aquí, es un gran paso. Eres muy valiente.

—Me preguntaba si podríamos...

—Cuanto todo esto acabe. Sí. Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa.

—Lo entiendo.

—Y yo entiendo que te aburras de esperar y te busques a otra con la que pasar el rato.

Miguel sonrió, y se le formaron unos hoyuelos a los lados de la boca. Willa no se había fijado antes en eso. La primera vez que se habían visto, en el bar, las luces eran muy tenues y estaba muy borracha y al día siguiente, con la vergüenza y la resaca no se había fijado bien en su cara.

—No creo que eso ocurra. Tú me entiendes, así que no quiero pasar el rato con otra. Simplemente podemos quedar, sin ningún tipo de atadura, sin expectativas.

—Eso me gusta.

Willa le devolvió la sonrisa, él era encantador y le gustaba, se había sentido halagada por su interés, pero antes de empezar nada ya sabía como acabaría. Y no quería romper su pobre corazón. Así que en ese mismo momento decidió no volver a las reuniones y tiraría el papel con su teléfono.

En aquel pequeño apartamento se sintió más sola que nunca. Todavía no había tirado el papel con el teléfono de Miguel. Lo sacó de la cartera, estaba arrugado y cubierto de grasa de hamburguesa, se quedó mirando el número un rato largo, incluso llegó a marcarlo en su viejo móvil. No quería estar sola cuando leyera los archivos, y sobre todo, mirara las fotos. Él sabía su historia, lo que había pasado, quizá incluso conocía a su padre y le había visto últimamente. Seguro que sabía donde estaba. Podría preguntárselo. Podría verle de una vez. No, no estaba preparada. Todavía no.

Marcó el número, pero no fue capaz de darle a llamar. Era un poco tarde, más de las doce de la noche, se dijo que estaría durmiendo y que no merecía la pena la llamada. Ya lo haría en otro momento.

Entonces recibió una llamada de Avery.

—Estás despierta.

—¿Por qué me has llamado si creías que dormía?

—Te iba a dejar un mensaje.

—Puedes decírmelo ahora.

—Era un mensaje de buenos días.

Willa no pudo evitar reír. Se iban a ver en persona por la mañana.

—¿Por qué no te vienes?

—Mmmm...

—Te prometo que está muy limpio. Incluso tengo un baño que todavía no he usado.

—Está bien. Aunque me llevaré mis propios productos de limpieza.

Cuando Avery entró un rato más tarde se quitó la mascarilla.

—Vaya...

—¿Qué ocurre?

Avery sonrió. Le parecía muy raro tenerle ahí. Realmente la doctora Davis era buena.

—No huele a tabaco ni a comida basura. Y está limpio —dijo pasando el dedo por la cómoda del salón como si fuera Mary Poppins.

Willa rió. Ella también había cambiado. Ahora le importaba estar en un ambiente limpio y ordenado. A su madre le gustaba que todo estuviera en su sitio, que Willa viviera en un hogar limpio y quería que se sintiera orgullosa de ella. Se lo contó a Avery.

—Te parecerá una tontería.

—No, para nada.

Avery se sentó en el sofá y contempló las hojas y fotos que estaban esparcidas sobre la mesa. Eran los artículos que iban a ser publicados en el especial. Con las fotos que habían sacado del almacén.

—¿Lo has leído todos ya? ¡vaya!

Ella se sentó a su lado. Y él no se apartó.

—No he podido. Necesito una copa. No sabes cuánto. No puedo pensar en otra cosa.

—Estoy orgulloso de ti. Solo con esto estás demostrando mucha fuerza de voluntad.

—Te lo agradezco, pero yo no me siento orgullosa de mi misma. No puedo concentrarme en esto, no soy capaz de hacer mi puto trabajo. Ni siquiera he terminado mi artículo.

—Yo te ayudaré.

—No te he preguntado ¿quieres tomar algo?

Se levantó, quería un cigarro, quería una copa, quería llamar a Miguel, quería dejar de ser ella misma. Abrió la nevera, solo había una botella de leche, un bote de mayonesa y uno de pepinillos. En los armarios, pan de molde, cereales y sopa instantánea. Tenía que ir a hacer la compra. Ya era hora de empezar a hacer cosas normales de persona normal.

—No gracias, me he traído una botella de agua y un bocadillo.

—Piensas en todo ¿no?

Se sentaron a leer los artículos. Willa nunca lo había hecho, ella siempre había sido una igual para sus compañeros. Se preguntó como se sentirían ellos, de los que solo conocía el nombre. Todos habían procurado ser muy respetuosos con la memoria de su madre y con lo que ocurrió.

Mientras tanto Avery daba su opinión objetiva sobre el asunto. Había estado enfadada con él, se había puesto de lado de su padre y eso le dolía. Pero se había dado cuenta de que ella no tenía derecho a obligar a nadie a sentir lo que ella sentía. Ni siquiera ella quería sentirlo.

Creyó que leyendo aquello empezaría a recordar. Que viendo las entrevistas a los vecinos del barrio le vendría a la mente algún que otro recuerdo de esos días previos, como el que había tenido en la casa.

Algunos hablaban de su padre como si le hubieran conocido en persona, y ella sabía que no era cierto. Por un minuto de fama, la gente era capaz de decir las mentiras más absurdas.

Si algo sabía ella de su padre era que era gruñón, malhumorado y misántropo. Le gustaba estar solo, odiaba tener que ir a fiestas y menos a barbacoas, cumpleaños y reuniones para ver el béisbol con sus vecinos. Su única excepción la hacía para publicitar sus novelas. Ahí se convertía en otro, en alguien divertido e incluso amable, si le convenía.

No le gustaba la gente. Algo que Willa había heredado de él. Y si se molestaba en salir de su escondite lo hacía tan solo para complacer a su madre, a la que sí le gustaban esas celebraciones.

—¿Sabes? Es raro, yo no conozco a estas personas, tan solo sé sus nombres y donde trabajan y ellos saben todo esto de mí. En todos los trabajos en los que he estado han acabado averiguándolo, y eso me hacía sentir...vulnerable, como si hubieran descubierto un horrible secreto que llevaba años intentado ocultar.

—Solo hacen su trabajo. Ya sabes como es. Estamos en los momentos más trágicos de las vidas de las personas, allí donde hay accidentes, crímenes, catástrofes, guerras...tenemos que estar para contarlos. Para decir la verdad, aunque sea muy dura.

—Lo sé. Pero es diferente cuando tú eres la noticia. Cuando la gente con la estás trabajando sabe todo eso de ti y tú no sabes nada de ellos.

—Eso es por que tú no has querido saber nada. No te has preocupado por preguntarles, no te has interesado por sus vidas. Y ellos...bueno, tenían miedo de herir tus sentimientos. Y, además, para que negarlo, impones mucho.

Tenía razón, solo se había interesado por Avery por qué él iba a escribir su historia. Y por qué se sentía sola, para qué engañarse. Él había demostrado ser un ser solitario y extraño como ella, con sus propios traumas y problemas que le impedían tener una vida normal.

Se había creado una coraza impenetrable. Hasta ahora. Su mirada, podía traspasar paredes. Y no dudaba en utilizarla a menudo.

—No le caigo bien a la gente—. Se defendió.

—A mi caes bien. No al principio, pero ahora sí...a veces.

—Tu tampoco me caíste bien la primera vez. Creí que eras el típico periodista entrometido. Y ahora me resultas más tolerable.

—Todos los periodistas somos entrometidos. Tenemos que serlo. Si nosotros no hacemos las preguntas incómodas, si no averiguamos la verdad, nadie lo hará.

Estaba claro que le encantaba su trabajo, tenía verdadera vocación. En cambio, ella lo había hecho para sobrevivir. Su trabajo había consistido en estar en ferias, fiestas, desfiles, mercados... y narrar lo que veía, hacer algunas preguntas como ‘¿Cuál cree que es mejor la tarta de queso?’ O ‘¿Qué vaca cree que ganará la competición?’ Y cosas por el estilo.

Willa continuó leyendo. Le estaba resultando más duro de lo que creía.

—Sé que esto debe de ser muy difícil para ti. Estás demostrando ser muy valiente al enfrentarte de nuevo a tu pasado.

—Eso es lo que diría la doctora Davis ¿cierto?

Avery asintió.

—Igual me ha poseído—. Rió hasta que vio la cara de Willa.

—Algún día me reiré con esas bromas—. En otro momento se habría enfadado, aunque no podía hacerlo con él ahora. Estaba allí, a esas horas de la noche. Rompiendo su rutina para no dejarla sola.

—Espero estar allí para verlo.

Cuando terminaron, ella estaba mental y emocionalmente exhausta, aunque no había cambiado nada de ningún artículo, no se sentía capaz, no era su trabajo y no quería entrometerse en el de sus compañeros, no era justo para ellos. Además estaba sedienta. No era una sed normal. Se imaginó con una copa en la mano, en un cualquier bar de mala muerte. Había acabado en sitios así muchas noches. Y no era lo que realmente deseaba en ese momento.

Avery se levantó y recogió sus cosas.

—Quédate—. Le dijo ella, levantándose del suelo.

—Willa, ya sabes que yo no...

—¿Tú no qué?

Avery se sonrojó. Y ella le tocó la mano. Creía que él la apartaría y se la lavaría enseguida, pero no lo hizo.

—No quiero estar sola. Si te vas, me iré a un bar.

Miró el reloj, eran las tres de la mañana. Estaba muy cansada, aunque la sed era mayor.

—No puedes hacerme esto. No me dejes sola. No ahora.

Se acercó más a él, esperando que se alejara, que saliera corriendo y no volviera jamás. Sin embargo, se quedó allí, quieto. Mirándola. Tenía los ojos castaños, oscuros, profundos. Pudo ver la tristeza en ellos. Olía a una mezcla de desinfectante y alguna colonia de supermercado. Le gustó.

—Dormiré en el sofá.

—Claro.

—Pero debes prometerme que no volverás a beber. No mientras esté yo aquí.

—Lo prometo.

Había hecho esa promesa muchas veces antes, y siempre la había roto. Estaba segura de que esta vez no sería diferente. Aunque le valía por ahora.

Avery dio un paso atrás y se cayó sobre el sofá. Ambos rieron y la tensión se rompió.

Después de pasarse la mañana en la redacción, tuvieron que volver a la casa. Esta vez se llevarían a un cámara, querían hacer uno de esos videos en los que puedes recorrer la casa como si estuvieras en ella. Muchas agencias lo hacían a la hora de vender casas.

Willa llevaba unos alicates grandes para abrir el candado de la puerta del sótano, aunque pensó en el hacha, en que no estaría mal echar así la puerta abajo. Estuvo todo el viaje pensando en beberse una copa. No quería volver a enfrentarse a ese lugar, parecía que no había hecho otra cosa desde que había vuelto.

Lo que si se tomó fueron un par de ibuprofenos antes de llegar, sabía lo que le esperaba. Y no se equivocó. Empezó, como siempre, tras el ojo izquierdo. Aunque esta vez no fue tan intenso.

Habían retirado los paneles de madera para tener luz natural. Y seguramente también la habían limpiado otra vez. O eso esperaba.

—Estoy harta de esto—. Le dijo a Avery.

—Pues todavía te queda.

—¿A qué te refieres?

Se paró delante de la puerta. Su compañero iba detrás con Lewis, el chico para todo de la redacción.

—La entrevista, para la web. La haremos aquí. En directo.

—¿Qué? Neil no me ha dicho nada de eso.

—Lo hemos decidido en el último momento.

—¿Sin mí?

Willa no se lo podía creer.

—Al menos vas a poder supervisar las preguntas. Algo que en mi vida dejaría hacer a una entrevistada. Fuera quien fuera.

—Y te lo agradezco. Pero no si estoy preparada para hacerlo en directo.

—Pues se lo comentas a Neil. Él es quien ha tenido la idea. Y es el jefe.

Otra vez allí. Como si no hubiera tenido ya bastante. Deseaba venderla de una vez. O no, mejor destrozarla. Envolverla en llamas. Acabar con ella para siempre. Quizá así se cerrarían sus heridas de una vez por todas. O al menos, puede que ya no doliera tanto.

El cámara entró primero. Tenía que grabar cada rincón y recoveco.

—Así, a la luz del día no da tanto miedo.

Pensó en lo que había escuchado. Algo arrastrándose en el sótano. Miró hacia afuera por la ventana. La policía seguía allí apostada. Eso la alivió.

—Y la han limpiado bien— Avery se quitó la mascarilla, aunque continuó con los guantes.

En esa casa siempre se acumulaba mucho polvo, recordaba a su madre hablando sobre eso con unos invitados. Le encantaba tener gente en la casa. Horneaba galletas, preparaba té y ponía velas y flores frescas por todas partes.

Tocó una de las paredes pintadas de blanco y volvió a verla tal y como había sido. Tan luminosa, acogedora y cálida. Un verdadero hogar. No era un lugar que diera miedo.

Las casas eran como las personas, no podías juzgarlas por su apariencia externa, si no por como te hacían sentir.

Entraron en la cocina. Todo estaba como la última vez que habían estado ahí.

El dolor de cabeza se intensificó. A pesar de todo, cogió los alicates y se colocó al lado de la puerta del sótano.

Antes de nada, quería asegurarse, así que llamó y colocó la oreja sobre la superficie. Esperaba escuchar lo mismo, ese arrastre, las uñas sobre el suelo de madera, los resoplidos, los murmullos, alguien susurrando su nombre. Volver a ver esa sombra que había estado siempre con ella.

—¿Oyes algo?

Ella negó con la cabeza. Aún así, su corazón se aceleró y las manos le comenzaron a sudar, parecía que se le estaban durmiendo. Se las pasó por el jersey. Tragó saliva.

Lewis apareció con la cámara.

—Debería grabarlo—. Les dijo. Y ellos asintieron.

Si había algo ahí abajo, quedaría grabado.

Willa volvió a tocar la puerta con la mano, esperando ver de nuevo. Llamas, un ser con cuernos enormes caminando entre ellas. Pero no había nada. Su mente estaba en blanco.

No fue difícil romper el candado. Cayó al suelo con un ruido sordo.

La puerta chirrió al abrirla, como la de un viejo y decrepito castillo. Willa se apartó un momento, esperando que saliera una riada de ratas, murciélagos y otras alimañas. Lo único que salió de allí fue olor a polvo y humedad, y en lugar de silencio, se escuchaba una especie de latido.

—Mi madre lo estaba reformando cuando... — logró decir después de toser por el polvo. Vio que Avery se había vuelto a poner la mascarilla.

Lewis grabó el interior oscuro aunque no se atrevió a bajar.

—Las damas primero— dijo con voz temblorosa.

Willa le dio al interruptor y vieron como la luz se encendía un segundo , después escucharon un chasquido seguido de tinieblas.

Ella se palpó los bolsillos de la chaqueta en busca de la linterna, pero se dio cuenta de que no la llevaba encima. Avery le pasó la suya.

—Tu no bajas ¿no?

—Demasiado polvo. Ya me está costando estar aquí.

Parecía más nervioso de lo habitual, estaba haciendo un esfuerzo enorme por no salir corriendo.

Willa encendió la linterna y se preparó mentalmente para bajar al sótano. No quería esperar a la doctora ni ha nadie más.

—¿Estás segura de que quieres bajar? —le preguntó Avery.

—No del todo, pero ya que estamos...

Colocó un pie sobre el escalón, esperando que alguien le cogiera del tobillo y la arrastrara escaleras abajo. Respiraba con dificultad.

—Solo es un sótano, ahí abajo no hay nada— .Se dijo mientras bajaba las escaleras lentamente.

Si hubiera estado en una película, habría estado sola, en medio de la noche. Sin embargo, ahí estaba, a pleno día, con dos personas y la policía fuera. Nada malo podía pasar. Se escuchaba el sonido de los coches por un lado y los pájaros por el otro.

Fue bajando lentamente, palpando con el pie cada escalón, cerciorándose de que no fuera a ceder bajo su peso.

Se dio cuenta de que de niña nunca había bajado. Solía gritar a su madre desde arriba cuando ella estaba en proceso de arreglarlo. Era un lugar que le daba mucho miedo, y además su madre le había prohibido bajar. Y si algo era Willa de pequeña, era obediente.

La pared del fondo estaba cubierta con una sábana gastada y sucia, había viejos botes de pintura y herramientas dispersas por el suelo. Todo cubierto de una gruesa capa de polvo que parecía ceniza, gris y grasienta.

El suelo. Lo iluminó con la linterna. Sus ojos se abrieron y contempló con horror lo que había ahí escrito en rojo.

Un pentagrama invertido dentro de un círculo, y muchos símbolos a su alrededor. También había una mano, como si alguien hubiera colocado la palma llena de pintura en el suelo. Era la de su madre. Ella había hecho todo eso. Colocó su palma sobre la pintada. La suya era más grande. No sabía como, pero estaba segura.

—Tía, hay un agujero en la pared.

Se había olvidado por completo de que no estaba sola.

Willa se dirigió hacia la pared, apartó la sábana y lo vio. Un agujero negro en medio de la pared les contemplaba. Algo parecía salir de él, como tentáculos. Era moho de color negro, parecía cubrirlo todo.

Dirigió la luz de la linterna hacia el agujero y ambos dieron un respingo al ver algo moverse dentro. Una enorme rata de ojos rojos les miró, gritó y se puso en posición de ataque.

—¡Joder! ¡puta rata!— gritó Lewis, que no dejaba de grabar.

Ambos se apartaron y la rata salió corriendo para introducirse por un hueco de debajo de las escaleras.

—¿Estáis bien?— preguntó Avery desde arriba.

—¡Una maldita rata tío! ¡nos ha dado un susto de muerte! ¡cuidado que sube!

—¡Que no os muerda! ¿Willa?

Willa alumbró bajo las escaleras, estaba lleno de cajas de cartón podridas, algunas cubiertas de moho. La escalera de la otra salida estaba completamente destrozada. Como si alguien hubiera usado un hacha para convertir la madera en astillas.

—¿Willa?!— repitió irritado.

—Estamos bien— respondió finalmente. Apenas notaba dolor en la sien.

Escuchó un susurro. Uno leve.

—¿Crees que habrá más?— preguntó Lewis, aterrorizado.

—Shhh ¿no lo oyes?

Venía de todas partes. Alumbró cada esquina, cada recoveco, imaginando que el demonio que la atormentaba era real y no estaba solo en su cabeza.

—No oigo nada.

—Escucha con atención. Y dime si lo oyes.

Ahora solo oía su propia respiración y los latidos acelerados de su corazón. Pero no sentía que estuvieran solos allí abajo. Y no era por la rata.

No se atrevieron a tocar nada más. Había manchas de humedad en las paredes de ladrillos. Y telarañas colgaban del techo. Era como el típico sótano de las películas de terror, un lugar donde te esperas encontrar al asesino psicópata con el hacha, o al fantasma de la amante. O cualquier monstruo surgido de las profundidades del infierno.

La rata volvió a aparecer entre las cajas, sus ojos brillaban en la oscuridad. Lewis gritó y casi se le cae la cámara.

—Deberíamos subir ya— dijo.

—Sube tú, yo quiero comprobar algo.

Lewis subió lo más rápido que pudo. Escuchó como le contaba a Avery lo de los dibujos en el suelo y lo de la rata gigante.

Willa volvió a prestar atención al suelo. Tocó la pintura, aunque se dio cuenta de que no se trataba de eso.

Miró hacia los botes que su madre había usado para pintar las paredes. Eran todos de color blanco. Y estaban cerrados. Seguro que la pintura de dentro estaba seca ¿Por qué no había entrado cuando volvió hacía años para vender los muebles? No recordaba nada de lo que había hecho durante esa época ¿Y la secta? ¿por qué los habían dejado ahí? Era una pregunta que nunca tendría respuesta.

Una de las pequeñas ventanas estaba abierta. Notaba una brisa, que se estaba haciendo mas intensa. Cerró los ojos.

Otro recuerdo le vino a la mente. Willa estaba viendo la televisión en el salón, era un sábado por la mañana y su padre pasaría el fin de semana en alguna convención.

Su madre se había pasado toda la mañana en el sótano, se había puesto la radio y podía escuchar los grandes éxitos del momento desde donde estaba sentada.

Al volver a mirar vio que había vuelto a la cocina y dejaba un reguero de sangre a su paso. La pequeña Willa gritó, aunque su madre la tranquilizó diciéndole que se había hecho un corte en la mano y que se lo iba a curar, y que no le dijera nada a su padre. Que era una tontería.

De vuelta al presente, Willa miró el suelo con horror. No se podía creer lo que había hecho. Aquel lugar era su hogar. Iluminó las escaleras y vio unas antiguas marcas de sangre, ya casi imperceptibles. En las paredes había más marcas de sangre seca.

Lewis le estaba enseñando la grabación a Avery. Podía escucharles discutir sobre los símbolos cuando escuchó que la llamaban.

—¡Willa! ¡deberías subir y ver esto!

—Ahora voy.

Comenzó a subir las escaleras cuando sintió que había alguien a su espalda, se dio la vuelta e iluminó la vacía estancia con la luz.

Se volvió de nuevo y vio a Avery y a Lewis en la cocina, sus rostros mostraban sorpresa.

—¿Qué es lo que ocurre?

Antes de pisar el siguiente escalón la puerta se cerró de golpe y a Willa se le cayó la linterna, que rodó por las escaleras y se quedó iluminando un rincón oscuro.

Ella gritó e intentó abrir la puerta. Escuchó como al otro lado, sus compañeros también intentaban abrir.

Se dio la vuelta y en aquella esquina iluminada vio una sombra, se movía. Y no era la rata. Su corazón se aceleró y volvió a intentar abrir con todas sus fuerzas. La sombra se estaba acercando, podía sentirla. La estaba llamando. Susurraba su nombre en la oscuridad.

Empezó a notar calor y como el sudor le caía a gotas por la frente. Parecía que las puertas del infierno estaban a punto de abrirse y la tragarían.

—¡Por favor! ¡abrid! ¡abrid la puta puerta!

—¡Eso intentamos!— gritó Avery.

El dolor de cabeza, ese que parecía haber remitido, volvió con mucha más fuerza. La sombra estaba subiendo las escaleras. Willa no quería mirar, no creía que fuera real. No estaba pasando. Era una de sus pesadillas. Pero al abrir los ojos de nuevo, no estaba en la cama. Seguía en el sótano. Y algo se movía en las tinieblas, algo que iba a por ella. Sentía unas náuseas muy fuertes, como si también hubiera algo que deseaba salir de su interior. Notó una mano a su espalda, la estaba tocando.

Una náusea se le subió por el esófago cuando notó como la puerta cedía. Salió de allí sin mirar atrás y cerró a su espalda.

La puerta se sacudió como si el viento intentara entrar. Y miró a Avery y a Lewis, que horrorizados, le entregaron un martillo, que colocó como tope. Willa no preguntó de donde lo

habían sacado. Miró hacia la puerta cerrada. Necesitarían comprar otro candado. Más bien, otros diez candados.

—¿Qué ha sido eso?— preguntó Avery, llevaba la camisa blanca totalmente sudada.

—No lo sé. Solo puedo decir que no era humano.

—¿Quieres decir que...?

—Es una locura, lo sé.

La puerta volvió a sacudirse una vez más y después paró. El silencio se hizo palpable al otro lado. Escucharon el viento colarse entre los recovecos de la casa. Se acercaba una tormenta, podían oler la electricidad en el aire.

Esperaron largo rato, Lewis todavía con la cámara en la mano y un tenedor en la otra a modo de arma. Como si fuera a servir de algo.

—Haya lo que haya ahí abajo, ahí debe permanecer. No puede salir nunca— les dijo. Sonaba tan absurdo que estuvo a punto de reír, pero quería que la tomaran en serio. Que la miraran a los ojos y vieran el miedo.

—¿Qué se supone que es? ¿un monstruo? ¿la rata?— dijo Lewis. Debía ser el único del pueblo que no sabía la historia de Richard Nichols.

—No sabemos si realmente hay algo— respondió Avery.

Willa le dirigió una mirada de incredulidad.

—Tu no has estado ahí tío. Me he cagado en los pantalones— le respondió Lewis.

—¿Cómo explicas la sacudida de la puerta? ¿qué se haya cerrado sola de golpe?

—Seguro que hay una explicación racional a todo esto. Puede que haya sido una corriente de aire. La puerta de la cocina está abierta, la he dejado así por que había demasiado polvo, se acerca una tormenta... Avisaremos a la policía y que vengan a mirar.

—Ya miraron y no encontraron nada.

—¿Y qué me dices de lo que he grabado? ¿qué explicación le das a eso?— dijo Lewis.

Ella no había visto la grabación, así que se la enseñaron. Estaba todo grabado en modo noche, se veía en color verde, pudo ver a la rata y después de que Lewis moviera la cámara de un lado a otro rápidamente, lo vio en una esquina. Lewis pausó el video. Se veía una figura, como una sombra. Realmente parecía que había alguien ahí, de pie. Aunque solo duraba un segundo, todos lo verían. Le recordó a los chicos que habían publicado el video en Youtube, quizá ellos habían visto lo mismo.

—Existe de verdad —dijo ella— el demonio es real. Y ha despertado. Mi padre tenía razón.

Se miraron. Ella tenía lágrimas en los ojos. No podía creer que hubiera sido pillado en cámara. Ahora no la tratarían como a una loca. Todo el mundo vería que estaba ahí.

Otra náusea, se dirigió al baño a vomitar. Después se sintió algo mejor, pero cuando se miró en el pequeño espejo, vio su cara totalmente demacrada, con marcadas ojeras y la nariz roja, se desmoronó de nuevo. No le parecía ser ella misma, como había escrito su madre en su diario. Algo era diferente y no sabía el qué.

Se lavó la cara, esperando que el dolor remitiera, que aquella sensación de irrealidad desapareciera, esperando que solo hubiera sido su mente. Pero cuando cerraba los ojos, ahí estaba. Una sombra que se cernía sobre ella.

No solo era lo que había visto, también lo que había sentido. Aquel horror, el intenso calor, la palpitación de la cabeza, la náusea. Eso no se lo había imaginado.

Cuando volvió un rato después los dos policías estaban esperando. Se presentaron y Lewis les enseñó la grabación mientras ella les contaba lo que había ocurrido.

—Iremos a echar un vistazo— dijo uno de los agentes.

Sacaron las armas y las linternas y abrieron la puerta.

—Quédense aquí ¿de acuerdo? No entren.

Los tres asintieron.

Los dos hombres armados bajaron las escaleras y estuvieron un buen rato registrando el lugar. Cuando subieron, les contaron que no habían visto nada, ni siquiera a la rata.

—¿Y no han sentido nada?— preguntó Willa.

—¿A qué se refiere señora?

Ella negó con la cabeza. Solo lo había sentido ella ¿y si en realidad no había nada? La grabación podía ser una sombra creada por la luz de la linterna. Hacía un rato había estado tan segura de que era real y ahora volvían las dudas.

Uno de los policías le entregó la linterna que se le había caído. Les dieron las gracias y los agentes volvieron fuera.

Willa miró una vez más hacia las escaleras, iluminando la estancia. La penumbra parecía extenderse más allá, como si lo estuviera devorando todo.

Su madre quería convertirlo en un lugar habitable, un sitio bonito en donde hacer la colada no fuera un viaje al averno.

Había tardado muchos años en empezar a renovarlo, y hubiera preferido que no lo hubiera hecho nunca. Su tía le había dicho que empezó a hacerlo al darse cuenta al fin que no podría

tener más hijos. Sabía que ella quería una gran familia y eso la destrozó, por lo que usaba su tiempo en crear algo útil en aquel lúgubre sótano.

La vieja lavadora yacía solitaria en una esquina, cubierta de una gruesa capa de polvo y telas de araña.

Una cesta con ropa sucia y mohosa estaba colocada a su lado.

Colada por hacer. Cosas normales. Lo que hace la gente normal en su vida normal.

Esa normalidad era la que hacía que se le humedecieran los ojos.

Esa era una de las muchas cosas que le habían arrebatado. La normalidad. Y era lo que más quería recuperar, aunque fuera aburrido, aunque fuera hacer la colada, ir a un supermercado, al dentista o pasar la tarde viendo programas basura en la televisión.

Después fueron a tomar algo a la cafetería favorita de Avery. Lewis se pidió una hamburguesa y se la comió de dos bocados. Willa le miraba con fascinación.

—Tengo que ir a la redacción, enseñarle esto al jefe y ver que ponemos. Y decirle que la entrevista mejor la dejamos para otro día. Todavía nos queda algo de tiempo. No creo que le moleste, esto es mucho mejor.

—¿Vais a sacar...?

—No lo sé, pero estaría guay que la gente lo viera. Esa casa está maldita. Y lo siento Willa, después de ver ese video nadie va a querer comprarla. Si es que alguien quería antes, claro.

—No te preocupes Lewis. Tengo compradores interesados por ese mismo motivo.

—Deben de ser unos frikis si quieren vivir ahí. Yo no pasaría una noche ni aunque me pagaran.

Willa estaba de acuerdo. Jamás habría pensado que ese lugar estaba encantado. Todavía estaba procesando que lo que dijo su padre podría ser cierto, que no estuviera loco ni fuera un asesino. Su vida entera había girado en torno a esa noche. La que no lograba recordar del todo.

Y ahora todo parecía diferente. Ahora creía que su padre decía la verdad.

El Demonio Que Tu Conoces

Siguió preparándose, leyendo el libro de exorcismos, viendo videos en YouTube, procurando recordar cada palabra como si fuera un actor preparándose su personaje, estudiando el guión. Solo se sabía unas líneas, su memoria ya no era lo que solía ser y no era solo por la edad. No podía concentrarse.

Se sentó, dolorido y cansado, esperando que al menos sirviera de algo, para sacarlo de su propia cabeza, por ejemplo. Ese demonio que la había ocupado los últimos cuarenta años no había pagado el alquiler.

—Es hora de que lo pagues, maldito.

Se sentía valiente si notaba que no estaba cerca. Si llega a ver su sombra en alguna esquina esta vez se hubiera cagado encima. Pero ahora se encontraba totalmente solo en aquella casa del lago y decidió recordar momentos felices como las vacaciones en Los Lagos.

Aquel lugar estaba relativamente cerca, solían alquilar una casa y pasar allí dos semanas, después Felicia y Willa se iban con Vera, y se pasaban quince días en la playa ellas tres. Él estaba seguro de que le ponían verde, y no las culpaba, Richard nunca había sido fácil. Y él lo sabía, y eso le hacía sentir interesante, como si realmente fuera un gran escritor, o mejor, un genio, por ser un auténtico idiota insoportable la mayor parte del tiempo. No importaba lo que escribiera o dejara de escribir, lo importante era la actitud, como te veían los demás. Y a él no le soportaban en la mayoría de los sitios a los que iba.

Se llevaba bien con su hermana, a veces les acompañaba durante las vacaciones y se lo pasaba genial con Felicia. Ambas eran buenas amigas y se apoyaban la una a la otra. A Richard le encantaba su relación, le hacía feliz verlas bien. Les gustaba intercambiarse la ropa y los libros y salir a tomar un helado mientras él se quedaba en casa.

Pasaban el rato bañándose en el agua, paseando, yendo a las barbacoas de los vecinos —algo

que el no soportaba y se lo hacía saber a todo el mundo—, pasando días en la playa y todas esas cosas que solo se hacen en verano.

Ahora echaba de menos aquello, viendo aquel lago y ese bosque que le rodeaba deseó volver a pasar su último verano en Los Lagos, si es que llegaba. Quería disfrutar del momento sin estar pensando continuamente en su siguiente paso. No se había acordado de ello en todos esos años. Siempre había otras cosas en las que pensar. Otros recuerdos.

Allí en el lago, él se dedicaba a leer y a buscar libros antiguos y raros. Esa era una de sus actividades favoritas del verano. Durante los quince días en los que su esposa y su hija estaban fuera viajaba con un compañero de universidad por el país buscando libros para su colección. Algunos de los más extraños los había encontrado en tiendas de poca monta, o en mercadillos de pueblos pequeños. Parecía que los libros se escondían allí para no ser encontrados nunca. Era como si se tropezara por ellos por casualidad, queriendo que él los encontrara.

Había hallado verdaderos tesoros a los que trataba como si fueran una bomba a punto de explotar, con toda la delicadeza que le era posible. Cada vez que se ponía a estudiar se sentía como si fuera un niño en día de Navidad. Aunque, a decir verdad, muchas veces estaban escritos en idiomas que no lograba entender y entonces necesitaba la ayuda de alguno de los expertos de la universidad.

Para él tan solo eran papel y tinta, algo que no podía hacer daño, sin embargo, había encontrado que para algunas personas esos libros eran algo más. Algo peligroso de lo que mantenerse alejado. No para los expertos, para ellos eran objetos fascinantes que estudiar.

Los guardaba todos bajo llave, no creía que supusieran ningún peligro, pero era mejor tener precauciones. Otros, los mas valiosos, los había dejado en la biblioteca de la universidad, para que los estudiaran.

A veces creía que él mismo había despertado al demonio, que lo había invocado simplemente abriendo uno de esos extraños tomos. Aunque no podía recordar ni cuál ni cuando fue.

No quería seguir sintiendo pena por si mismo y por lo que había sido su vida. No era justo para Felicia. Ni para Vera. Ni para Willa tampoco. Ellas no se merecían que él no dejara de auto compadecerse.

—Pobre Richard— escuchó a su espalda. Era esa voz, la que no le dejaba tranquilo.

No se atrevió a responder. Se quedó callado y muy quieto, esperando que se marchara.

—Pobrecito el escritor, aquí solo, esperando una muerte que no llega.

Le pareció que era Felicia la que le hablaba ahora, pero no se atrevía a darse la vuelta.

—Te llegará, la muerte está más cerca de lo que piensas. Sé que lo sabes, todo el mundo lo sabe. Morirás solo, entre fuertes dolores. Es lo que te mereces.

Richard empezó a tiritar, sus dientes chocaban componiendo una melodía macabra.

—Parece que tienes frío. No te preocupes, allí abajo, donde vas a acabar, hace mucho calor.

Le puso una mano caliente el hombro. Ardía. Richard gritó y se dio la vuelta. Estaba solo.

La mañana siguiente se sentía más tranquilo, como si lo de la otra noche no hubiera ocurrido. Se sentó en el sillón con su libro de exorcismos hasta que escuchó un crujido fuera. Su corazón se aceleró. Ruido de pasos en el porche. Una sombra sobre las cortinas blancas, como un fantasma. Richard se levantó con dificultad y se escondió detrás del sillón.

Unos susurros. Estaba claro que esta vez no era Belcebú u otro demonio, eran personas reales. Y había al menos dos hombres. Richard no sabía como pero lo intuía. No eran polis. Igual eran periodistas o simplemente curiosos, o puede que ladrones, pero ¿cómo le habían encontrado?

Les oyó recorriendo el porche, seguramente estarían mirando por las ventanas, aunque no verían nada, ya que las cortinas tapaban cada centímetro del cristal. Anthony se había ocupado de eso. Se alegró de no haber puesto ni la radio ni la televisión ese día.

Siguió escuchando pasos varios minutos más y luego como llamaban a la puerta.

—Señor Nichols ¿está ahí dentro?— dijo una voz masculina.

Richard no respondió, siguió escondido entre las sombras esperando a que se marcharan.

—Señor Nichols, solo queremos hablar con usted. Le prometemos que no iremos a la policía. Queremos saber si está bien. Y...Nosotros le creemos. Sabemos por que hizo lo que hizo. Sabemos que hay un demonio en aquella casa. Alguien lo invocó cuando vivían allí— dijo otro hombre.

Podría ser cierto o una trampa. Ese demonio era muy listo. Le había tendido una trampa y él no caería. No se movería de allí hasta que aquellos extraños se marcharan.

Miró a su alrededor, no tenía el teléfono cerca, no podía llamar a Anthony para que viniera a espantar a los intrusos.

—Señor Nichols, por favor. Somos del periódico ‘Mundo sobrenatural’.

Richard recordaba ese diario, lo había leído con interés cuando era joven. Conocía a los que trabajaban en la redacción, no eran amigos pero de vez en cuando les daba una entrevista. Era gente apasionada. Obviamente, en cuarenta años habrían cambiado de plantilla, esos tenían pinta de no haber nacido todavía cuando ocurrió su desgracia.

Pero, a pesar de todo, se mantuvo escondido y en silencio hasta que se cercioró de que los periodistas se habían ido.

Cuando abrió la puerta encontró un sobre con una carta que decidió tirar a la basura. Se había sentido tan solo, perdido y vulnerable allí dentro, creyendo que aquellos extraños venían a cazarle, que se había hecho pis encima. No quería hablar con ningún extraño, no volvería a dar otra entrevista. Solo hablaría con Willa.

Saca Al Diablo De Mí

Lewis se despidió y Willa le comentó a Avery lo que creía. Tenía el estómago todavía cerrado y no era capaz de comer. Miraba a su compañero comerse una ensalada y unas patatas fritas, mientras ella solo podía beber limonada. Ni siquiera le apetecía una copa.

—Es una locura— dijo él entre mordisco y mordisco.

—Esto lo cambia todo, Avery.

—Solo sabemos lo que pasó esa noche, por lo que dijo tu padre. Tú todavía no has dado tu versión.

—No lo recuerdo. Me quedo estancada en cuanto abro la puerta del dormitorio.

Ni siquiera estaba segura de que lo recordaba fuera real. Sabía que había una línea muy fina entre los recuerdos y la imaginación.

—Es totalmente normal. Ni el más fuerte podría procesar algo así. ¿Has intentado la hipnosis?

—Lo he probado todo. Todas las terapias, desde las clásicas hasta las más innovadoras.

Luego rió.

—Parezco un anuncio. Solo he recordado cuando he estado físicamente ahí. Pero no es suficiente.

—Habla con la doctora Davis. Con ella todavía no has probado. Quizá te ayude.

—Podría hacerlo en la casa. No es que tenga ganas de volver. Pero si sé lo que pasó y como enfrentarme al demonio...

Se sentía como una loca hablando así.

—Tendrías que hablar con tu padre. Si alguien sabe qué hacer, es él.

Willa le había odiado durante tanto tiempo, que ahora le costaba aceptar que podría tener razón, que todo lo que dijo en el juicio era verdad.

—No sé dónde está. No sé ha puesto en contacto conmigo.

—No podemos esperar. Está muy enfermo.

—Puede que Miguel Vázquez sepa dónde está.

Ella comenzó a llorar, toda su vida perdida. No quería hacerlo ahí, en público, delante de Avery. Así que se levantó. Él le cogió la mano y Willa le miró con sorpresa.

—No te vayas.

Sus ojos oscuros le suplicaban que se quedara. A Willa se le encogió el corazón.

—Quiero estar sola. Nos veremos mañana.

Volvió al coche, se quedó un rato en la oscuridad, llorando por toda una vida malgastada. Lloró por los cumpleaños perdidos, las fiestas, las vacaciones. Lloró por todo lo que se habían perdido sus padres. Por no haberles tenido a su lado en los momentos importantes. Lloró por lo sola que se sentía. Y lo solo que debía de haberse sentido él.

Lloró por las cartas tiradas a la basura, por los abrazos perdidos. Hubiera preferido morir en aquel momento. Dejar de sentir todo ese dolor, la rabia, la frustración. Ya no había odio en su corazón, pero el vacío seguía siendo grande. Inmenso. Un agujero negro que podría tragarse mil galaxias. Se sentía al borde del abismo, casi podía tocar la oscuridad, el vacío.

Al llegar a casa, se quedó dormida enseguida, con la ropa puesta. Y sus pesadillas volvieron, como cuando era niña y vivía en la casa de acogida, se despertaba cada noche gritando y sudando. Decía ‘Él está aquí y viene a por mí’.

La pobre niña traumatizada, que no podía parar de llorar y quería estar con su mamá. Seguía siendo la misma.

En esta ocasión volvía a estar en la casa, había una luz roja iluminando todas las habitaciones, hacía mucho calor y sentía un zumbido en los oídos. Era como si alguien estuviera poniendo música a todo volumen en otra habitación, aunque solo podía oír el ritmo. Siguió el sonido, pero cada vez que entraba en una de las estancias, esta estaba vacía.

Cuando llegó al sótano y abrió la puerta, estaba en llamas. Se despertó, sudando y sin aliento. Se tocó la frente, estaba ardiendo. Y lo más extraño, tenía la pistola en la mano. La tiró como si quemara.

Llenó la bañera con agua fría y le echó los pocos hielos que guardaba en el congelador. Sabía que era una terapia que se utilizaba hacía un siglo para tratar las enfermedades mentales. Se metió con la ropa puesta hasta la cabeza. El agua estaba tan fría que sintió como si estuviera nadando en el mar. Incluso escuchó las olas en su cabeza.

Se quedó un rato bajo el agua, y hubiera permanecido ahí eternamente si su cuerpo no le hubiese pedido oxígeno. Cuando sus pulmones no aguantaron más, salió buscando el aire, desesperada.

No deseaba salir de la bañera, todavía estaba caliente y seguía con la fiebre, aunque se sentía bien. Lo bien que puede sentirse alguien al tratar con una criatura salida del infierno en el sótano de su casa de la infancia. La misma que había poseído a su madre.

—¿Qué es lo que quiere de mí?—se preguntó.

Estaba empezando a tiritar, por lo que se levantó y se quitó la ropa mojada. Cuando se estaba cambiando, decidió que ya era el momento de hablar con su padre.

Pero lo primero era ponerse bien, por lo que se preparó una sopa y luego se metió bajo el edredón.

Se despertó en medio de la noche, se sentía extraña, como si hubiera algo recorriendo su cuerpo. Encendió la luz y, cuando retiró el edredón, gritó con todas sus fuerzas. Toda la cama estaba cubierta de cucarachas, lombrices y otros insectos. Pero cuando salió de la cama, allí no había nada. Miró por todas partes, sacudió el edredón, se agachó a ver si estaban debajo de la cama. Se sentó suspirando, aunque no de alivio.

En la redacción estaban todos apiñados alrededor del ordenador de Lewis, ojeando el video. Cuando Willa llegó, ni siquiera la miraron. Ella se sentó a escribir su artículo e ignoró los comentarios de los demás, que no se podían creer lo que estaban viendo. Para algunos se trataba solo de una sombra, para otros era un fantasma, un par comentaron que tenía cuernos como un demonio.

Se escucharon risas y bromas al respecto. Como se notaba que no habían estado allí y no experimentaron el terror ni la angustia. Pero Willa entendía que hacer bromas era una forma de autodefensa, aunque ella no solía practicarla.

No quería estar delante de los demás mientras recordaba lo que había ocurrido. Así que se volvió a marchar a casa.

Quería terminar su historia, escribirla de una vez y empezar con otra cosa. Deseaba volver a escribir sobre ferias y tartas de manzana, sobre cosas que hacían feliz a la gente.

Se quedó atascada de nuevo, no podía llegar más allá de abrir la puerta. Sabía lo que le había dicho a la policía, lo que dijo después en el juicio. Se supone que eso es lo que había contemplado, aunque era incapaz de recordarlo. Lo veía como si fuera una película de terror mala de los setenta y no como se supone que fue en realidad.

Era frustrante no ser capaz de ver más allá. Se golpeó la cabeza, todavía se la sentía caliente pero no quería quedarse en la cama. Tenía que llamar a Miguel, quería hablar con él y preguntarle si sabía dónde estaba su padre, o al menos hablar con el padre Vázquez.

Miró en internet cómo se podía expulsar un demonio de una casa, se preguntó a dónde iría después si es que podían echarlo. Se rió al pensar en el demonio viviendo debajo de un puente después de haber sido desahuciado. Sí es que no volvía al infierno de donde había salido.

Necesitaría agua bendita, y otras cosas, como crucifijos, incienso, salvia, sal, plantas...hizo una lista. Parecía la lista de la compra de una perturbada religiosa.

También debía llamar a la doctora Davis. Quizá entre todos podrían lograrlo.

Esa noche no pudo dormir, estaba agotada, pero cada vez que cerraba los ojos veía lo mismo. Esa sombra, la que la seguía a todas partes, la que siempre había estado con ella. Y tuvo que dejar las luces encendidas porque creía ver algo moverse en la oscuridad. En una ocasión atisbó algo negro que se dirigía al baño. Le dio un vuelco al corazón hasta que comprobó que se trataba de una cucaracha a la que aplastó con rabia con el tacón de la bota hasta que solo quedó una masa gelatinosa.

Volvió a su cama y apagó la luz, se quedó mirando el techo, esperando que la sombra volviera, que todo se hiciera más oscuro y opaco, que las tinieblas la impidieran respirar.

Se preguntó cuántas veces habría pasado su padre en la oscuridad, pensando en ella, en lo que había ocurrido y en lo que podía haber hecho para evitarlo. Las cartas eran una señal de que le importaba, de que se preocupaba por ella, de que la quería.

Y Willa las había desechado como basura. Como sería todo ahora si tan solo hubiera leído una?

La cita con la doctora Davis era temprano. Se presentó a la hora, después de haberse bebido un café, al que le habría añadido un chupito de whisky si hubiera tenido a mano. Marla la atendió enseguida. Había tenido la suerte de que un paciente había cancelado una de sus sesiones a última hora.

—Avery me contó lo que ocurrió en el sótano. Debió de ser aterrador.

—Lo fue. Pero lo peor fue que no pude recordar nada. Creí que estando allí... — mintió. Todavía no se sentía preparada para comentar sus recuerdos, no sabía si se equivocaba al pensar que su madre había invocado al demonio y, además, se sentía ridícula hablando del tema.

—Has estado reprimiendo esos recuerdos demasiado tiempo. Pero están ahí dentro, te lo aseguro. —Le señaló la cabeza—. Yo puedo ayudarte a encontrarlos, a traerlos a la superficie. Aunque no será fácil. No es un proceso rápido, y a veces, ni siquiera es seguro que vayas a acordarte de algo. Tienes que saberlo antes de comenzar.

—Sí, ya lo he probado antes y no funcionó.

—Algo me dice que te rendiste a la primera.

—¿Cómo lo sabes?

La verdad era que Willa se había rendido a la primera cada vez que intentaba algo nuevo y no le salía. La sesión de hipnosis regresiva que había hecho hacía veinte años no había servido para nada, y le había costado un dineral que prefería gastar en alcohol.

La doctora le dijo que cerrara los ojos y se relajara, y empezó a guiarla.

—Estás en tu dormitorio, tienes diez años. Es de noche y tienes la luz encendida.

Willa había cerrado los ojos, se había concentrado en su respiración, había vuelto a su habitación de la infancia, a esa misma noche. Los abrió de golpe.

—No puedo— dijo y se tapó la cara con las manos.

—Solo déjate llevar. Deja que tu mente vuelva a ese lugar y a ese tiempo. Descansaremos un poco y luego lo volvemos a intentar.

—El problema es que mi mente se niega a regresar.

—Debes recuperar el control. De tu vida, de tu mente, de tus sentimientos.

—Nunca lo he tenido.

—Pues ya es hora de que te hagas cargo. Es el momento de empezar a vivir tu vida a tu manera, siendo libre de tu pasado.

—Pero es que es como una losa que no me deja avanzar. Sé que hay gente que lo supera, que puede vivir con ello. Yo no.

Willa sospechaba que, además, se había acostumbrado tanto a ser una víctima que ya formaba parte de ella, que era otra adicción más como el alcohol.

—No te compares con los demás. Cada uno tiene una forma diferente de salir adelante. Tú estás aquí ahora, algo habrás hecho bien en la vida.

Willa no quería llorar de nuevo, pero no pudo evitarlo.

—Tienes que regresar, tienes que recordar. Eso te hará más fuerte y te ayudará a superarlo.

—¿Crees que puede haber realmente un demonio?

—Francamente, no lo sé. No creo en esas cosas, lo que no significa que no existan, por supuesto.

—Si no lo hay, entonces es que tengo un grave problema —Willa rió, y paró en cuanto vio que Marla no cambiaba de expresión.

—¿Preferirías que lo hubiera o que estuviera en tu mente?

Willa había pensado en eso. Las posibilidades.

—Si no lo hay significaría que mi padre es un asesino, y mató a mi madre. O que se volvió loco. Y que yo también estoy loca. Si lo hay, entonces tengo que hacer algo para acabar con él. Y eso es una locura. Y nunca lo he creído, pero ahora no sé qué creer.

Marla asintió.

—Si no te ves preparada para hacerlo hoy. Podemos concertar una cita para otro día.

—No tengo más tiempo. Tengo que hacerlo ahora.

Volvieron a intentarlo otras cuatro veces y Willa siempre sentía que no podía. Hasta la siguiente.

Esta vez cerró los ojos y enseguida empezó a sentir que volvía de verdad mientras la doctora la guiaba.

Estaba en su dormitorio, afuera llovía y sonaban los truenos muy cerca. No se había acordado nunca de ese detalle. Estaba asustada, metida en la cama y abrazaba al Señor Burrito, un muñeco de tela que le había regalado su tía Vera hacía varios años. El Señor Burrito la hacía sentir segura, que nada podía pasarle, que la protegería del monstruo que se escondía entre las sombras. El monstruo de ojos rojos que veía cada noche al lado de su cama.

Escuchó un trueno seguido de un grito que provenía del dormitorio de sus padres.

Se quedó muy quieta, sin saber qué hacer. Se tapó con las mantas. Pero tras escuchar de nuevo un grito, se levantó. Su padre le había dicho que oyera lo que oyera, se quedara en su habitación y no saliera bajo ninguna circunstancia, que se escondiera en el armario. Se preguntó si la habría dejado encerrada como a una princesa, pero el pomo de la puerta se movió, por lo que salió a la oscuridad del pasillo.

Un trueno iluminó la estancia. La pequeña Willa lanzó un grito ahogado y agarró con más fuerza a su peluche. Su padre también le había dicho que ya era mayor para peluches, que debía regalar de regalar su Señor Burrito a un niño que lo necesitara más, ella se había negado, al igual que su madre.

Siguió caminando, quería ver a su mamá, que la abrazara y que la dejara dormir a su lado, otra cosa que su padre no soportaba. No quería que tuviera el peluche, que no durmiera en su cama, que se comiera los guisantes, y muchas otras cosas más.

Otro grito, ese, fue desgarrador, como de un animal herido. Y la pequeña Willa se hizo pis encima, y sabía que eso tampoco le gustaría a su padre. Los rayos seguían iluminando su camino. El dormitorio de sus padres parecía estar a kilómetros de distancia.

Vio que la puerta estaba entornada, y salía un poco de luz proveniente de unas velas.

Quería correr y abrirla del todo, pero algo le decía que tuviera cuidado. Empezó a llorar al escuchar otro grito, seguido de insultos de una extraña voz y de los susurros de su padre.

Una parte de ella quería volver a su cuarto y quedarse debajo de las sábanas hasta que se hiciera de día, pero por otra parte quería estar con su mamá. Y ese último deseo era todavía más intenso.

Empujó la puerta lentamente y por un momento no entendió lo que estaba viendo. Su madre estaba atada a la cama por muñecas y tobillos con unas cuerdas, mientras su padre, con un libro en la mano, le lanzaba agua y decía unas palabras que ella no comprendía. Su madre gritaba y le llamaba esas palabras prohibidas que ella no podía decir; si no, recibía un castigo.

—¡Mamá!— gritó con lágrimas en los ojos.

Fue a acercarse a la cama cuando su padre le gritó.

—¡Willa! ¡no te acerques!

Después cogió un crucifijo y lo acercó a su madre, que se puso a llorar.

—¡Willa! ¡Por favor! ¡ayúdame!

—¡No le hagas caso! ¡vuelve a tu cuarto!

—¡No! —gritó ella, llorando. No dejaría a su madre.

Felicia volvió a gritar como un animal. Y Willa hizo lo mismo. Abrió los ojos y volvía a estar en la consulta de la doctora Davis, sollozando. Todavía no entendía lo que había visto. Ni sabía lo que había pasado después.

—Lo has hecho muy bien, Willa. Has dado un paso muy importante para tu curación.

No podía hablar, no podía parar de llorar. La echaba tanto de menos que creyó que moriría. Tenía tal vacío dentro que creía que no podía soportarlo más. La muerte sería su única salvación.

La doctora le ofreció un vaso de agua.

—Todavía no sé lo que vi —dijo cuando ya se había calmado un poco.

—Es un comienzo.

—Tengo que saberlo, necesito saber qué pasó realmente.

—Estás en la dirección correcta. Pero lo que has visto ha sido a través de una niña asustada.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Cómo puedo saber lo que pasó de verdad?

—Tienes que enfrentarte a los hechos. Puedes preguntar a la policía. Quizá ellos te puedan dar su punto de vista. Ya sabemos lo que ocurrió en el juicio, lo que dijo tu padre, y aquel cura. Willa se levantó. Estaba temblando.

—Puedes quedarte un poco más. No tengo ninguna cita más hasta dentro de un rato.

—Muchas gracias por todo, Marla, pero he de irme.

Había quedado en la redacción con Avery. Y había pensado en llamar a Miguel para que le pusiera en contacto con su padre. Algo le decía que sabía dónde estaba. Tenía que verle ya. Aunque antes, quería hacer otra cosa.

Esa noche, una espesa niebla se había posado en el aparcamiento, dándole un ambiente lúgubre. Miró hacia los lados al salir del coche, sentía que alguien la había seguido, pero allí no vio ni un alma. Tan solo un par de coches, uno de su compañero. Había luz en el periódico, pero lo sentía irreal, como si ella en verdad no estuviera allí, como si se encontrara en otro lugar muy parecido al suyo.

Avery había preparado café, le dijo a Willa que se había llevado su propia cafetera, porque la de la cocina estaba asquerosa, y que a saber cuándo la habían limpiado por última vez.

Willa le contó lo que había ocurrido en la consulta de la doctora. No quería llorar de nuevo, así que lo hizo lo más concisamente posible y le explicó que todavía estaba confusa.

—Me parece irreal. Como si le hubiera ocurrido a otra persona.

No quería seguir hablando de ello, así que zanjó el asunto ahí y bajaron al sótano, en donde estaba lo que buscaban.

El lugar estaba algo polvoriento, aunque ordenado, lleno de cajas de plástico con fechas escritas.

Ahora la imprenta estaba en otro lugar, no en el mismo edificio del periódico, así que el sótano era muy espacioso.

—¿Quién ha ordenado esto?

—Supongo que los bibliotecarios son geniales, tendrías que conocerles.

Willa abrió una de las cajas que tenía más a mano. Había carretes catalogados en cajas y ordenados en cajones.

—No están todos los periódicos.

Willa vio que había muchísimas cajas.

—Han estado escaneando desde los más nuevos a los más antiguos. Y añadiendo artículos a la página web y al archivo que tenemos en la nube.

—¿Cuántos años dijiste que tenía el periódico?

—Ciento cincuenta.

—¿Y tenéis ejemplares desde hace ciento cincuenta años?

—No todos, muchos coleccionistas enviaron los suyos, los más antiguos no los hemos podido conseguir, pero tenemos una gran cantidad. Hemos tenido mucha suerte. Algunos estaban en mal estado, por lo que fueron escaneados con sumo cuidado. Lo importante es el contenido.

—¿Algo que no tenga que ver con esa casa?

—Un accidente de coche en Greenfield murió una pareja. Luego lo de las jóvenes que desaparecieron y luego estaban en algún sitio, Las Vegas, creo. Se habían escapado de casa. Y un suicido hace veinte años, un adolescente. Eso es lo que estoy mirando. Pero sí que tiene que ver con la casa.

Willa se acercó. Avery estaba leyendo un artículo sobre el joven, la foto mostraba a un chico de diecisiete años, con el pelo largo, camiseta de un grupo de música, sonriente y feliz.

Él le señaló un párrafo, decía que el chico había estado con sus amigos en la ‘casa del mal’, era la primera vez que Willa veía que la llamaran así.

El grupo había estado pasando un par de noches allí, sus amigos dijeron que solo habían estado escuchando música, fumando hierba y bebiendo, aunque una fuente anónima asegura que obligaron a Matt, el joven de la foto, a bajar al sótano después de haber perdido una apuesta.

Ellos le encerraron mientras Matt les pedía desesperado que le dejaran salir, pero los demás solo rieron y desoyeron sus súplicas. Los padres no quisieron hacer declaraciones. Y, por supuesto, los nombres de sus amigos no se nombraban.

—No conocía la historia— dijo ella.

—No se le dio mucha importancia.

—¿Ni siquiera al hecho de que pasara la noche en el sótano?

—Se dijo que el chico sufría acoso escolar. Y no investigaron más.

—La verdad es que esos no podían decirse que fueran sus amigos si le hicieron algo así.

—Estoy seguro de que después del suicido de Matt no volvieron a ser los mismos. No es que fueran malas personas, solo unos inconscientes que no pensaron en las consecuencias.

Siguió mirando más números, pero no logró encontrar nada sobre la secta, ni una mísera mención.

—Avery, ¿dónde está la secta? ¿Por qué no la nombran en ningún lado?

Él se quedó pensando un rato.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea. No sé por qué no hay noticias de los hechos, de lo que encontraron...

Willa le miró confundida.

—¿Qué coño dices?

—No te enfades conmigo. Yo ni siquiera...

—¡Me quieres decir qué coño encontraron?! ¡¿Por qué nadie me ha dicho nada?! ¡¿Es mi puta casa!

Avery respiró hondo.

—Cuando la policía llegó no había nadie, solo sangre en las paredes y unos huesos medio calcinados en el sótano.

Ella se sentó de golpe en la silla.

—Creen que los huesos eran antiguos, desenterrados del cementerio. Durante un tiempo hubo mucho vandalismo por allí. La sangre...bueno, no sé.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No creí que te pudiera servir de ayuda.

—¿El periódico no cubrió la noticia?

—Fue en los ochenta y noventa, durante el pánico satánico. El periódico no quería asustar más a la gente. Aunque los vecinos se enteraron y contaron muchas cosas, la mayoría mentiras.

—¿Qué hay de los miembros del culto? ¿Sabes quién era el líder? ¿Qué hacían?

—No le conozco, poca gente le vio. Era un hombre misterioso por lo que he oído. La secta desapareció, aunque dicen que se mudaron al campo, a una granja. Les va más que una casa maldita en medio de un vecindario.

—¿Sabes dónde?

—¿Qué? —Avery la miró confuso.

—¿En dónde tienen la granja?

—¿No pensarás ir?

Willa no sabía si quería ir o no, pero puede que ellos hubieran secuestrado a su padre. Por su mente pasó el peor de los escenarios.

—En realidad —comenzó Avery— Hay unos tipos que podrían saber dónde se encuentra.

—Continúa.

—Son de un periódico de Greenfield ‘Mundo Sobrenatural’, no sé si habrás oído hablar de ellos.

Ella negó con la cabeza.

—Por el nombre ya adivinas de qué se trata. Supongo que ellos lo sabrán todo sobre lo que pasó en la casa.

—Pues vamos a verles entonces.

No Hay Ángeles

Al día siguiente, Anthony volvió con su hijo, tenía noticias sobre Willa.

—Ha estado en la casa—. Le dijo mientras se servía un café— Con el periodista y un fotógrafo.

—¿Sabes si ha abierto la puerta del sótano? Espero que no. Si lo ha hecho, estamos más que jodidos, ya no se podrá hacer nada.

—No lo sé, Richard. Puede que si lo haya hecho.

—¿Por qué habrá ido? ¡No ha leído ni una de mis cartas! Y le dije a ese niño estúpido del periódico que no bajara al sótano bajo ningún concepto —dijo desesperado.

—Quizá solo haya ido a echar un vistazo, Richard, tendrá curiosidad por ver su antiguo hogar.

—Tienes razón, sí. Aun así, la he advertido tantas veces...Tengo que hablar con ella ya, antes de que sea demasiado tarde —miró a Miguel.

Le daba la sensación de que ya era demasiado tarde, aunque tenía esperanza de que todavía se pudiera hacer algo.

—No tengo su número, pero podemos contactar con el periódico —les interrumpió Miguel.

—Si contactas con ellos, seguro que llamarán a la policía.

—Pues con su compañero, ese tal Alvin.

—Avery Green—. Le corrigió Richard.

—Les he visto juntos en la cafetería. Parecían muy amigos.

—Llámale. No podemos perder más tiempo.

—Tampoco tengo su número.

—Seguro que si llamas al periódico, te lo darán. Dile que le llamas de mi parte.

—La casa está vigilada por la policía. Por mucho que quieras volver, te pillarán antes de que

des un paso y te llevarán de vuelta al hospital.

—Ya encontraremos la manera de entrar sin ser vistos. Eres muy listo, hijo, así que ve pensando en algo y dile a Avery que necesito ir a la casa, que tenemos que hacer un ritual de exorcismo muy complicado y necesitamos toda la ayuda posible.

Miguel salió a hablar por teléfono.

Richard no dejaba de mirarle, caminar de un lado para otro del porche, hablando. Él era el que debería estar haciendo eso, era su problema, su hija y su casa. Era su vida.

Richard le comentó a Anthony lo de los extraños que habían aparecido en la puerta.

—¡Cómo?! —parecía realmente enfadado, Richard nunca le había visto así.

—No fue nada. No saben que estoy aquí.

—Esos periodistillas me habrán seguido, seguro. Debería denunciarles a la policía.

A Anthony le habían interrogado, y aunque su religión no le permitía mentir, lo hizo. Y no sentía ningún remordimiento.

—Si se lo cuentas, a la policía vendrán aquí.

—Tienes razón. Pero si me han seguido una vez, pueden volver a hacerlo.

—Pues quizá la próxima vez les abra la puerta.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Richard se encogió de hombros. No estaba seguro de si lo haría, pero sabía que no podía esconderse eternamente.

—Igual pueden ayudarnos. Ya he dicho que necesitamos toda la ayuda posible.

Cuando Miguel entró, les dijo que no le había revelado el paradero de Richard, pero que quedarían en la iglesia el domingo de la semana siguiente. Se lo diría a Willa y ella decidiría si quería verle o no. Esperaba que hubiera cambiado de opinión. Tenía la esperanza de que ella quisiera verle antes de morir.

El dolor había vuelto, así que se tomó otras dos pastillas, aunque todavía era incapaz de comer. Cualquier cosa acababa vomitándola, incluida el agua, así que se mojaba los agrietados labios para refrescarse.

Le parecía que quedaba una eternidad para el domingo, para el aniversario. Ese era el día perfecto para acabar con ese maldito demonio de una vez.

Anthony y Miguel se sentaron en el sofá mientras que Richard se acomodó en el sillón, a pesar de que no lo había limpiado, era donde se encontraba más cómodo.

—Miguel, háblame de ella, quiero saber cómo es, qué es lo que le gusta, lo que no, qué hace en su tiempo libre.

Miguel miró a su padre y este asintió con la cabeza.

—Se parece a Felicia, aunque lleva el pelo más pelirrojo.

A Richard se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es muy fuerte —continuó Miguel—, muy cabezota, testaruda, difícil, e independiente. Se parece a ti.

—Entonces debe ser insoportable —rió Richard. Le gustaba pensar que su hija tenía algo más de él que solo recuerdos dolorosos.

Miguel también rió, aunque Richard le notaba algo incómodo.

—Perdona por lo que te dije la otra vez. Ella es una mujer adulta, ya sabe lo que hace.

—Disculpas aceptadas —respondió el hijo del cura.

—Puedes contarme más, no me voy a escandalizar.

Miguel titubeó un momento.

—Lo que sea, Miguel, quiero saberlo.

—Bueno, tiene un grave problema con el alcohol.

—¿Eso es todo? En mis años de juventud todo el mundo tenía un grave problema con el alcohol. Y con las drogas. Yo mismo probé las drogas cuando era joven.

Miguel no respondió.

—¿Y no tiene pareja?

—No que yo sepa.

—Es una pena. Me hubiera gustado tener unos nietos, a Felicia le hubiera encantado también.

A Richard se le quebró la voz. El padre Anthony se acercó a él y le cogió de la mano.

—A mí también me hubiera gustado tener nietos, querido amigo. —Y luego miró a su hijo.

—Miguel, todavía está a tiempo. Pero entiendo que Willa no quisiera traer hijos al mundo, lo entiendo perfectamente.

—La vida no ha sido fácil para ella —añadió Miguel.

—Lo sé, y lo lamento cada segundo de cada día.

Pánico Satánico

Miró el reloj, se le iba a hacer un poco tarde, pero esto era muy importante para ella.

Al salir al amanecer le vinieron a la cabeza unas extrañas imágenes: un cuchillo ensangrentado, una cruz en llamas, la iglesia a la luz del atardecer, varias personas encapuchadas formando un círculo, una figura demoníaca.

Tenía mucha sed, temblaba y sudaba. Se sentía algo mareada, pero aun así cogió el coche.

El cielo estaba rojo y lila, y algunas nubes negras se agolpaban en el horizonte de una forma claustrofóbica, amenazando con una tormenta.

Tenía que concentrarse mucho en la carretera si no quería salirse de su carril. Escuchó la extraña risa de su madre en su cabeza y un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Entonces le vino a la memoria otra escena extraña que había presenciado antes de la fatídica noche. Su madre estaba sentada al tocador, mirándose al espejo, preparándose para una cena en casa de unos amigos. Willa estaba tumbada en el suelo, mirándola mientras se maquillaba. Le resultaba divertido ver cómo se aplicaban esas cremas y esos colores en el rostro. Su madre se dio la vuelta para decirle algo y entonces vio una cosa que no lograba entender. En el espejo, su madre seguía mirando al frente y la miraba a ella, tenía una mirada horrible, y esa sonrisa le ponía los pelos de punta. Willa no entendió lo que estaba pasando. Su madre estaba dada la vuelta, aunque en el espejo miraba de frente. Debió de ver la cara de Willa, puesto que se volvió para mirar lo que estaba viendo su hija, pero cuando lo hizo todo volvió a la normalidad.

Frenó de golpe, ya que casi se choca contra el coche de delante. Su corazón estaba tan acelerado que tuvo que respirar hondo para calmarse.

Le pareció que había alguien con ella en el coche, en la parte de atrás. No se atrevía a mirar por el retrovisor, aunque acabó haciéndolo para cerciorarse de que estaba sola.

‘Te sentirás mejor cuando vuelvas a casa’ se dijo. No entendía por qué había pensado eso ‘A

tu verdadera casa, tu hogar'. Casi se da la vuelta para ir hacia allí, hacia la casa victoriana. Tenía la necesidad de ir, algo que había sentido antes, aunque no con esa intensidad, ese apremio. Era como si la casa la llamara, como si ese fuera realmente su lugar.

Siempre había evitado lo que había ocurrido aquella noche, cualquier mención al tema le daban ganas de vomitar. Lo eludía lo más que podía, a pesar de que siempre había personas morbosas que, en cuanto reconocían su nombre, no dudaban en preguntarle por aquella noche, como si hubiera ocurrido en una película y no en la vida de una persona real. Esa gente que cree que es divertido preguntar por la muerte de otro ser humano, por su sufrimiento, como si se tratara de una broma. Esas personas tienen un lugar especial en el infierno. Como ella.

Había evitado el tema toda su vida y ahora creía que le iba la vida en ello.

Sabía que todo el caso estaba en internet, quizá incluso podría encontrar una foto del cadáver de su madre con todos los detalles escabrosos. Se lo imaginaba, veía su cuerpo delgado y frágil con el camisón blanco, yacía sobre la cama de matrimonio, con las sábanas de flores a las que había bordado sus iniciales y las de Richard. Su cabello rubio como una corona alrededor de la cabeza. Los ojos abiertos y con la cara desencajada en una expresión de dolor y sorpresa.

Se le saltaron las lágrimas.

Cuando llegó a la comisaría, preguntó directamente por la agente Tully. Temió que no se encontrara allí, puesto que no conocía a nadie más.

Se sentó en la sala de espera hasta que la avisaran, allí había una anciana con un perro, un hombre muy borracho estaba esposado a la pared y una mujer con un bebé dormido en brazos la miraba con los ojos como platos. Parecía muy asustada, conocía bien esa mirada. Willa le habría dicho algo, pero no sabía qué.

Willa ya había estado alguna vez por comisaría, especialmente había pasado alguna que otra noche entre rejas durmiendo la mona después de que la encerraran por montar un escándalo en plena calle o en un bar, o por conducir bajo los efectos del alcohol.

Allí había conocido a personas de todo tipo, violentos que estaban allí por montar una pelea en un bar o pegar a sus novias, prostitutas puestas hasta arriba o universitarios que, como ella, conducían borrachos.

En uno de los periódicos donde había trabajado, tenía una columna donde escribía sobre sus noches en una celda y el tipo de gente que allí se juntaba. Había tenido relativo éxito, siempre había alguna buena historia que contar, y además le era permitido beber hasta emborracharse cuando quisiera, lo que durante una época fue muy a menudo. Creyó que aquel trabajo duraría para siempre o que le daría fama suficiente para encontrar otro, pero qué equivocada estaba.

Cuando el periódico cambió de director, ella fue la primera en irse a la calle y debido a sus antecedentes le fue imposible encontrar otro trabajo, así que por dinero y, sobre todo, por bebida, hizo cosas de las que no se sentía nada orgullosa y que prefería que se quedaran en lo más profundo de su memoria.

Cuando bebía era como Mr. Hyde, y ella sabía que esa personalidad era la verdadera. Cuando se pasaba con el alcohol, hablaba sin parar, gritaba, daba su opinión aunque nadie se la hubiera pedido, reía de manera escandalosa y muchas veces incluso se ponía violenta.

Algunas mañanas, especialmente cuando iba a la universidad, se había levantado con sangre seca por la cara y el labio roto o el ojo morado. No recordaba nada y años después seguía sin poder hacerlo.

La agente Tully apareció y se dieron la mano, después se dirigió con ella hasta su mesa, en donde le colocó una silla para que se sentara. La comisaría estaba llena de policías que iban de acá para allá con papeles, cafés calientes o arrestados por escándalo público o robo en una licorería.

—¿Qué está haciendo aquí, señorita Harker?

—¿Saben algo de mi padre?

—Seguimos buscándole, ¿y usted?

—No —dijo negando con la cabeza—. No sé dónde está. Pero no he venido por eso. Por favor, llámame Willa.

—De acuerdo. Puedes llamarme Megan —la agente Tully sonrió.

—Me gustaría ver el expediente del caso de mi madre.

La policía frunció el ceño.

—Ahora está todo en internet. Es un caso famoso y alguien filtró las imágenes y los datos hace muchos años. Podrías haber buscado ahí en lugar de venir hasta aquí.

—Soy de la vieja escuela.

Megan Tully asintió y se levantó.

—Ahora vuelvo.

Willa había ido allí para no tener que enfrentarse a ello sola, en su pequeño piso vacío. Llegó a los pocos minutos con una caja de cartón llena de papeles y pruebas embolsadas.

Willa cogió una, era una cruz de madera. Se la había regalado el padre Vázquez a su padre, estaba tallada a mano y había una frase en latín. Fue la que utilizó para el exorcismo, se la metió en el bolsillo disimuladamente.

—¿Quieres ver las fotos?

—Si.

—¿Estás segura? No te lo aconsejo. No te va a hacer ningún bien verlas. Te lo aseguro.

Willa la miró, asustada. ¿Tan horribles eran?

—No es que sean horribles, aunque sí que lo son— añadió como leyéndole el pensamiento.

—He visto cosas peores. Pero para ti lo serán, serán las fotos más horribles que hayas visto jamás.

—Tengo que hacerlo. Tengo que verlo por mí misma. Creo que así llegaré a superarlo alguna vez —dijo convencida de lo que estaba haciendo.

La agente volvió un rato después con más papeles.

—Por cierto, ¿se puede saber por qué me están siguiendo? Está más que claro que no sé dónde está mi padre y que no se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Disculpa?— la agente Tully parecía confusa.

—Su hombre me está siguiendo a todas partes, y no es muy disimulado precisamente.

—No tenemos a nadie siguiéndote. Estamos vigilando la casa y el cementerio, y otros lugares donde puede haberse escondido. O donde pueden tenerle retenido en contra de su voluntad, aunque creemos que está bien, que se marchó voluntariamente.

Willa sintió que le estaba tomando el pelo. La miró, intentando averiguar si lo que decía era cierto. Pensó que quizá más bien deberían estar siguiendo al padre Vázquez, ya que seguro que él sabía dónde estaba su padre, pero decidió callarse.

—Un hombre me está siguiendo. Lleva haciéndolo semanas.

—¿Quieres poner una denuncia?

Su móvil comenzó a sonar y le hizo una seña de disculpa a la agente. Era Avery. Habían quedado para ir a la redacción de 'Mundo sobrenatural'.

—Estoy en comisaría —respondió nada más coger el teléfono.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—He venido a ver el archivo del caso de mis padres.

—De acuerdo, ¿vas a tardar mucho?

Vio cómo la agente Tully estaba haciendo unas fotocopias de algunos de los archivos.

—No, iré enseguida. Nos vemos ahora —lo dijo, porque en realidad no sabía cuánto tiempo tardaría.

—Le he hecho unas fotocopias.

La agente Tully le entregó una carpeta muy abultada.

—Míralo en casa. Si tienes alguna duda, puedes llamarme. Los agentes encargados del caso murieron hace unos años, ellos hubieran sido de más ayuda que yo, pero puedes llamarme igualmente.

—Gracias.

Megan Tully la miró con preocupación.

—Por favor, no te hagas esto. No puedes cambiar lo que pasó. Y denuncia si estás asustada.

—Entiendo tu preocupación y te lo agradezco. Pero es lo que tengo que hacer. Es el momento. Por eso he vuelto. Y ya me ocuparé yo de ese tipo. Gracias por todo.

Metió la carpeta en su bolso de tela y se despidió de la agente, que hizo una mueca que podría ser una sonrisa.

Willa temblaba. Le parecía que llevaba el peso del mundo a su espalda.

Quizá todo acabara pronto. Para siempre.

—Por cierto —añadió Megan—. —Hemos investigado algunas de las amenazas y mucha de esa gente está muerta o no recuerda haberlo hecho. La mayoría de las cartas tienen más de diez años. Yo no me preocuparía por eso.

—Muchas gracias.

—Y por favor, llámame si algo va mal.

Willa asintió y salió de la comisaría.

Se le aceleró el corazón al llegar al coche. Dejó el bolso en el asiento del copiloto y con su cabeza posada en el volante comenzó a llorar de nuevo. No quería. Ya había llorado demasiado durante toda su vida. Ya había derramado lágrimas y lágrimas, tantas que creía que no volvería a llorar nunca más, que se había secado por dentro. Pero no podía parar.

Habían quedado en ir juntos a Greenfield. Willa fue en el coche de Avery, algo que le pareció de lo más extraño, aunque no le preguntó por qué ese cambio de opinión. Olía a limpio y las ventanillas estaban bajadas. Supuso que Avery limpiaría todo bien en cuanto ella saliera. Se quedó dormida durante el breve trayecto. Cuando despertó no sabía dónde estaba.

—¿Ya hemos llegado?

—He parado para comer algo. Hay unos bancos ahí —Avery señaló una zona boscosa al lado del aparcamiento.

—No he traído nada de comer.

—Yo sí.

Se sentaron después de que Avery limpiara la mesa y los bancos con un espray que llevaba en la mochila. A pesar del frío, hacía sol y el lugar era agradable. Se oía el canto de los pájaros, y el rumor de la autopista. Avery le entregó un sándwich, una bolsa de patatas y una botella de agua.

Willa se acababa de dar cuenta de que no había comido en toda la mañana. Solo se había bebido un café.

—Gracias. No había pensado en la comida.

—Tú puedes comer lo que sea en cualquier antro.

—Llegará el día en que tú también puedas. Y lo celebraremos yendo al sitio más sucio y repugnante de la ciudad.

—Creo que paso— respondió riendo y luego puso cara de asco.

—Hay algo que no te he contado— dijo ella.

—Seguramente hay muchas cosas que no me has contado.

—Creo que alguien me está siguiendo.

—¿Por eso has ido a la comisaría?

—No, se lo he dicho de pasada a la agente Tully, aunque no he denunciado.

—¿Por qué?

—¿Y si realmente estoy volviéndome loca? ¿y si no hay nadie siguiéndome y me lo estoy imaginando? —No quería pensar en eso, pero tenía que decirlo en alto, sacarlo de dentro.

—Eso no tiene nada que ver con que alguien te esté siguiendo. Puede que sea cierto.

—Puedo estar paranoica.

—O puede que haya alguien siguiéndote.

Por algo no se lo había comentado antes. No quería discutir su estado mental.

—Si vuelves a ver a tu acosador, dímelo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Comprobar que no estás paranoica.

—¿Y si lo estoy?

Willa miró a su alrededor, esperando ver a aquel hombre escondido detrás de un árbol, como un asesino psicópata acosando a sus víctimas.

El día estaba claro y fresco, los pájaros cantaban, la brisa le refrescaba la cara, el sol le hacía cosquillas en la coronilla. Quería sentirse así más a menudo. Como si vivir mereciera la pena a pesar de todo el dolor y el sufrimiento.

—Quiero tener una vida normal— dijo cuando volvieron al coche.

—¿Qué es una vida normal?

Willa le miró con el ceño fruncido.

—Pues hacer cosas normales, bajar la basura, ver la tele hasta tarde, comprar en el súper a una hora decente y no tener horribles pesadillas todas las noches...y despertarme deseando beberme una botella entera de vodka o de lo primero que me pille a mano.

—Puedes hacer esas cosas, me refiero a bajar la basura, ver la tele hasta tarde y comprar en el súper a una hora normal.

—No tengo tele.

—Si quieres te regalo la mía. Es vieja, pero aún funciona.

Ese era el tipo de charla banal y superficial que deseaba en su vida. Sabía que mucha gente no la soportaba y entendía el por qué, podía ser molesta y aburrida dependiendo de la situación, y te salvaba de los silencios incómodos en el ascensor. A ella le gustaban los silencios, por muy incómodos que fueran. Su cabeza ya gritaba demasiado.

—Tengo el archivo del caso de mi madre aunque no creo que sea capaz de leerlo.

—Lo entiendo perfectamente. Sé que no debe de ser fácil.

—Quiero saber, quiero recordar...y al mismo tiempo preferiría olvidarlo todo. Pero no puedo por que sería olvidar a mi madre y...

Se le quebró la voz y Avery colocó su mano sobre la de ella.

—Ninguna persona que conozca el caso olvidará a tu madre. Ni tampoco a ti. Y tu tampoco la olvidarás. Ella forma parte de ti y siempre lo hará.

—No me consuela.

—No intento consolarte, esas cosas se me dan fatal.

Willa sonrió aún con lágrimas en los ojos.

El centro de Greenfield bullía de actividad, Willa no recordaba la última vez que había estado. Puede que antes de entrar en la universidad, pues su última casa de acogida estaba en un barrio residencial del pueblo.

El lugar era verde, lleno de árboles, plantas y arbustos florales. Una plaza con una enorme fuente les dio la bienvenida. Había tiendas de antigüedades, cafeterías de distintos estilos, librerías, galerías de arte, tiendas de ropa de lujo. Eso es lo que vio desde el coche hasta que Avery encontró aparcamiento. Greyfield y Greenfield eran muy parecidos, ambos lugares podían confundirse. Eran verdes, tranquilos y perfectos para criar a tus hijos o para realizar un ritual satánico en el sótano de tu casa. La única diferencia era que Greenfield era más grande, tenía mas tiendas y contaba con un centro comercial, hospital y un centro psiquiátrico.

La redacción del periódico estaba en un antiguo edificio de ladrillo, encima de una tienda de artículos de ocultismo y adivinación. Willa se quedó mirando el escaparate.

—¿Alguna vez te han echado las cartas?— le preguntó a su compañero.

—¿Por qué iba a querer que me hicieran algo así?

—A mi si. Hace años, cuando estaba en la universidad.

Recordó que había ido con Marion y unos amigos a la feria de la ciudad, había puestos de comida, atracciones y una adivina.

La pequeña tienda estaba apartada, y mientras lanzaban los fuegos artificiales y todo el mundo iba a verlos, ellas entraron en aquel pequeño mundo, que olía a rosas y a incienso, y estaba cubierto de velas falsas, que daban un aspecto onírico a la carpa.

La mujer que les atendió era de mediana edad, con el cabello rubio teñido y los ojos azules muy claros e intensos. Nunca olvidaría esos ojos. Parecieron traspasarla y leerle el alma.

—Mejor me salgo— dijo nada más entrar. Pero Marion la tenía cogida de la mano con mucha fuerza. Era la típica persona que siempre se salía con la suya.

La adivina las miró con recelo, como esperando que se fueran sin pagar por sus servicios. Marion ya lo había hecho otras veces. A Willa le parecía divertido.

No recordaba lo que les había dicho con exactitud, algo de una sombra que se cernía sobre su cabeza. Después de aquello Marion cambió, y empezó a alejarse de ella. Aunque puede que no tuviera nada que ver. Quizás fuera más bien su afición a la bebida y a las broncas en los bares lo que hizo que la dejara.

Volvió al presente, se había quedado mirando el escaparate de la tienda, lleno de cristales, péndulos, cartas del tarot, una ouija, velas y demás parafernalia.

—¿Vas a entrar?— le preguntó Avery.

—¿Qué? no, solo estaba recordando la vez que me leyeron las cartas.

—¿Qué te dijeron?

—No logro recordarlo.

—No sería muy interesante.

La puerta del portal estaba abierta así que entraron sin avisar. Se trataba de un edificio sin ascensor, viejo y descuidado. Subieron por las escaleras blancas y negras hasta el quinto piso. Parecía el despacho de un detective privado de las películas, con el logo del diario impreso en el cristal opaco de la puerta. Willa llegó resoplando, sin aliento. Y tuvo que pararse un rato a recuperarlo.

Un hombre muy alto, con gran barriga y gafas les abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarles?— preguntó mientras se colocaba las gafas.

Avery y Willa se presentaron y el hombre se la quedó mirando con la boca abierta, como si fuera una criatura mitológica, el Yeti o Big Foot. Ella le ignoró y ambos esperaron a que les dejara pasar.

Los demás dijeron sus nombres. El de la puerta era Bill, y los otros dos, a los que Willa no prestó mucha atención eran Jason y Joe, Avery les saludó con la cabeza y los otros ni siquiera se movieron de su posición.

La redacción era pequeña y tenían un par de ordenadores viejos en una mesa, había un hombre trabajando con un portátil y otro haciendo café ¿es que no había mujeres en esa redacción?

Willa se dirigió al fondo sin decir palabra y se paró frente a la pared. Se hubiera horrorizado si no hubiera visto esas fotografías antes, en el coche, antes de la cita. Tenían otras, como la del joven que se suicidó o la de una pareja muy feliz que Willa no conocía. También había fotografías de un hombre anciano, le sonaba de algo aunque no sabía de que.

—¿A que habéis venido?—preguntó Bill.

—Solo queremos charlar un rato con unos colegas —dijo Avery.

Bill asintió complacido.

—¿Quién ha hecho estos dibujos?— preguntó ella, señalándolos.

—Son de Matt Roberts.

El chico que se suicidó.

—¿Cómo los habéis conseguido?

—Nos los dio su hermano. Vino a vernos hace unos meses, nos dijo que quería que los publicásemos —añadió el que se llamaba Joe.

—¿Con qué motivo?

—Por si alguien también había visto a ese ser.

—Demonio.

—Él no lo llamó así.

—¿Cómo lo llamó?

—Un alma oscura. Una sombra maligna.

Willa nunca lo había escuchado. Era un término nuevo para ella. Cuando se dio la vuelta se le aceleró el corazón.

—¡¿Quien coño eres tú?! —le preguntó de manera brusca a un hombre bajito con coleta. No se había fijado en él al entrar.

El hombre no dijo nada, respondió el grandullón por él.

—Es Joe, tía.

—¿Me has estado siguiendo?

—Ahhh —logró articular Joe.

—¿Te ha comido la lengua el gato pedazo de...?

Willa estaba furiosa, pero no quería perder los nervios.

—Yo...lo siento. De verdad.

—Al menos no me estoy volviendo loca ¡joder!

La verdad era que ahora se sentía mejor al saber que no estaba todo en su imaginación.

Después se fijó en que tenían varias fotos suyas actuales colgadas de la pared del fondo, una en la que salía del hotel, otra en la cafetería con Avery, en otra en su coche...como si las hubieran sacado los *pararazzi*.

—¡¿Qué mierda es esta?! ¡¿Además me habéis sacado fotos?! ¡Esto es el colmo!— dijo arrancándolas con furia.

No le importaba que tuvieran fotos de su familia, de su madre en la cama, ya muerta o de su infancia. Esas fotos habían salido en todas partes, parte del mundo las había visto. Las podías encontrar fácilmente en internet. Eran horribles, y tenerlas expuestas era de mal gusto, pero podía entenderlo, estaban investigando, escribiendo artículos para su periódico. Lo que no entendía es que le hubiera hecho fotos a ella.

—¿Por qué lo habéis hecho?

Los tres se miraron y Joe agachó la cabeza.

—Lo lamento, reconozco que no fue la mejor idea, pero queríamos ver como eras ahora.

—¿Ibais a publicar mis fotos en el periódico?

—Queríamos hacer un artículo sobre ti, de como es tu vida, a que te dedicas, que es lo que te gusta...— respondió Jason, que estaba sentado delante del ordenador.

Bill sorbió su café.

—No creo que eso sea de interés para nadie ¿Cómo sabíais quién era?— Willa estaba furiosa.

Jason miró a su derecha, había una caja con lo que parecían decenas de cartas. Les echó un vistazo.

—A nuestros lectores les interesa la vida de las víctimas, ver como se han recuperado, como les va la vida. Hemos publicado un artículo sobre el hermano de Matt. Él fue quien le encontró colgado.

—Y sobre familiares de otras víctimas— añadió Bill— Y te encontró Joe por casualidad en la cafetería. Te vio hablando con Avery, al que ya conocíamos, aunque él a nosotros no. Para que veas que las coincidencias no existen.

—Es de mal gusto. Seguir a alguien, sacarle fotos, meterse en su vida.

—A nuestros lectores les gusta. Y somos periodistas, nos metemos en la vida de la gente— repitió Joe.

En otro momento Willa se habría ido después de haber destrozado el lugar, ordenadores incluidos, pero ahora le importaba más lo que ellos pudieran saber. Y que no estaba en su imaginación. Eso le calmó, le hizo sentirse extrañamente mejor a pesar del enfado inicial.

—Creía que a vuestro público le gustaban los ovnis, Big Foot y chorradas por el estilo.

—No son chorradas— dijo Bill, muy serio.

Les contó la historia completa. Ellos la miraban con admiración, excepto Jason, que tecleaba en el ordenador.

Ellos le contaron que algunas de las frases de la pared estaban sacadas de libros de su padre, otras eran frases en latín de invocación demoníaca.

Ahora que estaba más calmada, se fijó en que había algo en esos hombres que le hacían sentir a salvo, no sabía si era su ingenuidad, su curiosidad, sus ojos abiertos o su asombro por cada cosa que decía. Podía decirles que acababa de salir de una nave espacial y la creerían. Estaban dispuestos a imaginar que todo era posible.

—También he visto a este hombre.

Señaló la foto de un hombre que podría ser de la edad de su padre, con barba y pelo canoso, aunque de aspecto mucho mas juvenil y saludable que Richard.

—¿Qué? —dijo Joe, a Willa la expresión de su cara le recordó a uno de esos peces de boca grande y aspecto bobalicón.

—Hace poco, cuando fui a ver la casa. Estoy segura de que era él. Me siguió. Y puede que lo haya mas veces, igual no él, si no sus súbditos o adeptos, o como se llamen.

—Entonces te conoce, sabes que estás aquí ¡joder!

—Claro que lo sabe Joe. Todo el pueblo lo sabe —respondió Jason.

—¿Y que coño importa si sabe o no que estoy aquí? ¿Quién narices es?

—Puede no ser nada, pero podría resultar peligroso para ti.

—¿Por qué?

Los tres hombres se miraron y luego la miraron a ella.

—Si no sabe donde está tu padre, o no lo tiene él, tú serías perfecta —dijo Jason.

—¿Podrías dejar de hablar en putos enigmas? Esto no es el jodido *Expediente X*.

—Una pena ¿no crees? —respondió Joe.

Willa miró a Avery que no sabía si reír o esconderse.

—Es Hunter Andrews, el tío de la secta, el mandamás, el gurú satánico—respondió finalmente Bill.

—¿El que hacía misas negras en mi casa?

—Ese mismo.

Willa miró otra foto colgada de la pared.

—No puede ser posible.

—Tu padre y Hunter eran buenos amigos en la universidad —dijo Jason, que se había levantado y estaba detrás de ella.

En la foto aparecía su padre y aquel hombre con veintitantos años, sostenían una copa de champán y parecía que iban a brindar por algo importante.

—Creemos que odia a tu padre.

—¿Y eso?

—No lo sabemos.

—¿A ti nunca te dijo nada? —le preguntó a Avery.

—Soy el primer sorprendido.

—¿Y qué es lo que se supone que quiere? No me lo habéis dicho.

—Sangre. Un sacrificio —dijo Bill con naturalidad.

—Quiere hacer un pacto con ese demonio. Estamos seguros, aunque no lo sabemos con certeza, que la primera vez no le salió como quería y ahora quiere volver a intentarlo. Y tu padre o tu sois perfectos para el propósito. Lo ha intentado varias veces durante todos estos años, sin éxito.

Joe hablaba como si eso fuera lo mas normal del mundo. Willa no podía creer que estuviera hablando de pactos faústicos como algo natural, pero ahí estaba, escuchando atentamente una historia que le parecía una locura.

—¿Quiere matarnos?

—Eso parece. No está bien de la cabeza. Se cree una especie de enviado de Satán o algo por el estilo. Por su culpa y la de tu...bueno, ya sabes, se extendió el pánico satánico por todo Greyfield.

—Un tipo peligroso —comentó Jason.

—Pero la gente le sigue —dijo Bill.

—Todos sus seguidores son personas perdidas y solas que creen que les dará una vida mejor, les da esperanzas mientras les quita todo lo que tienen, incluida el alma —añadió Jason.

—¿Cómo se llama su culto? ¿Qué es lo que hacen? —preguntó Willa.

—Son Los Descendientes de Caín, y ahora mismo tienen una granja donde hacen queso y miel y lo venden en el mercado.

—No parece muy peligroso que digamos. El nombre solo es para que la gente se interese por ellos, para crear polémica, para llamar la atención —dijo Avery.

—Tu no le conoces —dijo Joe.

—Yo creo que tú tampoco. Ninguno de vosotros.

—Oh, pues ahora veo que eres muy amiguito suyo, por lo que parece —añadió Bill.

—No digas gilipollices, no sabéis a que se dedica su secta y supongo, que si tuvierais pruebas de que están haciendo algo ilegal o peligroso se las llevaríais a la policía ¿me equivoco?

—La policía está comprada o forman parte de su secta, eso está claro. Si no, ya habrían hecho algo hace mucho tiempo. Todo el mundo en el pueblo saben lo peligrosos que son, lo que traman...—Joe parecía estar enfureciendo por momentos, aunque mantenía la voz en calma.

—¿Más teorías conspiratorias? —preguntó Avery con sorna.

—¿Cómo sabéis que planean un sacrificio humano? ¿No podrían sacrificar no sé, una cabra? —quiso saber Willa.

—Contactamos con alguien que salió de ese culto. Esa persona nos dijo que planeaban algo importante...y peligroso, aunque no nos dijo el qué.

—Claro, y voy yo y me lo creo —dijo Avery.

—Créelo o no, engreído, pero es la verdad —.Casi escupió Joe.

—Está bien, chicos. Iremos a verle. O al menos, yo iré —anunció Willa.

—Nosotros también vamos —dijo Bill.

—¿Qué narices vas a hacer? ¿Le vas a preguntar si planea un sacrificio humano? ¿Qué crees que te va a decir? Es absurdo —contestó Avery.

—Avery ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Mantenernos alejados de él. Eso es lo mas sensato.

—¿Qué pasa si ha secuestrado a Richard Nichols? —preguntó Joe.

—Sabemos que no le tienen retenido, Joe —respondió Bill.

—¿Sabéis donde está mi padre?

—No lo tenemos claro todavía, estamos siguiendo algunas posibles pistas.

Willa les miró con desconfianza. Sabían donde estaba su padre, lo notaba.

—Al menos se que está bien ¿no? —¿Por qué le importaba tanto ahora? Ni siquiera ella podía responder a eso. Pero se sentía aliviada de que su padre no hubiera sido secuestrado por una secta satánica que planeaba un sacrificio humano.

Miró encima de la mesa, había fotografías de la casa ahora, incluido el sótano.

—¿Habéis estado en la casa?

Joe se acercó y Avery se apartó un par de pasos. Willa también fue a mirar.

—¿En el sótano? ¿cómo entrasteis?

—Rompimos la cadena del candado y pusimos otra. Parece ser que nadie se dio cuenta.

—Eso es allanamiento de morada.

Joe la miró con recelo.

—No os voy a denunciar. Pero la próxima vez, pedidme permiso. Me habéis seguido, sabíais como ponerlos en contacto conmigo. No me jodáis u os denunciaré por acoso.

—Te seguimos también por que queríamos ver si ibas a ver a tu padre— añadió Bill.

—Además, seguimos a su amigo cura a una cabaña de lujo en Los Lagos. Creemos que tu padre está escondido allí.

—¿De veras?

—No vimos a nadie. El lugar estaba como una tumba. Aunque eso no significa nada — añadió Joe.

—¿Y cómo sabéis que está ahí?

Así que esa era la pista que tenían.

—Es de lógica. Le hemos seguido un par de veces y siempre acaba allí.

—Creía que no se podía entrar si no eras propietario.

—Es la casa de una de las familias de la iglesia. Se la dejan al cura.

—¿Y qué hace allí?

—No lo sabemos, podías preguntarle tú.

—Es otra de las cosas que tengo que hacer, pero primero quiero saber que visteis en el sótano.

—¿No has entrado?— preguntó Jason.

—Si lo he hecho, así que quiero saber cual fue vuestra experiencia.

Los tres se miraron.

—Sacamos fotos del suelo, vimos ese dibujo hecho con sangre aunque no vimos nada más, ni sentimos nada. Queremos llevar a la médium. Si nos dejas.

Todo el mundo quería esa casa, o entrar en ella, o mirar por el ojo de la cerradura.

—¿Por qué creéis que esa casa atrae a tanta gente? ¿qué es lo que tiene?

—Una fuerza poderosa— respondió Bill.

—Es como un imán para personas ya trastornadas— añadió Jason.

—Eso no es verdad. No hay pruebas, Jason— dijo Joe.

—Si me contáis todo lo que sabéis, si es que sabéis algo, os contaré mi experiencia en la casa antes de que salga en nuestro periódico— dijo Willa.

—Nos va a costar admitirlo pero sabemos lo mismo que todo el mundo. Hemos leído las transcripciones del juicio, hemos entrevistado a los vecinos, a exorcistas, a curas, a pitonisas... unos dicen que tu padre...

Joe paró y miró a Willa por el rabillo del ojo.

—Continúa.

—No quiero ofenderte.

—Dicen que tu padre mató a tu madre para escribir un libro sobre el tema y forrarse— añadió Jason.

—Pues no le fue bien— respondió Willa. Y luego añadió para sí ‘a ninguno de nosotros’.

—También dicen que realmente hubo una posesión. Un exorcismo que no acabó bien, no sería la primera vez— dijo Bill.

—¿Vosotros qué creéis?

Los tres se miraron de nuevo, podía ver la duda en sus ojos.

—Yo creo a tu padre, creo que tu madre fue poseída por un demonio. Y qué, obviamente, acabó mal— respondió Joe.

—Yo igual— añadió Bill.

—Pues yo creo que tu padre es un asesino. Y se merece todo lo que le ha ocurrido.

—Tío Jason ¿por qué eres así de desagradable?— dijo Joe, molesto.

—Está bien, es su opinión. Yo opinaba lo mismo hasta hace poco. Y todavía me cuesta no creerlo.

—Las pruebas presentadas lo demuestran. Tu madre pasó ocho horas ahí atada, sin comer ni beber, exhausta, asustada. Y sufrió un ataque al corazón.

Willa lo sabía, aunque había decidido ocultarlo en lo más profundo de su mente.

La náusea volvió, preguntó por el baño y se fue a vomitar el sándwich y las patatas. Sabía que su madre quería tener más hijos, una familia muy numerosa. Ese había sido su sueño desde siempre. Lo sabía por unas cartas que le había dejado leer una de sus amigas. Leerlas había sido una forma de tenerla cerca, de conocerla. Se sintió fatal, su madre no había conseguido cumplir su sueño y ella estaba malgastando su vida.

Cuando volvió todos estaban en silencio, como avergonzados. Avery apenas había hablado en toda la reunión. Willa era la que hablaba poco, la que no contaba nada y menos de su vida.

Ahora quería soltarlo todo.

—Me acuerdo de algo, pasó antes de aquella noche.

Les contó aquel recuerdo de su madre saliendo del sótano con un corte en la mano. Su extraña risa, su mirada. Ese comportamiento no era normal en ella.

—Pudo haber sufrido algún tipo de trastorno. Como tu padre ¿no?— dijo Jason sin pestañear.

—Puede que sí o puede que no. Tenemos que tener en cuenta al demonio— respondió Joe.

—Tener un trastorno mental no te convierte en un asesino. Esas tonterías son muy dañinas.— dijo Bill con convicción.

—Hay muchos asesinos que no tienen ningún problema mental. Son totalmente ‘normales’, sea lo que sea ser normal. Saben distinguir perfectamente entre el bien y el mal, pero deciden hacer el mal— dijo Joe.

—¿Cómo lo sabes? ¿tienes la estadística?— le preguntó con chulería Jason.

—Eso da igual. Es así y ya está.

—De hecho, las personas con problemas mentales tienen más papeletas para ser víctimas de crímenes, o de si mismas, que para cometerlos— añadió Avery, y todos asintieron.

En el panel también tenían dibujos antiguos de diablos, frases en latín como las de los grafitis de la casa, la fotografía de un cura haciendo un exorcismo, símbolos. Ellos también creían que era un demonio. Tenía que serlo.

Así le dijeron Joe y Bill.

—Yo lo vi —les contó—. Lo mismo que vio Matt Roberts. En el sótano. Tenemos una grabación.

—¡Vaya! —exclamó Joe— ¿Podríamos verla?

—Ya la veréis cuando la publiquemos en la web. Se ve claramente.

—Siento discernir. No se ve más que una sombra que podría ser cualquier cosa. No está claro...— dijo Avery. Había visto el miedo en su cara cuando le enseñó el video. Se negaba a

creer. Y eso le recordaba mucho a ella hacía nada más que unos meses.

—No me importa lo que creas o lo que se vea. Yo sé lo que vi. Estaba ahí. Lo sentí.

La noche siguiente, después de pasarse el día intentando recordar, llegó a la casa cuando ya había anochecido y el horizonte se tornaba negro después de haber pasado por el rosa y el naranja. Se sentía muy cansada y no tenía su querido amigo vodka para ayudarla con el trago de contar lo que recordaba. O lo que no recordaba ¿Dónde se habían ido sus recuerdos? Esos que habían dejado un poso de terror, soledad y desolación. Esos que no la habían dejado avanzar en su vida.

Avery estaba allí, en el porche, vestido con una camisa blanca, un jersey azul y unos pantalones chinos. A esa luz le pareció hasta guapo, pero sabía que lo único que quería era dejar de pensar en lo que iba a hacer o decir. En que no tenía ni idea si lo recordaría estando allí. La última vez no lo había hecho. Se había dedicado a deambular por la casa como si esas vivencias pertenecieran a otra persona, como si ese hubiese sido el hogar de otra familia que no tenía nada que ver con ella.

—Llegas un poco tarde —dijo Avery mirando el horizonte— No me hace ninguna gracia estar aquí de noche.

—Pues no lo hagamos —.Respondió ella subiendo las escaleras.

—Necesito la entrevista para ayer.

—No sé si seré capaz.

Avery le puso las manos enguantadas sobre los hombros.

—Has hecho cosas peores.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú misma me lo dijiste.

—No creo que haya hecho nada peor que esto en mi vida— añadió poco convencida.

Abrió la puerta y le dio la sensación de que había alguien dentro de la casa.

Escuchó una voz por detrás, era un hombre.

—¿Quién está?— preguntó a Avery.

—Es Lewis, ha estado sacando fotos del jardín y de la casa. Te sacaré un par de fotos, aunque la luz no es muy buena. Vas a salir horrible.

—No quiero que salga mi puñetera cara en el periódico. Todo el mundo me reconocerá y ya no podré comprar vod...y ya no seré anónima.

—Vamos, en este pueblo te conoce ya todo el mundo.

—No es verdad.

—Algunos son muy educados para decir nada, pero todo el mundo que te ve sabe quién eres, incluso los más jóvenes.

Entraron en la casa y por allí apareció Lewis, con su enorme sonrisa y su vieja cámara de fotos.

—Buenas noches ¿cómo estáis? Creo que las fotos nocturnas con flash van a quedar genial. Le dan un aire misterioso y decadente a la casa. Y como las vamos a colgar todas en la web, no va a hacer falta ni elegir.

Willa dejó su bolso encima de la mesa del comedor, estaba agotada. No podía ni pensar.

—Por cierto, ¿habéis visto lo que hay arriba?

Willa se acordó de que la última vez no habían subido.

—Si Lewis. Lo hemos visto— respondió Avery, cansado.

—Da muy mal rollo.

—Hoy no llevas mascarilla ¿no vas a pillar alguna cosa si no la usas?— preguntó Willa, que había notado algo raro en él desde que habían entrado y no sabía que era hasta que se dio cuenta de que no se había puesto la mascarilla.

—Ya no la necesito— admitió.

Lewis había traído unas bolsas de patatas y unos refrescos y se estaba abriendo uno cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué es esto Lewis? ¿un picnic?— preguntó Avery mientras Willa iba a abrir la puerta.

—Oye tío, llevo un buen rato aquí, tengo que alimentar este cuerpazo.

Willa abrió la puerta sin pensar.

Se sorprendió, puesto que no se esperaba a la persona que había al otro lado.

BUSCAMOS LA VERDAD

MUNDO SOBRENATURAL

www.mundosobrenatural.com


¿DÓNDE SE ESCONDE EL DEMONIO DE GREYFIELD?

¿Dónde se ha metido el infame escritor acusado de asesinar a su esposa hace ya cuarenta años? ¿Quién le ha ayudado a salir de la institución psiquiátrica donde estaba recluido por voluntad propia después de cumplir condena? El hombre está muy enfermo y podría morir en cualquier momento, por lo que las autoridades le buscan sin descanso. Se bajaran varias posibilidades, entre ellas que haya sido secuestrado



por Los Hijos de Cain, la secta liderada por su ex compañero de universidad Hunter Andrews, un hombre de lo mas siniestro. Otra posibilidad es que se haya reunido con su hija, Willa, a la que no ve desde hace mas de veinte años, aunque no hay pruebas de que haya ocurrido nada de lo nombrado. Seguiremos buscando el paradero de Richard Nichols.

BIG FOOT VISTO EN EL BOSQUE

POR JOE E.

El pasado sábado una pareja iba caminando por un bosque cerca de la localidad de Greyfield cuando sus ojos vieron algo que no podrían creer, Big Foot paseaba entre los árboles a varios metros de donde ellos se encontraban. La mujer logró sacar una foto borrosa con el teléfono, pero no cabe duda de que la presencia extraña es el famoso Big Foot.

Las imágenes han sido creadas con Texto a Imagen de Cariva

La Noche Del Cazador

—¿Qué coño está haciendo aquí?

Avery se acercó a Willa y le puso la mano en el hombro.

—Veo que ya me conoce. Sé que no me esperaba señorita Nichols, o Harker, como prefiera. Pero, puesto que ya que estoy aquí, me encantaría que me invitara a pasar.

Hunter Andrews iba vestido como cualquier hombre en pleno otoño, pantalones vaqueros y una chaqueta acolchada. Llevaba el pelo un poco largo peinado hacia atrás y barba canosa abundante. Podría ser cualquiera, el quiosquero de la esquina, el vecino de enfrente o el tierno abuelito que lleva a sus nietos a ver a Papa Noël.

Willa dudó varios segundos si dejarle pasar o cerrarle la puerta en las narices.

—No ha respondido a mi pregunta.

Hunter pasó y se quedó en medio del salón varios segundos, muy quieto, como esperando que ocurriera algo.

Lewis se le quedó mirando, entre asombrado y aterrado mientras se comía unas patatas fritas.

Avery y Willa esperaban de pie a que el gurú, el maestro, abriera de nuevo la boca.

—¿Le interesaría comprar la casa?

—Está muy diferente a como la conocí. Ha perdido su esencia.

—Pero sigue teniendo un inquilino muy molesto. No paga el alquiler.

Hunter rió de una forma escandalosa. Y su risa retumbó por toda la casa.

—¿Sabe Willa? Me recuerda mucho a su padre.

Willa decidió no sentirse ofendida esta vez.

—Hablando de mi padre ¿Sabe donde está?

—No le he visto en años. Le fui a ver al psiquiátrico en una ocasión, pero me escupió a la cara. Ese viejo es de armas tomar.

—No sé si creerle.

—Eso es solo decisión tuya.

Hunter miró a Avery, que estaba al lado de Willa a modo de guardaespaldas.

—Soy Avery Green, trabajo en el...

—Se quien es. Encantado de conocerle.

El hombre se dio la vuelta y saludó a Lewis con la mano, el otro hizo lo mismo. Después miró a su alrededor como buscando algo.

—Este lugar está impecable.

—¿No parece una casa encantada, endemoniada, como cojones sea? —preguntó Willa.

Hunter se encogió de hombros.

—Conoció a mi madre ¿verdad?

Hunter no respondió, simplemente ignoró su pregunta.

—Lo he leído en su diario. No le nombra directamente, pero ahora que le veo. Es usted.

—Era una mujer encantadora. Siento mucho lo que le pasó.

Willa estaba empezando a impacientarse, quería hacerle mas preguntas, aunque una parte de ella simplemente deseaba golpearle en la cara. Sabía que no le iba a decir nada mas, así que era inútil cabrearse e insistir.

Se había imaginado al gurú vestido con una túnica blanca de lino, dando un discurso en un prado rodeado de hombres, mujeres y niños a los que manipular con su labia y sus palabras de filosofía barata. Un hombre intocable, un semidiós, un ángel o un demonio, dependiendo de a quien preguntéis. Seguro que su libro favorito era ‘Helter Skelter’ y le gustaba sentar en sus piernas a las chicas jóvenes mientras les prometía que las liberaría del dolor y la angustia que las atormentaba, que solo tenían que hacer lo que él deseaba. Willa se sacudió esas imágenes de su cabeza, se le estaba revolviendo el estómago.

—Sé lo que está pensando.

Ella le miró de verdad a los ojos, eran de un azul verdoso profundo, como un estanque en el que te podías perder.

—¿También lee el pensamiento? Vaya, tiene muchos talentos extraordinarios.

Hunter sonrió, tenía los dientes blancos y perfectos. A Willa le pareció guapo, de una belleza que no era terrenal ‘¿Pero en que demonios estoy pensando? Podría ser mi padre y además es el puto gurú de una secta’. Por mucho que le desagradara no podía negar su atractivo, su magnetismo. Entendía como era posible que consiguiera adeptos fácilmente.

—Cree que hicimos cosas aquí ¿cierto? Cosas digamos...desagradables.

—Desagradable es vomitar sobre la alfombra. Yo lo llamaría crímenes.

—No somos ese tipo de colectivo.

—¿Quiere algo de comer señor? —interrumpió Lewis, que estaba sentado mirando la escena como si viera una película.

Hunter negó con la mano y una sonrisa de agradecimiento.

—Me temo que las historias que se cuentan sobre nosotros —dijo ‘nosotros’ señalándose a si mismo —proviene de la imaginación febril y retorcida de algunas personas que no entienden que hay otras formas de vida, diferentes la que nos ha impuesto esta sociedad capitalista y egocéntrica.

Sonaba a vendedor de aspiradoras.

—¿Es que quiere que nos unamos? —preguntó Avery. Willa le dio un codazo.

—Todos son bienvenidos. Incluido tu padre, Willa, quería invitarle a que se uniera a nuestra comunidad. Allí será bien recibido y estará bien atendido.

—Dudo de que mi padre sepa cantar el Kumbaya.

Hunter sonrió con cordialidad, aunque Willa podía ver algo en sus ojos. Pero podrían ser imaginaciones suyas. Esa mirada, estaba llena de ponzoña.

—¿Y el nombre? ¿Los Descendientes de Caín? No me parece muy apropiado para una comunidad que se dedica a proclamar la paz en el mundo.

—Caín pagó por sus pecados, e hizo algo grande. Fundó una ciudad. Y eso es lo que a mi me gustaría crear. Un lugar donde empezar de cero, en donde tu pasado no tiene importancia, en que seas perdonado y no te señalen por la calle, en el que puedas perdonarte a ti mismo. Vivir de nuevo y tener una vida plena y feliz.

Se lo imaginó bailando y rezando en túnica con toda su congregación. Todos felices y drogados mientras sacrificaban una cabra al dios ‘nosequé’.

—¿Y las víctimas? Ellas no pueden empezar de cero. No les dieron esa oportunidad.

—Entiendo tu punto de vista. Es normal sentirse así. No hay nada de malo en ello.

‘O como hablar mucho sin decir nada’ pensó Willa, que no quería discutir con ese hombre, a pesar de que las ganas de gritarle eran cada vez mas intensas.

—¿Ha venido a buscar a mi padre? ¿Quiere echar un vistazo para cerciorarse de que no está aquí?

Él no respondió, se quedó mirándola.

—Por cierto ¿son suyos esos *grafitis* de la habitación de mis padres?

Él parecía confuso.

—Se quedaron aquí una temporada ¿verdad? En los ochenta y noventa.

—Eso fue hace mucho. No teníamos un lugar donde quedarnos y este lugar nos pareció perfecto...

—Para hacer los sacrificios.

Sonrió de nuevo y Willa tuvo que morderse la lengua para no gritarle. Notó el sabor de la sangre en la boca, cálida, férrica.

—Crea lo que quiera ¿no le parece que me habrían detenido si hubiera asesinado a alguien? ¿cree que los gritos no se oirían en este vecindario?

—Hay muchas formas de silenciar a alguien.

Hunter pareció ignorarla.

—¿Me permite? Me gustaría ver la parte de arriba.

Avery cogió a Willa de la mano mientras como veían a Hunter Andrews subir las escaleras.

—¡Como si estuviera en su puta casa! —le gritó, él ni siquiera la miró.

—Willa, cálmate un poco —dijo Avery.

—Claro, solo hace falta que me lo digas para que me calme ¿no te jode?!

Ambos subían las escaleras. Willa esperaba encontrarse a su Tito Hunt invocando al demonio ahí mismo, ambos abrazados, como dos amigos que no se han visto en años.

El hombre estaba ahí parado, como una sombra, la luz de las farolas iluminaba la estancia de un color anaranjado, como si el infierno se hubiera desatado fuera de la casa, como si hubieran hecho una jornada de puertas abiertas y todos los demonios hubieran salido de caza o a bailar, o a poseer humanos. Vete a saber como se divertían.

—Este lugar es especial —dijo el viejo.

—Para mi no es mas que un infierno —respondió Willa.

—Lo comprendo. Pero el demonio no está aquí.

—¿Qué dice?

Hunt se acercó a ella, parecía mas alto y su voz sonaba distinta, más grave y profunda si cabe, incluso aquellos ojos azul verdoso brillante habían cambiado, parecían amarillos.

Le pareció que sonaba una música lejana, una pieza clásica.

—El demonio está aquí mismo —dijo señalando la sien de Willa.

Ella se apartó un paso y empezó a sentir mucho calor.

—O puede que lo tenga delante señorita Harker. Puede que esté hablando con él ahora mismo ¿qué le gustaría saber?

Ella se volvió a apartar pero él seguía acercándose. La cogió del brazo y sintió su aliento a podrido en la cara. Las náuseas volvieron.

—¿Por qué no se va de vuelta al infierno? ¡Puto malnacido!

Hunter rió, su boca parecía cada vez mas y mas grande, como si se la fuera a tragar de un bocado. Esos dientes puntiagudos podrían triturar su carne sin ningún problema.

—Antes tengo que terminar algunos asuntos aquí—respondió, aunque todavía no había vuelto a ser el mismo.

—Me haces daño ¡suéltame de una vez!

Willa buscó a Avery, pero parecía que había desaparecido, que se lo había tragado la casa.

—¡Avery! —gritó.

—Tu amiguito está ocupado ahora mismo.

—Déjame en paz desgraciado y cómprate una vida.

Él parecía estar disfrutando de aquello, su mirada, su sonrisa. La empujó contra la pared. Ella se golpeó la espalda y cayó al suelo, pero Hunter o lo que le hubiera poseído no la dejó y la agarró del cuello. Tenía una fuerza descomunal.

—Todavía no he terminado contigo Willa. Ni con tu querido padre.

Ella daba patadas al aire, e intentaba quitarse la garra que sostenía su cuello, dejándola sin respiración.

—¿Por qué? —logró decir en un susurro. La garganta le ardía. Sentía un calor intenso recorrer su cuerpo, como una fiebre.

— Por que si. Por que puedo.

Le pareció que la casa ardía. Vio llamas a su alrededor, como si ambos hubieran bajado al infierno. El calor cada vez era mas insostenible. Le dio la sensación de que su piel se derretiría en cualquier momento.

—Arderás conmigo en el fuego eterno.

Vio la silueta de Hunter recortada contra el fuego, parecía que le salían cuernos de la cabeza. Había doblado su tamaño y emitía calor y olor a quemado.

—Bienvenida al infierno.

—Ya he estado y he sobrevivido, capullo arrogante.

Cerró los ojos esperando una muerte horrible mientras el dolor le recorría la espina dorsal. El demonio había ganado. Y ella había sido incapaz de luchar. Las lágrimas se evaporaban de sus mejillas debido al calor y todo se volvió oscuro.

Cuando abrió los ojos estaba en el suelo y Avery le tomaba el pulso.

—Te has desmayado —le dijo sin que le diera tiempo a preguntar que era lo que había pasado.

Ella miró a su alrededor. Hunter estaba de pie, mirando por la ventana, ajeno a la escena que había a su espalda. Se sentía algo mareada, tenía ganas de vomitar.

—Tienes fiebre. Deberías volver a casa y descansar. A no ser que quieras que te lleve al hospital.

—No, estoy bien. Ayúdame a levantarme.

Cuando se levantó la habitación daba vueltas, veía doble todas las palabras y símbolos del pared, parecía que se movían, que tenían vida propia y que querían grabarse en su piel, como tatuajes.

—Joder.

—Te llevaré a casa.

—Hunt, cabrón asqueroso...—dijo con la voz rota.

Hunter se dio la vuelta. Sus ojos volvían a ser azul verdoso. Vacíos como la nada.

—¿Crees que he sido yo quien ha provocado tu desmayo? Willa, creo que estás enferma y que debería verte un médico. No puedes seguir así.

Avery la sujetaba para que no se cayera y ella tenía ganas de gritarle.

—¿Qué coño quieres? ¿A qué has venido?

—Sé lo que te pasa. Sé que necesitas culpar a alguien de todas tus desgracias, de que eres una víctima, de que no tienes culpa de nada, de que el mundo te debe algo. Pobrecita Willa.

—¿Has venido de tu querida granja de La Casa de la Pradera solo para decirme eso?

—He venido para ayudarte. Para que dejes todo el trauma atrás y empieces una nueva vida. Nosotros podemos ayudarte. Estás a tiempo de salvar tu alma, de limpiar tus pecados, de volver a nacer. Y tu padre también.

—Hablas como un puto predicador de la tele.

—Ya te lo he dicho, piensa lo que quieras. Se que por mucho que intente convencerte no vas a cambiar de opinión. Ni siquiera después de lo que has visto.

Willa se quedó helada, un escalofrío le recorrió el cuerpo a pesar del calor que tenía por la fiebre. Le dio la sensación de que había alguien mas en esa habitación con ellos. Alguien observaba y escuchaba desde la sombras. Se dio la vuelta.

Era Lewis.

Willa suspiró de alivio.

—No sabes lo que he visto.

—Me lo puedo imaginar. Lo has visto a él. Está aquí ahora.

—Si el maldito demonio existe, también debe haber ángeles ¿dónde están?

Él no respondió. Igual es que no había ángeles. O la habían abandonado, como Dios había abandonado a su madre aquella noche.

—Rezaré por ti, por tu alma y por la de tu padre.

—Mientras no me sacrifiques en un ritual satánico, me vale.

Hunter estaba empezando a irritarse, según pudo ver Willa en la expresión de su rostro. Pero solo sonrió y a Willa le pareció que esa expresión era muy de psicópata.

—Volveré Willa.

—¡Nadie te ha invitado!

Se sentía cada vez peor, bajaron las escaleras y vio como Hunter Andrews se despedía con la mano antes de abrir la puerta y se sumergía en la oscuridad de la noche. A pesar de que estaban todas las farolas encendidas, apenas se veía la calle.

—Voy a..voy a...

Se metió corriendo en el baño y vomitó. Temblaba y se sentó al lado de váter, esperando calmarse de verdad.

—Capullo —se dijo— Necesito una puta copa.

Se notaba muy caliente, como a punto de explotar. Todavía sentía el calor que había notado en lo que hubiera sido aquello ¿una visión? ¿una alucinación? ¿lo que la esperaba? No sabría decirlo y no quería saberlo.

Avery llamó a la puerta.

—Estoy bien joder. Ahora salgo.

Esperaba dejar de temblar, y se puso en pie con dificultad. Sus piernas parecían de goma. Se lavó la cara con agua muy fría. Se sentía extrañamente mejor, aunque en su cabeza no dejaban de pasar esas imágenes infernales una y otra vez.

En el espejo vio a una extraña. Otra vez estaba aquella mujer en el espejo. Observándola con esa sonrisa siniestra.

—¿Por qué sonríes? —‘Como si me fuera a contestar’.

La mujer del otro lado del espejo la miraba fijamente, como si se tratara de un cuadro.

Vio como le estaba saliendo algo de la boca, se acercó un poco mas al espejo y se tocó la cara, esperando encontrar algo ahí. Una cucaracha se deslizó por los labios de la extraña y Willa se apartó bruscamente, dándose un golpe en el hueco trasero de la rodilla.

—Joder.

Volvió a mirarse al espejo, esta vez estaba sola. Parecía el Joker con todo el maquillaje corrido.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Willa ¿estás bien?

—Si, si. Ahora salgo.

Su cara ya no estaba tan caliente. Su estómago rugió, definitivamente estaba mejor.

—Eso ha sido muy raro tíos —dijo Lewis cuando Willa entró en el comedor.

—Si que lo ha sido —respondió Avery.

—He visto algo. Cuando me he desmayado —Willa temía que la tomaran por loca, aún así les contó lo que había visto.

Mientras lo narraba se sentía estúpida. Eran tan surrealista que ni ella misma sabía que era lo que realmente había visto.

—No me jodas tía, has estado en el infierno —observó Lewis.

—No es la primera vez.

—Debe haber sido por la fiebre —respondió Avery. Le tocó la frente —Sigues algo caliente.

—¿Por qué cojones no me crees?

—Claro que te creo, solo digo...

—Solo dices que son alucinaciones, que nada de eso es real ¿Hunter Andrews era real o también me lo he imaginado?

Avery la miró con preocupación.

—Crees que estoy loca, que deberían encerrarme en un psiquiátrico y tirar la llave.

—Ahora estás siendo paranoica.

—Eres la leche.

Llamaron a la puerta antes de que la discusión empezara a acalorarse, aunque Avery no parecía dispuesto a pelear. Ella si.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? —preguntó bruscamente al abrir la puerta.

—Somos tus ángeles —dijo Bill.

—Hemos venido a que nos hagas un tour, quizá te hagamos una oferta —añadió Joe entrando sin esperar a ser invitado. Los otros dos le siguieron mientras Willa se apartaba a regañadientes.

—No podéis pagar lo que pido.

—Prueba —respondió Jason.

Los tres se dirigieron al comedor donde Avery les trató como si fueran sus mejores amigos y Lewis les saludaba como si les conociera de toda la vida.

—Traemos pizza —anunció Bill con tres cajas de cartón.

—Tío, me estaba muriendo de hambre —dijo Lewis.

—Has estado comiendo toda la tarde —agregó Avery.

—¿Cómo lo sabes si no me has visto?

—¿A que habéis venido? —preguntó Willa mientras cogía un trozo de pizza de peperoni. Tenía que admitir que se alegraba de que hubieran traído comida.

—Nos ha llamado Avery, así que nos hemos ido a por pizzas —dijo Joe.

—Esto es lo mas parecido a una fiesta de pijamas que he estado en mi vida —admitió ella.

—Pondremos música y expulsaremos al demonio —afirmó Joe.

—Depende de la música que le pongas, quizá le guste y se una a la fiesta —dijo Lewis.

—Si, quizá incluso nos hagamos amigos. Si no puedes con tu enemigo, únete a él —dijo ella.

—O baila con él —añadió Jason.

—¿Crees que le gustarán los Rolling Stones?

—Podemos probar.

Pusieron la música, comieron pizza, bailaron y rieron. Willa se sentía mejor a pesar de lo que había visto. Nunca se habría imaginado que iba a celebrar una fiesta improvisada en aquel lugar infernal. Quizá lo que aquella casa necesitaba era alegría, normalidad, música, risas. Pensó que puede que fuera eso lo que expulsaría a sus demonios, tanto externos como internos. Como matar a Michael Myers con un abrazo y unas palabras de cariño, ya que parecía que las balas, el fuego y el metal le hacían mas fuerte. Nunca se les había ocurrido.

¿O puede que fuera lo que ella necesitaba? Algo que le diera fuerzas, que la amarrara a la vida, que le hiciera sentir parte de algo, que le hiciera olvidar el sufrimiento por el que había pasado. Y eso podía ser una pizza con sus nuevos amigos en su casa encantada.

¿Alguien que conoces está en una secta?

Identificar si alguien pertenece a una secta puede ser difícil, ya que las sectas suelen utilizar tácticas manipuladoras y engañosas para controlar a sus miembros. Sin embargo, aquí hay algunas señales potenciales de que alguien puede estar involucrado en una secta:

1. Tienen un cambio repentino de personalidad, comportamiento o valores que parecen estar fuera de carácter.
2. Pasan una cantidad excesiva de tiempo con su grupo y tienen poco contacto con amigos y familiares fuera del grupo.
3. Son extremadamente defensivos con el grupo y su líder, y pueden volverse hostiles o defensivos si se les pregunta sobre el grupo.
4. Se les exige o presiona para que entreguen sus pertenencias personales o dinero al grupo.
5. Muestran signos de maltrato psicológico o físico, como depresión, ansiedad, privación del sueño o falta de alimentos o agua adecuados.
6. Se les disuade o prohíbe cuestionar las creencias o prácticas del grupo, y se les castiga si lo hacen.
7. Se les aísla del mundo exterior y puede que no tengan acceso a noticias o información de fuentes ajenas al grupo.

Sin embargo, es importante señalar que estos signos por sí solos no indican necesariamente que alguien pertenezca a una secta, y es importante abordar la situación con empatía y comprensión. Si estás preocupado por alguien que conoces, puede ser útil hablar con un profesional de la salud mental o un experto en sectas para que te oriente sobre la mejor manera de apoyarle.

Luna Asesina

Avery se ausentó por una llamada de teléfono, Willa le vio desde el salón mientras comía pizza con el grupo de raritos.

—¿Sentís algo fuera de lo normal? —Les preguntó.

—Después de la visita del tío ese extraño todo me parece muy normal —respondió Lewis.

—¿Qué tío? —preguntó Jason, que estaba a punto de comerse otro trozo.

—Ah, no ha sido nada, solo Hunter Andrews —contestó ella.

Los tres amigos se la quedaron mirando con la boca abierta.

—¿No estás diciendo que ha estado aquí? ¿Aquí mismo? —preguntó Joe.

Willa asintió con la cabeza. Tenía la boca llena.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

Esta vez fue Lewis el que le dijo que el tío se acababa de ir cuando ellos llegaron.

—¡Joder, tío! ¡Por un segundo no le hemos visto! —exclamó Bill, decepcionado.

—¿Le conocéis?

—No, bueno, no en persona.

Lewis les miraba sin entender.

—¿Es famoso o algo? Tendría que haberle pedido un autógrafo.

—¿Qué impresión os ha dado? —preguntó Jason.

Willa les contó lo que había experimentado. Volver a contarle le pareció otra experiencia surrealista, pero quería saber si ellos tenían algún tipo de explicación racional. Aunque para eso ya tenía a Avery.

—Vaya, vaya. Así que nuestro querido Hunter se ha convertido en un mensajero del infierno. ¿Quién lo iba a decir? —añadió Joe.

Lewis les miró con sorpresa, a pesar de que ya había escuchado la historia.

—¿Ha ocurrido algo así antes?

—Bueno, no nos consta, pero eso no significa nada —respondió.

—Estoy segura ahora de que fue él quien invocó al demonio y no mi madre—afirmó Willa.

Miró hacia la puerta del sótano y se imaginó al demonio con cola y cuernos, saliendo para cogerla de los pelos y llevarla directamente al infierno.

—Eso tiene sentido —añadió Jason.

—¿Por qué lo haría aquí? ¿No tenía otro lugar mejor?

—Deben ser las energías de este lugar. Tiene algo magnético...—dijo Bill.

—O puede que en ese sótano estén las puertas del infierno —interrumpió Lewis.

Todos le miraron.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Willa, intrigada.

—No lo sé. Es solo una conjetura, tía. Después de haber bajado ahí, estoy seguro de que no es un lugar seguro, está más que maldito. Es un sitio raro de cojones.

Cuando Avery volvió, le dijo a Lewis y a los demás que tenía que hablar con Willa a solas, así que se dirigieron a la cocina.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Es tu padre.

Ella le miró sin entender nada.

—¿Te acaba de llamar?

—No, ha sido...Miguel Vázquez, el hijo del cura. Bueno, su sobrino en realidad.

Willa se extrañó de que no la hubiera llamado. No quería enfadarse, pero no pudo evitarlo.

—¡Y por qué cojones te llama a ti?! ¡Es mi padre!

—Eh, yo solo soy el mensajero y tampoco sé por qué me ha llamado a mí y no a ti. ¿De acuerdo? No le conozco de nada. Solo he visto a su tío un par de veces en el sanatorio. Siempre me daba largas cuando le preguntaba si podía darme una entrevista.

—No lo entiendo.

—No voy a llamar a la policía si eso te preocupa. Es una fuente valiosa para la noticia.

—¿Qué te ha dicho?

—Que nos veamos el domingo por la noche en la iglesia. Ellos estarán allí.

—¿Ellos?

—Tu padre, Miguel, y el padre Vázquez. Nos esperan a los dos, especialmente a ti.

Ella sabía lo que le esperaba.

—Entonces este domingo acabará todo. Para siempre. Pero... necesito verle ya. No puedo perder más tiempo.

—Entonces llama a Miguel. Él sabe dónde está. Tu padre está deseando verte.

Willa no quería admitir que ella también. Por una vez.

—¿Tienes miedo?

—En realidad estoy deseando acabar con esta mierda.

No sabía cuántas veces había repetido esa frase a lo largo de su vida, y especialmente esos últimos meses.

—Tu padre lleva desde siempre queriendo verte.

—Lo sé, joder. Estaba muy cabreada y ahora... ahora...

No podía decir el miedo que tenía. No podía permitirse ser débil en estos momentos.

—Lo entiendo. Y aunque le hubieras visto durante todos estos años, esto, lo que sea que es, tendría que terminar de la misma manera. No creo que haya más alternativas.

—Pero todavía no sabemos qué es lo que va a pasar. No puedes exorcizar a un demonio de una casa. Ellos...

Comenzó a reír, por lo que sintió como si le fuera a explotar el lado izquierdo de la cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Todo. Esto ¿No te das cuenta de que es como una película mala de terror? ¿De esas de serie Z?

—¿No te parece que a veces la vida es como un telefilm cutre?

Ambos rieron.

—La gran mayoría están inspirados en hechos reales —añadió él.

—Lo que no significa que no sea trágico.

—Muchas han sido noticias de nuestro periódico.

—¿Crees que harán un telefilm de mi vida? Cambiando los nombres y todo eso para que no lo parezca.

—Me pregunto quién me interpretará a mí.

—Seguro que se inventan un romance entre nosotros. Así que tendrá que ser un actor joven y guapo.

—O sea, alguien parecido a mí.

Los dos volvieron a reír.

En aquel momento parecía que no había ningún ser demoníaco encerrado en el sótano. No podía ser posible.

Al salir de la casa, Willa decidió que ya era hora de llamar a Miguel. No podía perder más tiempo. Tenía que saber qué tenían pensado hacer, si es que iban a hacer algo.

—¡Hola! ¡Vaya sorpresa!

—Mientes fatal —respondió ella.

—Lo siento...

—Quiero verle.

—Lo sé, por eso...

—Me tendrías que haber llamado a mí en lugar de a Avery.

—Lo sé, lo sé.

—Ya da igual.

—Te envío la dirección.

—No te preocupes, no voy a avisar a la policía.

Ni tampoco iba a llevar la pistola. Ya se le habían quitado las ganas de dispararle.

Buscó en Google Maps la ubicación que le había dado Miguel y respiró hondo. Tenía la imperiosa necesidad de beber. No podía enfrentarse a esto, sobria. Nunca se había enfrentado a nada así y, además, tenía la boca seca.

—No puedo hacer frente a un demonio borracha —se dijo mirando al aparcamiento del primer bar de carretera al que había llegado sin saber cómo.

Una punzada le recorrió la nuca, los oídos le pitaban y empezó a escuchar un extraño susurro en un idioma que no entendía. El neón de la entrada se iluminó en rojo como el fuego, le pareció leer ‘Bienvenida al Infierno’, pero tras parpadear un par de veces pudo leer ‘Tenemos billar’.

¿Era locura lo que se estaba extendiendo por su cuerpo como un virus? ¿O era otra cosa? ¿Cómo podría saberlo? Ya sabía la respuesta y lo que tenía que hacer, aunque eso no lo hacía más fácil.

Pensó que igual tomándose un chupito de agua bendita, lo que fuera que hubiera dentro de ella desaparecía para siempre. ‘Si fuera tan fácil’ pensó riendo cuando notó una presencia. No se atrevió por el retrovisor, puesto que sabía lo que vería y no quería verlo. En la radio sonaba ‘The Killing Moon’ de Echo and the Bunnymen y empezó a sentir un calor que le salía de dentro. Un calor sofocante, angustiante. Cerró los ojos, intentando encontrar la calma que había sentido en la iglesia.

La luna brillaba casi llena en un cielo oscuro y tenebroso.

Y de pronto se encontró en una encrucijada, ir a ver a su padre totalmente sobria o comprarse una botella y beber hasta perder el conocimiento, esperando que cuando despertara todo hubiera terminado. Ya no tendría que enfrentarse a su culpa, a su remordimiento, a sí misma. A su padre. Y después a sus demonios internos y externos.

El Diablo y Yo

Una pequeña sacudida le despertó, había oscurecido fuera y habían encendido una pequeña luz. Se sentía mucho mejor, con más energía.

—Es el momento. Willa ha llamado. Quiere verte y va a venir dentro de un rato.

Anthony había traído una silla de ruedas, al principio Richard se negó a utilizarla, aunque después de caminar unos pasos ya no podía más, resoplaba como un caballo y era incapaz de continuar. Su amigo incorporó el gotero a la silla, como si estuviera en un hospital. Pero eso era un enfermo. Llevaba así cinco años y los médicos no habían podido hacer nada. La quimioterapia había servido durante un breve espacio de tiempo, pero el tumor de su estómago había vuelto de forma más agresiva, como si lo hubiera enfurecido por intentar deshacerse de él.

Una parte de él se tomaba su enfermedad como un castigo divino, pero, por otra parte, sabía que no era así. Gente buena moría cada día debido a largas y horribles enfermedades, gente que era querida y respetada, personas que no habían hecho daño a nadie. Que querían vivir con todas sus fuerzas.

Las enfermedades no entienden de bondad o de maldad. Y eso era injusto.

No quería que se le notara; sin embargo, estaba muy nervioso. Sentía ese encogimiento en el estómago que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Antes de la visita, Miguel y Anthony asearon a Richard, que estaba avergonzado, pero agradecido. Se notaba que no era la primera vez que limpiaban a alguien. Se sentía mucho más viejo de lo que realmente era.

Después le vistieron y Miguel le puso su propio perfume, uno que olía a limpio.

—Tienes que estar presentable para ver a tu hija.

Se sentaron en el salón, el padre Vázquez estaba haciendo café y había colocado bollos y pastas sobre la mesa, como si aquello se tratara de una visita formal de una conocida que iba a

leerles la Biblia.

Richard no dejaba de darse la vuelta, esperando escuchar el ruido del telefonillo y luego del coche sobre la grava de fuera. ¿Qué sentiría al ver a su hija después de tantos años? ¿Qué haría ella? ¿Le gritaría y le lanzaría las galletas o le abrazaría?

Pasaba el tiempo y Willa no aparecía.

—¿Y si ha cambiado de idea, Anthony? ¿Y si ha decidido no venir?

—Deja de preocuparte, Richard, sé que vendrá. Estoy seguro. Es ella quien ha llamado, quien ha pedido verte antes. Además, le he dicho que aquí tiene una habitación para que se quede a dormir.

A Richard le fascinaba la seguridad de su amigo. Para él, al final todo salía bien y, como se decía ‘si no ha salido bien es que todavía no es el final’. Esperaba que esta vez tuviera razón. Aunque la tenía la mayoría de las veces.

Miguel se paseaba de un lado para otro con un cigarro apagado en la mano, no dejaba de jugar con él y a Richard le estaba poniendo nervioso.

—Recemos antes de que venga— dijo Anthony.

Richard no estaba seguro, pero no había nada mejor que hacer, así que se dieron la mano, cerraron los ojos y comenzaron con el ‘Padre Nuestro’. Richard abría los ojos de vez en cuando, esperando que Willa apareciera de repente, como un milagro, como la Virgen María a los pastores.

El día se había oscurecido y el café se había enfriado. Y Willa no aparecía.

—Se ha hecho muy tarde, Richard. Estaba equivocado, no va a venir. Lo siento mucho.

Richard bajó la cabeza y después la escondió entre las manos. No podía parar de temblar. Anthony se acercó a él y le abrazó. Sentir a su amigo tan cerca le tranquilizó un poco, aunque no le alivió la intensa pena que sentía. Había vuelto a fracasar.

—Lo siento mucho, Richard. La voy a llamar ahora mismo. Seguro que se ha perdido...

—No, Miguel, gracias por el ofrecimiento. Sé que vendrá. Esperaré aquí.

—Tienes que descansar, amigo —le dijo Anthony—. Nosotros dormiremos aquí esta noche. Si viene, estaremos a tu lado.

Richard volvió a mirar hacia la ventana, esperando ver las luces de un coche.

Willa estaba sentada en la barra de un bar, en la mano un vodka con lima al que ya se le estaba derritiendo el hielo. Todavía no la había probado, y no dejaba de mirar al fondo del vaso, buscando las respuestas que necesitaba. Buscando consejo. Buscando una salida. O una señal.

Algo que le dijera que es lo que tenía que hacer. Que era lo mejor, que era lo que no tenía que hacer. Si, debía creer. Como si creer fuera fácil, incluso en algo que has visto y que has sentido, puesto que a veces el cerebro puede engañarte y sugestionarte, que veas algo que no está, que sientas algo que es normal como si no lo fuera. Como si te estuviera gastando una jodida broma que no tiene ni puta gracia. Una broma que ya había durado demasiado.

Suspiró buscando inspiración. Y se dio cuenta de cuál era la solución. Lo único que podía hacer, lo que debería haber hecho hacía ya años. Algo que dolía, pero era necesario, como quitarse una tirita de un tirón. Había que dejar que la herida se aireara un poco.

A su alrededor había borrachos, personas solitarias mirando a su vaso como estaba haciendo ella y un hombre que no dejaba de mirarla fijamente. No disimulaba nada, así que miró el reloj: ya pasaban de las doce, y decidió que tenía que ir a ver a su padre. Que la estaría esperando. Tenían muchas cosas de las que hablar.

Richard dormía cuando llamaron al telefonillo, ni siquiera lo oyó debido a los medicamentos que se estaba tomando. Le hacían dormir profundamente, sin sueños, sin pesadillas.

Anthony y Miguel salieron a recibirla en medio de una oscuridad que parecía cernirse sobre ellos.

—Lo siento —dijo avergonzada. No sabía por qué, pero tenía que disculparse con aquellos hombres. Sentía la necesidad de que la perdonaran, de que limpiaran sus pecados. Quería sentirse limpia y pura otra vez.

—Estás aquí, eso es lo que importa —respondió el cura.

—Me alegro de verte —le dijo Miguel.

Willa le sonrió, también se alegraba de verle, aunque no se atrevió a decírselo.

Entraron en la casa y lo primero que vio Willa fue la Biblia encima de la mesa del salón. El lugar era el típico de vacaciones, con una enorme chimenea de piedra y sofás ‘de diseño’ en tonos tierra. Había cabezas de venados colgados de las paredes y una televisión del tamaño de una pantalla de cine, además de libros de fotografía debajo de la mesa de café del salón.

Aquel era un lugar para que una familia pasara unas vacaciones, tanto en verano como en Navidad. Un sitio cómodo, lujoso y tranquilo donde desconectar de la rutina y como le gustaba decir a todo el mundo ‘recargar las pilas’, aunque ella odiaba esa expresión.

—Tu padre está durmiendo ahora mismo, ¿quieres que vaya a despertarle? —le preguntó el padre Vázquez.

—No hace falta. Deja que descanse. Nos veremos mañana, de hecho, yo también necesito dormir.

—Te hemos preparado una habitación —dijo Miguel y la acompañó al segundo piso, donde había varios dormitorios enormes con grandes ventanales.

Willa se sintió en una realidad paralela al mirar por la ventana y ver el lago cubierto de estrellas. El sitio estaba tan silencioso como una tumba, y de repente se sintió muy cansada, extraña. Todavía tenía esa sensación de que estaba incubando algún virus, sentía el estómago y la cabeza pesados.

Se tumbó en la cama con la ropa puesta y se durmió sin sueños.

Cuando se despertó con las primeras luces del día, se sintió confusa durante un momento. Miró a su alrededor, intentando recordar dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Tardó un minuto en reubicarse y luego se levantó a mirar el paisaje de otoño que se veía desde esa habitación. Una ligera niebla se había levantado sobre el lago, creando un paisaje onírico, de colores tierra y matices plateados. Todavía quedaba belleza en un mundo que se estaba yendo al infierno.

Se dio una ducha en aquel baño que era del tamaño de su apartamento, cualquier cosa con tal de prolongar la espera. Se quedó largo rato bajo el chorro de agua caliente, frotando su cuerpo con furia.

No se atrevía a salir de aquella habitación. No estaba segura de si había sido una buena idea aparecer por allí. ‘Es lo que quiero’ se dijo. Pero no significaba que fuera fácil. No lo era. Estaba siendo peor de lo que había imaginado.

Richard se despertó en una habitación oscura. Escuchó una conversación al otro lado de la puerta y se levantó con dificultad. Tenía el gotero unido al brazo, por eso se sentía mejor, más fuerte, aunque su mente no estaba del todo despierta.

Anthony entró en el dormitorio y le ayudó a vestirse.

En la cocina Miguel hacía el desayuno, aunque sabía que él sería incapaz de comer nada. Le gustó esa sensación, parecía que ahora simplemente era un viejo que vivía con su amigo y su hijo y hacía cosas normales, como desayunar mientras se calentaban al lado de la chimenea y miraban el lago en calma un día cualquiera de otoño.

—Richard —le dijo el cura—, tenemos una sorpresa para ti.

Él no sabía a qué se refería. En su mundo todas las sorpresas eran desagradables.

De repente la puerta del salón se abrió. Richard contuvo el aliento, allí estaba ella. Se parecía tanto a Felicia.

Se quedó parada a mitad de camino y él temió que se diera la vuelta, cogiera el coche y se marchara. Habría muerto en el acto si lo hubiera hecho. Estaba confusa, podía verlo. No sabía si acercarse a él o quedarse a una distancia prudencial.

Ahora Richard pensaba que se pondría a gritarle, no sabía qué era peor. Había esperado que llegara este momento cuarenta años y no sabía qué decir, ni qué hacer.

Un momento después, Willa estaba arrodillada ante él, llorando y le abrazó. Richard no se podía creer lo que estaba ocurriendo.

Los Vázquez se habían apartado y estaban los dos en el salón, mientras unos rayos de sol entraban por el ventanal, iluminando al padre y a la hija que se acababan de reencontrar después de cuarenta años.

—Willa...

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas. Se la veía tan mayor y tan guapa. Quería que le contara todo lo que había hecho en la vida, lo que había visto, lo que había oído, aunque lo más importante era, si era feliz.

—Lo he visto, papá. En la casa. Vino a por mí.

Fue lo primero que se le ocurrió decirle, le extrañó decir ‘papá’, a pesar de que había visto fotografías en la televisión y en los periódicos, le parecía muy raro verle en persona. Parecía más viejo y agotado. Estaba viendo otro fantasma.

—Lo siento tanto. Siento lo que le hice a tu madre, lo que te he hecho a ti . Su voz se quebró.

—Y yo siento no haberte creído. Ni haber ido a verte, ni...

—No, no, no...tenías todo el derecho a estar enfadada. A odiarme.

—Tendría que haberlo hecho mucho antes. Ir a la casa, verlo por mí misma. He leído el diario de mamá, ella se empezó a sentir rara mucho antes de que todo ocurriera. ¿Por qué no lo habré leído antes? Pero es que no podía, era incapaz de... —su voz se quebró.

Decidió evitar contarle que ella también se sentía extraña, que las experiencias que había escrito su madre las estaba viviendo ella ahora. Que cada vez que se miraba al espejo, la saludaba una extraña con una sonrisa siniestra y unos ojos que no eran los suyos.

Aquella situación parecía un sueño, Richard creyó que despertaría en la soledad de su habitación en el sanatorio, mientras que ella pensó que todavía estaba en un motel de mala muerte y despertaría con resaca, un grito y lágrimas en los ojos.

—Papá, por favor. Perdóname por no haber estado a tu lado todo este tiempo.

—Yo no tengo que perdonarte. Tú eres la que...

No podía continuar hablando.

—Ya te he perdonado —dijo ella—. Sigamos adelante. Y mandemos a ese demonio de vuelta al infierno.

Lo dijo de una manera que le hizo reír, ella le siguió y los demás que estaban esperando en la cocina, les imitaron.

—Haré lo que haga falta, papá. Pero tú estás enfermo, necesitas descansar. Habrá que llevarte al hospital.

Richard negó con la cabeza. A esa luz se le veía todavía más demacrado, con las ojeras marcadas y los ojos hundidos.

—Es mi última oportunidad para redimirme. De hacer lo correcto. No puedo esconderme de mis errores.

—Podrías morir.

—Ya estoy muerto, hija mía. Llevo muerto muchos años.

Ella se sentó en el sofá, pensando que todo el sufrimiento que ambos habían pasado no estaba sirviendo para nada.

Colocó su mano sobre la suya, él la miró, sorprendido, y ella apretó.

—Cada día pienso lo diferente que hubiera sido nuestra vida si yo hubiera prestado más atención. Si no nos hubiéramos mudado, si yo hubiera tomado mejores decisiones. Todo fue por mi culpa. Si yo hubiese... Los seres humanos no aprendemos, no vemos lo que no queremos ver, lo que tenemos delante de nuestras narices hasta que ya es demasiado tarde para hacer algo.

—No pienses en eso. No sirve de nada. No estoy de acuerdo con lo que hiciste, ni con que os quedarais en la casa cuando empezasteis a sentir cosas raras, pero no tenemos manera de saber qué hubiera pasado si no... y yo... yo no soy nadie para juzgar las malas decisiones de los demás. Aunque me cueste.

Él no quería pensar en eso tampoco. No quería recordar aquellos ojos que ya no eran los de Felicia, su voz, su forma de hablar y de reír. No sabía cómo había pasado tanto tiempo sin darse cuenta, pero es que en realidad, si lo sabía, no había estado ahí. Y ese fue su mayor crimen.

Desayunaron todos juntos como una extraña familia. Richard tomaba un té para calmarle el estómago, mientras que Willa bebía un café muy cargado. Se iban a quedar allí hasta el domingo, preparándose. Richard le contó que Anthony se había sacado el título de exorcista hacía cincuenta años o algo así, aunque nunca había estado en un exorcismo.

—Yo tampoco —dijo ella y luego rió.

A Richard le encantaba su risa, era como una brisa fresca para él.

Después se sentaron a hablar en el salón.

—Papá, tienes que ver estas fotos.

Le enseñó las que había sacado del almacén.

—Ah, sí —dijo él—. Aquí había alguien en la casa, el que fue novio de Vera, que nos estaba sacando la foto. No me acuerdo de su nombre, era un chico muy formal.

—¿Y esta sombra? ¿Crees que es el demonio?

Richard se había puesto las gafas para verlas mejor, las ojeó una tras otra.

—Era la cámara. El objetivo estaba roto y hacía esas cosas raras. La llevamos a arreglar y después dejaron de salir.

—¿Estás seguro? Parecen una sombra. ¿No crees que podría ser...?

Él negó con la cabeza.

—Solo sale en la casa, no en otros lugares, ¿ves?

Quería que lo viera, que le dijera lo que ella quería oír. Que en realidad ella era el demonio, por muy disparatado que sonara.

—Sé que quieres creer que es el demonio. A él no le hace falta eso, es muy poderoso.

Ya daba lo mismo, sabía lo que había visto y a su padre no tenía que convencerla de nada. Todos allí sabían lo que ocurría en esa casa.

Después hablaron del periódico, del trabajo de Willa, de su vida. Ella no quería contarle los detalles, no necesitaba saber que había tirado su vida por la borda y que muchos años estaban dentro de una nebulosa etílica.

Quería que le hablara de su madre, que le contara todo sobre ella. Era lo único que le interesaba. Pero su padre no dejaba de preguntar y Willa no quería decepcionarle.

El tiempo pasó más deprisa esta vez. Y llegó la hora de comer. El padre Anthony había preparado la comida, a pesar de que ninguno de los Nichols tenía apetito.

—¿Cómo es que la policía no ha aparecido por aquí? —preguntó ella, intrigada.

—Conozco al jefe de policía, al alcalde de Greyfield y al de Los Lagos. No harán preguntas. Saben que Richard está bien y eso es lo único que importa—respondió el cura.

—No hacen nada. ¿Por qué usted sabe todos sus secretos?

—Los sé, sí. Pero jamás rompería el sigilo de confesión.

—¿Ni aunque le confesaran un asesinato?

El padre negó con la cabeza. Willa miró a Miguel y luego a su padre, que parecía algo ausente. Se acababa de tomar la medicación.

—En cualquier caso, no he venido a discutir sobre mierdas sacramentales ni tráfico de influencias.

El padre Vázquez frunció el ceño mientras negaba con la cabeza y Miguel sonrió.

—Definitivamente, eres igual que tu padre.

—Entonces, ¿Qué es lo que vamos a hacer?

Salió a tomar el aire y a fumarse un cigarrillo. Hacía frío, pero la niebla se había levantado y ahora brillaba el sol. Un sol que la cegó durante unos segundos.

Willa seguía teniendo esa sensación de irrealidad. Como si todo eso fuera tan solo un sueño! Ver a su padre había sido una experiencia extraña, hablar sobre el demonio con esos hombres le daba la sensación de estar perdiendo realmente la cabeza. Como si fuera una reunión de tarados.

Unos cuervos se posaron en un árbol desnudo cercano a la casa. Los observó durante unos segundos, hasta que alzaron el vuelo de nuevo, graznando.

—¿Cómo estás? —dijo una voz a su espalda.

Ella se dio la vuelta y le ofreció un cigarro a Miguel. Este lo aceptó.

—Tengo ganas de beberme una botella entera.

—Lo entiendo. Me pasa a todas horas, pero tienes que ser fuerte, Willa. Esto es importante. Tenemos que estar sobrios.

—¿No te parece una locura?

—Por supuesto, cualquiera que nos escuchara, pensaría que estamos mal de la azotea.

—A pesar de todo, creo que estamos muy mal de la azotea.

Ambos rieron.

—Todo acabará pronto.

—Por fin, no aguantaría otros cuarenta años.

Pasar el día allí era como estar de vacaciones, unas vacaciones extrañas. Como volver a ser una niña a la que le hacían el desayuno y la comida, y ella tan solo se tenía que preocupar de asearse y vestirse.

—Siento mucho lo de la noche que nos conocimos, más bien, el día siguiente —dijo después de un silencio incómodo.

—No tienes que disculparte por nada. En cualquier caso, soy yo quien debería...

—Entonces está todo arreglado.

Se miraron largo rato a los ojos.

—Siento todo esto —dijo ella con lágrimas en los ojos— —no es justo para ti.

—Willa, por favor.

Miguel la abrazó y ella se dejó llevar por una vez. Olía a limpio y su ropa había absorbido algo de la humedad del ambiente, pero era acogedor sentir su abrazo, su respiración. No se había dado cuenta de cuánto lo necesitaba.

—No te puedo asegurar que todo saldrá bien, pero haré lo que pueda. Mi padre y yo, haremos lo que podamos —dijo él.

Ella no necesitaba oírlo, nadie sabía qué era lo que iba a ocurrir, no podían asegurar que todo iba a salir bien. Ni en esta situación ni en ninguna otra. No quería que le dieran falsas esperanzas. Y ella tampoco se las iba a dar, no era justo para ninguno.

El abrazo duró menos de lo que le hubiera gustado, se habría quedado allí para siempre. Protegida por sus brazos.

Había estado hablando con su padre sobre el psiquiátrico, sus libros —confesó que no los había leído y a él no pareció molestarle— y sobre su vida. Tenían demasiadas cosas de las que hablar y que preparar para el domingo.

Le pidió a Anthony que le entregara a Willa el manuscrito. Su último libro sería una obra de terror y un drama familiar, aunque esta vez no sería ficción.

Willa lo cogió, se trataba de un tomo pesado. Estaba bien encuadernado y la letra de su padre era legible y elegante. Sabía que tenía que leerlo, que ahí estaban todas las respuestas que quería, pero cuando subió a su dormitorio se sintió incapaz siquiera de abrirlo. Comprendía que su padre había puesto toda su alma, todo su corazón, incluso sangre y lágrimas en contarle todo, lo bueno, aunque, en especial, lo malo. Lo horrible. Lo vergonzoso. Lo imperdonable. Y ella tendría que leerlo.

El padre Vázquez tenía un coche grande, casi parecía un autobús. En él, solía llevar a los niños a catequesis, o recogía a los de los grupos de la parroquia que no tenían manera de ir a las reuniones. En otras ocasiones, transportaban a gente a las citas médicas, o llevaban comida para personas que no podían salir de su casa porque estaban muy enfermas. A veces lo hacía él, otras veces, su hijo.

Ese coche había visto mucho, y ahora se encargaría de llevar a un hombre moribundo a terminar algo que había empezado hacía cuarenta años. A acabar con un ser infernal que llevaba

mucho tiempo esperándole.

Ahora miraba al atardecer por la ventana, esperando no parecer demasiado ridículo, ni dar pena. Ya había dado demasiada lástima últimamente, en especial a sí mismo.

Volver a su antiguo barrio hizo que despertaran antiguos recuerdos. Como la vez que sorprendió a su esposa con un coche nuevo, uno que ella quería desde hacía tiempo. Un automóvil familiar de color verde lo quería para llevar a su ‘futura gran familia’. Eso que nunca ocurrió, incluso Willa había sido un milagro para ellos y para los médicos.

Su cara de sorpresa al verle aparecer por la carretera jamás se le olvidaría. Esos ojos azules tan brillantes, y la sonrisa de dientes torcidos pero adorables.

Había más recuerdos así de ambos paseando por el barrio, saludando a los vecinos después de la mudanza, como si hubiese ocurrido ayer. Y otro. Uno que había relatado en el juicio.

Una de sus vecinas, una anciana a la que le gustaba pasear al perro al atardecer, llamó a su puerta una noche. Ambos estaban viendo la televisión en el salón mientras el bebé dormía.

Felicia abrió la puerta.

—¿Qué desea?

—Lo he visto. Ahora mismo, al pasar por delante —dijo la señora en un susurro, con los ojos muy abiertos, mirando hacia las escaleras.

—¿Disculpe? ¿Qué es lo que ha visto?

Él se acercó, intrigado.

—Estaba en el dormitorio de arriba, mirando por la ventana.

—¿Un intruso?—preguntó él.

Miró a su esposa con horror y ambos subieron corriendo las escaleras. Willa dormía en su dormitorio. Cuando entraron, estaba durmiendo plácidamente en su cuna y todo estaba en calma. Pero había un olor extraño, como al tabaco o ¿era algo más? Él no lo notó, pero Felicia se lo comentó.

Cuando bajaron, la señora se había marchado.

No pensaron en ello más. Incluso cuando veían a la señora pasar por delante con su perro, ella les saludaba y luego la veían mirar hacia arriba, asustada mientras aceleraba el paso.

No había notado nada raro, solo los ruidos típicos de una casa vieja, ya que no lo habían reformado todo, como prometieron los de la inmobiliaria. Las tuberías estaban viejas, y cada vez que abrían un grifo, escuchaban chirridos y ruidos detrás de las paredes. A Richard a veces le parecía que había ratas al otro lado, podía escuchar sus chillidos, sus correteos. Era repugnante.

Aunque Felicia le aseguró que no había roedores, que habían venido los de control de plagas y no encontraron nada. Y por supuesto la creía.

Por lo demás, el resto de la casa estaba decente. Richard pensó que la reforma que habían hecho era insuficiente y, además, se había quedado anticuada.

Pero no le importaba, Felicia estaba deseando tirar paredes, cambiar los baños, renovarlo todo. Aunque no lo habían llegado a hacer.

No habían visto ningún fantasma, no habían escuchado ningún lamento nocturno. Solo estaban los malditos ruidos de la casa. Y la señora que había visto a alguien en la ventana del dormitorio. Nada de lo que preocuparse.

Volvió al presente. Por la acera vio a niños disfrazados llevando bolsas llenas de todo tipo de dulces, había fantasmas, vampiros, superhéroes, princesas, monstruos...No recordaba que era la noche de Halloween. Nunca se le había ocurrido.

—¿Hoy es Halloween?—preguntó, confuso.

—No, es mañana — respondió Miguel—, pero hoy los niños van de casa en casa. Mañana caerá una buena nevada, así que lo han adelantado.

¿Una nevada en pleno octubre? Le resultaba de lo más asombroso.

—Ah, claro.

Le parecía muy típico que todo hubiera ocurrido una noche como aquella. La noche en la que se rasga el velo entre los vivos y los muertos, en las que las almas de los fallecidos regresan a casa y los espíritus malignos hacen de las suyas.

Cuando llegaron a la iglesia ya era de noche, la luna llena, parecida a un ojo, brillando en el cielo despejado.

Hacía mucho que Richard no la veía. Parecía que se había quedado parada en el tiempo, con sus vidrieras con escenas épicas de la Biblia y su sencillo púlpito de madera. Siempre le había fascinado aquella en la que un ángel le clavaba una espada a un diablo o un dragón, no podría decirlo, que yacía en el suelo y parecía retorcerse de dolor. No tenía ni idea de quién era, a pesar de haberse leído el libro sagrado varias veces. Creía que podría tratarse del arcángel Miguel y su triunfo contra el Diablo, representado como un dragón.

Olía a incienso. Richard respiró hondo. Le transmitía calma.

Estaba vacío, como era de esperar a esas horas. Las luces estaban apagadas; sin embargo, el espacio estaba iluminado por la luz anaranjada de las farolas que entraba a través de las cristaleras, creando una atmósfera más siniestra de lo que debía de ser un lugar sagrado.

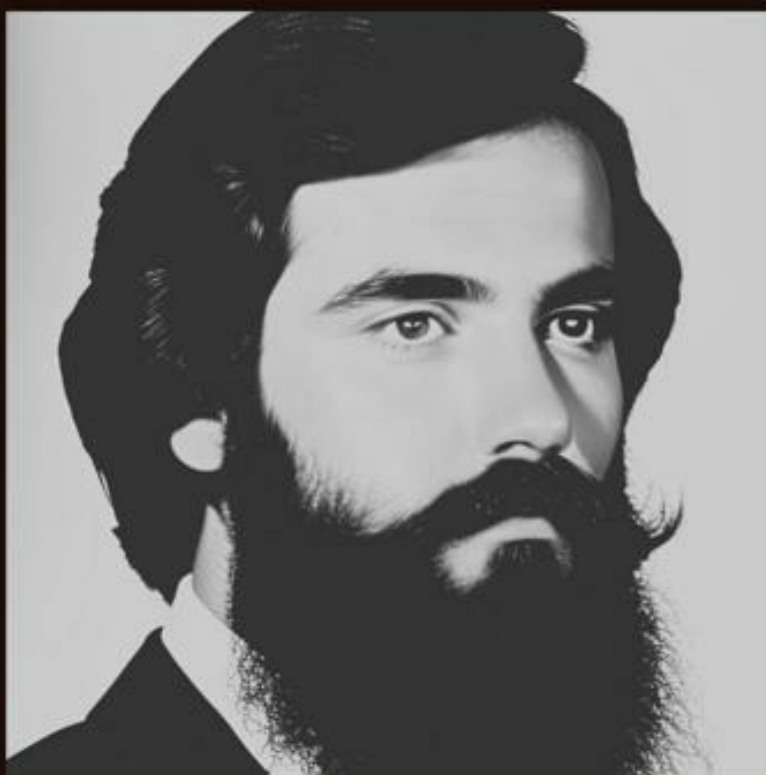
Hacía frío, por lo que el padre Anthony le puso una manta sobre las piernas a Richard, que gruñó, no quería parecer más viejo y decrepito de lo que ya se sentía.

Miró hacia la figura de Jesucristo, quería decirle que le perdonara, que le llevara con él al Cielo, pero, a pesar de que había vuelto a rezar, le daba vergüenza hacerlo delante de otras personas.

Habían ido a rezar antes de la batalla. Para el padre Vázquez era importante pisar suelo sagrado y pedirle ayuda a Dios en su propio hogar. Y a Richard no le pareció mala idea, aunque todavía le costaba creer en una fuerza superior, a pesar de sus rezos y plegarias.

Rezaba para tener fe.

UN HOMBRE INOCENTE
LA HISTORIA DE RICHARD NICHOLS
CONTADA POR ÉL MISMO



AVERY GREEN

Arrástrame Al Infierno

Allí en la iglesia sentía que el mal no podía entrar, que no traspasaría los muros ni llegaría hasta ella, a pesar de que habitaba en un lugar cercano. Puede que incluso ya estuviera dentro de ella.

Se colocó a lado de su padre y le dio la mano, él se la sostuvo con toda la fuerza que podía. Le vio mover los labios en una silenciosa plegaria. Ella todavía no estaba preparada para volver a creer en un poder superior.

Poco después, Avery apareció por la puerta; parecía que iba de excursión a la montaña. Llevaba muchas capas de ropa y un gorro, a Willa le pareció que pensaba que el demonio no le iba a querer poseer si le veía así y sonrió para sus adentros.

Él saludó a Miguel y a Anthony y luego se arrodilló a lado de Richard.

—Me alegra ver que todavía sigue vivo —le dijo.

Richard gruñó y luego le tendió la mano libre y le dio un apretón.

—A mí también me alegra verte de nuevo, hijo. A pesar de que no te soporto.

Avery rió y luego se dirigió a Willa.

—¿Por qué no me dijiste lo que tenías pensado hacer?

—Ni yo misma sabía que era lo que iba a hacer. Fue improvisado.

—Podías haberme dicho dónde estabas, me tenías preocupado. Creí que estarías en coma etílico en cualquier antro o en una cuneta después de un accidente.

—Perdona, tenía otras cosas en las que pensar.

—Sí, una muy importante. Como evitar que la policía se lo lleve al hospital en cuanto lo vea aparecer?—dijo Avery.

A Willa se le ocurrió llamar a la agente Tully, decirle lo que tenían pensado hacer y que solo necesitaban un poco de tiempo, luego se podían llevar a su padre de vuelta al sanatorio donde recibiría los cuidados que necesitaba. Esperaba que sobreviviera, aunque viéndole en la silla de

ruedas, parecía a punto de romperse en mil pedazos. No era un hombre peligroso, solo había que verle para darse cuenta de que no le quedaba mucho tiempo en este mundo.

Su intuición le decía que Megan entendería lo que querían hacer y no les pondría impedimentos. Aunque su sexto sentido había fallado muchas veces antes.

Pero esta vez no se equivocó. Megan Tully le dijo que les esperaría en la casa y después se llevaría a su padre. No hubo preguntas, la agente sabía que el señor Nichols estaba muy enfermo, así que Willa se sentía aliviada. Al menos algo salía bien después de todo.

Willa empujó la silla de su padre y se puso a llorar de nuevo.

—Daría mi vida por volver a ver a mamá— le dijo.

—Yo también, hija mía, yo también.

‘Quizás nos reunamos con ella esta noche, esté donde esté’. No le importaba que lo que le esperara al otro lado fuera el infierno, no podía ser tan malo como lo pintaban. Al menos sería un lugar divertido.

La agente Tully les acompañó hasta la casa y les comentó a los agentes apostados fuera que ella se encargaba.

En la entrada estaban esperando los periodistas de ‘Mundo sobrenatural’ y la doctora Davis. Willa no sabía qué estaban haciendo ahí, pero creyó que mejor cuanto más gente fuera testigo de lo que había en aquel lugar, del mal que habitaba en el sótano. Así podría demostrar que no estaba loca.

Vieron a niños disfrazados pasar portando calabazas de plástico llenas de caramelos. Algunos se quedaban quietos mirando la casa o mirando a Richard, cuya mirada podía asustar al más valiente.

—¡Boo! —dijo Richard al niño que pasaba disfrazado de vampiro, que gritó y luego salió corriendo como si le fuera la vida en ello.

A Willa se le heló la sangre, a lo lejos había un hombre que era exactamente igual que su padre de joven, e iba con un hombre disfrazado de *Ghostface*. Llevaba un mono carcelario y la barba y la peluca larga negra, en una mano portaba una Biblia y en la otra un crucifijo. Vio como su padre le miraba y se reía como un loco.

—Bonito disfraz —dijo el hombre con una simulada voz profunda, al acercarse a Richard — Muy conseguido.

—No es un disfraz —respondió Richard, ahora serio.

El hombre miró a su compañero y luego a Richard.

—El mío tampoco hombre —bromeó — ¡Soy el mismísimo demonio de Greyfield en persona!

Ambos se marcharon gritando y montando jaleo, *Ghostface* moviendo en el aire su cuchillo de plástico cubierto de sangre de mentira y el falso Richard vociferando un exorcismo inventado. Cuando desaparecieron por la esquina, la calle se quedó en un extraño silencio. Ya no había niños disfrazados pidiendo caramelos, ni adultos vestidos de vampiros, asesinos en serie o conejitas de Playboy.

La luna llena brillaba en el cielo crepuscular.

—Yo me encargo de todo—dijo el padre Vázquez —,ya que soy el experto en demonología.

—Entonces no necesitamos a los Warren— bromeó Joe, que tal solo recibió la mirada reprobatoria del cura.

Miguel decidió quedarse fuera para echar sal alrededor de la casa, ella le miró cuando le ayudó con la silla de su padre en las escaleras del porche y le tocó la mano sin querer, sintió un cosquilleo en el estómago, y la apartó. Quizá en otra vida hubiera tenido una oportunidad con él, pero no sería ella misma si tuviera una relación sana y normal con alguien, tanto amistosa o romántica. Aunque puede que después de aquella noche todo cambiara.

La casa parecía haberse vuelto mas grande y tenebrosa con el paso de los días. Le recordó a una de esas que salían en las películas de terror antiguas, un lugar donde sabías que no podía ocurrir nada bueno. Un sitio maldito que acabaría con cualquiera que se atreviera a traspasar sus puertas.

Willa volvía a sentirse mal nada más entrar. El dolor en el lado izquierdo de su cabeza había vuelto. Su padre, en cambio, pareció haberse recargado de energía, como si no estuviera enfermo. Nada más pasar las luces empezaron a parpadear como dándoles la bienvenida.

—¿Lo ve agente? No estoy loco. Hay algo maligno en este lugar ¿No lo nota?

La agente Tully sacó el arma.

—No sé si está loco o no. Voy a comprobar que no haya nadie. A los intrusos les gusta mucho esta casa. Y un día como hoy es perfecto.

—Sobre todo a los satanistas. Es uno de sus lugares de culto— añadió Joe, la agente Tully le miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Satán habita este lugar y llama a sus hijos para que le adoren— dijo Anthony.

Megan recorrió todas las habitaciones, abriendo puertas y apuntando, mientras las luces seguían titilando.

En un momento dado se quedaron a oscuras. El padre Anthony llevaba una bolsa con linternas, unas cruces y una botella que dijo que era de agua bendita.

Después de entregar una linterna y una cruz a cada uno, sacó una Biblia.

—¿Vamos a matar vampiros, Van Helsing?— preguntó Avery.

—¿Qué son los vampiros mas que demonios salidos del mismísimo infierno?— respondió el cura.

Nadie supo que responder a eso, ni siquiera la agente Tully, que acababa de bajar las escaleras y les dijo que todo estaba despejado.

—Esto es muy raro— dijo Megan.

—¿Qué ocurre?— preguntó Willa.

—Me había parecido ver a alguien, pero le he dado el alto y ha desaparecido, como si se hubiera evaporado.

Richard Nichols se levantó con dificultad, Jason y Avery le cogieron con delicadeza de los brazos para que no se cayera, y el cura le quitó la vía.

—Me está esperando. Lleva cuarenta años haciéndolo. Está nervioso, a pesar de que tantos años no son nada para él.

Todos sabían de quién hablaba.

El padre Anthony les indicó a los demás que dibujaran una cruz en cada ventana con una pintura en espray y él colocó una en cada puerta y en la del sótano, además de poner sal en la entrada del sótano.

—Así no saldrá.

Además, la doctora Davis se dedicó a esparcir el agua bendita por cada habitación.

Cualquiera que les hubiera visto desde fuera habría pensado que era un reunión de lunáticos, que celebraban Halloween de una forma muy peculiar.

—¿No ha podido salir durante todos estos años? —preguntó Willa.

—Necesita un anfitrión, un huésped. Y tiempo para poseerlo. Richard logró expulsarlo y herirlo, así que probablemente haya estado años inactivo, sin nadie de quien alimentarse.

Willa no entendía como podía saber todo eso ¿eran todos los demonios iguales o éste era especial? ¿y la familia ocupa? ¿y Matt Roberts? ¿la secta? ¿no había tenido tiempo con ellos?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Bill.

Todos le miraron.

—¿No se supone que necesitas saber su nombre para acabar con él?

—Tengo una ligera idea —dijo Richard— Abaddon.

El silencio se podía palpar después de que Richard pronunciara ese nombre. Aunque al otro lado de la puerta tanto Willa como su padre notaron movimiento. Ambos se miraron, comprendiendo que eran los únicos.

—Está bien saberlo —respondió Joe —por si acaso.

Richard lo había averiguado durante el exorcismo de Felicia, aunque no había servido para mucho saber el nombre de ese maldito.

—No han dicho nada de ningún eclipse Richard. Ni en la radio, ni en televisión. Puede que hoy no sea el día— dijo Anthony.

Miraron al cielo, no había ninguna señal de que fuera a ocurrir.

—No importa —dijo Richard— hoy es el día, tiene que serlo.

Willa le miró, confusa.

El padre Anthony empezó a tocarse el brazo con una expresión de dolor en un rostro enrojecido.

—Papá ¿qué te ocurre?

Anthony se desmoronó sobre su hijo, incapaz de hablar.

—Le está dando un infarto —señaló la doctora Davis— Llamad a una ambulancia.

La ambulancia llegó dos minutos mas tarde y Miguel se fue con su padre al hospital. Richard se despidió de su amigo antes de que se lo llevaran, el padre Vázquez tenía la cara roja y su rostro mostraba una mueca de profundo dolor.

—Maldita sea, Anthony.

—Lo si..si...siento amigo mío.

—Es muy poderoso, y quiere acabar con todos nosotros.

—Richard...por favor...ten fe. Dios cuidará de ti. Rezaré por tu alma.

Le entregó una antigua cruz de plata.

—La vas a necesitar amigo.

Richard miró al pequeño Cristo plateado. Una lágrima cayó de su rostro.

—Nos volveremos a ver Richard. Si no en este mundo, en el otro. Dios te acogerá en su seno como a un hijo.

Él no estaba tan seguro.

—Willa, por favor, ten mucho cuidado —dijo Miguel sosteniendo su mano.

Ella asintió, incapaz de hablar.

Volvieron a la casa a oscuras, todos callados, en un silencio incómodo. El padre Anthony era el experto y había caído ¿qué sería de ellos?

Su anciano padre la miró en cuanto las luces volvieron a encenderse. Llevaba el crucifijo colgado, como si le fuera a proteger del mal. Willa se dio cuenta de que también llevaba el crucifijo de madera que había cogido de la caja de pruebas. Lo tocó al meter la mano en el bolsillo del abrigo. Eso le dio algo de fuerzas aún sabiendo que tan solo se trataba de un símbolo. Uno muy siniestro. Sabía que representaba el dolor, el sacrificio y el sufrimiento.

—No os acerquéis. Yo me encargaré.

—Papá, apenas puedes mantenerte en pie. Yo iré contigo.

—No, no— discutió él, negando a la vez con la cabeza.

—Voy a entrar. Y voy a hacer lo que haga falta. Y tú no puedes hacer nada para impedírmelo.

—Sin Anthony será mucho más difícil, pero tengo que intentarlo.

—Y yo tengo que estar a tu lado.

—Eres tan testaruda como tu madre— respondió sonriendo.

—Y como tú. Parece que erais tal para cual.

Richard y Willa se acercaron lentamente a la puerta del sótano, cerrada ahora con un par de candados.

Todos estaban apiñados en la cocina. Expectantes.

A pesar del dolor de cabeza, Willa tenía ganas de reír. Le parecía tan surrealista, que en realidad lo estaba viendo desde fuera. Como si no estuviera ocurriendo realmente, como si todo estuviera en su cabeza. Y ella estuviera encerrada en un psiquiátrico.

Esta vez había traído consigo las llaves de los candados y se dedicó a abrirlos a pesar de que, debido a sus manos temblorosas, le llevó varios intentos abrir cada uno. Cayeron al suelo sin apenas hacer ruido. Le pareció que la bestia les estaba esperando con los brazos abiertos, como si fuera un familiar al que no veían desde hacía muchos años.

Su cabeza palpitó. Se agachó con una mueca de dolor, como si la hubieran golpeado.

—¿Qué te ocurre?— su padre parecía preocupado.

Antes de poder responder, Willa vomitó.

Se quedó un rato en la misma postura, esperando que la náusea pasara. Se sentía cada vez más enferma, como si lo que hubiera dentro de ella quisiera salir de una vez por todas. Por un momento le pareció que había vomitado lombrices y vomitó otra vez. No eran reales.

—Estoy bien. Siempre me pasa al llegar aquí.

La doctora Davis se puso a su lado. Le tocó la frente y luego le comprobó el pulso.

—Tienes fiebre. Y tu pulso está muy acelerado.

Miró a los demás.

—¿Qué se supone que estamos haciendo aquí? Había creído que esto os ayudaría a superar el trauma, pero me parece que estamos llegando muy lejos con esta pantomima.

—No es ninguna broma señora. Ni ninguna pantomima, ni teatrillo— respondió Richard, su rostro mostraba miedo e ira y su voz parecía haber cobrado fuerza—. Estamos aquí para terminar de una vez con el demonio que habita en esta casa. Si no quiere formar parte, puede marcharse.

—Ahí abajo no hay nada señor Nichols. Nunca lo ha habido.

—¿Cómo lo sabe?

Los demás se miraron, Willa estaba sentada con la espalda apoyada en la pared, sudaba y tenía los ojos cerrados. Mientras su padre se apoyaba en Avery, visiblemente débil.

—He estado aquí antes y no he notado nada. Solo el dolor de los muertos. Todo lo que sentís, o lo que creéis sentir, lo que veis, lo que escucháis es la propia casa. Ahí abajo no hay un ser demoníaco que quiera acabar con todos nosotros. Y usted, señor Nichols, debería estar en el hospital. No está bien, ni Willa tampoco. Este lugar la enferma.

—No me importa lo que crea, voy a bajar ahí y voy a terminar lo que debía haber acabado hace ya cuarenta años —respondió el anciano.

—¿Cómo se supone que va a hacerlo? No puede ni tenerse en pie y quiere acabar con un supuesto demonio de miles de años.

—Dios está de nuestro lado señora— respondió Richard sin mucha convicción—. Él nos ayudará.

La doctora Davis negó con la cabeza. Los demás se habían quedado a un lado, sin saber que hacer o que decir.

—Rezad por mí. Pedidle a Dios que acoja mi alma en su Reino— respondió Richard.

—Papá...— susurró Willa, que intentó levantarse.

—Quédate aquí hija mía. Yo me encargo.

—Nosotros bajaremos también si quieren —dijo Joe.

—No, quedaos aquí.

Al escucharlo los periodistas parecieron aliviados. Tenían miedo a pesar de que aquello iba a suponer el mayor reportaje de sus vidas, algo que habían estado deseando desde siempre. Su

sueño se había hecho realidad, estaban allí con ‘El demonio de Greyfield’ en una casa maldita y estaban aterrados.

Jason abrió la puerta, que chirrió. Dentro estaba oscuro, como si la nada se lo hubiera tragado todo y solo quedaran las tinieblas. Olía a frío y a humedad.

—Bajaré yo solo— dijo Richard con un hilo de voz. Willa se levantó, todavía sentía como si la cabeza se le estuviera rompiendo en mil pedazos.

Le dio la mano a su padre y con la otra cogió la linterna que le entregó Avery. Sus manos temblaban. Se miraron un momento, como si fuera la última vez, quería abrazarle y decirle que se volverían a ver. Pero no pudo, simplemente desvió la mirada a los demás y les dedicó una sonrisa triste y esperanzada. Confiaba en que todo terminaría hoy para siempre.

Richard miró a los demás como si fueran amigos, todos pudieron ver que tenía lágrimas en los ojos.

—No entréis, oigáis lo que oigáis. Os lo pido por favor. No dejéis que el demonio salga, protegeos, tened fe. Y no os poseerá.

Todos asintieron. Se podía sentir el miedo y la tristeza en el ambiente, como si fuera un ente vivo que pasara de uno a otro.

Aquel sótano sería el perfecto escenario para una película de terror, tenía todo lo necesario para asustar a las audiencias.

Willa y su padre bajaron las escaleras lentamente, ella le llevaba mientras él se agarraba tanto a ella como a la barandilla.

La puerta se cerró a su espalda con un portazo que hizo que toda la casa temblara. Escucharon a los demás intentando abrirla de nuevo.

La brisa fresca entraba por la ventana rota. A Willa eso le alivió un poco el dolor que sentía.

Eran conscientes de que estaban bajando directos al infierno, aunque, por una extraña razón ninguno tenía miedo ya. Richard solo quería terminar con esto y morir mientras que Willa solo quería terminar con esto y comenzar una nueva vida. Si era posible.

Cuando pisaron el suelo a Willa le pareció que habían tardado horas en bajar.

—¿Y ahora qué?— le preguntó a su padre.

No se oía ni un ruido, ni siquiera los gritos de los niños que celebraban Halloween en la calle. Hasta que en una esquina, algo se movió y cuando Willa lo iluminó unos ojos rojos les devolvieron la mirada. La rata. El maldito roedor parecía estar siempre esperando.

La rata corrió a esconderse y después se hizo el silencio.

—¡Abadon! —grito Richard— ¡Hemos venido a terminar lo que empezaste hace cuarenta años!

Willa recorrió la estancia con la linterna, seguía igual que la última vez. Después iluminó los símbolos. Esos que su madre había dibujado con su propia sangre. Todavía no entendía por que hizo algo así.

—Esos símbolos —dijo Richard, señalándolos —Los dibujó Hunter Andrews.

Willa le miró sin comprender.

—¿Cómo?

—La mano es de tu madre, pero lo otro lo dibujó él. Cuando estuvo aquí con su secta demoníaca. No pudo convocarlo, o al menos no salió como él esperaba. Maldito cabrón enfermo.

—¿Y quién convocó al demonio en primer lugar?

—No lo sé. Puede que fuera yo, con uno de mis libros extraños...—Temía contar la verdad, pero debía hacerlo. Willa tenía que saberlo todo.

—No lo creo —respondió ella— No puede ser algo que hagas sin querer.

Pero ¿quién sabía? Y además ahora ya no importaba quien lo había hecho y por qué, lo importante era deshacerse de la basura.

Comenzó a sentir mucho calor, se empezó a encontrar más rara de lo normal, como si aquel virus que llevaba semanas incubando se hubiera extendido por todo su cuerpo. Le pareció que había alguien a su espalda y lo iluminó con la linterna. Estaban solos.

Alguien le susurraba al oído ‘Mátale, mata a tu padre por lo que le hizo a tu madre’. Entonces un impulso le hizo empujar a Richard, que se golpeó con fuerza contra la pared. Willa no sabía por que lo había hecho, pero se sentía bien.

—Willa...—dijo su padre en un susurro. Su rostro mostraba un profundo dolor.

Ella se colocó sobre él, y le comenzó a apretar el cuello con las manos.

—Maldito Richard...Te voy a matar —dijo mientras su padre luchaba e intentaba soltar sus fuertes dedos. Se estaba poniendo morado.

Willa quería matarle, al menos una parte de ella, la que apretaba con fuerza su débil y arrugado cuello. Tendría que haber traído la pistola, estaba tardando demasiado y se estaba quedando sin fuerzas.

Se miraron a los ojos y ella vio a un viejo asustado, mientras que él todavía podía ver a su hija en ellos. Era Willa la que estaba al otro lado. Intento decir su nombre, pero era incapaz de hablar.

Con las pocas fuerzas que le quedaban Richard logró alcanzar la cruz que llevaba en la mano y se la colocó en la frente. Willa se apartó como si la hubiera quemado, podía oler a carne chamuscada y se tocó la frente, tenía la marca de la cruz. Comenzó a reír de manera histérica mientras Richard respiraba hondo, intentando coger fuerzas.

Ella entonces comenzó a levitar, se sentía mas fuerte que nunca, el dolor había desaparecido. Después se acercó a él con un brazo extendido.

—Te llevaré conmigo al infierno. Nos haremos compañía. No sabes lo solo que se está ahí abajo.

En cuanto recuperó algo de voz Richard empezó a recitar el exorcismo, lo que recordaba. Luego cogió la cruz y se la enseñó a Willa, que se apartó como si le hubieran rociado agua bendita.

— *Regna terrae, cantata Deo, psallite Cernunnos, Regna terrae, cantata Dea psallite Aradia. caeli Deus, Deus terrae, Humiliter majestati gloriae tuae supplicamus Ut ab omni infernalium spirituum potestate, Laqueo, and deceptione nequitia, Omnis fallaciae, libera nos, dominates.*

Willa comenzó a gritar y dejó de levitar, se escondió en una esquina, sollozando, mientras Richard continuaba con la oración. Esta vez lo haría bien. A pesar de lo dolorido y cansado que estaba elevó la voz mientras no paraba de alzar la cruz. Se arrastró hasta el círculo dibujado en el suelo y entonces ella salió de su escondite como una serpiente a punto de atacar.

Rezó al Arcángel San Miguel y esperó que le estuviera escuchando.

— *Exorcizamus you omnis immundus spiritus, Omnis satanica potestas, omnis incursio, Infernalis adversarii, omnis legio, Omnis and congregatio secta diabolica. Ab insidiis diaboli, libera nos, dominates, Ut coven tuam secura tibi libertate servire facias, ¡Te rogamus, audi nos!*

No sabía de donde estaba sacando la fuerza, pero tenía que acabar con ese demonio de una vez.

Willa gritaba, se revolvía e intentaba atacarle. Su voz había cambiado, ahora era más profunda y grave.

—¡No podrás conmigo! ¡Llevo décadas esperando este momento! ¡Soy mucho más fuerte que tu y que tu querida hijita! ¡Acabaré con los dos!

Richard no escuchaba ni veía lo que ocurría a su alrededor, tan solo repetía las palabras que se había aprendido de memoria. Por dentro le rogaba a Dios y a los ángeles que le ayudaran. Las repitió varias veces.

—*Ut inimicos sanctae circularae humiliare digneris, Te rogamus, audi nos! Terribilis Deus Sanctuario suo, Cernunnos ipse truderit virtutem plebi Suae, Aradia ipse fortitudinem plebi Suae. Benedictus Deus, Gloria Patri, Benedictus Dea, Matri gloria!*

Richard continuó con varias oraciones cada vez más débil, se estaba quedando sin fuerzas, pensó que moriría antes de terminar y que aquel demonio consumiría a su hija, que se retorció de dolor en el suelo.

Empezó de nuevo el exorcismo, lo poco que recordaba, casi sin aliento. La vida se le estaba yendo entre los dedos, aunque no cesaría hasta expulsar al demonio de Willa.

Ella parecía una bestia herida, tirada en el suelo, aullando de dolor, retorciéndose en una danza macabra. Parecía que le estaba dando un ataque. Algo le dijo que ella también estaba luchando contra el demonio a su manera, lo mismo que su cuerpo, que lo trataba como si fuera un virus mortal.

En su mente se juntaron los dos exorcismos, vio a Felicia, gritando, riendo, insultándole, su imagen se superpuso a la de Willa, que seguía en el suelo retorciéndose.

Entonces se acercó a ella y le tocó la frente, que estaba ardiendo, haciendo la señal de la cruz y repitiendo el exorcismo una y otra vez mientras le salía espuma por la boca y ponía los ojos totalmente en blanco.

Richard no sabía si estaba funcionando o no, temía que acabara como la última vez, tendría que fiarse de su intuición y seguir con lo estaba haciendo, no podía dejarlo ahora. No podía terminar como Felicia. No lo permitiría.

Willa seguía convulsionando como una sanguijuela, luchando contra el ser del infierno que se había introducido en su interior sin haber recibido invitación. Sentía mucho calor y notó una mano fría sobre su frente. Supo que su padre todavía estaba allí, que no la había abandonado a su suerte. Oyó sus palabras como si estuviera lejos y a la vez a su lado. Una lágrima cayó sobre su mejilla ardiente.

Le cogió de la mano mientras en su interior se libraba una batalla. Vio el rostro de su padre entre llamas, le rogaba que volviera con él, que no se dejara vencer, que era fuerte. Aunque ella solo quería morir, eso sería lo mejor, no aguantaba el dolor.

Ahora podía ver a su madre rodeada de una intensa luz blanca, repetía todo lo que decía su padre, como un mantra. Se colocó al otro lado y le tocó la frente, haciendo que el calor disminuyera ¿era real o se lo estaba imaginando? No quería que se alejara de ella, deseaba decírselo, tenía tantas cosas que contarle y no podía ni hablar. Necesitaba que la abrazara y en el fondo de su cabeza notaba como algo se removía.

Estaba enfadada y harta de ese ser.

—¡Déjame en paz! ¡Márchate al infierno de donde has salido! —le dijo mentalmente.

—¡No puedes conmigo! Esto no ha terminado Willa Nichols. No creas que esto es el final. Puede que ahora me marche, aunque te prometo que volveré. Y te arrepentirás de todo lo que has hecho —su voz sonaba fuerte, aunque no tanto como antes. Se estaba desvaneciendo. Se estaba alejando de ella, de la casa. Pero volvería. Lo había prometido y ella sabía que cumpliría su palabra.

Empezó a marearse y sintió una náusea, se movió para vomitar. Todo su cuerpo temblaba. Cerró los ojos, todo era oscuridad.

Ella dejó de moverse y supo que habían terminado con el demonio ¿Para siempre?

—¿Willa?

Abrió los ojos lentamente, parpadeó varias veces y vio a su padre de rodillas junto a ella. Se le veía agotado, totalmente derrotado, como si hubiera vuelto de una terrible batalla.

—¿Qué ha pasado? —no podía recordar nada.

—Se ha ido.

Sudaba y se dio cuenta de que ya no sentía el dolor de cabeza. Estaba agotada, pero aliviada de ver a su padre allí con ella. Sintió que se le quitaba un peso de encima. Estaban bien, todo había salido bien. Por una vez en su vida. Se abrazaron mientras las lágrimas caían como una maravillosa lluvia.

Entonces escucharon un tumulto fuera, percibieron luces como de antorchas y después vieron con horror como alguien había lanzado una botella con un trapo incendiado al sótano.

—¡Arderéis en el infierno impíos! —gritó alguien fuera. Luego unos gritos.

El fuego empezó a inundarlo todo.

—¡Papá! —gritó ella—Tenemos que salir de aquí.

Le cogió del brazo y le llevo hacia las escaleras antes de que fuera imposible salir. Richard se retorció de dolor.

—No, Willa. Sal tú, yo me quedo— susurró él.

—¡Papá por favor! —suplicó y luego tosió, allí había demasiado humo.

Sabía que su final estaba llegando, entonces por primera vez desde hacía mucho tiempo Richard sintió como su dolor iba desapareciendo sin necesidad de medicación. Estaba empezando a sentirse en paz por primera vez. Todo había terminado para él.

La casa tembló, el cielo también. Willa gritó al ver el fuego rodeándoles. El sótano estaba en llamas. Richard llamó a su esposa, abrió los ojos de par en par y sonrió, como si estuviera viendo a Felicia, esta vez la de verdad y no la visión que le hacía ver el demonio. Esa si era su esposa, tan joven y sonriente como la recordaba. Le hubiera gustado envejecer con ella, pero se conformaba con volver a verla una vez mas. Tras ella solo había luz, una luz blanca y cegadora como la del sol. Ella le tendió la mano y él hizo lo mismo.

—Felicia...— dijo en un susurro.

Después, dejó de respirar. Y el fuego le envolvió.

—Papá, por favor ¡Papá!— Willa le llamó, y volvió a sentirse la niña de diez años asustada y sola. No quería que la dejara. No estaba preparada.

Richard la miró, todo cubierto de llamas.

Ella se acercó y las mangas de su chaqueta comenzaron a arder aunque no se dio cuenta del dolor. Se dieron la mano y esperaron a que aquello terminara. Hasta que todo se volvió negro.

Cuando abrió los ojos vio a Avery y a la doctora Davis, estaban hablando en una esquina.

—Ya estás despierta —dijo él.

—¿Qué ha pasado?

—¿No te acuerdas? —preguntó la doctora.

Ella negó con la cabeza y se miró los brazos, estaban cubiertos de vendas. Lo último que recordaba era que su padre y ella estaban en el sótano de la casa, lo demás estaba en blanco. Se incorporó en la cama con dificultad, mientras que Avery le recolocaba las almohadas.

—¿Y mi padre?

Al mirarles a los ojos lo supo. Una lágrima le cayó en la mejilla.

—Lo siento mucho Willa.

—Ahora al menos se que está descansando en paz.

—La policía quiere hablar contigo.

Willa asintió.

—¿De dónde vino el fuego? —No lo recordaba, pero sabía que sus brazos estaban cubiertos de quemaduras.

—Fue Hunter Andrews. Vino con su culto de tarados con antorchas, como si esto fuera la Edad Media. Querían entrar y mataros a Richard y a ti. Parecían unos locos.

—Así que Hunter casi me engaña con su parloteo pseudo hippie metafísico de amor por el prójimo y perdón. Una mierda. Me gustaría matarle.

La doctora Davis le puso la mano en el hombro. Al menos ahí no había sufrido ninguna quemadura.

Le contaron que la policía se había llevado el cadáver a la morgue para hacerle la autopsia y luego interrogó a todos los que estaban en la casa. Cada uno contó su versión, prácticamente la misma.

La puerta se había cerrado y no habían podido abrirla, después de un rato escucharon a Willa gritar, vieron el fuego y el alboroto que había fuera, y entonces la puerta se abrió. Aunque solo habían cogido a Hunter, el resto había salido corriendo en cuanto consiguieron lo que querían.

La autopsia corroboró que Richard se había ido de forma natural. Su enfermedad le había consumido y luego el fuego.

Willa vendió la casa al programa de televisión ya que el fuego no había podido arrasarla. Había destrozado el sótano y parte del porche, aunque al menos sabía que la maldición había terminado. Donó el dinero a un orfanato en nombre de sus padres.

Acudió a ver la casa renovada con Avery, la doctora Davis y los periodistas de ‘Mundo sobrenatural’. Verla totalmente renovada le provocó una pequeña conmoción, fue más duro de lo que había predicho. Sus padres no estaban para disfrutarla aunque se alegró de que ya no se fuera a quedar vacía, de que una pareja o una familia la comprara y viviera una vida feliz en ella, por una vez.

Al verla tan nueva, tan blanca, tan ‘moderna’, le pareció extraño que allí hubieran ocurrido cosas horribles.

Casi todo el pueblo fue a ver como la renovaban y a ayudar. Fue todo un acontecimiento.

Le pareció que ya no había lugar para ella en Greyfield, que ya podía empezar una vida nueva en otro lugar, aunque no le fue fácil. Había odiado tanto a su padre, deseado tanto su muerte, que sufriera lo que ella había sufrido, que ahora que no estaba se sentía todavía peor. Tenía que acostumbrarse a las quemaduras, dolían y sentía que eran un recordatorio de su antigua vida. Y tenía un trabajo, podía volver a las ferias y los concursos de tartas. Neil se lo propuso mientras estaba en el hospital.

Hunter Andrews fue declarado culpable de intento de homicidio, aunque no le metieron en prisión. Pasará sus días sin poder dejar su granja, con una orden de alejamiento que le impide acercarse a Willa, a la casa y al pueblo. No era mucho, pero Willa esperaba no volver a verle nunca más, puesto que si lo hacía, sabía que sería capaz de matarle sin pestañear. Deseaba que sufriera lo que le quedaba de vida, al menos un poco de lo que ella había sufrido.

Richard Nichols fue enterrado un frío y lluvioso día de otoño. A su entierro acudió su única hija, su mejor amigo, el padre Anthony y el sobrino de éste, Miguel. Allí estaba también Avery Green, quien iba a publicar su biografía, no como la vida de un asesino, si no como la de un hombre que sufrió mucho en su vida por hacer algo que creyó correcto. Un error terrible por el pagó un precio muy alto. A pesar de que Avery seguía sin creer en el demonio,

Otros de los asistentes fueron los tres periodistas del ‘Mundo sobrenatural’, la doctora Marla Davis y la agente Megan Tully.

Todos le despidieron entre la fuerte lluvia.

Yacería para siempre al lado de su esposa, como pidió.

Willa esperaba que estuvieran juntos. Siempre le había resultado cursi pensar así, aunque ahora sabía que era lo único que le podía dar esperanza, era la única forma de superarlo.

Se quedó sola un momento, delante de las tumbas. Deseando recibir algún mensaje de su parte, que le dijeran que estaban bien.

Un rayo iluminó el cielo cubierto de nubes negras a lo lejos, y eso fue suficiente para ella. Se alejó de allí, llorando y deseando empezar su nueva vida.

Pero todavía sentía algo en su interior, aquel virus maligno no había sido destruido con el fuego. Seguía dentro de ella, haciéndose cada día más fuerte.

WILLA HARPER

satanic panic





About the Author

Aran Maza es una autora de Madrid, España. Debutó en Amazon en 2016 con su primera novela, “Odio a todo el mundo”. Desde entonces, Aran ha publicado otras dos novelas de terror gótico. Su segunda novela, “Oscuro Cuento de Hadas”, transcurre en la Inglaterra victoriana y ofrece una historia inquietante y espeluznante, mientras que su tercera novela, “Jardín De Sombras”, es otra obra gótica ambientada en la Inglaterra de los años veinte.

Aran no sólo es escritora, sino también una diseñadora gráfica que ha diseñado las portadas de sus propias novelas tras estudiar diseño gráfico. Su pasión por la escritura comenzó en la infancia, cuando creaba e ilustraba sus propios cuentos, cómics e historias de terror.

A través de su blog, que publica desde 2017, Aran comparte su amor por distintos géneros, como el terror, la ciencia ficción y las historias de aventuras. También comparte entradas sobre sus temas favoritos, que van desde la mitología, la literatura, el cine y las series de televisión, hasta el ocultismo, la historia, el feminismo, la escritura creativa, los personajes y el arte.

Actualmente, Aran está trabajando en más historias, y su quinto libro está en preparación. Con su pasión por la escritura, los lectores pueden esperar más relatos cautivadores de esta autora en los próximos años.

You can connect with me on:



<https://www.aranmaza.com>



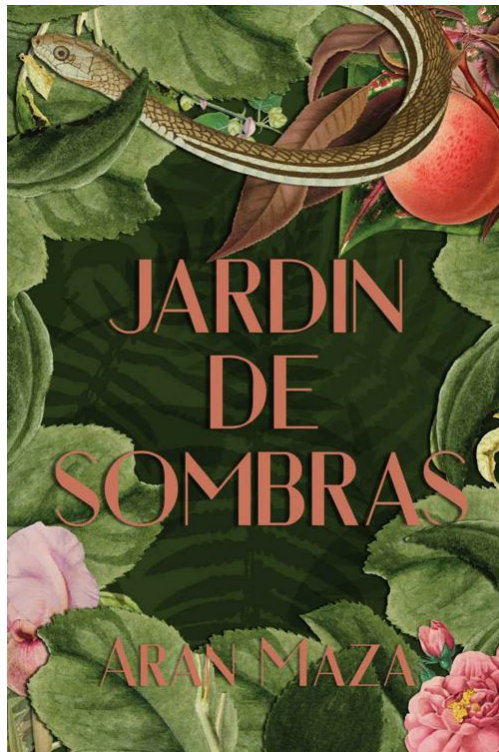
<https://www.facebook.com/AranMazaEscritora>



<https://www.instagram.com/aranmaza>

Also by Aran Maza

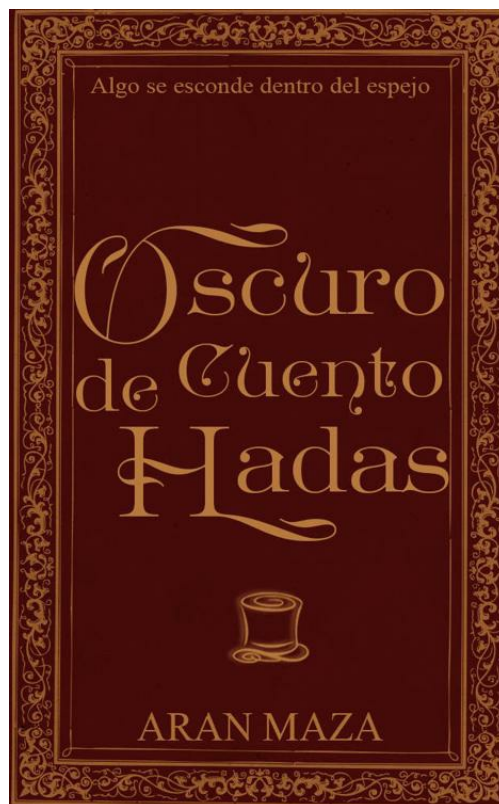
En Amazon, he publicado tres novelas que ofrecen cada una una experiencia de lectura única. “Odio a Todo el Mundo”, mi primera novela, es una historia conmovedora y humorística que transcurre en la actualidad. Las otras dos novelas, “Oscuro Cuento De Hadas” y “Jardín De Sombras”, son relatos góticos que transportan a los lectores a distintas épocas de Inglaterra. “Oscuro Cuento De Hadas” sumerge a los lectores en la Inglaterra victoriana, mientras que “Jardín De Sombras” tiene lugar en la Inglaterra de los años veinte.



Jardín De Sombras

<https://www.amazon.es/Jard%C3%ADn-Sombras-Aran-Maza/dp/B0B199R8HL>

En el verano de 1926, Agnes acepta entusiasmada una invitación para pasar una temporada en Graveview Manor, la mansión de la familia de su amiga Camille Pemberton. Sin embargo, Agnes pronto descubre que el hermoso jardín y los muros de la mansión esconden oscuros secretos. A medida que los misterios de la Mansión Graveview empiezan a desvelarse, Agnes se ve atrapada en un cuento gótico que traslada a los lectores a los años veinte.



Oscuro Cuento de Hadas

https://www.amazon.es/gp/product/B099QYC5BJ/ref=dbs_a_def_rwt_bibl_vppi_i0

En “Oscuro Cuento de Hadas”, Florence Godwin cree que su marido, Edmund, está muerto y enterrado en la mansión Greyfield Hall, pero pronto descubre un oscuro secreto que guardaba. La novela lleva a los lectores de viaje por las calles del Londres victoriano, incluyendo un espectáculo de adivinación, fiestas de la alta sociedad y el barrio de Whitechapel, hasta un lugar que parece que sólo existiera en los cuentos de hadas. Ambientada en la Inglaterra de finales del siglo XIX, esta novela de estilo gótico victoriano explora la fascinación por la muerte y los espíritus durante este periodo.



Odio a Todo el Mundo: Diario de una Perdedora

https://www.amazon.es/Odio-todo-mundo-Diario-perdedora-ebook/dp/B01CD56OBI/ref=sr_1_1?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%95%C3%91&dchild=1&keywords=odio+a+1

La vida de Eva es una serie de decepciones: no tiene amigos, ni mascotas, ni educación, ni trabajo, y está llena de desprecio hacia sus padres y su ciudad natal. Su desprecio se extiende a toda la humanidad, y su única esperanza es ser abducida por extraterrestres y escapar del planeta. Sin embargo, las cosas mejoran cuando Eva consigue un trabajo como cajera en un supermercado. Aunque no es el puesto más glamuroso, es un comienzo, y conoce a un grupo de personas tan extrañas y marginadas como ella. Eva también experimenta por primera vez el amor, pero como en la vida real, las cosas no siempre salen según lo previsto. Esta historia es una conmovedora mezcla de humor, tristeza, camaradería y angustia, igual que los altibajos de la vida misma.

Para mayores de 16 años.